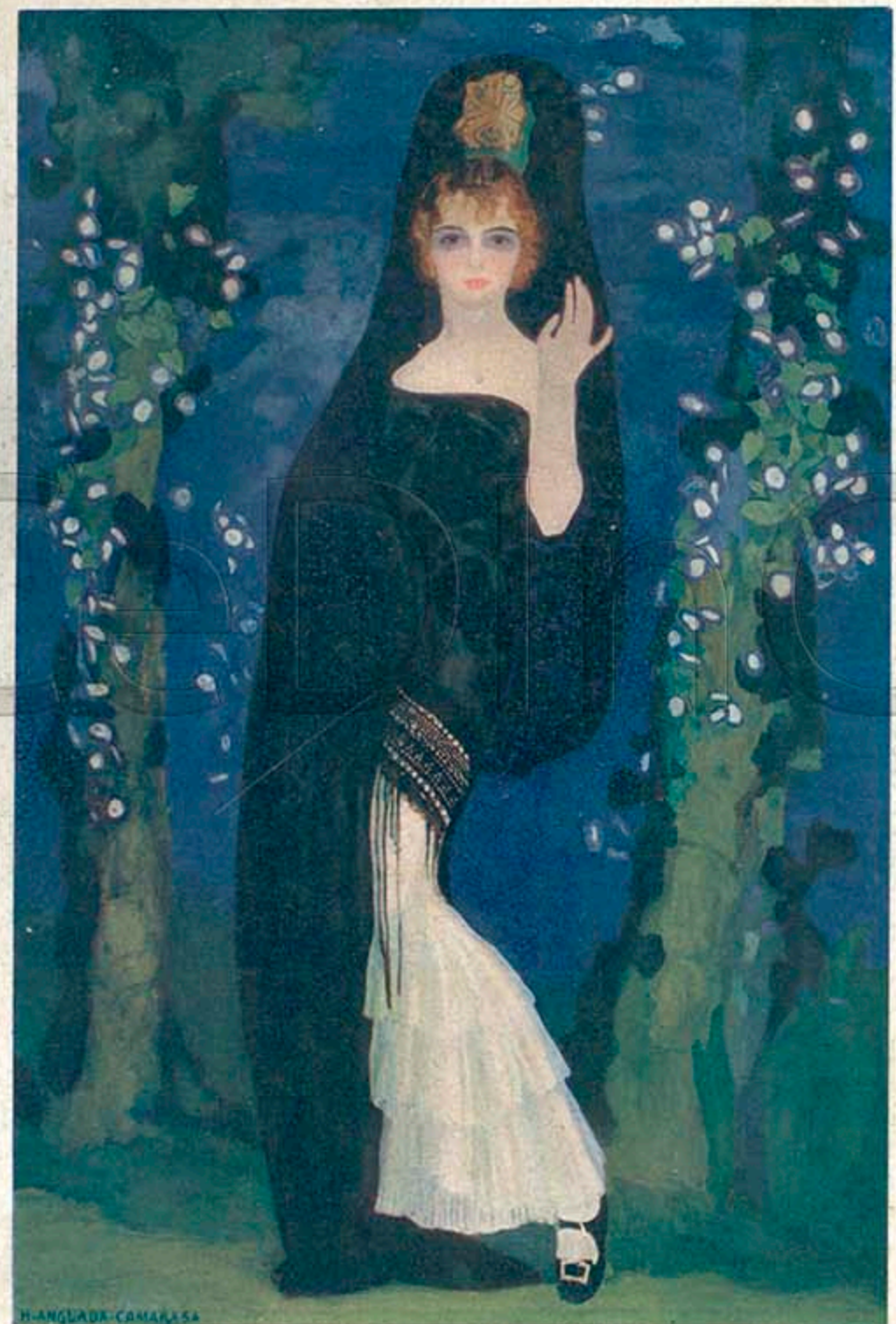


# MUNDIAL

MAGAZINE



PUBLI CACIONES  
ALFRED & ARMAND GUIDO  
*6. Cité Paradis - Paris*





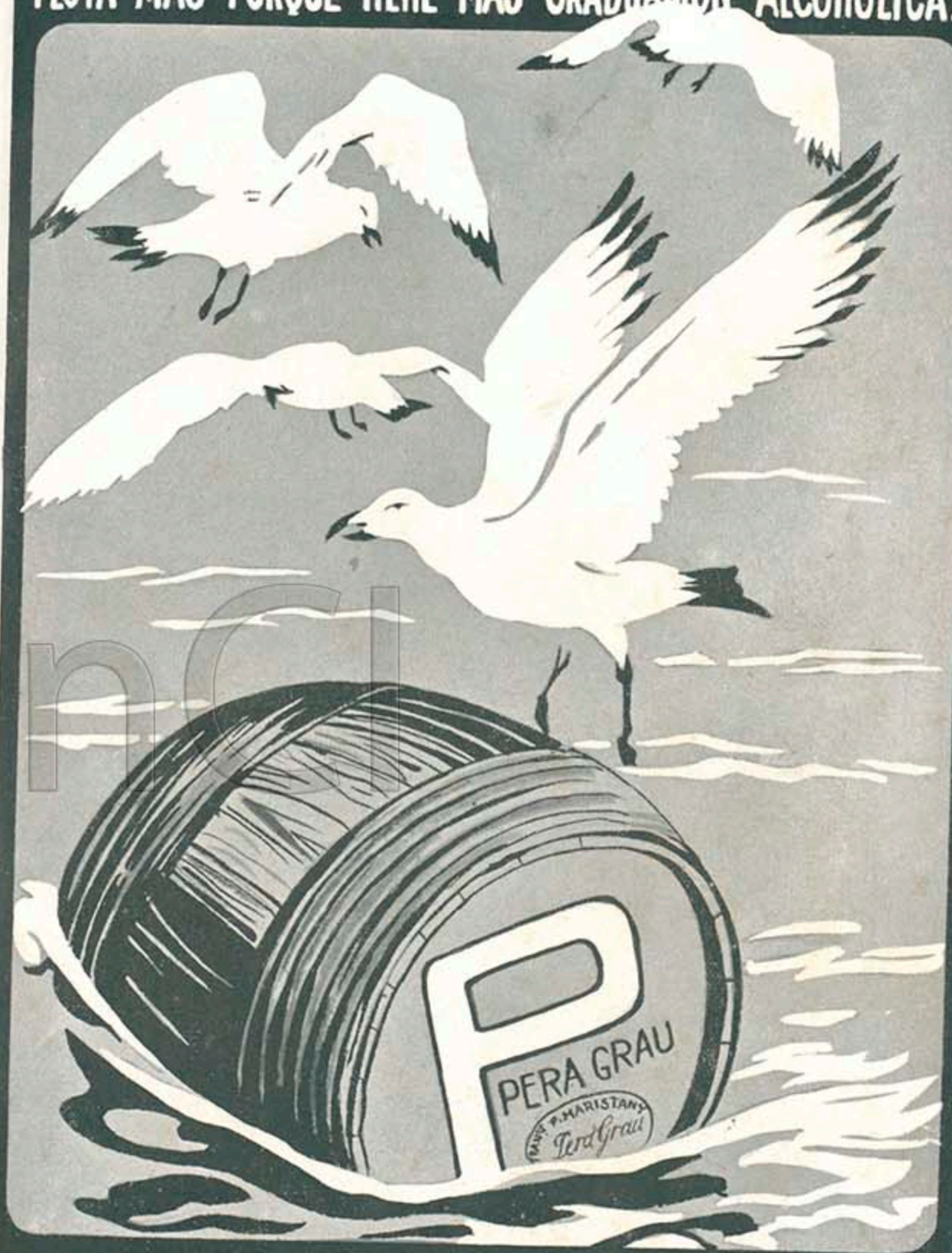
A. Ehrmann.

Lo mejor para el pelo  
**PETROLEO GAL**



Pedidos al por mayor á **E. GAL**, fábrica de perfumería  
MADRID

**FLOTA MÁS PORQUE TIENE MÁS GRADUACIÓN ALCOHOLICA.**



**Vino Priorato, Seco y Garnacha "PERA GRAU"**  
DE VENTA EN TODAS PARTES  
**LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO**



Relique d'Amour

LE PLUS ARTISTIQUE DES PARFUMS DE LUXE

LE PLUS PUISSANT DES PARFUMS TENACES

L. LEGRAND  
PARFUMERIE ORIZA  
11 PLACE DE LA MADELEINE PARIS

En boga en Paris - los deliciosos perfumes de  
MONNA VANNA

Monna Vanna!  
*j'ai deviné ses parfums gasants!*

R. Ehrmann.

AMBREDOR  
BOUQUET CAVALIERI  
LA VIOLETTE CARUSO  
LA ROSE MONNA VANNA  
LE BAISER SUPRÊME  
MADAME etc. etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA  
PARIS - NEUILLY, 122, Rue Borghèse.

ROSA CARUSO  
MADAME  
BRISA ECUATORIAL  
MAGNATICO

VIOLETA CARUSO  
MADEMOISELLE  
BOUQUET CAVALIERI  
ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN  
BUENOS-AIRES

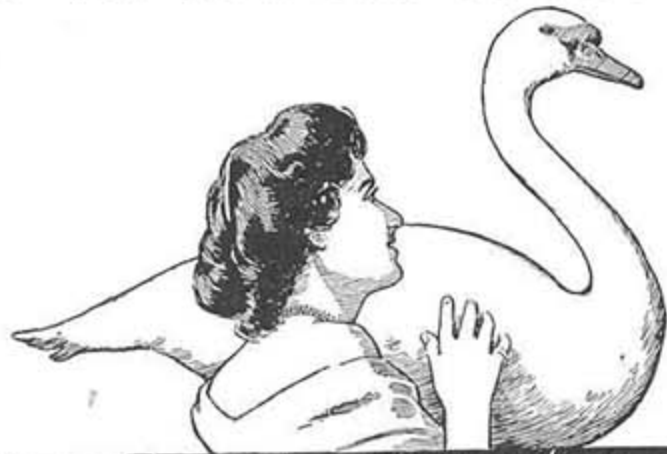
DEPOSITARIO EN  
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)

Alex. R. ZOCCOLA, # # # Lima 486.

Francisco L. Cabrera, Suc. # Sarandi 685/7.



# "SWAN SAFETY"



"SWAN"

PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES  
MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MABIE TODD & C<sup>o</sup>, 79-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS

## CRÊPE DE SANTÉ RUMPF

Exigir siempre esta marca de fábrica  
Paris 1900, Fuera de concurso, Miembro de jurado.  
La casa más antigua y apreciada en artículos para  
señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas  
(mangas cortas y largas) calzoncillos. Enaguas  
de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta  
en todos  
los  
grandes  
almacenes  
y buenas  
casas

Representante  
para la  
exportación a  
los países de  
la América  
del sur

E.H.EPP, 94 Rue Lafayette PARIS

## LINCRUSTA-WALTON



TENTURE  
LAVABLE  
RESISTE AUX CHOC

- PARIS -  
10, RUE DE LA PÉPINIÈRE - TEL. 591-35  
EXPOSITION 5. AC. DELL'OPERA - TEL. 237-06

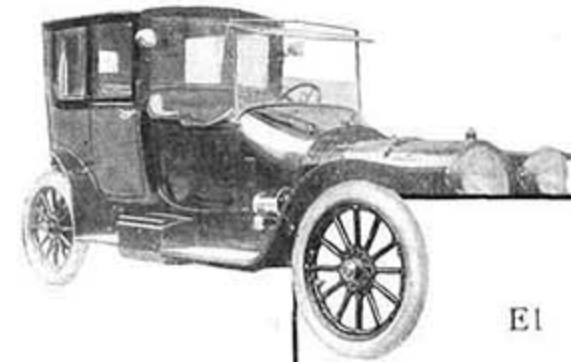
DEMANDER L'ALBUM - C -

AGENTE EN RIO DE JANEIRO  
(BRASIL)

Ed. SCHMIDT  
117, Avenida Central

¿Se caza con Escarpines?

¡No!



El  
NEUMATICO  
CONTINENTAL

se fabrica  
en varios tipos  
apropiados  
à sus  
diferentes usos.



¿Se baila con Borceguíes?

¡No!

# EL NEUMATICO CONTINENTAL

3 NERVADURAS  
es el Borceguí del Automóvil.

PARIS -- 146, Avenue de Malakoff



Fábrica de Coches

FUNDADA EN 1853

# RENÉ BRETEAU

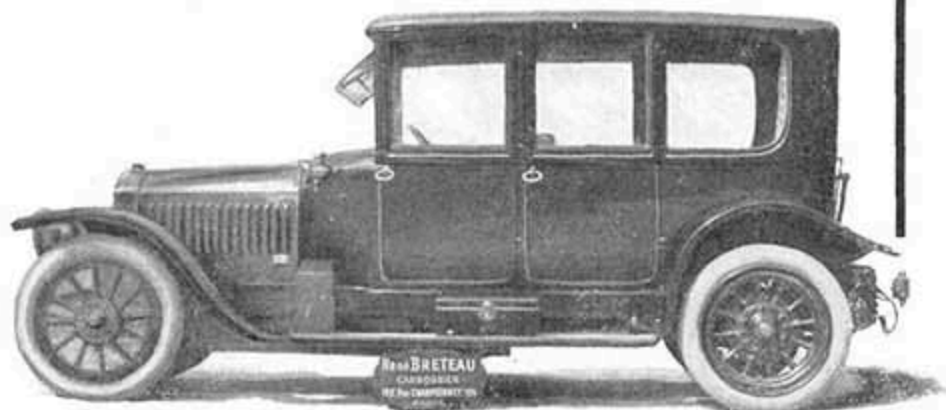
CARROCERIAS PARA AUTOMOVILES : TURISMO, CIUDAD, OMNIBUS,  
AMBULANCIAS, CARROS ALPINOS, FURGONES.

FUERA DE CONCURSO

Paris, 1900

GRAN PREMIO

BRUSELAS, 1910



PARIS — 162, 164, Rue Championnet — PARIS

Dir. Telegráfica : CARBRETO-PARIS. — Cod. A. Z.

**GOERZ Triéder Binocles**

Campo visual ampliado  
Claridad y plastica aumentada

De venta en todos los comercios del ramo.  
Notas de precios gratis.

Opt. Anst. **C. P. GOERZ** Akt.-Ges.  
BERLIN-FRIEDENAU 49

PARIS LONDRES VIENA NUEVA YORK

PIDASE EN TODAS PARTES  
EL EXQUISITO

**ANIS REQUENA**

Gran diploma de Honor en la Exposición de Buenos-Aires 1910

Gran premio en la Exposición del Tibidabo Barcelona 1911

REQUENA é HIJOS  
TARRAGONA ==  
== == == (España).

Muebles Higiénicos

**JUNCO ESMALTADO ROTEN**

Fabrica sin Sucursal

Manufacture Parisienne

Paseo de Gracia, 115, BARCELONA  
Provedores de la Compa Trasatlántica

## LA NÉA Nueva Faja del Dr. Fz. GLÉNARD. Patente A. L. Paris

(Exijase, en el interior de cada faja, la marca adjunta.)



**La Néa** es una faja creada por el Dr. Fz. Glénard. Este modelo nuevo posee una fuerza elástica degresiva, en el sentido de abajo arriba. Tal fuerza está rigurosamente comprobada, en cada ejemplar de faja, mediante la aplicación del dinamómetro. **La Néa** se abrocha por delante, y se gradúa, en lo que hace a la tensión necesaria, mediante un sistema nuevo colocado detrás, y dispuesto conforme a las indicaciones del Dr. Glénard, a cuya aprobación se somete cada modelo.

La faja que presentamos es la única que haya sido aprobada por el Dr. Glénard, y la única que legítimamente lleva como marca el nombre de este científico.

El empleo de la faja "**La Néa**", además de constituir un remedio contra ciertas y determinadas enfermedades, produce efectos saludables sobre la región abdominal, sosteniendo, sin por ello comprimirlos, todos los órganos que así conservan su lugar natural. Esta faja es de utilidad indiscutible para todos los ejercicios de "sport", pues evita la

fatiga, impide los dolores en los riñones, y reduce la excesiva extensión del abdomen.

El Dr. Glénard, y con él todo el colegio médico, certifican de que esta faja previene el descenso de la masa abdominal (ptosis) y la atonía de la órganos digestivos, evitando que los órganos cambien de lugar, como consecuencia de haberse realizado un esfuerzo violento.

Establecimientos **FARCY & OPPENHEIN**, Paris, 13, rue des Petits-Hôtels.

## "Elegancias" y su "Suplemento Práctico"

En el deseo de complacer a numerosísimas lectoras de "*Elegancias*", de quienes hemos recibido atentas súplicas, encareciéndonos la conveniencia de crear un suplemento práctico que viniera a completar la información de nuestra Revista femenina, nos apresuramos a complacer a tan distinguidas suscriptoras, ofreciéndoles desde luego, y adjunto con el número de "*Elegancias*" correspondiente al actual mes de Agosto, el primer ejemplar del citado suplemento.

Siendo "*Elegancias*" una revista de alta moda, el carácter de su suplemento ha de ser, ante todo, de provecho y de utilidad, sin por eso salir nunca del ambiente de distinción y de gusto que es la característica de nuestras ediciones.

En las páginas del "*Suplemento Práctico*", iremos ofreciendo a nuestras lectoras de "*Elegancias*" modelos de vestidos con su explicación; detalles de "toilettes"; modelos de peinados; muestras de labores; recetas y principios de arte culinario; y en suma, trataremos cuantos temas se refieren a la vida femenina y al arreglo del hogar, sin olvidar por ello a los niños, cuyos vestidos y cuyos cuidados serán objeto de una página especial.

En lo sucesivo, mejoraremos las condiciones de este suplemento, procurando que responda cada vez mejor a los deseos de sus lectoras, a quienes

suplicamos encarecidamente que nos honren comunicándonos cuantas indicaciones crean oportunas, y cuantas deficiencias puedan notar en nuestro trabajo, con objeto de atender las unas y enmendar las otras en la medida de lo posible.

En la sección de "*Consultorio*", que en breve abriremos en el "*Suplemento Práctico*" de "*Elegancias*", responderemos a cuantas consultas se nos hagan por carta.

Al mismo tiempo que este suplemento, tenemos el gusto de brindar a nuestras lectoras, en las páginas de "*Elegancias*", la colaboración asidua de la distinguida escritora parisiense Annie de Pére, cuyo último libro, "*Confidencias de Mujer*", ha producido verdadera sensación en los círculos literarios franceses. Annie de Pére consagrará a "*Elegancias*", a partir del actual número de Agosto, una crónica mensual dedicada a la Mujer. Esta crónica va ilustrada con preciosas composiciones de los más afamados dibujantes.

Tales son las importantes mejoras que hemos introducido por ahora en la edición de "*Elegancias*", y que sólo son comienzo de las sucesivas e incesantes que nos proponemos llevar a cabo, en obsequio de las damas que distinguen a nuestra Revista con su preferencia.

LOS EDITORES



# EVIAN-LES-BAINS

La más bella entre las estaciones veraniegas, junto al lago de Ginebra. Lugar de cita para la más alta sociedad francesa y extranjera.



TEMPORADA  
Mayo - Octubre

ESTABLECIMIENTO  
TERMAL

CASINO Y TEATRO

TIRO DE PICHON

TENNIS Y GOLF

CAZA Y PESCA

ALPINISMO

Bebed agua "EVIAN-CACHAT"



SOCIEDAD FRANCESA  
:: DE ESCULTURA ::  
DE ARTE EN MARMOL

Preferido por lo mejor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS  
:: PARA DECORACIONES ::  
DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES  
DE GRANDES DIMENSIONES  
:: :: :: PARA :: :: ::  
VESTIBULOS Y JARDINES

Catálogo ilustrado, precio 2 francos,  
á las personas que lo soliciten

TRABAJOS DE MARMOLERIA, PRECIOS  
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C<sup>ie</sup>, 10, Rue de la Paix, Paris

# B.R.C

LUZ PARA  
AUTOMOVILES

# FAROS

GENERADOR ALPHA

# DYNAMO

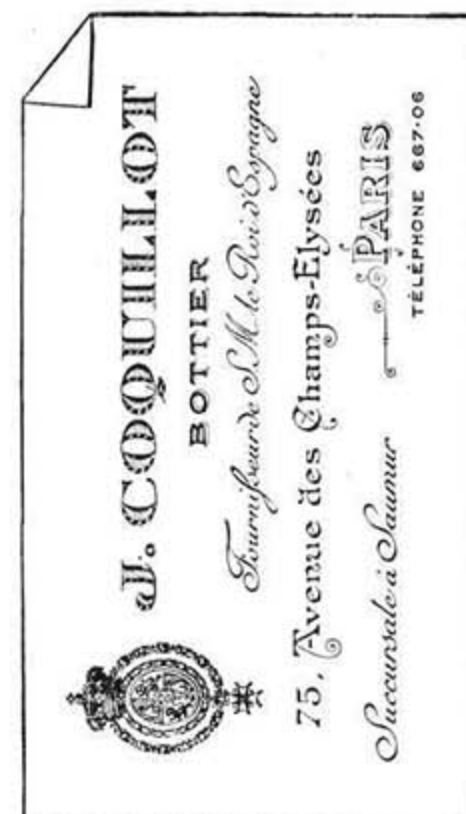
DEPOSITOS Y CONCESIONAROS

ARGENTINA } BANQUE AUTOMOBILE 731 Maipú BUENOS-AYRES  
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini, "  
LABORDE & C<sup>ie</sup> 368, San Martín "  
RECHT & LEHMANN 815, Concallo "

ESPAÑA } BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID  
PORTUGAL }  
MEJICO DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MEJICO

# B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C<sup>o</sup>  
67, Boul<sup>d</sup> de Charonne, PARIS.



## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS,  
:: FUNDADA EN 1864, EN PARIS, ::  
:: RUE DE L'ARCADE, 59 ::

CAPITAL: 12.000.000 COMPLETAMENTE  
:: :: :: VERTIDOS :: :: ::  
CONJUNTO DE GARANTIA: 80.000.000  
La compañía ha pagado desde su  
fundación más de doscientos mi-  
:: :: llones de siniestros :: ::

Seguros contra accidentes de todas  
naturalezas: Automóviles — Do-  
mésticos — Individuales — Respon-  
:: :: sabilidades — Civiles :: ::

Condiciones especiales para seguros tempo-  
rales á los extranjeros que residen en Francia.





De construcción diferente  
é incomparable resistencia  
son los neumáticos  
**con cuerdas**

# PALMER

152, avenue Malakoff, Paris



El **SPEEDOMETER**  
**A.T.**  
PARA  
**AUTOMOVILES**

es el Contador más **EXACTO**  
el más **ELEGANTE**  
De venta en todas partes el más **DURABLE**

PEDIR EL CATALOGO ILUSTRADO A :

**LOUIS A. WERNER,** 38 bis, Av. de la Grande-Armée  
PARIS

.. .. Elegante .. ..  
Residencia de Campo

## COMPIÈGNE

A distancia de hora  
.. y media de París ..



Situada en la  
linde  
del bosque.  
Servida  
por trenes  
expresos.

Excelentes  
caminos  
de  
automóvil.

... HOTEL Y ...  
RESTAURANT **ROND ROYAL** Lugar de reunión de  
todas las elegancias.

# GANT NEYRET

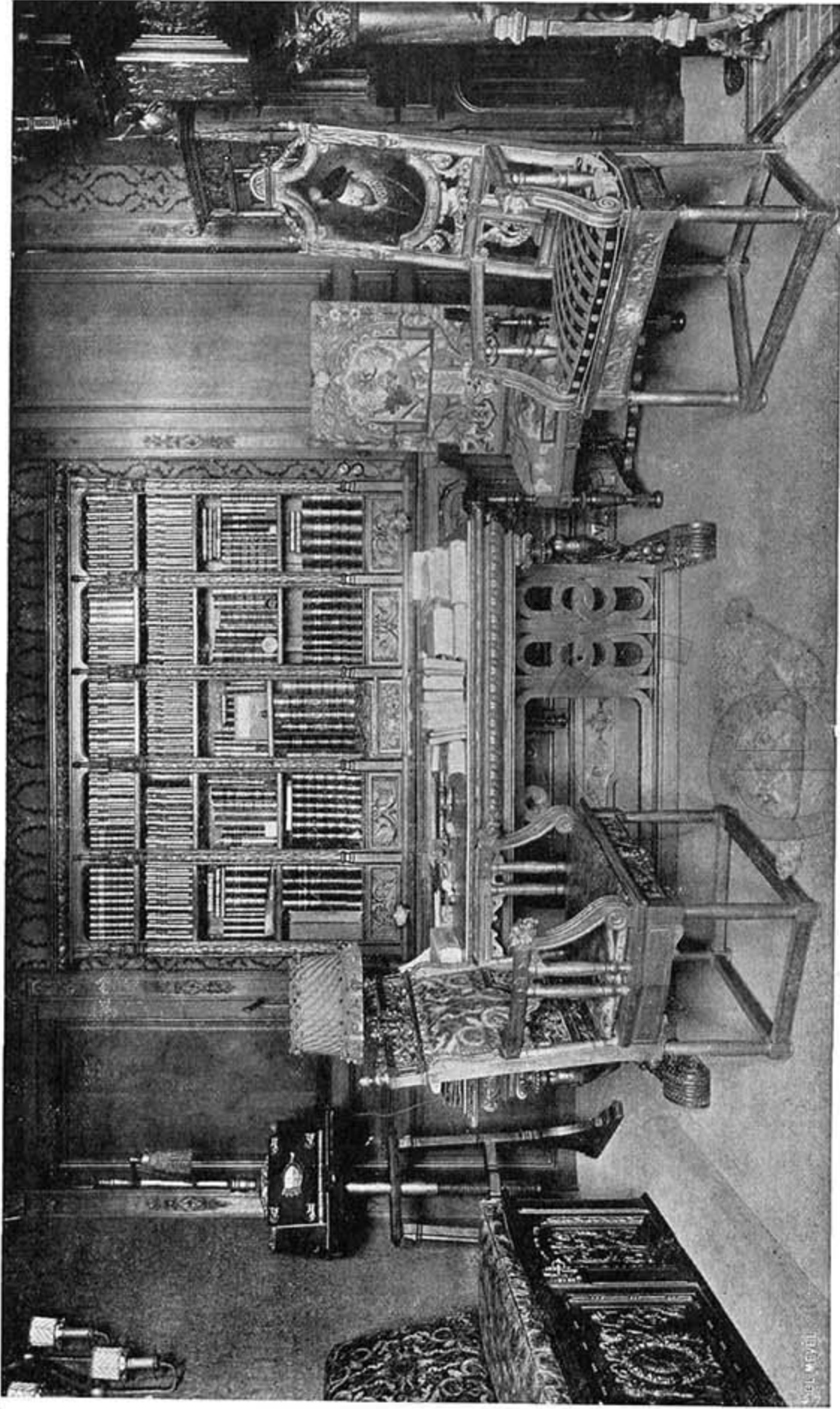
MARQUE  DÉPOSÉE

17 Rue d'Uzès  
PARIS

FABRICACIÓN FRANCESA  
DE GUANTES DE PUNTO  
Especialidad en guantes de seda pura

De venta en todas las almacenes importantes





UNA SALA DE EXPOSICION  
DE LA CASA

**MERCIER FRERES**

MUEBLES, DECORACIONES

100, FAUBOURG ST-ANTOINE  
PARIS.

PROYECTOS SOBRE PEDIDO.

Sucursal en LILLE, 179, rue Nationale.

*¡ El Tango triunfa en todas partes !*

Hommage à M. GUIDO, Anarchiste de "MUNDIAL" et "ELEGANCIAS"

**Elegancias**  
NOUVEAU  
TANGO ARGENTIN

Depósito para la América del Sud :  
**Société des Editions et Compositions Musicales**  
817, Avenida de Mayo, BUENOS-AIRES

PIANO SEUL  
2<sup>nd</sup> et 2<sup>nd</sup> rel.

ORCHESTRE  
2<sup>50</sup> rel. 2<sup>nd</sup> rel.

PAR  
**AG. VILLOLDO**  
compositeur du  
"VRAI TANGO ARGENTIN, EL CHOCLO"  
ET DU CÉLÈBRE TANGO "L'ESQUINAZO..."

ÉDITIONS EDOUARD SALABERT  
(FRANCIS SALABERT)  
22, Rue Chauchat, 22, PARIS  
Londres J.B. Laffont and Son, 47, Wardour St. W.

Depósito para la América del Sud :  
**Société des Editions et Compositions Musicales**  
817, Avenida de Mayo, BUENOS-AIRES

El célebre compositor argentino, el Maestro VILLOLDO, acaba de componer el nuevo Tango

**“ ELEGANCIAS ”**

dedicado a todos los lectores de nuestro "Magazine", el cual está haciendo ya furor en todos los cursos de danza parisienses.

La pieza para piano será remitida bajo recepción de **2 francos**, dirigidos al  
**Editor SALABERT, 22, Rue Chauchat, Paris,**

en cuya casa se encuentran todos los éxitos a la moda.





**¡ CUIDADO, SEÑORA !**

Vd. empieza a engordar y engordar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas, dos grajeas de **THYROIDINE BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo.

MEDICAMENTO EFICAZ E INOFENSIVO. Exigiendo: Thyroidine Bouty. Para recibir gratis el Folleto explicativo, dirijirse: Laboratorios BOUTY, 3<sup>ma</sup>, Rue de Dunkerque, PARIS.

ARTICULOS DE ARTE  
EN HIERRO FORJADO  
Y BRONCE

**H. VIAN**  
HAAS & Cie Succ.  
5, rue de Thorigny, 5  
(Hôtel de Juigné)  
PARIS

MARMOLES - BARROS

Especialidad en reproducciones de  
modelos antiguos.



CONTADORES DE VELOCIDAD "Watford"



Tipo 717  
Indicador de velocidad,  
Contador totalizador.  
**125 frs.**



Tipo "Magister"  
Indicador de velocidad,  
Contador diario y totalizador.  
**140 frs.**

Precisión rigurosa.

SOLIDEZ

TRANSMISION  
Resistente á toda clase  
de pruebas.

20 Tipos diferentes.

Tipos especiales  
para  
motocicletas.

Tipo especial para camiones y para coches industriales.

Tipos de lujo, combinados  
con relojito, con marcha para 8 dias.

Los contadores "Watford" están contruidos por la Watford Speedometer Co., una de las más antiguas casas de Europa en esta especialidad.

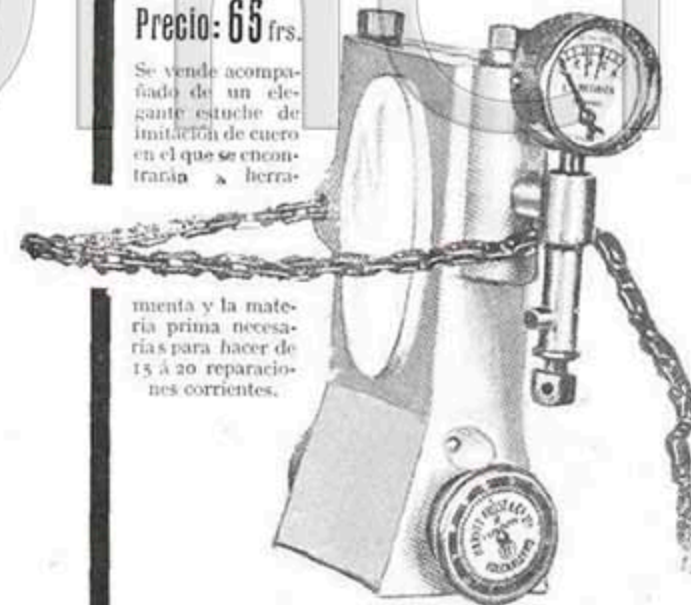
Pidase el catalogo especial "Watford".

VULCANIZADOR PORTATIL  
"BIJOU"

El más ligero, el menos molesto, y el más barato de todos los vulcanizadores portátiles.

Precio: 65 frs.

Se vende acompañado de un elegante estuche de imitación de cuero en el que se encuentran a herri-



menta y la materia prima necesarias para hacer de 15 á 20 reparaciones corrientes.

Repara las cámaras de aire y las cubiertas de toda clase de secciones.

Nueva Pera de goma "PARABAND"

ECONOMIA !!!

DESCRIPCION:

El tabique de esta pera no tiene uniones ni soldaduras. Se fabrica mediante un procedimiento patentado, en un molde de una composición especial, este molde se disuelve así que la pera queda vaciada, quedando el caucho extendido en una capa muy delgada y elástica. Una montura especial permite la adaptación de toda clase de boquillas, viejas ó nuevas, con lo que esta pera queda á la disposición de todo el mundo.

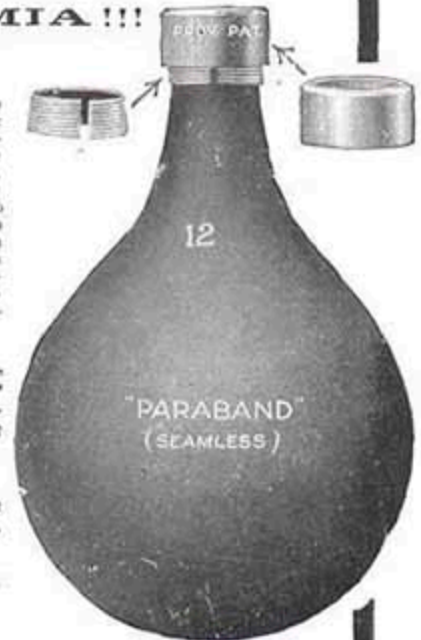
¡ AUTOMOVILISTAS !  
La Pera de goma Paraband dura 5 veces más que cualquiera otra.

Adoptada por las compañías de Autobus y de Taxis de Londres.

PRECIOS ESPECIALES AL POR MAYOR.

PRECIO DE LA PERAS DE GOMA "PARABAND"

	Nº 5	Nº 6	Nº 8	Nº 10	Nº 12	Nº 14
Con tuerca y boquilla...	6	8	9	9 25	9 75	11 50
Con tuerca y sin boquilla.	5 50	7 40	8 50	8 75	9 25	11 "



**MESTRE & BLATGÉ**

LA CASA MAS IMPORTANTE DEL MUNDO, PARA ACCESORIOS DE AUTOMOVILES

46, Avenue de la Grande Armée, PARIS

AUTOMOVIL - AVIACION - CICLO - SPORTS



# HALL DU VOYAGE

18, rue des Pyramides, PARIS

FABRICA  
de MALETAS, SACOS y VALIJAS  
CESTAS para TÉ y LUNCH

MALETAS ARMARIOS de todos modelos

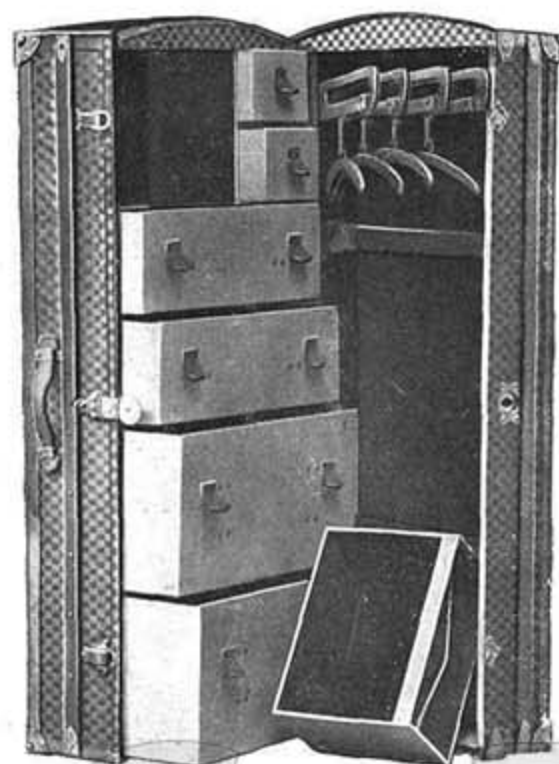
Las más ligeras

Las más robustas

Las más prácticas



MARROQUINERIA  
RELOJERIA



## LOS SAQUITOS PARA EL TOCADOR DEL Doctor DYS

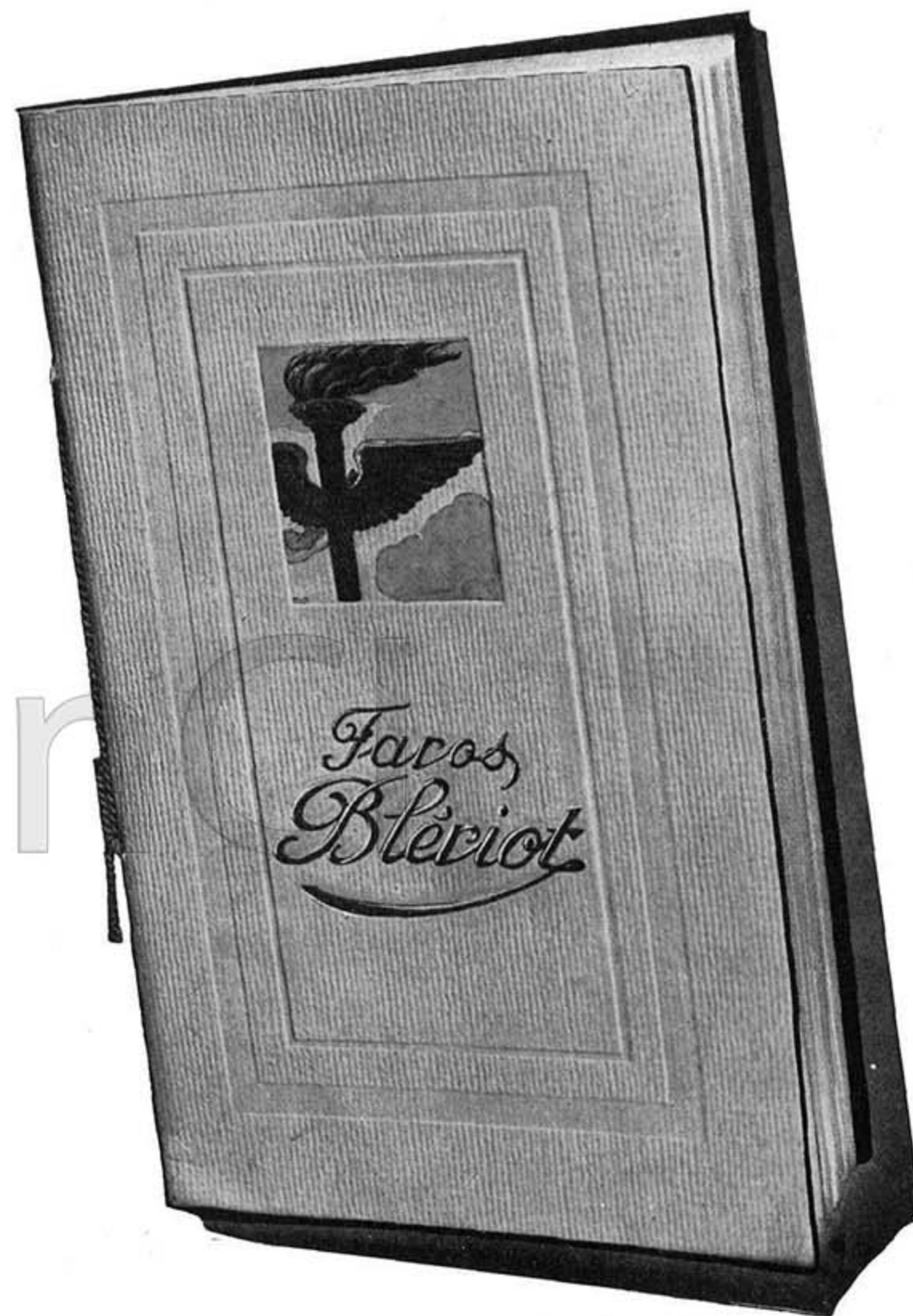
Dan á la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros dias de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envio franco del librito explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

**V. DARSY**

54, Faubourg Saint-Honoré  
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.  
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.  
BUDAPEST, 19, Váci utca.  
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

*Evitar las imitaciones.*



Este catálogo se envía franco, sobre demanda,  
á la **SOCIÉTÉ BLÉRIOT**, 16, rue Duret, PARIS



**AMOUR  
DE NYMPHES**

PARFUMERIE D'ESTRÉE  
16 Rue St-Croix de la Bretonnerie - PARIS

A. Ehrmann

DEPOSITARIOS EN MONTEVIDEO :

Casa TOGORES — F. L. CABRERA, Suc., Sarandi 685-7



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS  
DEPOSITARIO PARA EL URUGUAY:  
B. & N. SOLARI, Salto.

**RMS** THE ROYAL MAIL  
STEAM PACKET CO

VAPORES de LUJO  
*Salen de*  
SOUTHAMPTON  
y CHERBOURG  
*Cada Viernes para*  
BRASIL, ARGENTINA  
y URUGUAY.  
*Tocando en*  
ESPAÑA, PORTUGAL  
y MADERA

*Agentes en Paris*  
Geo. DUNLOP & Co. 4, Rue Halévy.

**AULD REEKIE**  
SCOTCH TAILORS

10, RUE DES CAPUCINES & 2, RUE VOLNEY, PARIS

CASA FUNDADA  
EN 1864



TELEFONO  
CENTRAL: 73-65

.. HIGH CLASS TAILORS..  
GÉNEROS SUPERIORES . CONFECCIÓN PERFECTA



**AMOUR  
DE NYMPHES**

PARFUMERIE D'ESTRÉE  
16 Rue St-Croix de la Bretonnerie - PARIS

A. Ehrmann.

DEPOSITARIOS EN MONTEVIDEO :

Casa TOGORES — F. L. CABRERA, Suc., Sarandi 685-7



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS  
DEPOSITARIO PARA EL URUGUAY:  
B. & N. SOLARI, Salto.

**RMS** THE ROYAL MAIL  
STEAM PACKET CO

VAPORES de LUJO  
*Salen de*  
SOUTHAMPTON  
y CHERBOURG  
*Cada Viernes para*  
BRASIL, ARGENTINA  
y URUGUAY.  
*Tocando en*  
ESPAÑA, PORTUGAL  
y MADERA

*Agentes en Paris*  
Geo. DUNLOP & Co. 4, Rue Halévy.

**AULD REEKIE**  
SCOTCH TAILORS

10, RUE DES CAPUCINES & 2, RUE VOLNEY, PARIS

CASA FUNDADA  
EN 1864



TELÉFONO  
CENTRAL: 73-65

.. HIGH CLASS TAILORS..  
GÉNEROS SUPERIORES . CONFECCIÓN PERFECTA



El mejor y el más completo de los diccionarios españoles.

*Éxito Inmenso.*

# PEQUEÑO LAROUSSE

## ILUSTRADO



Contiene, en un magnífico volumen de 1.528 páginas :  
**El vocabulario completo** del diccionario de la Academia Española, con las palabras técnicas y científicas, y los modismos vulgares de uso corriente ; las palabras extranjeras adoptadas por el uso ; los **sinónimos** ; los **proverbios** ; y la gramática con la conjugación de los verbos, así como más de 9.000 **americanismos**.

**Las locuciones latinas y extranjeras.**

**Un diccionario histórico, geográfico y literario**, especialmente documentado para todo lo que se refiere a España y a la América española.

**Un compendio enciclopédico** sumamente sustancial.

**5.900 grabados, 200 cuadros enciclopédicos**, muchos de ellos en colores, y **102 mapas**, de los cuales **7 tirados en color**.

Encuadernado en tela (tapas artísticas en tres colores) . . . 9 frs.  
 Elegantemente encuadernado en piel, con título dorado . . . 12 frs.  
 (Añádase 1 franco para gastos de correo)

De venta en todas las librerías y en la

**Librería LAROUSSE**, 13-17, rue Montparnasse, Paris (6°)

*Se envía prospecto muestra á quien lo solicite*

Reproducción en tamaño muy reducido.  
 (Dimensiones reales 13,5 x 20 %.)

Casa MAES Aîné

Medalla de oro 1900

DAMON & C<sup>ie</sup>

SUCESORES

Manufactura de lámparas de  
 todas clases, para alumbrado.

17, Rue Saint-Gilles

PARIS

# — FAROS — DUCÉLLIER

— PARA —  
 AUTOMOVILES  
 — DE —  
 GRAN LUJO  
 Y CARRUAJES



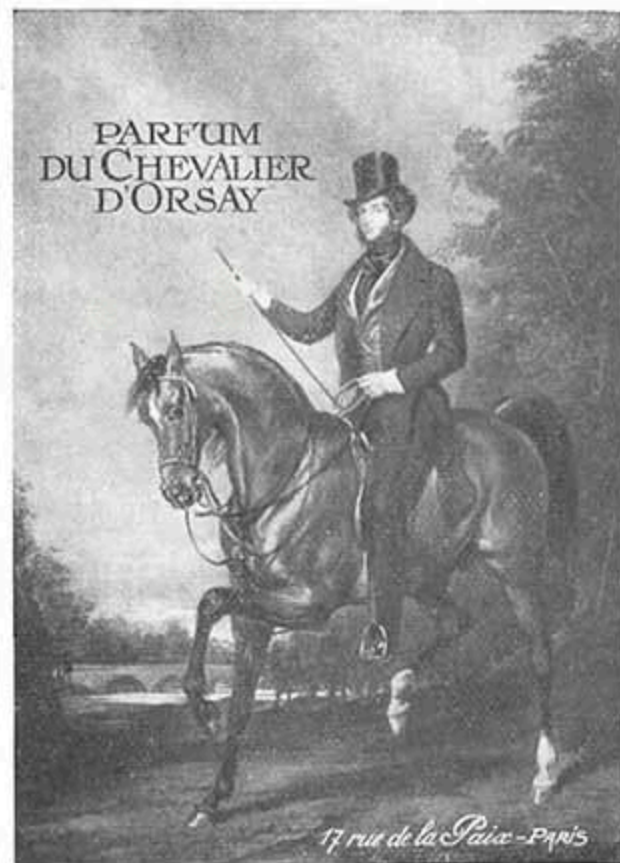
LOS FAROS DUCÉLLIER  
 TIENEN EL BRILLO DEL SOL





FOTO L. G. A.

ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**  
 .. 277, Rue Saint-Honoré, Paris ..



PARFUM  
DU CHEVALIER  
D'ORSAY

17 rue de la Paix - Paris

## PERFUMERIA

EXTRA-FINA



### T. JONES

23, Boulevard  
des Capucines  
PARIS

### Veni-Vici

&amp;

### Gai-Paris

PERFUMES INCOMPARABLES

## Raqueta "DRIVA"

fabricada por

### WILLIAMS & C<sup>o</sup>

1 et 3, Rue Caumartin, PARIS



En todo el mundo conocida por la excelencia de sus primeras materias, su tensión perfecta, la perfección de su equilibrio y los brillantes resultados obtenidos con ella.

Adoptada por los mejores jugadores del mundo entero

Los hombros están especialmente reforzados de manera que, sin disminuir la elasticidad ni aumentar el peso, el marco no puede prácticamente romperse.

**CAMPEONATOS GANADOS CON LA "DRIVA"**  
 Campeonato del Mundo (Dobles),  
 Campeonato de Francia  
 (7 años consecutivos)  
 Campeonato de Inglaterra (C.C.)  
 All Comers Singles, Wimbledon  
 Campeonato de Alemania  
 Campeonato de Bélgica, de Suecia  
 y otros muchos.

ACCESORIOS Y TRAJES

para LAWN-TENNIS, GOLF, FOOTBALL  
y todos los demás DEPORTES

Catálogo (G) franco.

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

# MONDIAL

## MAGAZINE

Dirección telegráfica :  
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :  
**RUBEN DARIO**

Secretario de la Redacción :  
CARLOS LESCA

TELEFONOS  
 Dirección y Administración :  
 Louvre 0-36  
 Redacción y Publicidad :  
 Bergère 43-34

## SUSCRIPCIONES

FRANCIA  
 6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO  
 6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO  
 Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

### AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guinzá & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

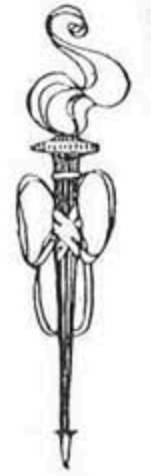
SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina e Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



ARGENTINA  
 • BOLIVIA  
 • BRASIL  
 • CHILE  
 • COLOMBIA  
 • COSTA RICA  
 • CUBA  
 • REPUBLICA DOMINICANA  
 • ECUADOR  
 • ESPAÑA  
 • FILIPINAS  
 • GUATEMALA



HAITI  
 • HONDURAS  
 • MEXICO  
 • NICARAGUA  
 • PANAMA  
 • PARAGUAY  
 • PERU  
 • PUERTO RICO  
 • PORTUGAL  
 • REPUBLICA DEL SALVADOR  
 • URUGUAY  
 • VENEZUELA



## SUMARIO

CUBIERTA por H. ANGLADA CAMARASA.  
Retrato de la Sta. SONIA DE KLAMERY.

COMO ATRAVESÉ EUROPA EN AEROPLANO, por BRINDEJONC DES MOULINAIS.. . . . .	297
HOMBRES Y PAJAROS, por RUBEN DARIO.. . . . .	305
DE CARA AL MAR, cuento de ALFONS MASERAS, ilustrado por FALGAS..	310
LA SORTIJA ENCANTADA, poesías de JULIO HERRERA y REISSIG, con ilustraciones de LARRAYA.. . . . .	315
EL CONCURSO DE MUNDIAL Y ELEGANCIAS . . . . .	318
EL ENCANTO DE MASR-EL-KAIRA, por E. GOMEZ-CARRILLO. . . . .	319
CABEZAS. — ALBERTO DEL SOLAR, por RUBEN DARIO . . . . .	328
LA EVOLUCION DEL TANGO. — Dos dibujos de FEDERICO RIBAS. . . . .	330
FLIRT, cuento de PEDRO FERRER GIBERT, ilustrado por HEMMINGS. . . . .	332
¿QUE HORA ES?, por ANTONIO G. DE LINARES. . . . .	336
ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA, ilustrada por PARYS . . . . .	346
LA MUJER EN EL ARTE DE H. ANGLADA CAMARASA, por Atl. . . . .	357
EL CASTILLO, cuento de V. LILLO, ilustrado por HEMMINGS. . . . .	363
CRONICA DE PARIS, por V. GARCIA CALDERON. . . . .	367
TARDE, continuación de la novela de JORGE HUNEEUS, ilustrada por BASTÉ. . . . .	372
EL TEATRO EN PARIS, por GOMEZ-CARRILLO.. . . . .	384
EN HONOR DE EUGENIO GARZON.. . . . .	389
EL GENERAL FRANCISCO MIRANDA. . . . .	390
UN RENOVADOR DEL ARTE DECORATIVO, por ARNALDO DE VILLANUEVA. . . . .	391
ELEGANCIAS MASCULINAS.. . . . .	392

(No se devuelven los originales.)

### En el próximo número :

HACER POR HACER, por ZORRILLA DE SAN MARTIN. — MUSA NUEVA, poesía de FRANCISCO VILLAESPEA. — Interesantes artículos de información sobre RUMANIA, — EL PARIS QUE TRABAJA, etc., etc.

# Como atravesé Europa en Aeroplano

Por BRINDEJONC DES MOULINAIS

Tenemos la alegría de poder dar a nuestros lectores, el primor del relato del vuelo prodigioso que hizo a través de Europa el joven y valiente aviador Brindejone des Moulinais. Es una gloria para un periódico contar con colaboradores que sean héroes. Esa suerte, que fué rechazada a otros muchos colegas nuestros, la obtuvimos, porque Brindejone comprendió de qué interés sería para los pueblos de América, para esos latinos de allende los mares, el relato de las proezas de un latino de Europa.

Habia que ver la seguridad y la serenidad del aviador cuando partió de París. Como las exigencias del tiraje no nos debían permitir aguardar su regreso a París, insistimos para que nos enviase el artículo por correo. Calculando las fechas, nos dijo :

— Está bien. Les escribiré desde Estokolmo.

Y así fué. Es esa carta sencilla y heroica que publicamos.

No sin cierta emoción doy comienzo a estas líneas, en las cuales he de hablar de aquellos hechos, llevados a cabo por mí, que han merecido por parte del público la denominación excesivamente halagüeña de proezas.

En Francia, en España, en Alemania, en Rusia, en Suecia, en Inglaterra y en Bélgica, he sido objeto de tales atenciones y de tantos agasajos, que temo, fundadamente, caer en el pecado tan frecuente como trivial de una vana pretensión.

Y sin embargo, nada de lo que he hecho puede considerarse como un acto de heroísmo. He realizado mis vuelos sencillamente, modestamente, porque me es un placer el volar, y porque nada me es tan grato como

el cruzar los espacios a bordo de mi aeroplano.

Por tales causas he puesto mis energías al servicio de la aviación, y hago cuanto me es dado en pro de sus adelantos y de su difusión.

¿Cómo llegué a ser aviador?... A ello me indujo la admiración que me inspiraba Garrós. Hace tres años pasaba yo mis vacaciones en Dinard, y me preparaba a reanudar en breve mis estudios, cuando bruscamente tomé la resolución de abandonar los libros y las aulas para dedicarme al manejo y pilotaje de aeroplanos. Fué en una tarde de verano, y contemplando las evoluciones magistrales del « recordman » de Túnez-Roma, cuando se me ocurrió tal idea, que pronto se convirtió en una decisión inquebrantable : la de ser aviador.



Pero si el adoptar esta resolución fué para mí cosa fácil y rápida, me fué en cambio difícilísimo el convencer á mis padres de que prestaran su autorización á tal proyecto. Al fin, y tras de no poca insistencia mía, consintieron en facilitarme un crédito para la adquisición de un aparato, pero como imaginaban que mi deseo no pasaría de ser un capricho fugaz, no quisieron comprarme un aparato serio — como es necesario para un verdadero aviador — y sólo me facilitaron el pequeño modelo de la « Demoiselle » Santos-Dumont.

De tal modo, debuté á semejanza de Garrós y de Audemars, mis ilustres mayores. He de confesar que este aparato caprichoso, que funcionaba tan sólo cuando quería, y que me ponía en apuros tremendos, me sirvió para aprender á luchar contra el viento y á conservar la estabilidad. Cier to es que caí muchas veces, pero en tanto que mi pequeño aeroplano no se hizo trizas por completo, procedí á las reparaciones más urgentes, y en seguida volví á emprender la conquista de los cielos. Así fué como, siguiendo el ejemplo de Garrós y de Audemars, conseguí hacerme aviador, sin necesidad para ello de gastos extraordinarios.

Después de la « Demoiselle », compré un monoplano, pero este aparato no me dejó más que malos recuerdos, y á bordo de él estuve á punto de matarme, cayendo sobre una grúa, en los bordes del Sena, y escapando con vida de tal accidente por verdadero milagro.

Renuncié, pues, á este aparato por apego á la vida, y entonces comencé mis experiencias con otro modelo.

No he de hacer aquí la reseña de todos mis vuelos sobre el campo. La narración resultaría enojosa por lo prolija, y faltarían de

ella muchos episodios que he olvidado por completo.

Desde que conseguí el dominio del aparato y de los elementos, me dediqué á totalizar kilómetros de recorrido sobre diversos países. Recordaba la máxima de que nada instruye á la juventud tanto como los viajes, y he viajado cuanto he podido, lo suficiente, si se tiene en cuenta que acabo de cumplir veinte años.

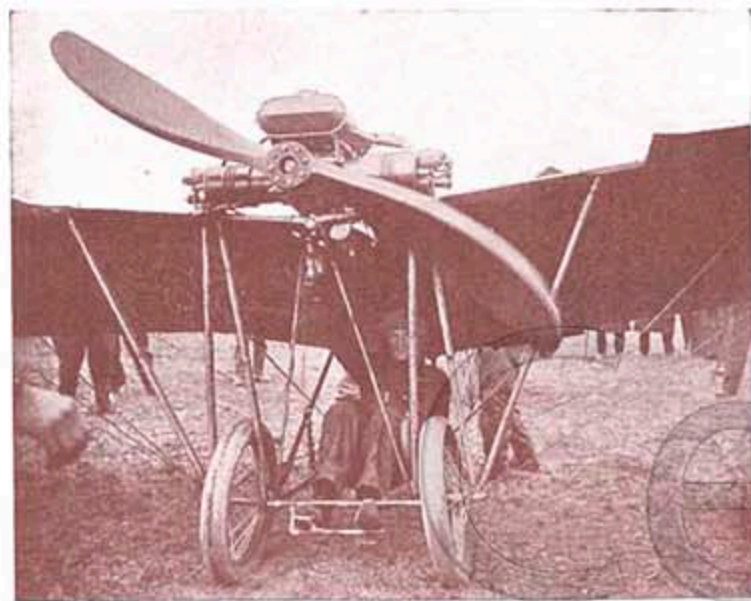
Hablaré, pues, de mi campaña de 1913, que es, á mi juicio, la más interesante que he realizado.

Durante el año pasado, me persiguió la mala suerte, hasta el punto de que fracasaron todos mis « raids », á causa de otros tantos incidentes desgraciados. Pese á ello, fui el primer aviador que, saliendo de París, tomó tierra en Alemania. Como es lógico, la gloria de este viaje, antiguo ya (data de tres meses) no me duró mucho tiempo, y fué eclipsada pocos días después por Audemars,

quien voló hasta Berlín, é hizo hablar de él lo bastante para que dejara de hablarse de mí.

En el « Grand Prix » de Anjou, Garrós se portó como un héroe luchando contra la tormenta y contra la lluvia, y consiguiendo una victoria histórica por ser el único que se atrevió á luchar contra los elementos, dejando atrás á 31 pilotos expertos, que no se atrevieron á seguirle.

Durante aquella prueba, yo volé también, pero en lugar de salir á las 9 de la mañana, como lo hizo Garrós, sólo emprendí la marcha pasado el medio día. Disponiendo de un aparato más rápido que el de mi amigo, esperaba adelantarle, ó por lo menos, llegar el segundo. Recorrí el itinerario sin inconveniente, pero llegué á la meta cuatro minutos después de retirarse los cronometradores. Estos cuatro minutos de retraso me privaron de



Los debuts de Brindejone, con un aparato « Demoiselle Santos-Dumont », único modelo reducido que los padres del aviador consintieron en adquirir, juzgando que la vocación de su hijo sería tan sólo un capricho pasajero.

la mala suerte, hasta el punto de que fracasaron todos mis « raids », á causa de otros tantos incidentes desgraciados. Pese á ello, fui el primer aviador que, saliendo de París, tomó tierra en Alemania. Como es lógico, la gloria de este viaje, antiguo ya (data de tres meses) no me duró mucho tiempo, y fué eclipsada pocos días después por Audemars,

obtener el segundo lugar en el « raid », é inutilizaron todos mis precedentes esfuerzos. En cambio, mi admiración hacia Garrós se centuplicó en aquella inolvidable y ruda jornada.

Esto ocurría en la última parte de 1912.



Caída de Brindejone sobre una grúa, á orillas del Sena. Brindejone, que ensayaba su primer monoplano de gran modelo, estuvo á punto de matarse en tal caída. Esta experiencia le decidió á comprar el aparato con el cual acaba de llevar á feliz término su estupenda proeza.

Por fortuna, el año siguiente había de compensarme de las desventuras sufridas, sin que esto quiera decir que tal año haya sido para mí una ininterrumpida serie de éxitos, ni mucho menos.

Especialmente, la copa Pommery ha sido para mí causa de no pocas desilusiones. En la última prueba he realizado el viaje París-

Berlín-Varsovia, merced al cual soy detentador provisional de dicho premio. Pero no me sorprendería nada que, de aquí al 31 de octubre próximo, cualquiera de mis compañeros me aventajara, cubriendo una distancia mayor á la de los 1.500 kilómetros de mi recorrido. Y sin embargo, he de confesar que en mi vuelo París-Varsovia, agoté todos mis recursos de energía.

Este viaje responde á un plan madurado desde hace bastante tiempo, y según el cual me propuse recorrer en aeroplano las principales capitales de Europa. En consecuencia, me tracé un plan metódico pasando de lo sencillo á lo complejo, y comencé por visitar á nuestros amigos de Bruselas, y á los de Londres después. No constituían estos viajes ninguna proeza extraordinaria, pero los llevé á cabo con fortuna, y aquel « raid » de 1.000 kilómetros me valió entusiastas elogios de la prensa. En vista de este feliz éxito, decidí continuar en mi propósito, y adopté como itinerario el de París-Madrid, ida y vuelta, por Burdeos y Burgos al ir, y por Barcelona y Lyon al volver.

Con lo que no contaba, al trazar este itinerario, era

con mi tradicional mala suerte, que apareció en forma de infortunables aguaceros, inundando mi magnetófono é imposibilitándome para seguir viae, cuando tocaba casi á la meta. Salí de París con tiempo soberbio, pero llegué á Burdeos bajo una lluvia tenaz, mezclada con granizo, que me hería en la cara haciéndome sangrar. Al día



siguiente partí para Biarritz, en donde almorcé, siguiendo luego camino de España. Al llegar á Tolosa, la tormenta arreció de tal manera, que me vi en la necesidad de tomar tierra en un campo rodeado de postes telegráficos. Para tomar vuelo de nuevo, me fué preciso hacer cortar uno de los postes. Llegué á Vitoria como pude, y allí hubé de hacer escala. Salí al día siguiente, pero á media jornada mi motor dió en pararse, sin que fuera posible ponerlo de nuevo en marcha. Me vi obligado á tomar tierra, y lo

hice con tan mala fortuna, que el aparato se empotró en un barrizal, y fueron menester tres horas de trabajo y el auxilio de los campesinos para libertarlo. Al fin, pude hacerlo llevar á lo alto de una colina, pero el motor continuaba negándose á funcionar. Abandoné pues el aparato, y acepté el ofrecimiento de un automovilista que pasaba, el que me brindó su coche para ir á Burgos. En

Burgos tomé el tren para ir á buscar socorro á Vitoria, volviendo en el mismo día con un mecánico. Pero todos los esfuerzos hechos para poner al motor en marcha fueron vanos, y hubimos de desmontar el aeroplano para poderlo guardar en una granja, á dos kilómetros del lugar del aterrizaje.

Me vi en la imprescindible necesidad de avisar por telégrafo á mi mecánico, que vino desde París, quien necesitó varios días para desmontar por completo el motor, y ponerlo en condiciones de servir. Así estuve inmovilizado desde el 26 de Marzo hasta el 1º de Abril. Este día marché al fin. Salí de Burgos á los 9 de la mañana, luchando siempre con la mala marcha de mi motor, y obligado á volar muy bajo á causa de las nubes. Hice escala en Aranda, y seguí hasta encontrar la barrera del Guadarrama. Para fran-

quearla, hubé de elevarme á más de 2.000 metros. La bruma me rodeaba siempre, impidiéndome ver mi camino, y esta situación, que me hacía imposible el orientarme, me causaba una desesperación indecible. Al fin, cruzado el puerto, las nubes se fraccionaron, pero, en cambio, la violencia del viento aumentó de tal modo, que el aeroplano crujía, y yo necesitaba de verdaderos recursos acrobáticos para mantenerme en equilibrio.

Así ocurrió que, al volar sobre el llano que rodea á Madrid, y al encontrarme á poco sobre la capital, mi alegría era tan grande que cantaba y reía involuntariamente.

No permanecí en Madrid mucho tiempo. La necesidad de concurrir á la copa Pommery me hizo volver á París, y el 5 de Abril salí de Madrid para Zaragoza y Barcelona, volando en la jornada 600 kilómetros.

Este viaje fué para mí el más duro. Pasada Guadalajara, encontré una inmensa planicie cubierta de nieves, sobre la cual tuve que orientarme con auxilio de la brújula. Llegué al valle del Ebro, y bajo una lluvia incesante aterricé en Zaragoza. Luego de almorzar, proseguí el viaje combatido por terribles corrientes de aire, hasta llegar á Barcelona. En este punto me aguardaba mi mecánico, quien comprobó una avería en el motor, resultando que había seguido funcionando por verdadero milagro: de haberse parado al salir de Zaragoza, me hubiese matado irremisiblemente.

Volví á París haciendo « novillos », como dicen los colegiales que van á la escuela, por el camino más largo. De igual modo, yo me tracé el itinerario por Perpignan, Montpellier, Montélimar, Lyon, Châlons-sur-Saône, y Auxerre.



Brindejone, disputando á Garrós el premio de Anjou, pierde el puesto de segundo por un retraso de algunos minutos.

En seguida, volví á marchar para ver de ganar la Copa Pommery, pero fracasé en esta tentativa, detenido por otra avería del motor. Tuve que aterrizar en un campo, y cerca del lugar en que mi aparato tomó tierra había una vaca preñada. La vaca se asustó y parió antes de tiempo, por lo que el propietario, que lo era de la bestia y del prado, me exigió por vía de justicia 200 marcos de indemnización.

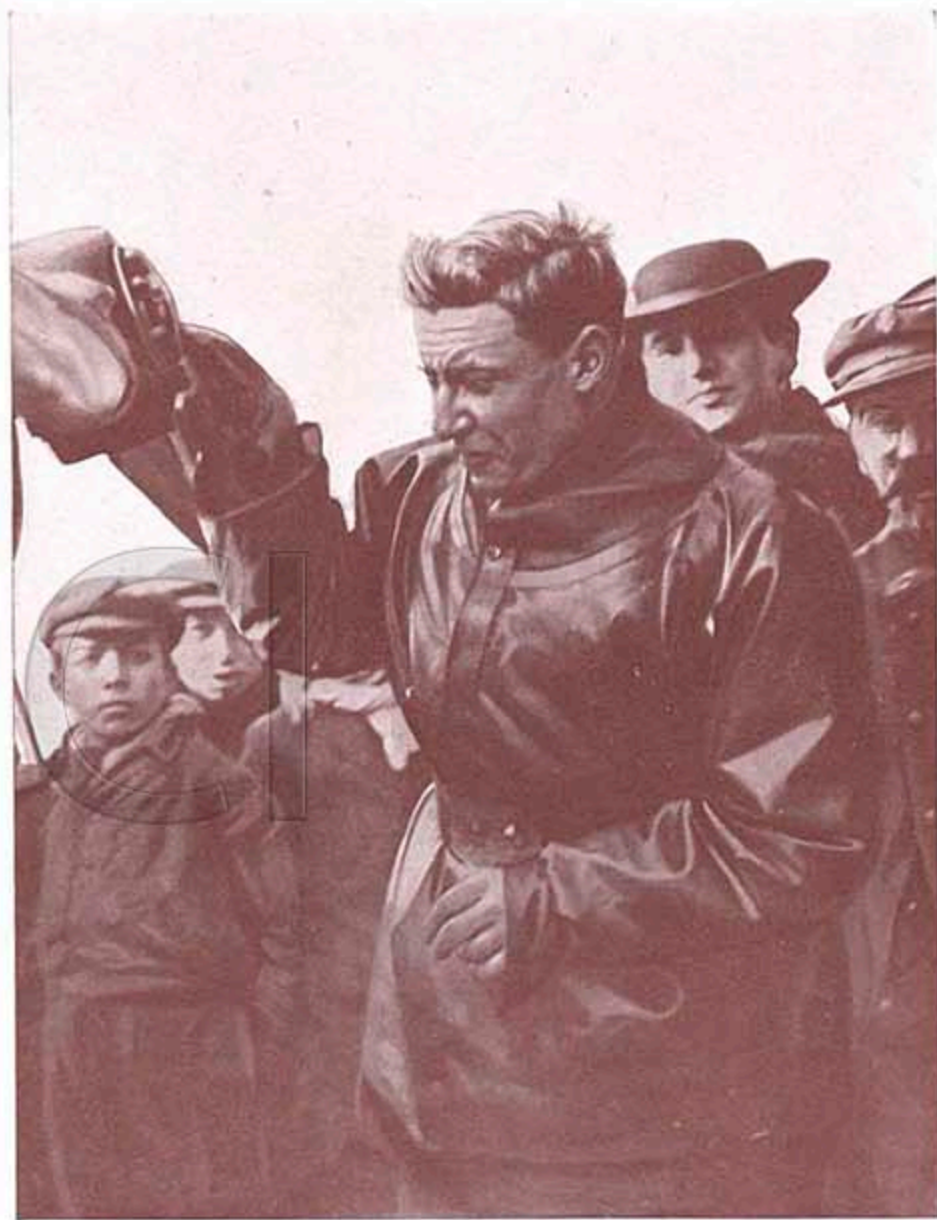
Antes de volver á París, fui á dar una vuelta por Bélgica y por Inglaterra. En la Gran Bretaña me vi citado ante los tribunales por haber volado, sin previo permiso, sobre algunas obras de fortificación. Sin embargo, esta citación judicial revistió caracteres de perfecta cordialidad, y he de convenir en que si en Berlín hay buenos jueces, en Londres hay perfectos gentlemen. De todos modos, este viaje lo fué para mí de conflictos con las autoridades extranjeras.

Hice arreglar y reparar perfectamente mi aparato, y me decidí á intentar la segunda prueba semestral de la Copa Pommery. Y llego en esta narración á los hechos presentes, á mi último gran « raid », el que ha dado más que hablar, el que me ha procurado mayor renombre, y que, sin embargo, por haberse realizado hasta la fecha sin dificultades grandes, es el que he llevado á cabo con mayor facilidad... ¡ Juego de niños, si se le compara con el viaje sobre España !...

La mayor alegría que me ha producido mi vuelo de París á Varsovia, en 8 horas, ha si-

do el comprobar que las más difíciles proezas están al alcance de la aviación, siempre que se trate de establecer una comunicación rápida entre dos puntos muy distantes, y completamente aislados.

Si mi viaje ha señalado una fecha en la historia de la aviación, dado que por fortuna



Los últimos preparativos para el raid Paris-Londres-Bruselas París. Antes de emprender el vuelo, Brindejone se pregunta: ¿ Seguirá la desventura persiguiéndome?

esta historia se escribe muy rápidamente, esta fecha se trocará pronto en punto de partida de otras, aún más notables y gloriosas. Para conseguir este progreso hay que remediar algunos inconvenientes y vencer algunos obstáculos, pero mi « raid » me ha permitido observarlos y discernirlos claramente; para exponerlos, no bastan las páginas de una revista, serían necesarias las de un libro.



Aparte de tales observaciones, mi «raid» no pudo ser más sencillo y feliz de lo que ha sido. Después de aquel vértigo, á 215 kilómetros por hora, sobre Alemania, muy sorprendido de que se pudiera volar con semejante tiempo, llegué á



Brindejone, en vertiginoso vuelo hacia Berlin, ha logrado dejar atrás su clásica mala suerte.

Varsovia con el convencimiento de que apenas había recorrido de 100 á 200 kilómetros.

Dada la violencia de la tormenta que me arrastró, quizás hubiera renunciado á volar si me hubiera encontrado en Francia; pero cuando se está en el extranjero, cuando se sabe que la menor vacilación ha de ser juzgada como cobardía, y que del esfuerzo personal depende, por decirlo así, el amor propio de toda la nación, las mayores dificultades y los más graves riesgos no parecen dignos de ser tenidos en consideración.

En Berlín, cuando hablé de continuar el viaje, más de un técnico sonrió escépticamente. Aquellas sonrisas me decidieron á marchar á toda costa, fuera sólo para demostrar á los alemanes que nosotros, franceses, somos capaces de todo.

La salida de Berlín. La tormenta arrecia de tal modo que, al anunciar Brindejone su partida, los Alemanes sonríen incrédulos. Esa sonrisa — dice el aviador — fué lo que me decidió á marchar á todo trance, porque no sólo estaba en juego mi amor propio, sino también el prestigio de Francia.



La salida de Berlín. La tormenta arrecia de tal modo que, al anunciar Brindejone su partida, los Alemanes sonríen incrédulos. Esa sonrisa — dice el aviador — fué lo que me decidió á marchar á todo trance, porque no sólo estaba en juego mi amor propio, sino también el prestigio de Francia.

Mi patriotismo, en esta ocasión, encontró su debida recompensa, puesto que me fué dado llegar á Varsovia sano y salvo.

Del entusiasmo con que fui recibido en esta ciudad, no he de hablar.

Baste decir, que dejó en mi espíritu un recuerdo que nada podrá borrar.

En Varsovia me encontraba tan cerca de San Petersburgo, que no pude resistir á la tentación de visitar esta capital europea, sumándola á la lista de mis viajes.

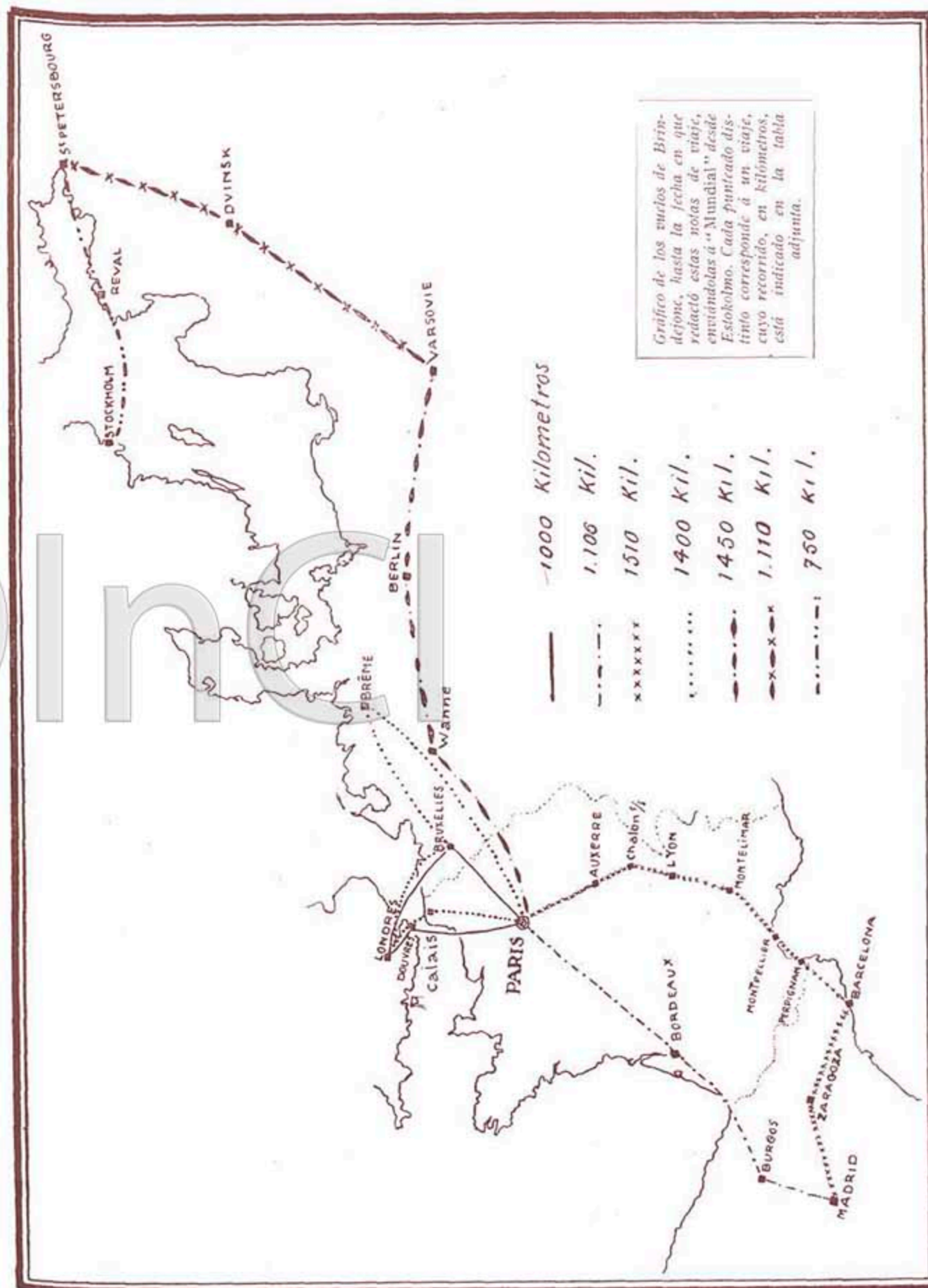
Tenia intención de recorrer los 1.100 kilómetros del trayecto en un solo día, pero el viento contrario me obligó á hacer escala en Dwinsk, donde dormí.

Hasta Vilna, que me dispensó una acogida triunfal, el frío y el viento me hicieron pasar muy malos ratos, siéndome imposible marchar á más de 85 kilómetros por hora, ya que la marcha normal de mi aparato es de 130 kilómetros.

Al llegar á Dwinsk, volé sobre la ciudad durante algún tiempo, sin conseguir encontrar un sitio propicio para aterrizar. Al fin, me decidí á tomar tierra en una pradera cortada por numerosas zanjas, y

llena de caballos. Resultado de ello fué que rompí una rueda del aeroplano, y que, no llevando á bordo piezas de recambio, me vi obligado á aguardar durante todo un día la llegada de mi mecánico.

A la noche siguiente, amaneció hacia las dos y media de la mañana. A las tres me encontraba ya á mil metros de altura, contemplando melan-





cólicamente el monótono paisaje de pinares y de tierras de labor. Al llegar á Pskow, vi á lo lejos el Báltico, y aterricé sobre un montículo rodeado de alambrados, en donde me aguardaban desde hacía dos días unos cuantos entusiastas de buena voluntad, medio helados de frío.

Rodeado de marismas, aquel lugar de desolación era poco grato. Lo abandoné, pues, cuanto antes, no sin estrechar cordialmente las manos de mis fieles admiradores, y volé en línea recta hacia Petersburgo, cubriendo un trayecto difícil y trabajoso, por el viento que me sacudía incesantemente sobre los eternos bosques de pinos y las eternas y amenazadoras marismas.

En la capital de Rusia, todo fueron para mí agasajos y atenciones. Indudablemente, estas clases de viajes tienen por efecto el despertar simpatías entre los pueblos, y el aviador, al aterrizar en tierra extraña, portador de un mensaje de cordialidad y de paz, constituye un verdadero lazo de unión entre dos países. He de confesar que este aspecto de mi personalidad es el que me es más grato.

Desde San Petersburgo marché á Estokolmo. La travesía de 250 kilómetros sobre el mar Báltico me interesó grandemente, pero he de confesar que el vuelo sobre aquel abismo, que parecía acecharme, me causaba cierta aprehensión, y que respiré con más tranquilidad al ver de nuevo la tierra. Por lo demás, me satisface muy de veras el haber sumado este recorrido marítimo á las demás etapas de mi «raid», con tanto mayor



Brindejone en Dwinsk, camino de San Petersburgo. El vuelo Paris-Varsovia es ya un hecho; Brindejone trocado en vencedor, sonríe satisfecho y se permite ciertas coqueterías en su «toilette».

motivo, ya que este vuelo hubo de serme pródigo en enseñanzas.

Escribo estas líneas desde Estokolmo, atendiendo con gusto á la solicitud de *Mundial*, magazine. No he sido nunca escritor, y lo que más me desconcierta al redactar esta narración, es el tener que hablar tanto de mí.

Todo lo que desco, por el momento, es llegar á Paris sin novedad, luego de pasar por Cristianía, Copenhague y La Haya. Con esto, ya serán diez las capitales visitadas por mí, y así comenzaré á justificar el mote con que se me designa entre la gente del oficio, que me

llama: «El aviador de las capitales».

Claro está que hago votos porque ningún concurrente aventaje mi «raid» Paris-Varsovia, con lo que perdería yo la Copa Pommery; pero si esto ocurriera, volvería á la lid con las mismas energías y los mismos entusiasmos... ¡falta saber si con la misma suerte!

*Alfred Dreyfus*  
des Moulinais

Compuesto el anterior artículo, recibimos la noticia de que nuestro valiente colaborador ha llegado á Paris, en el día y á la hora que él mismo había fijado de antemano. Se han convertido por lo tanto en gloriosa realidad los proyectos apuntados, al correr de estas líneas, por el intrépido piloto. Brindejone des Moulinais, que sólo cuenta 20 años de vida, acaba de ser decorado con la cruz de la Legión de Honor.

N. D. L. R.

# HOMBRES Y PÁJAROS

Por RUBEN DARIO

♦ ♦ ♦

AL amor de la mañana, ó cuando comienza la tarde, he aquí lo que suele verse en los jardines de Paris, especialmente en las Tullerías y en el Luxemburgo. Mientras al amparo de las álamedas saltan los niños ó juegan con sus aros, y las nodrizas cuidan sus bebés, y en los bancos hay lectores de diarios, y más allá jugadores de «foot ball», y paseantes que flirtean, ó estudiantes que estudian, ó pintores que cazan paisajes, y en las anchas filas de las fuentes, al ruido del chorro de agua, minúsculos marinos echan sus barquitos de velas blancas y rojas, unas cuantas personas cumplen con una obligación sentimental y graciosa que se han impuesto: dar de comer á los pajaritos. Generalmente, los únicos que apro-

vechan son los gorriones, los ágiles y libres gorriones de Paris. Hay también las palomas, pero las palomas no son las que más gozan de la prebenda. Parecen estar fuera de su centro, de lugares en donde reinan solas, sin

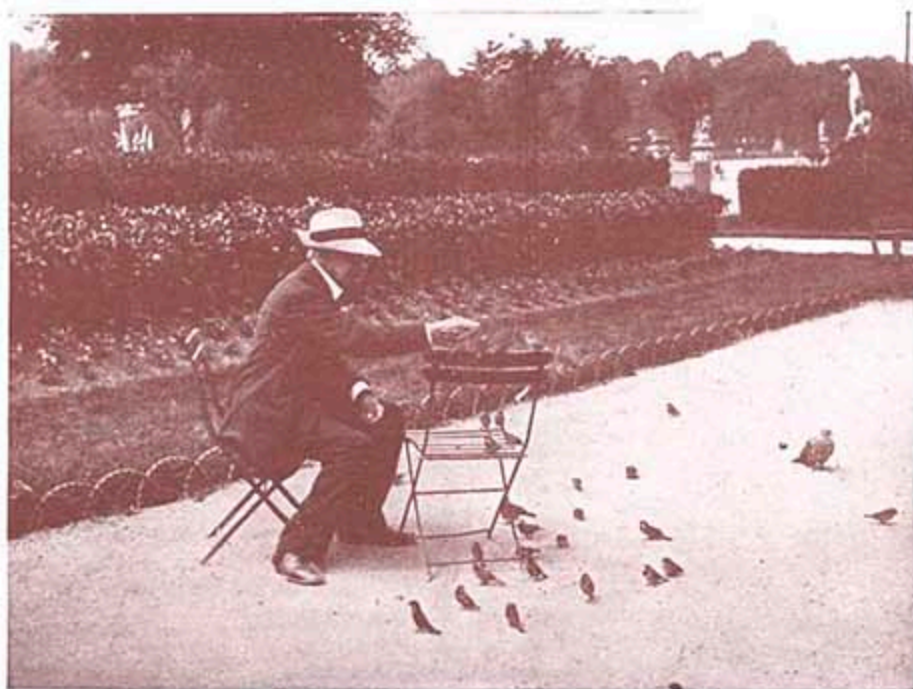
competencia ni reparto: la plaza de San Marcos de Venecia, ó las cercanías del palacio Pitti, en Florencia. Aquí, pues, son los gorriones, pequeños é interesantes vagabundos, opuestos á la vida normal, de las abejas, por ejemplo, y que esperan por estuudio biógrafo un Maeterlinck alegre.

No lejos del arco del Carrousel, en que la Guerra y la Ley están representadas, un grupo de gente de diversas condiciones y edades forma valla, mira en silencio. Un hombre de aspecto tranquilo y serio, cerca del césped, sobre el que salta y



Este personaje, cuyo nombre todos ignoran, tiene verdadero amor por los pájaros...





Saca de su bolsillo pan, y lo desmenuza. Luego, comienza á llamar: ¡ Juliette!...

vuela una inmensa bandada de gorriones, saca de su bolsillo un pan y lo desmenuza. Luego, comienza á llamar: ¡ Juliette!... Y una fina gorrioncita se desprende de la bandada chilladora y saltante, y se va á colocar en la cabeza, en los hombros, en la mano del hombre. « Louise, Jean, Friederic, Mimí, Toto, Mussette ».

Los pájaros libres del jardín, que entienden por sus nombres respectivos, van todos á la voz que les llama. Y es un revoloteo incansable alrededor del amigo que regala, y una fiesta á que, por otra parte, están completamente acostumbrados. Unos cazan la miga al vuelo, otros la toman en la mano, otros la recogen del suelo.

El hombre les habla, les acaricia, les regaña. « *Prends garde, gourmand* ». « Ten cuidado, gloton ». « No seas atrevido, Robert ». « Señorita, así no se come... ». « Insolentes, ahora vais á ver ». Les trata con naturalidad, con amistad, con confianza, con familiaridad. Todos ellos le conocen, y él conoce á todos ellos, á pesar de tener todos igual uniforme, y de no haber nada más semejante á un gorrión que otro gorrión, como una gota de agua á otra gota de agua. Y se ve que ese personaje, cuyo nombre todos ignoran, tiene verdadero amor por sus pajaritos, y que no falta un solo día, desde hace muchos años, á cumplir con su amable tarea, de manera que, si faltase una sola vez, habría verdadera alarma entre el mundo alado que puebla los ramajes de las Tullerías, y que si llegase á faltar para siempre, los pobres ani-

males estarían de duelo, á menos que su alma en libertad fuese visible para ellos en la transparencia de los aires.

Mas, en verdad, una vez se ausentó, enfermo de la vista, y hubo duelo entre los pájaros, y gozo á su retorno.

En el jardín del Luxemburgo, cerca del palacio, al lado de las galerías del Odeón, muchas veces he encontrado á diferentes personas que dan de comer á los pajaritos; pero, sobre todo, no dejo nunca de ver á un viejecito, de aspecto

venerable, de ropas modestas, que lleva en su solapa la cinta de la Legión de Honor. ¿ Qué sabio, qué poeta será? ¿ O qué filósofo anciano que venga con un espíritu semejante al de su antepasado Descartes á admirar la mano de Dios, y á « conocer y glorificar al obrero por la inspección de sus obras »? Otras veces, es un caballero enorme que se sienta en los bancos para llenar su obligación, varón de gordura extraordinaria, que tiene una cabeza de niño gigantesco. Los pájaros se le posan sobre el extensísimo pecho, sobre los hombros de elefante, le revuelan por el magnífico vientre, y en ramilletes temblorosos se le prenden de las manos regordetas, llenas de bizcochos. No puedo dejar de pensar: bueno como todos los gordos. Cerca de él, una viejecita de luto, con un niño, reparte también su ración. A veces conversa con los pájaros, á veces con el niño; á ambos les habla con el mismo tono. Los animales conocen á todos, pero con el anciano de la Legión de Honor hay mayores relaciones. Le siguen, cuando les deja, á saltitos; se diría que le hablan en su idioma; se le sientan en el veterano sombrero de copa; le llaman de lejos. El se vuelve; les sonrío; parece que se despide hasta el día siguiente.

Y nada es más suavemente impresionante, en la frescura de la mañana ó en la melancolía de la tarde. Acaba uno de leer los diarios, de ver la obra del mal, del odio, la lucha de las pasiones, el hervor de los vicios, Larga lista de crímenes, de escándalos, de injusticias. Los asesinatos, las infamias, las



Los pájaros libres del jardín entienden por sus nombres respectivos, y van todos á la voz que les llama.

intrigas, todo el endemoniado producto de una inmensa ciudad de tres millones de habitantes. Va uno por los bulevares, y ve pintada en la mayor parte de los rostros con que se encuentra, la codicia, la ferocidad, la vanidad y la lujuria; habla uno con prójimos, con conocidos, llenos de hieles, de ponzoñas, de vitriolos; encuentra uno más allá astucias, intrigas, rebajamientos, prostituciones; la caza al *sou*, la caza al franco, la caza al luis, al billete, al cheque; los aires de neurosis que soplan sobre las terrazas; los asesinos elegantes; los espadachines cobardes; los ambiciosos; los *ratés*; la vergüenza de abajo; los crímenes de arriba; Sodoma por una parte y Lesbos por otra; lo artificial entronizado; las podredumbres cotidianas; la farsa continua; la negación de Dios. Y hay aquí estas gentes que vienen á dar de comer á los pajaritos...

Sí, porque París tiene un vasto cuerpo; es un vasto cuerpo como el cielo de Swedborg, ó el universo de Campanella. Tiene un organismo propio, semejante á los astros de Bruno, *animali intellettuali*: tiene una cabeza, unos brazos, un corazón, un vientre y un sexo; tiene sus grandes pensamientos, sus grandes sentimientos, y sus buenas y

malas acciones, y sus bellos gestos, y la banda gris del Sena que refleja los diamantes celestes.

Por el barrio en que habité está el cerebro, está la cabeza. Por algo, en el *argot* parisiense, *sorbonne* quiere decir cabeza. Allí está el órgano pensante, la juventud de las escuelas, las grises piedras que vieron pasar á Abelardo, el hogar de la enseñanza. Unos cuantos meditativos viejos, en sus encierros silenciosos, compulsan los conocimientos del pasado, trabajan en la ciencia del presente, piensan en el porvenir; un ejército de jóvenes se prepara á la obra de los maestros. Es el Colegio de Francia, es el Instituto, la Escuela de medicina, todas las escuelas y laboratorios y talleres en donde se forman y se desarrollan los sabios, y aprenden á concretar sus sueños los artistas. Es el Panteón, son los museos.

Las cátedras de ese centro están en actividad. Profesores y alumnos siguen por el camino comenzado desde hace siglos. Aquí se escucha el ruido de la humanidad, se busca como penetrar el misterio de las cosas, como mejorar la existencia; la filosofía investiga, induce, deduce; la ciencia experimenta, analiza; se labora por el mejoramiento so-



cial, por el perfeccionamiento individual. De las cátedras se extiende un continuo río de ideas, de que beneficiar: la industria, el comercio, la salud. Y los ojos de París están también allí, en el Observatorio, escudriñando la altura, fijos en los astros.

A un lado y otro se extienden los brazos. Es el París que trabaja, las extremidades llenas de fábricas, curajadas de usinas, de telares, de chimeneas. Por allí, constantemente, bullen las muchedumbres de obreros que forman la vitalidad productora: los obreros que saben leer y luchar, los trabajadores que salen de sus labores, y van á las universidades populares á comunicar con sus hermanos intelectuales, ya en el faubourg Saint-Antoine, ya en Montreuil-sous-Bois, en Grenelle, ó en Boulogne-Billancourt, de un punto á otro, de Asnières á Charenton, de Vincennes á Puteaux, á Levallois, á Courbevoie. Pues los brazos de París manejan alternativamente herramientas y libros, antorchas é ideas. Son brazos robustos é inteligentes, y también terribles.

El inmenso vientre y el sexo están en el centro, en ese trecho en que los grandes bulevares juntan todos los apetitos, deseos y vicios nacionales y extranjeros, desde la Magdalena hasta la plaza de la República y los alrededores de la Opera. Allí se come bien y se peca mejor. La riqueza y el lujo hacen su exhibición; la gula encuentra cien dorados refugios en que saciar sus más exquisitos caprichos, y el amor fácil halla el suntuoso y babilónico prostíbulo ambulante que ha dado á esta capital, digna de superior renombre, el de ser el lugar de cita y el casino de las naciones.

Y el corazón de París late por todas partes, y riega su sangre por todo el resto del magnífico cuerpo. Ese corazón anima á las individualidades silenciosas y discretas que hacen el bien callado á los hospicios y lugares de asilo, á los conventos en que sin engaño se reza y se sostiene, como dice Huysmans el de la Oblación, el pararrayo.



Y hay aquí estas gentes que vienen á dar de comer á los pajaritos...

Cuando ese corazón quiere hablar se llama *Severine*, como se llamaba Luisa Michel. El hace ir sin pompa á las viejas caritativas á llevar pan ó carbón á sus pobres, él sostiene á las infinitas muchachas honestas que, viviendo con el lupanar á la vista, prefieren ir á la fábrica, para dar de comer á la madre inválida ó al hermanito enfermo; él se revela, por fin, en los que se ahogan por salvar suicidas, en el médico que va á ver al infeliz y le deja con la receta el dinero para pagarla, en las nobles cooperativas, y hasta en el cochero viejo que se mata porque se le murió el caballo, que era su antiguo compañero. ¡El buen París! ¿Quién dice que tan solamente hay aquí muñequitas de carne, y hombres con profesión de pez? Que vengan á ver los talleres llenos, las iglesias, las universidades populares, y... á los hombres que dan de comer á los pajaritos.

No hay que reír mucho de Margot si llora por el melodrama, y si vieja solterona se enamora de sus gatos. No hay que buscar el lado cómico de las sociedades protectoras de animales. No debe ser ridiculizado ningún sentimiento de origen noble. Y el cariño hacia la naturaleza — paisajes, animales, flores ó aguas — y las simpatías por las manifestaciones amables de ella, proclamarán siempre su origen generoso. Sin anonadar nuestra personalidad humana en la ataraxia de Zenón ó la apatía epicúrea, tengamos la pasión del universo, la tendencia á nuestra unidad. Así como nada conforta tanto como la presencia de los bosques ó la



Quizás la luminosa alegría de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra.

contemplación del océano, nada suaviza más las asperezas del espíritu que la visión de una rosa en su tallo, ó un pájaro sin trabas ni jaula, que salta y vuela por donde quiera, y canta sin inquietudes bajo el cielo. Quizás la luminosa alegría que nada podrá destruir en el alma de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra, maestra de libertad, amante de claridad, ebria de frescor y de canto matutino. Tengamos el amor de las rosas y de los pájaros, de las mariposas, de las abejas. Es un medio de comunicación con lo Universal, con la divinidad. Maeterlinck, en el libro admirable que conocéis, ha oído la iniciada voz de Virgilio:

*Ese apibus partem divina mentis et hansitus.  
Athereos dixere: Deum manque ire per omnes  
Terrasque tractusque maris, extumque profundum.*

Nada más conmovedor que la petición que, hace algún tiempo, dirigieron al Congreso belga los miembros de un instituto de ciegos.

Sabido es que en muchas partes á los pájaros cantores, para que canten mejor, les sacan los ojos, sin duda acordándose del di-

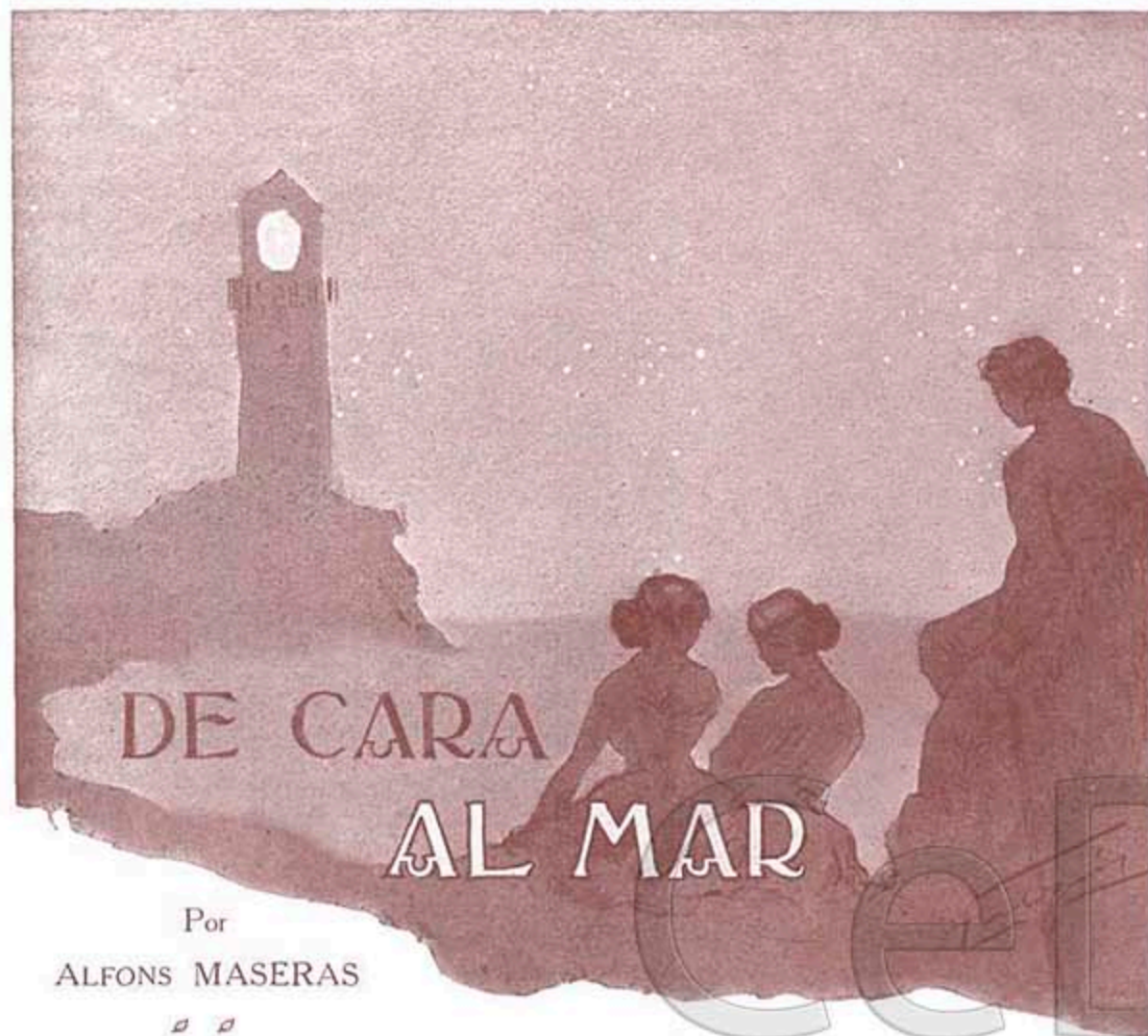
vino Melesigenes, que tan bien supo ser armonioso sin los suyos.

En Bélgica hacen lo mismo; y esos ciegos del instituto han intercedido por los ojos de los pajaritos.

Yo sé que hay gentes que sonríen de todas esas cosas, que hallan todo sentimentalismo fuera de moda, y que juzgan nefelibatas á los que no se levantan todos los días con el único propósito de aumentar sus rentas, por la buena ó por la mala. Yo sé que hay muchas gentes que retorcerían con gusto el pescuezo á todos los cisnes del Caistro, y enviarían una buena perdigonada á los ruiseñores de las melodiosas florestas. Yo sé que en filosofía priva mucho actualmente la ferocidad, el egoísmo, la crueldad. Pero esos son nietzschistas furiosos y danzantes, ante los cuales iría yo á dar un abrazo al hombre que da de comer á los pajaritos...

*Rubén Darío*





Por  
ALFONS MASERAS

**A**QUELLA noche habíamos decidido no ir al kursaal. Presumíamos que sólo habría gente en el salón de lectura y en la ruleta. En ambos sitios no era cómodo hablar. Para estarse fumando cigarrillos en un rincón del casino, tanto valía no moverse del hotel. Pero era forzoso salir acabada la cena.

En aquella hora, las calles de Ostende estaban desiertas. Era raro si un coche tambaleaba en la obscuridad por la calzada desigual. Sólo brillaban, aquí y allá, las luces de los cafés y de los grandes restaurantes donde se reunía una multitud cosmopolita. Por inclinación natural, nos alejábamos de este mundo inconsistente, en el que cada cual acostumbra á representar sólo los defectos y las vergüenzas de su raza, y en el que el prurito de ostentación llega hasta la insolencia. No era, pues, cuestión de penetrar en un café. Mis dos amigas no hubieron de decirme hacia donde nos habíamos de encaminar. No bien hubimos atravesado dos calles, ya estábamos paseando por el malecón.

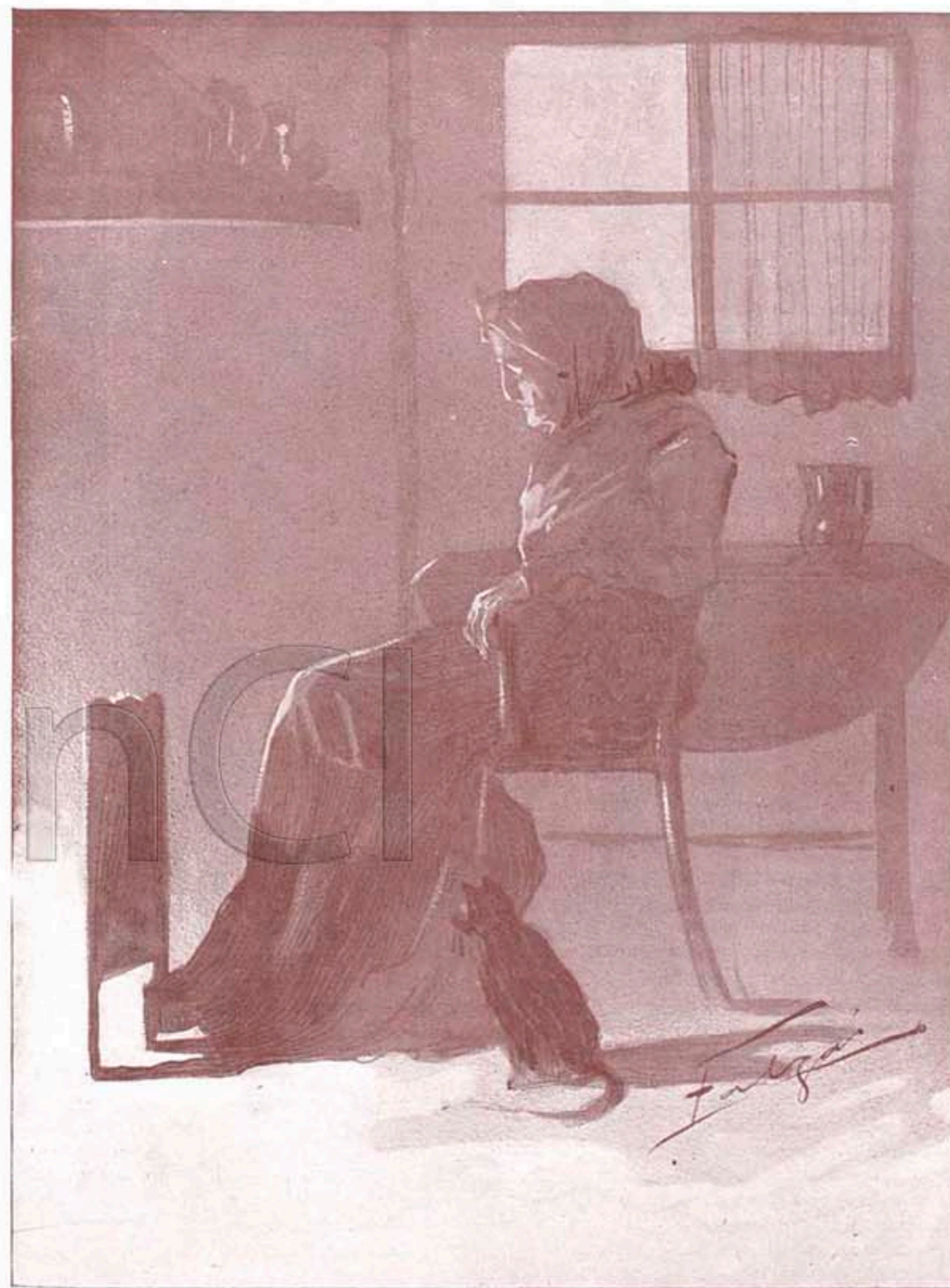
Gemía el mar. La farola del puerto daba una luz amarillenta. Fosforecían las olas en la rompiente, y en la negrura de la noche semejaban serpientes de fuego. Cuando el viento cesaba, un denso vaho se elevaba de las aguas y cegaba por un momento el faro de Dower, pequeño y fulgurante como una estrella. Nos sentamos ante la inmensidad, y la más joven de mis amigas habló :

— El mar me atrae como un imán. Su incesante murmullo me produce vértigo, pero ¡ cuánto me place sentirme dominada por su extraña fascinación ! ¡ Cuántas veces en nuestro país evocamos el océano y las puestas de sol sobre las aguas ! Pero nos hemos de contentar con la visión del Danubio, que ya no es el río de los vagabundos y de los poetas, sino un canal vulgar, cruzado por puentes y aprisionado entre muelles.

La otra añadió :

— No venga usted á Buda-Pest, si no quiere tener una decepción.

Callé, dejando que el silencio trabajara en nuestras cabezas. Pero no sé por qué, ví-



*Ya la mujer, medio ciega, sólo sabía estarse en el hogar, junto á la lumbre.*

nome á la memoria la historia de aquel rey de Thule, que antes de morir lanzó al mar la copa de oro que le había dado su amada. Y recité los versos con que Goethe la relata, y los repetía con verdadera obsesión.

Entonces, la menos joven de mis amigas dijo :

— Hace ya muchos años, había en un pueblo de nuestro país un rico propietario que cuidaba de sus haciendas y vivía feliz, se-

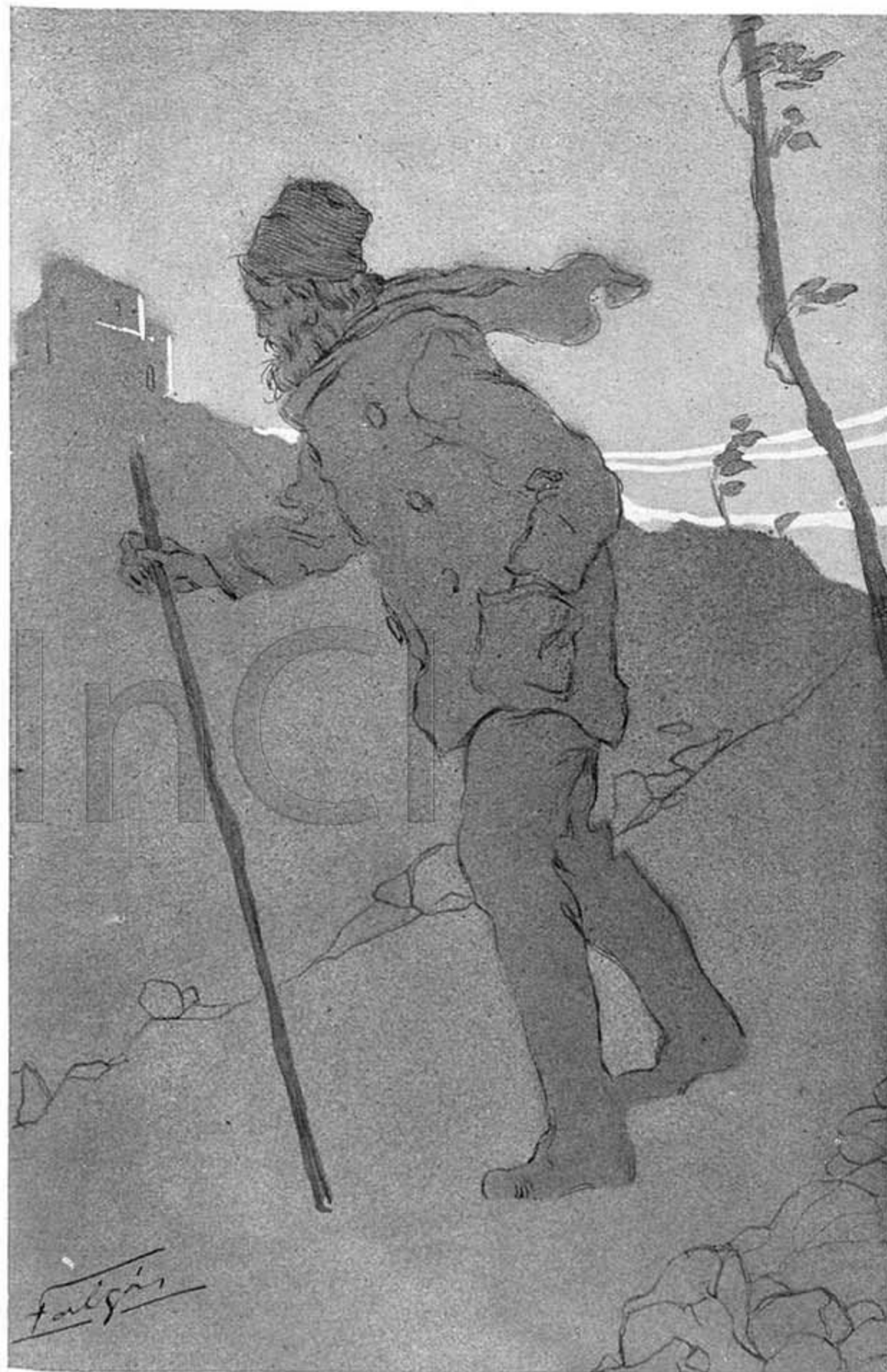


gún puede colegirse, puesto que su mujer, á quien amaba, le había dado siete hijos, y siempre le había sido fiel y obediente. Su casa era una vieja mansión señorial, en la que habían muerto sus antepasados, desde hacía seis generaciones. Entre sus abuelos contábase un general famoso, gloria del pueblo magyar. Otro de sus parientes había sido navegante. Su hermano menor era misionero en Oriente. Pero él contentóse con seguir el ejemplo de su padre, arraigándose en la tierra de sus mayores. Así fué que, por sus virtudes morales y cívicas, por su saber y por su riqueza, sus vecinos le eligieron varias veces maestro del lugar. Y presidía consejos de justicia, asistía á oficios religiosos y á procesiones, daba ordenanzas y prerrogativas, administraba los bienes comunes, y correspondía con la curia y con el gobierno para todo aquello que podía aprovechar á sus vecinos. Su esposa era lo que se llama una santa. Había sido muy bella en su juventud, y aún en su vejez conservaba trazas de su hermosura. Todos le amaban por su bondad y su liberalidad; todos le respetaban por sus años y su alcurnia. Esta mujer no conoció otros goces que los de la familia, ni otro mundo que el de su lugar. Vivió para su marido, á quien no solamente amaba, sino que también veneraba, y para sus siete hijos, que eran, en verdad, las siete espinas de su corazón. En paz y holgura crecieron los vástagos. Y sólo vieron el buen ejemplo, sólo oyeron las buenas máximas, sólo les fueron dados buenos consejos. Durante años y años, aquella casa era una bendición de Dios. Pero los esposos envejecieron tanto, que ya el marido no servía para presidir consejos, ni para administrar los bienes comunes, ni menos para cuidar del mayorazgo, como lo hiciera durante toda su vida. Ya la mujer, medio ciega, sólo sabía estarse en el hogar, junto á la lumbre, ó en la azotea tomando el sol. Allí le iba á encontrar su esposo y se sentaba á su lado, y ambos pasaban los días en largo y amoroso silencio, como si se extasiaran en un ensueño de la otra vida. Y como todos los hijos quisieran gobernar la hacienda, cerníase sobre la casa viento de devastación. Los dos viejos parecían sordos á la tormenta. Y si interrumpían el silencio en que su éxtasis les postraba, era para recordar sus mejores horas de amor, y repetirse aún cuán dulcemente se amaban. La muerte espíaba sus juegos, y no tardó en desvelar la faz. La inválida esposa cerró los ojos para siempre, muriendo en olor de santidad. El hidalgo creyó que él también iba á morir. Pero no fué así: sus piernas le sostenían aún, sus fuerzas no le abandonaban del todo.

Sólo los negocios le abrumaban y le atolondraban, las cuentas se le iban de la memoria, el oído le flaqueaba en demasía, y la vista también, entonces sobre todo, que no cesaba de llorar.

La farola del puerto cambiaba la color. El viento agitaba las olas y barría el malecón. El gemido de la rompiente parecía crecer. Mi amiga prosiguió:

— Ante el dolor del padre, los hijos acrecentaron sus rapiñas. Eran como lobos hambrientos en un rebaño, como gerifaltes en una tumba abierta. Y el viejo les abandonó el botín de su hacienda, sin voluntad para indicarles lo que á cada cual correspondía, ni autoridad para exhortales á que cada uno respetara la parte del otro. Y sin decirles nada, sin siquiera darles el beso de bendición — no habían pasado muchos días del sepelio de su mujer — partió del lugar con su más humilde vestido, con sólo un bastón en la mano para resistir la fatiga. Partió para no volver. Y caminó todo el día, hacia la orilla del río, en busca del país de ensueño donde pudiera encontrar alivio para la tristeza de su corazón. Al caer de la noche descubrió el Danubio, y se sentó á la orilla para oír su interminable canción. Y allí lloró de nuevo la muerte de su mujer, y bañó de lágrimas el anillo que ella le diera, cuando juró por Dios amarle toda la vida. El rico señor de antaño no era ya sino un viejo y miserable vagabundo. Como los zingaros que erraban por el país, y á los cuales diera tantas veces hospitalidad siendo maestro de su lugar, caminaba á la ventura, sin saber qué comer ni donde dormir, sufriendo el sol, la lluvia y el relente de la noche, polvoriento, sudoroso, sediento y angustiado, á la buena de Dios. Y no pensaba en los hijos, en cuyas manos infames abandonara el mayorazgo que él recibió de su padre; no pensaba en sus vecinos, que le amaban y veneraban como al más sabio y al más honrado de los hombres; no pensaba sino en su dulce compañera, yerta y sepultada ya bajo la tierra amorosa, y cuya alma pura debía estar en el seno del Creador. Y llevaba á menudo la temblorosa mano á los labios, para besar el anillo que tan fuertemente les había unido, y que aún por encima de la tumba les sujetaba uno á otro. Con los zingaros se juntaba, y en sus tiendas dormía y se alimentaba de su pan, fruto del hurto y del crimen. Pero cuando ellos se detenían en un poblado, ó en una vega, ó en una gruta para sentar sus reales, él proseguía su camino. Ora unos campesinos le subían en su carreta, ora un soldado le preguntaba su nombre y su condición, ora los chiquillos le seguían y le echaban piedras y es-



Partió del lugar con su más humilde vestido, con sólo un bastón en la mano para resistir la fatiga.



combros. Y así dejó el país magyar, atravesó Belgrado, cruzó Valaquia de parte á parte, siguiendo siempre el curso del río, y llegó á las costas de Rumania, donde el Danubio se precipita al mar. Es otro mar, aquél : azul, manso, transparente. Diríase que es de cristal, y que en sus profundidades misteriosas serpentean regueros de luz. Es el mar interior, prisionero, cautivo, amordazado. Las altas y abruptas rocas de las costas que lo circundan, parecen mirarle con orgullo y con desdén, y los pequeños y miserios pueblos que en ellas anidan, viven demasiado confiados en su mansedumbre. Nuestro hidalgo vagabundo llegó ante la inmensidad aquélla, siempre con el suspiro en el alma y la angustia en el corazón, siempre apretando contra sus labios exangües la reliquia de amor que le dejara su esposa. Para llegar á esta playa desconocida ; cuántas noches de angustia, cuántos días de dolor, cuántas privaciones, humillaciones y miserias ! Sus ojos casi cerrados ya, no habían jamás recibido tanta luz ; su alma no había imaginado un horizonte semejante. Y lloró de nuevo. De nuevo creyó que iba á morir. La fatiga le había extenuado, pero la muerte no aparecía. Su memoria reverdecía por un momento. Y recordó la paz y la tranquilidad de su casa, la bonanza de su vida, la riqueza de sus haciendas, ya, como

era mandado por Dios y por el rey, en las manos de su progeñe. Y se dijo que buenas máximas había dado á sus hijos y buen ejemplo, para no tener intranquila la conciencia. Y con un gesto igual al del legendario rey de Thule, dicen que echó el anillo de su mujer al mar. Entonces, se desencadenó una tempestad formidable. La fiera cautiva, mansa al parecer, rompió su yugo : el mar se encolerizó. Y era más negro, más tumultuoso, más ensordecedor que esas aguas atlánticas que tanto nos placen y nos atemorizan ; más imponente, más atractivo que este océano siempre en agitación que tenemos ante los ojos, y que ha guardado durante miles de años el secreto de todo un mundo. También el viejo sufrió la fascinación del mar. También se sintió atraído hacia él como por un imán. Y, lo que no hizo el rey de Thule, no esperó á morir de senectud ó de dolor, sino que se precipitó en las aguas turbias, para buscar en su seno la felicidad y el reposo que había perdido.

Calló mi amiga. Su joven compatriota escuchó el relato, como quien sigue con ensimismamiento una melodía un poco olvidada.

Y como en la transparencia nocturna les mirara á las dos en el rostro, ví que ambas tenían los ojos fijos en la rompiente, donde las olas fosforescían y semejaban serpientes de fuego.



## La sortija encantada

### “ Blason ”

— ¡ Canta Zulema, canta la exquisita  
Música de oro de tu primavera ! —  
Y Zulema exhaló todo lo que era :  
Noche de luna, *nonchalance* de cita...

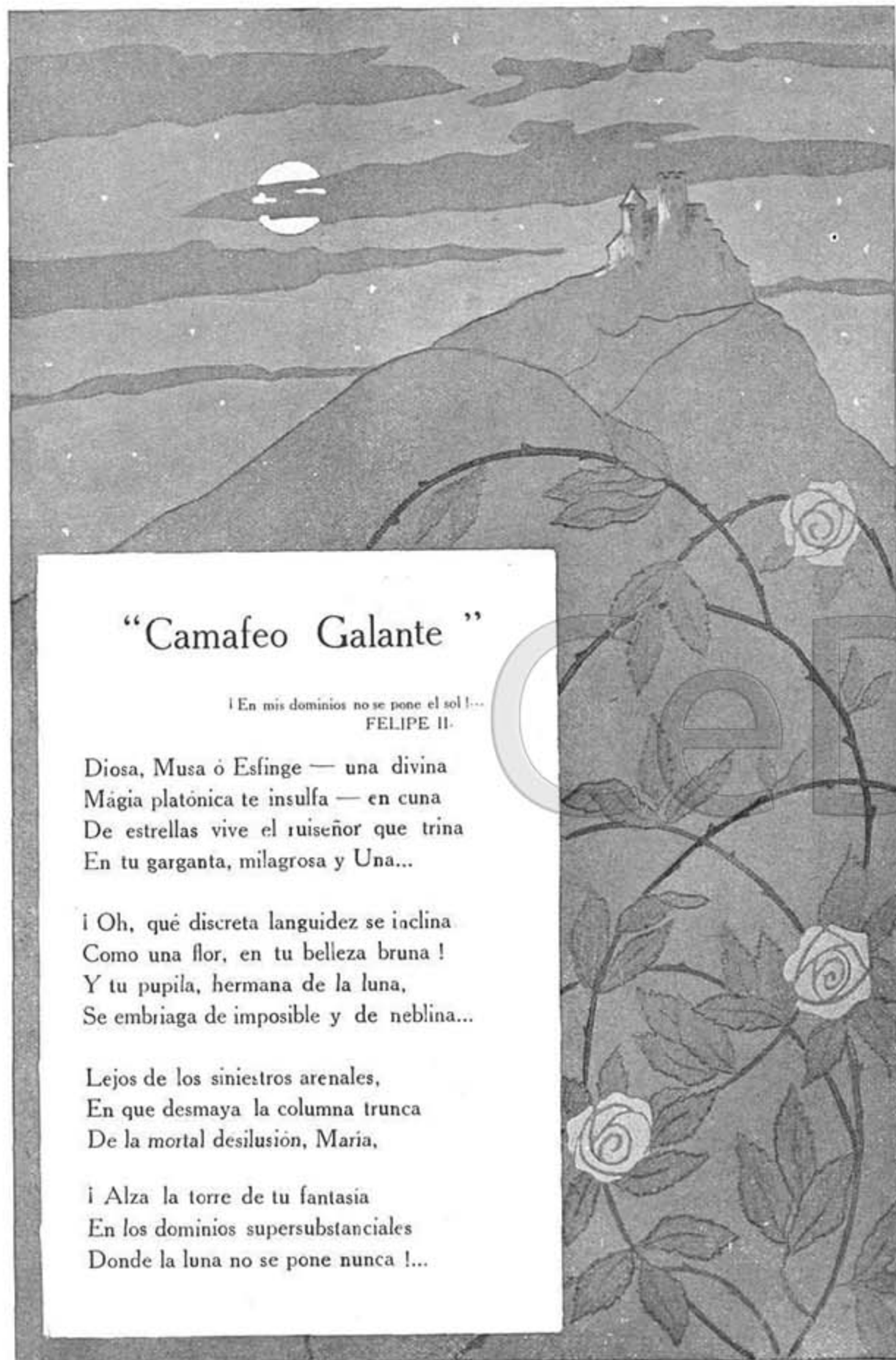
— ¡ Zulema, exhala tu ebriedad, recita  
Tus versos sabios en azul quimera ! —  
Y Zulema lloraba la primera  
Desilusión, y se inclinó marchita.

— Deja esa ilusa obscuridad, Zulema :  
Tu frente alumbra, tu mirada quema...  
— ¡ Primavera ! — te hosanan en su tiple

Las aves, tus hermanas, flor de encanto,  
Porque á más de ser bella, eres el canto  
Y eres el verso : ¡ primavera triple !...







## “Camafeo Galante”

¡ En mis dominios no se pone el sol !...  
FELIPE II.

Diosa, Musa ó Esfinge — una divina  
Magia platónica te insulfa — en cuna  
De estrellas vive el ruiñeñor que trina  
En tu garganta, milagrosa y Una...

¡ Oh, qué discreta languidez se inclina  
Como una flor, en tu belleza bruna !  
Y tu pupila, hermana de la luna,  
Se embriaga de imposible y de neblina...

Lejos de los siniestros arenales,  
En que desmaya la columna trunca  
De la mortal desilusión, María,

¡ Alza la torre de tu fantasía  
En los dominios supersustanciales  
Donde la luna no se pone nunca !...



## “Esfinge”

¡ Ojos de noche, de imposibles mundos  
De terciopelo ultra-violeta !... Nada  
Como esa tenebrosa llamarada  
En éxtasis, de cráteres profundos.

¡ Tus cejas son los arcos iracundos  
Del Destino : elemento, mujer, Hada !...  
El dardo de Cupido es tu mirada :  
Deja a los corazones moribundos.

Son lámparas eternas, con estios  
Eternos y con vértigos sombríos...  
No alumbran, extravían corazones,

Transforman en cobardes a los fuertes :  
¡ Ojos que dan las luminosas muertes  
De las centellas y las erupciones !.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Sutiérrez-Larrea.



## Nuestro Concurso Literario

El Jurado, á quien hemos encomendado el concienzudo examen de los trabajos presentados á nuestros certámenes de *Poesías, Cuentos y Comedias*, ha necesitado, para llevar á cabo su labor, mayor tiempo del que habíamos previsto.

Por esta razón, no nos es posible cumplir nuestra promesa de publicar en el presente número los resultados definitivos de los certámenes indicados. Estos fallos se publicarán indefectiblemente en el número próximo de MUNDIAL, correspondiente al mes de Septiembre.

Recordamos, por último, que en lo que hace al certamen de *Novelas*, el plazo para la admisión de originales ha terminado el día 31 de Julio próximo pasado, quedando este concurso clausurado. Los originales de las novelas recibidas serán remitidos al Jurado, así que los Sres. DARIO, GOMEZ-CARRILLO, LEON, MARTINENCHE y NERVO, Presidente y Vocales, respectivamente, de ese Jurado, hayan dado fin á su labor, en lo referente á los concursos de *Poesías, Comedias y Cuentos*.

## EL ENCANTO DE MASR-EL-KAIDA

Por E. GOMEZ-CARRILLO

♦ ♦ ♦

Los viejos poetas árabes pretenden, que un verdadero cairota no necesitaría abrir los ojos para reconocer su ciudad. Con oír los ruidos de la calle bastaría. Y es que, realmente, si hay un pueblo cuya voz posee un carácter especial, es éste. Para cada hora del día existen, en los barrios verdaderamente populares, al rededor de las grandes mezquitas y de los grandes mercados, armonías peculiares. Cada función de la vida se anuncia con una melopea. Desde el almuedano que llama á orar, hasta el arriero que guía su caravana de camellos, todos los que tienen algo que decir, algo que pedir, algo que ofrecer, lo hacen cantando. — «Zahr, zahr, zhar» — claman los derviches que llevan su ánfora de agua bendita en la espalda; — «erk-sus, sebib, erk-sus, erk-sus, sebib», — salmodian los marchantes de refrescos, agitando sus tazones de cobre; — «cha-uender, líf, khiyar» — gritan los verduleros haciendo ver sus cargas de zanahorias, de remolachas y de pepinos; — «riglak, riglak, chemalak, ya

khanagé» — repiten, sin descanso, los conductores de borricos; — «talib min Allah hakk lukmet ech» — imploran los mendigos cubiertos de andrajos. Y todas estas voces, y otras muchas análogas, con sus ritmos especiales, se mezclan y se completan, sin confundirse, formando la eterna música de la calle. La ciudad entera vibra y canta. De los rincones más humildes sube una voz halagadora ó pedigüeña. Las necesidades familiares conservan, á través de los siglos, su estribillo antiguo. Pero es en los «suk», bajo las arcadas interminables del gran laberinto comercial, donde la sinfonía alegre de la plebe oriental alcanza sus más características orquestaciones. Como jaulas de vidrio, las galerías gorjean sin cesar entre el regateo de los que compran, las reflexiones de los que admiran, y los discursos de los que venden. Cada tiendecilla es un palacio de modulaciones y de tentaciones.

\* \*

Las guías aseguran que los bazares del Cairo son menos suntuosos que los de Damasco y Stambul. ¿Es esto exacto? No lo



Los palacios antiguos y desiertos.





Los barrios más pintorescos y más políticos.

sé. Pero lo que sí sé es que, aunque más modestos que otros, tienen un encanto insuperable. Puede, en efecto, que los *suk* de las sederías damascenas y los *suk* de las joyas turcas, encierren mayores riquezas, mayor esplendor. Más poesía, más gracia, más intimidad, eso no. En ninguna parte como aquí palpita la vida oriental con su elegancia y su refinamiento, con su campechanería fraternal, con su sonrisa halagadora, con su languidez enigmática. « Esos negociantes que en el fondo son muy rapaces — dice Pelletan — tienen, verdaderamente, aires de poetas perdidos en soñaciones celestiales ». En efecto, es cosa que nos extraña, á los que estamos hastiados de la obsequiosidad de los tenderos de Smirna y de Túnez que salen á nuestro encuentro con sonrisas melosas, ver la indiferencia tranquila de estos mercaderes del Cairo. Si no les dirigimos la palabra para pedirles que nos enseñen algo, casi siempre nos dejan ir sin parecer siquiera mirarnos. Y como sus mostradores son diminutos, no pueden, aunque quieran, alucinarnos, exponiendo los amontonamientos de sedas, de tules, de bordados y de franjas que convierten á veces las tiendas de Damasco en palacios encantados de ricas tentaciones. Además, se nota que lo que aquí se vende, no está destinado á los extranjeros. ¿Qué vamos á hacer nosotros con esos jarros de cobre, con esos velos negros, con esas pantuflas rojas, con esos trapos humildes? Para encontrar los chales

de muselina clara recamados de plata que las europeas consideran como lo más corriente en Egipto, hay que ir á los almacenes semi occidentales de Charia Bulak. Los *suk* con sus antros misteriosos llenos de frascos, de cajas blancas y de paquetes disformes, están reservados á los indígenas. Los únicos que han adoptado el sistema de otras partes, y que invitan, no sin cierta insolencia, á entrar en sus « salones » á los forasteros, son los vendedores de alfombras. — « Entra á ver una cosa muy barata » — dicen. Y uno entra. Y la cosa barata resulta carísima. Pero no hay que asustarse. Por lo que piden cien duros se puede ofrecer cien pesetas. — « ¡ Santos cielos! — exclama el alfombrero — ¡ cien pesetas!... A mí me cuesta más de trescientas... Vaya, por ser tú, te la daré en cuatrocientas ». — « Cien » — vuelve uno á decir. — « No... trescientas... nada menos... Me cuesta más ». — « Cien » — repite uno. Al cabo de media hora de un regateo que sería irritante y humillante en Europa, el árabe acepta las cien pesetas. Probablemente, también habría aceptado la mitad. Los artículos de bazar oriental no tienen precio. El mismo alquimista del *suk* de los aceites da un día un tarro enorme de alheña por una piastra, y al día siguiente pide dos francos por un tarro diez veces menor. En esto del vender y del comprar, hay, en el Cairo como en Damasco, y en Damasco como en Smirna, y en Smirna como en Constantinopla, algo de lucha y algo de diplomacia, con más mucho de fantasía. Se



Los barrios más pintorescos son los más antiguos.

compra por vencer, se vende por engañar, se regatea por regatear. A precio fijo, la mayor parte de las curiosidades con que uno sale cargado de cualquier tienda, no tendrían encanto ninguno. « Esta inmovilidad, esta lenta persistencia en el espíritu musulmán de las ideas de sus antepasados — dice Saladin — se encuentra en lo que producen y en el modo de producirlo. No sólo las industrias locales son las mismas de antaño, sino que están explotadas cual en tiempo de los califas fatimitas ». Los artesanos, en efecto, trabajan á la vista del público en sus tiendecillas minúsculas, con herramientas cuyos nombres ya hemos olvidado en el resto del mundo. Trabajan lentamente, entretejiendo, en sus arabescos de seda ó de cobre, las largas soñaciones de sus vidas inmóviles. En cada cairel, en cada alicatado, en cada polígono, ponen un poco de su vida interior. En su sumisión á la rutina secular, hay un sentimiento religioso de respeto ancestral. Haciendo lo que hicieron sus abuelos, se dan cuenta de que continúa la obra de la raza, y que defienden la tradición del pueblo. Los herreros tienen martillos iguales á los que sirvieron para forjar las cadenas del rey San Luis; los orfebres cincelan el cobre con útiles usados por diez generaciones; los torneadores cogen el escoplo con los dedos de los pies; los pasteleros siguen poniendo en

la miel las hojas de rosa que atraían á los golosos de las mil y una noches; los escribanos públicos ponen la misma cara que tanto respeto inspiraba á las favoritas de los visires, cuando alguna felahina les pide que le lean la carta que acaba de recibir. Y si en los obradores y en las tiendas nada ha cambiado, en las galerías reservadas á la circulación, la existencia es hoy como ayer, hoy como siempre. Por pasajes en los cuales apenas caben dos personas de frente, circulan las caravanas de camellos y los desfiles de asnos, sin que nadie proteste contra el peligro de dejarse aplastar. — « ¡ Ruah!... ¡ ruah!... ¡ balek!... ¡ y emenek!... » — gritan los arrieros. Cada uno, entonces, se perfila ó se acurruca, para dejar el espacio libre. En seguida, el lento discurrir sin prisa recomienza. Cualquier espectáculo atrae á los desocupados. Aquí, hay un vendedor de agua que cuenta una historia escabrosa. La gente le rodea, y escucha, y ríe. Más allá, un derviché loco hace gestos enigmáticos. Con respeto, los curiosos le observan en silencio. En un ángulo, un encantador de serpientes abre su caja siniestra, y saca sus horribles reptiles para ponerlos en el suelo. Todos hacen coro á su alrededor y se estremecen, viendo como se mueven las cabezas chatas al son de la flauta mágica, y como los cuerpos anillosos se enroscan y se estiran al



contacto de la mano que los acaricia. Nada ha cambiado desde el principio de la égira. Lo que divertía á los primeros discípulos del Profeta en las encrucijadas de Medina, entretiene á los fieles de hoy en los zocos de Damasco, de Túnez, de Stambul, del Cairo, de todas las ciudades orientales. Fuera de los bazares, los árabes pueden, poco á poco, darse cuenta de que hay en el mundo una civilización diferente de la suya, un comercio más activo, una vida más febril. Ciertas casas ricas de Siria y de Egipto han adoptado, para decorar sus salones de azulejos, los muebles de Europa. Pero aquí, bajo las frescas bóvedas, la existencia es la continuación de un ensueño remoto. Los mismos rumís, al penetrar en una tiendecilla para regatear un chal, un pañuelo, un mosaico, unas pantuflas, una alfombra, llegamos á sentirnos penetrados por los efluvios extraños que nos rodean. Comprar, he ahí el mayor placer del bazar. Y no es porque los objetos que adquirimos tengan siquiera el valor de lo raro. En todas las ciudades de Occidente hay turquerías. Pero sólo en Oriente nos los venden así. Sólo en Oriente tenemos que luchar contra la rapacidad y contra el engaño para conquistarlos. Además, comprar es un pretexto

para dejar de ser espectadores. Los momentos en que mercamos, son los únicos en que tomamos parte en la existencia activa del pueblo. Fuera de los *suk*, sólo somos seres contemplativos, curiosos escudriñadores de secretos inviolables, forjadores de novelas exóticas. —«¿A dónde vamos ahora?»— nos preguntamos al salir de los *suk*. Y como la vispera, como siempre, recomenzamos, ya sin tomar parte en la vida del pueblo, las peregrinaciones por las calles.

En el Cairo, los barrios más pintorescos y más poéticos son los más antiguos, los más poblados de ruinas. Claro es que esto los cicerones no lo saben. «Por aquí — murmuran al penetrar en ciertos lugares donde los miradores se pudren — no hay nada que ver.» Ahí, sin embargo, es donde se encuentran los santuarios de las más melancólicas evocaciones. Ahí es donde se descubren esos palacios que antaño pertenecieron á los bajás altivos ó á los mercaderos millonarios, y que ahora no abrigan sino familias de mendigos. En el interior, todo cae en pedazos. El patio, con sus surtidores mudos y sus jardines abandonados, parece un cementerio de aldea. Los *meshrebiyas* de las ventanas han desaparecido. Por los agujeros del techo se



La animación de las viejas plazas árabes.

ve el cielo. De los mármoles del pavimento no quedan sino fragmentos rotos. Pero el aspecto exterior es tan majestuoso, que todos nos figuramos, al contemplarlo, que dentro debe vivir, rodeado de bellas esclavas circasianas, algún descendiente de los visires de antaño. Y si las ricas mansiones decrepitas son así dejadas para que sirvan de antros á la andante pordiosería, figuraos lo que pasa con las casas modestas que comienzan á caerse en pedazos. A cada instante, en las callejuelas de las inmediaciones de Bab-el-nasr y de Bab-el-Futhú, descúbranse rincones de ruinas cuyos dueños se han ido Dios sabe donde, y que no sirven sino para que los beduinos de paso se acurruquen, durante la noche, al relativo abrigo de sus muros. Pero esto, que los viajeros aprovechan para demostrar el decaimiento actual del Cairo, no demuestra, en realidad, nada. En todas las épocas, las poblaciones árabes han ofrecido el contraste pintoresco de la gran miseria junto al gran esplendor. Una casa se hunde ó se incendia, y el dueño, muy á menudo, abandona sus escombros para ir á encerrar su harem en otra casa, á la sombra de otras torres. Con las mismas mezquitas, cuando no son muy milagrosas ó muy venerables, pasa algo parecido. Los fieles que las ven agrietarse, prefieren construir otra,

más ó menos cerca, á reparar la que amenaza derrumbarse. En cuanto el estandarte del Profeta desaparece del santo recinto, las puertas quedan abiertas, para que todo aquél que quiera busque allí asilo. La fuente de las abluciones se convierte, entonces, en abrevadero para asnos y camellos. En el patio ritual, los arrieros nómadas plantan sus tiendas negras. En vez de las preces del almuedano, se oyen, por la noche, desde la vecindad, las melopeas nostálgicas de los que no dejan nunca de suspirar por el desierto. Uno de los más bellos templos del Egipto musulmán, el Gamia Ibn Kalaun, cuyo domo se hundió hace mucho tiempo, ha servido de prisión, de depósito de armas y de cantera de mármoles preciosos, pero nunca ha sido reparado. Los dueños de la ciudadela prefirieron demoler el palacio de El-Nasir para construir la nueva y desagradable mezquita llamada de Mohamed Alí, cuya fabricación costó muchos millones, á gastar unos cuantos miles de libras en reconstruir la admirable bóveda caída. Todo esto, empero, no indica ni mal gusto ni indiferencia. Cada ciudad organiza su vida como mejor le conviene. Y el desdén resignado con el cual los árabes abandonan sus ruinas, no es quizás el peor sistema de dar á las calles de sus poblaciones un aspecto de poética antigüedad.



Lo único eterno, la sonrisa de la Esfinge.





Las tumbas de santones y califas.

El abandono de que hablan algunos no es, por lo demás, fácil de comprobarse. ¿Quién distingue, en efecto, una mansión vacía de una mansión habitada en los pueblos musulmanes? Muy á menudo, en las callejuelas más sórdidas, entre dos casas humildes, un palacio señorial nos sorprende con sus altos portales esculpidos, con sus balcones de maderas caladas, con sus cornisas de mármol rosa. Si nos detenemos para admirarlo, notamos que todas sus ventanas están tapiadas. Si nos acercamos á la puerta, ningún rumor de vida llega hasta nuestros oídos. Muda como una tumba, la vivienda señorial no parece abrigar sino fantasmas. El color mismo de las paredes exteriores, con sus manchas lívidas, indica un descuido secular. Pero si, por casualidad, alguien nos permite mover el aldabón de bronce que cuelga de su anillo incrustado de plata, nuestro llamamiento encontrará en el acto un eco sonoro en el misterioso recinto. Un negro saldrá á un postigo. Y ante nuestros ojos encantados aparecerá el jardín tradicional, con su alegría de fuentes arrulladoras, de limoneros floridos, de divanes policromos. Hay, en el Cairo, en el barrio de Tabbanah, entre millares de casitas ruinosas, algunas mansiones señoriales que aún conservan la animación

y el esplendor de antaño, y que abren sus puertas á los forasteros sin grandes dificultades. Una de ellas, en la cual los pintores extranjeros encuentran un fondo hospitalario para sus cuadros evocadores, el de Gamal-ed-Din, ha sido bautizado por las guías con el nombre de « la maison des artistes ». Todo el lujo y todo el encanto de la arquitectura árabe de la época de los sultanes mamelucos, aparece allí milagrosamente conservado. En el interior no se ve un solo azulejo roto, ni un so'o marco de puerta deteriorado. Todo se halla cual si sus primeros dueños acabaran de instalarse en sus vastos aposentos. Los muebles mismos conservan la sencillez de otros tiempos. Nada de lo que más tarde ha ido introduciéndose en los palacios de Damasco y de Bagdad; nada de armarios de luna incrustados de nácar; nada de consolas con adornos de bronce. No; nada más que las mesitas bajas de madera labrada, los divanes cubiertos de tapices, los bancos de mármol, los nichos misteriosos, y las vastas alhacenas con mamparas de mucharabiyé. El palacio de Mustafaerchane, popularizado por las tarjetas postales, es también uno de los relicarios más accesibles á la curiosidad de los extranjeros. Sus mosaicos y sus artesonados son célebres en el mundo. Pero no es en estas viviendas, que

casi pueden llamarse muscos, en donde mejor se siente la intimidad de la casta privilegiada, sino en las simples casas ricas de los sabios, de los mercaderes y de los funcionarios importantes. Ahí, en efecto, en una atmósfera de ensueño, toda la elegancia y todo el refinamiento mahometano aparecen, no como una flor conservada á fuerza de cuidados, sino con la espontaneidad natural de una planta vivaz. Lo malo es que fuera del Salemlík abierto á la amistad, el resto es impenetrable. Una vez el café tomado en el salón del dueño, hay que retirarnos. La vida familiar del árabe distinguido es un perpetuo misterio. Mientras el pueblo canta en las terrazas de los cafés, en las puertas de las tiendas, en los bancos de los *suk*, los bajás y los beys esconden sus harems en el fondo de palacios herméticos. Y no vayáis á atribuir á vano orgullo de casta este aislamiento. El mismo personaje que en su casa, entre sus esclavas de amor, se hace invisible, irá á sentarse luego, solo, en una esquina, para fumar su narghilé. Lo que se esconde, es el gineceo, el hogar antiguo, el nido caliente. « Las principales causas de desigualdad social de Europa, es decir, el nacimiento y la cultura — escribe el duque d'Harcourt — no tienen ninguna influencia en Egipto. Los egipcios se encuentran muy cerca del ideal que nuestros revolucionarios sueñan ». De un modo individual, en efecto, todos los árabes son iguales. En la realidad, como en los cuentos de antaño, el hijo del

zapatero puede llegar á ser favorito de un bey, lo mismo que el hijo del visir puede acabar pidiendo limosna, sin que ni el uno gane ni el otro pierda en prestigio de casta. La familiaridad con que los más ilustres per-



Los altos alminares blancos.

sonajes hablan á la gente del pueblo, es extraordinaria. Lo mismo que en « las mil noches y una noche », diríase que todos temen que bajo los harapos de un mendigo se esconda un califa. Y es que las lecciones que da la vida de Oriente, son de las que no se olvidan. Un azar arruina al rico, otro azar enriquece al pobre. El gran brujo de la existencia árabe es siempre el Destino. No hay obrero que no pueda, con la ayuda del destino loco, llegar á ser bajá. Esto, que todos



saben, es quizás lo que mejor contribuye á dar su resignación tranquila á la raza. Llevando en el alma un billete de lotería fantástica, los hijos del profeta esperan siempre y no desesperan nunca. En tal sentido, no hay obra que haga comprender mejor el carácter oriental que *Kismet*. «¡Oh! mortales — dice el contador de la célebre historia — oíd bien la lección que os da el Destino, y prestad atención á las vicisitudes con que sabe hacer variar nuestra vida, ora elevándola y ora bajándola, como una cuba en un pozo». Pero esta especie de indiferencia ante lo que puede pasar y este desdén de las jerarquías, desaparecen en el umbral del harem. Una vez en su casa, el árabe es un ser que no reconoce hermandades. ¿Quién puede jactarse de haber penetrado jamás en el gineceo de un oriental? La amistad, la campechanería, terminan en el selamlík. Un paso más allá, es el misterio insondable. Así, los que venimos á uno de estos pueblos con el ánimo de verle todo, tenemos que contentarnos con lo que está al alcance de nuestra mirada. Detrás de los muros, Alá sólo sabe lo que pasa.

\* \* \*

Lo que pasa en la calle, después de todo, es bastante para distraernos y para interesarnos. En ninguna población de Oriente la variedad de tipos es tan grande cual en ésta. Constantinopla es la encrucijada de las razas asiáticas. En el Cairo, además del Asia, vemos el Africa. « En la plebe de la capital del Egipto — dice Steindorff — hay gente de todos los colores, desde el cobrizo obscuro hasta el blanco puro; y rostros de todas las formas, desde el aguileño de los adoradores de Osiris, hasta el perfil enérgico de los beduinos; y cuerpos que varían desde la esbeltez del felah, hasta la pesadez del turco. » Estos diversos elementos de toda población oriental, que en Turquía viven en perpetua guerra,

aquí, en Egipto, donde las pasiones políticas casi no existen, fraternizan lealmente. No hay más que verlos reunidos en los barrios populares, comerciando ó intrigando, para darse cuenta de la paz que entre ellos reina. Las miradas llenas de odio que los turcos lanzan á los armenios, los armenios á los judíos, los judíos á los sirios, los sirios á los kurdas, los kurdas á los beduinos, se han quedado en Stambul. En el Masr-el-Kaira, cada uno lleva su traje y su alma y su fé, sin exponerse á chocar al vecino. En cualquiera terraza de café, veo ahora muestrarios completos de las poblaciones levantinas. Junto á un persa soberbio, constelado de puñales de plata, que apura á sorbos menudos su taza de té, un negro de Nubia, vestido de blanco, fuma su pipa indolente. Al

lado de un arriero de desierto, envuelto en un manto de pelo de camello, un sedentario guardián de harem luce su cinturón cubierto de pedrerías falsas. Entre dos egipcios de túnicas azules yérguese, cual una estatua de bronce, un abisinio escueto de ojos de fuego y de perfil de víbora. Detrás de un turbante claro de árabe, aparece la corona de lana de un beduino. Los burnús rayados de gris de los argelinos, contrastan con los albornoces flotantes de los jinetes de Siria. Los kawas turcomanos, armados como capitanes de ópera, contemplan sin desdén á los mercaderes judíos de chechias oscuras y de levitones sórdidos. Y á la variedad infinita de los trajes y de los tipos, corresponde la misma variedad de gestos, de acentos, de actitudes. Aun hablando casi todos árabe, diríase que cada uno tiene una lengua diferente. Los sonidos que en labios de un nómada son roncós y rudos, en la boca de un fino mercader del *suk* de los perfumes hácese halagadores y gorgeantes. La voz de los cairotas, y sobre todo, de las cairotas, es famosa en todo el Oriente por su suavidad y por su armonía. « Ese timbre admirable — escribe Fazil Bey — es un



Las calles pintorescas.

don particular de las gentes de Egipto. Que una dama diga una sola vez « ¡ah, Leilá! », y los pájaros que vuelan bajarán á posarse en su pecho ». Lo malo es que nosotros, los infieles que nos paseamos como intrusos entre la multitud, no oímos nunca decir « ¡ah, Leilá! ». Los únicos instantes en que la voz de las mujeres veladas llega á nuestros oídos, es cuando, en las tiendecillas de los bazares, regatean las bellas sederías que el mercader extiende ante sus ojos admirados con habilidades felinas y diabólicas.

\* \* \*

Las más seductoras no son, empero, esas damas que compran telas de lujo, esas aristocráticas tapadas de manos muy blancas, esas hurañas huries de charchaf de seda. Son otras mujeres más modestas. Son las felahinas de pies descalzos que pasan, rítmicas, en túnicas ligeras y ceñidas, que permiten admirar los cuerpos esbeltos, las piernas esculturales, los senos menudos. A cada instante, en efecto, una de estas representantes de la antigua raza egipcia, nos sorprende con su gracia de estatua de bronce. Sus ojos pintados de azul obscuro no tienen la melancólica altivez de las miradas turcas, ni la salvaje voluptuosidad de las pupilas. Los conquistadores musulmanes han impuesto á las antiguas adoradoras de Isis la religión del Profeta. Pero sus rostros

no se han resignado nunca al velo, y sus cuerpos continúan siendo tan inocentemente impúdicos cual en la época faraónica, en que el vestido era un lujo reservado á las altas clases. Con cualquier pretexto se recogen la túnica, dejando al descubierto las pantorrillas nerviosas, y aun sin pretexto tienden el pecho cual una ofrenda de amor. Hijas de esclavos, esclavas sumisas, no tienen derecho á ningún lujo, á ningún capricho. La ley suntuaria de sus miserias milenarias, no les permite más coquetería que la alheña que pone ojeras en sus párpados, y las ajorcas que hacen brillar sus tobillos. Así, cuando se detienen ante cualquier tiendecilla, no es sino para admirar aros de plata ó telas de algodón. Y hay que ver, si se deciden á comprar algo, sus humildes insistencias en el largo regateo, sus obstinaciones en no irse sin lo que desean, sus actitudes implorantes á los pies del mercader, que pide siempre más de lo que ellas tienen. Y luego, cuando logran adquirir la joya, hay que ver también cómo se la llevan, radiantes de alegría. En sus párpados oscuros, palpitan aleteos de emoción. Su pasos son más rápidos. Con su tesoro en las manos, huyen del *suk*, temerosas de que alguien se los arrebate, y siguen, armoniosas y ondulantes, las líneas intrincadas de las callejuelas, camino del barrio de arena y de lodo en el cual tienen sus chozas primitivas, á orillas del rojo Nilo, padre de la tierra y padre de la raza.





# ALBERTO DEL SOLAR

Por RUBEN DARÍO

La Real Academia Española, que acaba de abrir sus puertas al escritor chileno Alberto del Solar en calidad de miembro correspondiente, ha realizado un acto de completa justicia. Ha tiempo que el autor de tantos libros plausibles — que acaban de aparecer compilados en una bella edición de Obras Completas — era merecedor de tal homenaje. Fuera de sus méritos de novelista, de narrador, de poeta, de autor dramático, ha sido siempre cultivador de la tradición castiza de nuestra lengua, y no ha transigido ni aun con la singular costumbre — que creo que se debe á Don Andrés Bello, — de usar la *i* latina, como conjunción, en los casos en que todos usamos la *y* griega, ó *ve*. Va bien, pues, Del Solar, entre los que tienen por especial misión limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano.

Una de las particularidades que distinguen á Alberto del Solar es su americanismo, demostrado desde antaño. Desde sus recuerdos sobre la guerra del Pacífico, en la cual siendo muy joven tomó parte por mar y por tierra, hasta sus últimos trabajos, casi todos, todos puede decirse, se refieren á nuestra América, y principalmente á Chile, su patria, ó á la República Argentina, patria de sus hijos.

En esos recuerdos á que me he referido, brilla un vibrante amor de la tierra natal y de sus glorias, y se habla con palabras de verdad y de entusiasmo — «yo vi, yo estaba allí» — del heroísmo del soldado chileno, de su terribleza y de su resistencia. Y no hay, desde luego, ninguna manifestación de odio ó rencor al enemigo. En la novela *Huincahual*, que pasa en tiempos del antiguo Arauco, y que habría regocijado á Marmontel y logrado la aprobación de Chateaubriand, se trata de luchas y amores entre personajes de las razas contrarias: la conquistadora y la autóctona. La narración es clara, sencilla, con justa y precisa erudición, como que se apoyaba el autor en documentos del eminente americanista Medina, y de un interés sostenido y atrayente. «Me ha gustado é interesado tanto, que pienso hablar de ella cuando hable de otras novelas hispanoamericanas», escribía don Juan Valera.

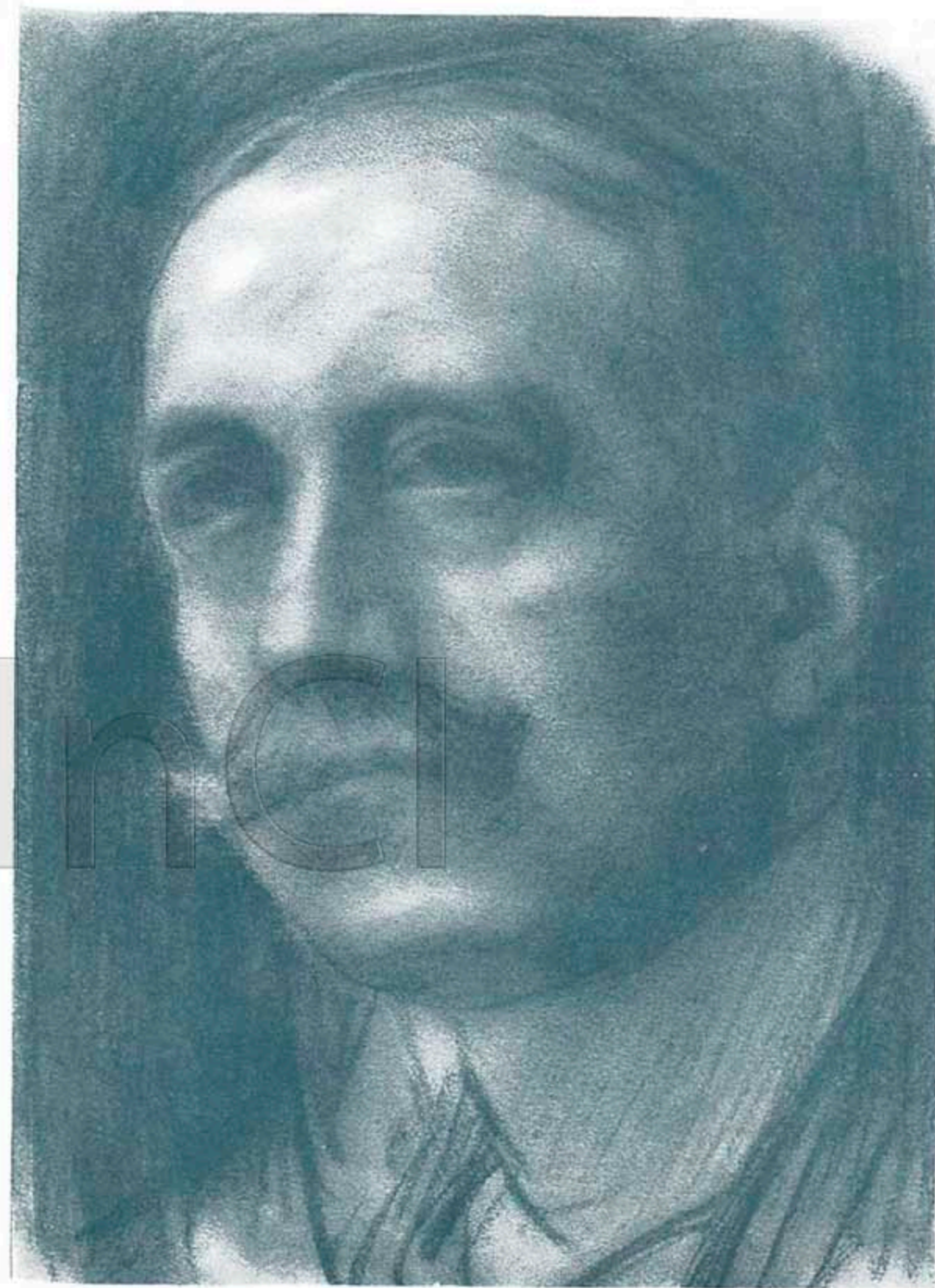
En *Rastaguouère*, otra novela, trabaja Del Solar en materia contemporánea y graciosísima; está muy galanamente escrita, y contiene muchas y muy saludables enseñanzas.

La novela *Contra la marea* entusiasmó á

poetas como Rafael Obligado, cuando fué leída en reuniones literarias en casa de ese noble é ilustre amigo; yo asistí á algunas durante mi permanencia en Buenos-Aires. Es también labor americana, de ambiente argentino, y en ella como en *El Jaro*, otra novela — escrita sin que conociese el autor *La Tour d'Amour*, de Rachilde — aparece uno de los elementos que ejercen mayor atracción en la facultad imaginativa y creadora de Alberto del Solar: el mar.

En las concentradas líneas de esta «cabeza», no podría ni someramente juzgar ni presentar toda la obra ya numerosa de mi eminente amigo. Alguna vez — hace ya años — expresé mis elogiosos pensares en el prólogo de uno de sus libros. Hoy podría agregar que ha contribuido á la formación del teatro nacional argentino, con la presentación de más de una obra celebrada, á pesar de lo dificultoso de la empresa. De su comedia *El Dr. Morris* — que creo se ha representado también en inglés — decía el poeta Diez Komero: «Es una de las obras de teatro más seductoras que se hayan representado en este país». Y de *El Jaro*, *Chacabuco*, y otros trabajos, se han hecho los juicios más satisfactorios.

Mucho habría que decir del crítico, del conferencista, de algún excelente ensayo de historia; mas ello no cabría sino en líneas mayores. Debo, sin embargo, hablar del poeta. Y aquí volveré á recordar cómo aviva su fantasía, y le mueve á expresarse métrica y sonoramente la vasta influencia oceánica, advertida desde su infancia en la pintoresca y encantadora Valparaíso. Cuando aparecieron en *La Nación*, de Buenos-Aires, versos de Del Solar, el hecho causó asombro. Sus colegas de la prosa se asombraron; ante los mundanos y los de los millones perdió méritos; los poetas, celosos de su ciudad sagrada, le exigieron el *schiboleth*. Con todos ellos supo entenderse; y al publicar recientemente su poema *El Diamante azul* — en que siempre aparece la prodigiosa Thalassa — se ha visto que se trata de un verdadero lírico, conocedor de nuestro parnaso y de los grandes poetas ingleses, y cuya factura de corte clásico no le impide vuelos muy modernos, pegaso y aeroplano. Páginas entusiásticas se han escrito sobre ese hermoso poema — entre ellas una notable de Luis Berisso — y en ellas se alaba el dominio de la expresión y la fuerza imaginativa. Yo he leído con de-



Alberto del Solar.

tención esos resonantes y ágiles versos que expresan un significativo «mito», y que juntan la gracia de las ficciones y metamorfosis antiguas á un tema que no puede ser más real, en las férreas y mecánicas tragedias de nuestros días: el naufragio del

*Titanic*. Una leyenda comentada por los diarios, á raíz de la pérdida de aquel colosal barco, dió motivo á que Del Solar escribiese su conmovedora y musical obra, y el poema surgió, digno del poeta y de la poesía.



LA EVOLUCION DEL TANGO...



DEL TANGO ORILLERO ARGENTINO...

... Por FEDERICO RIBAS.



... AL ARISTOCRATICO TANGO PARISIENSE.



# Flirt

## I

¡ Filadelfia, Pittsburg, Chicago y el Oeste! — gritó repetidamente el conductor, mientras recorría el andén a todo lo largo del convoy.

Hablábame en Jersey City. El tren iba a partir.

Al penetrar en el coche me encontré con un viejo y una encantadora muchacha, a quienes, mientras saludaba, dirigí escrutadora mirada, pareciéndome el demasiado viejo para ser el padre, y ella excesivamente joven para ser la esposa.

El tren, una vez fuera de agujas, trocó su acompasada marcha en veloz carrera, comparable a la que en aquel punto seguía mi imaginación, excitada por la singular, extraordinaria belleza de mi compañera de viaje.

Nadie osaba interrumpir el silencio. Una instintiva hostilidad parecía repeler todo conato de intimidades, y ello, por mi parte, no me pesaba, en cierta manera, abstraído como me hallaba en la contemplación de aquel portentoso de mujer.

Ella, a su vez, tampoco cesaba de mirarme, haciéndolo con el disímulo con que suele mirar toda mujer, que se sabe observada por un hombre.

El viejo, aunque aparentaba leer una *Guía de ferro-carriles* que tenía abierta, miraba a uno y otro lado con ojillos inquisidores.

Deseoso de observar más a mis anchas aquella prodigiosa belleza, decidí entornar los párpados simulando estar dormido, y una vez cerrados los ojos, cruzaron por mi mente quiméricos ensueños cual los de Goethe, cuando imaginaba que era un verdadero héroe como el príncipe Pipí, quien sentado en opíparo banquete con hermosa dama,

recogía en sus besos tanto placer que quería morir.

Mi excitación nerviosa me obligó a sacudir bien pronto el fingido sueño, y a trabar conversación con aquella interesante pareja; busqué pretexto preguntando:

— Caballero ¿ podría usted decirme a qué hora se llega a Altoona?

— A eso de las tres — contestó el viejo, secamente.

— Y ¿ conoce usted el sitio donde se libró la batalla de Gettysburg? — insistí, deseoso de continuar el diálogo.

— Lo conozco — dijo el vejeote irguiéndose sobre su asiento — yo estuve en esa batalla; el 63 era yo coronel, é hice toda la guerra civil de los Estados Unidos. Está junto al valle de Cumberland. Se lo enseñaré.

— ¿ Van ustedes a Chicago?

— Sí; allá vamos mi hija y yo.

— ¿ Esta señorita es hija de usted?

— Es mi hija política. Casó con mi hijo único, quien la conoció en un viaje que hizo a la isla de Cuba.

— Y ¿ van ustedes a reunirse con su hijo?

— No. Desgraciadamente no vamos a eso...

— ¿ Desgraciadamente?

— Sí, señor, sí. Mi hijo murió estando en la plenitud de la vida y poseyendo una fortuna de seis millones de dollars, que ahora, sumada a la mía, pasará a manos de Toña... si ella...

La muchacha tosió fuertemente, no dejándome oír las últimas palabras que pronunció el viejo, quien tornó a sumirse en el hostil mutismo de antes.

Durante nuestra anterior conversación, pude observar que Toña se hacía la distraída, no asomando a su rostro, al traer a cuento a



En el coche me encontré con un viejo y una encantadora muchacha.

su difunto marido, ni un gesto sentimental, ni un ademán de tristeza. Y sin pecar de malicioso confesaré que al ver el poco caso que hacía la muchacha al evocarle un pasado luctuoso, pensé que habría hecho un casamiento de interés; que entre ella y su esposo no debió de existir esa íntima dualidad que convierte a dos personas en una voluntad única.

## II

Atravesábamos las calles de Newark, apenas distinguidas por la gran velocidad del tren. El viejo pasó al corredor, y al quedarnos solos Toña y yo, juro que experimenté una turbación sin precedente.

Al fin, el atrevimiento pudo más que mi cortedad, y le hablé de esta manera:

— ¿ Ha estado ya alguna vez en Chicago?

— No, señor. Antes de casarme no había salido de Cuba.

— Su marido sería muy joven ¿ verdad?

— A poca diferencia, debía contar la misma edad que usted.

— ¿ Qué casualidad!

— ¿ Casualidad y coincidencia extrañas! Pues le aseguro que sería difícil encontrar otro parecido tan exacto a mi difunto, como el de usted. Si yo creyera en espiritismos, al verle entrar, se me hubiera figurado era usted el espíritu de mi marido. Las contadas veces que encuentro tan idénticos parecidos, se me ocurre pensar si Dios se entretiene en crear seres duplicados.

— ¿ Peregrina ocurrencia!...

Hubo una pausa, durante la que Toña no cesó de mirarme con aquellos sus ojos, más abrasadores que el mismo sol de su tierra.

Al poco rato, insistí curioso:

— ¿ Hace mucho tiempo que murió su marido?

— Próximamente un año.

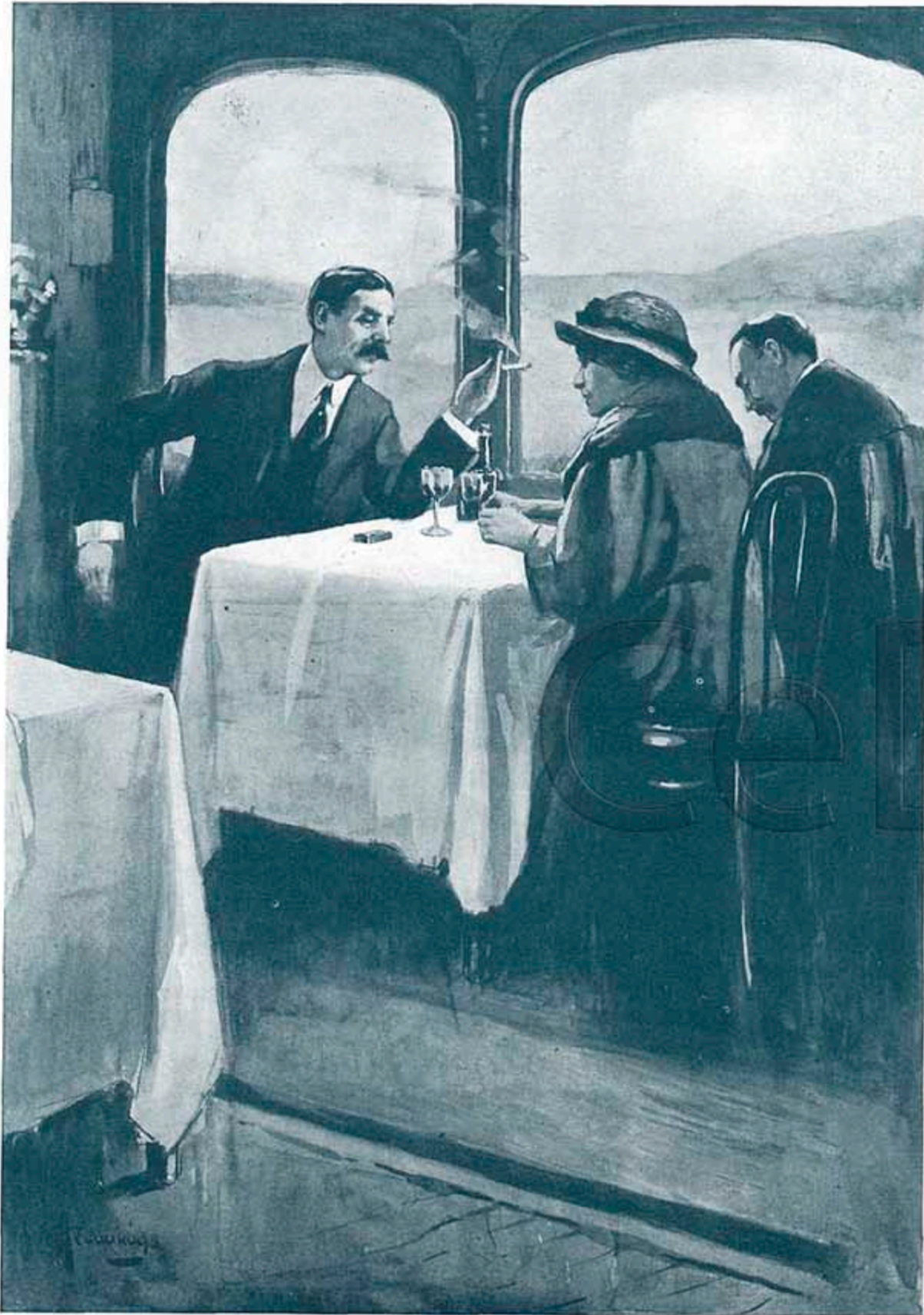
— La felicidad es un mito en este bajo mundo.

— ¿ Acaso es usted también viudo?

— No, señora. Jamás me enamoré. Así como Diógenes buscaba con su linterna un hombre, busco yo una mujer... y hasta aquí...

— ¿ Curioso! ¿ Verdaderamente original!





En el coche-restaurant comimos incómodamente.

— No le extrañe á usted. Soy un ente extravagante, que respeta y cree á pie juntillas lo que dijo aquel filósofo á quien, pre-

guntándole qué edad era buena para casarse, contestó: « Cuando uno es mozo, es temprano, y cuando viejo, tarde. » Presté, además, ente-

ro crédito á estas frases del griego Hiponax: « Sólo dos días hay en que tu mujer te regocijará: el día de la boda y aquél en que la entierren ».

— ¡ Gracioso, graciosísimo ! Y diga usted acá ¿ si no fuera por nosotras, pobrecitas mujeres, como andaría el mundo ?

— El mundo hubiera sido un Edén á no existir la *pobrecita mujer* que se llamó Eva, de cuyo origen debiéramos maldecir todos los hombres.

— Quienes debiéramos maldecir de Adán somos nosotras, pues Dios lo creó fuerte para salvaguardia de su esposa, y ya sabe usted la poca resistencia que opuso á que la manzana fuese cogida.

— Señora, no estuvo en mi ánimo, ni por asomo, el contender con usted. Tampoco vaya usted á figurarse, por lo que dije, que soy un enemigo acérrimo del matrimonio. Si hasta aquí no me casé, ha sido porque tengo formado un concepto muy elevado sobre la mujer, y no logré encontrar, no había logrado encontrar...

— ¿ Y la encontró ya ?

— ¡ Quizás !

— Entonces ¿ qué espera usted para casarse ?

— Porque hay cosas que no se deciden... así... al momento. Falta también saber si ella aceptaría...

— ¡ ¡ Quién sabe ! !

No pudo decir más; el viejo penetraba en nuestro departamento.

Siguió un silencio forzado que me resultaba altamente molesto.

De pronto, ella lo rompió expresando deseos de pasar al corredor, para así admirar el paisaje.

Me ofrecí á acompañarla y ella aceptó, á pesar del gesto de contrariedad que el viejo dejó traslucir.

Arriados ambos al mismo cristal, contemplábamos las vivas llamas que surgían á través de las puertas de los hornos que íbamos dejando atrás, á lo largo del camino recorrido.

Ella fué quien reanudó nuestra anterior conversación, diciendo:

— ¿ Podría saberse quién es esa mujer

excepcional, por la que abdica usted de arraigadas convicciones... ?

— ¿ Y es usted quién me lo pregunta ?

— ¿ Me supone acaso una adivina ?

— No pretendo que sea usted adivina. Me conformo con sólo saber que es usted *divina*, y que si fuese usted esa mujer elegida entre todas...

Una fuerte sacudida me hizo desprender de su brazo, del que me había apoderado, acompañando á esa acción brusca una mirada llena de promesas y una significativa vuelta de cabeza, por la que me daba á entender que el viejo nos estaba observando. Fué la única respuesta que obtuve.

### III

Abandonamos los tres el coche-restaurant, cuyo tembleteo nos hizo comer algo incómodos, y pasamos á nuestro departamento; en él dejamos instalado al vejete, quien pronto cabeceó, vencido tal vez por laboriosa digestión.

Toña y yo salimos al corredor, en el punto en que pasábamos por Cresson. Media hora después llegábamos á Johnstom, y cruzaron ante nuestra vista paisajes encantadores del río Commagh.

El tren corría á toda marcha.

Un « ¡ oh ! » de Toña me hizo fijar en unas grandes columnas de fuego, que parecían escalar el firmamento. Estábamos, sin duda, en las regiones del gas natural.

De pronto, movido por uno de esos arrebatos de pasión que nos hacen olvidar cuanto nos rodea, me acerqué á la muchacha hasta confundir casi su respiración con la mía, diciéndole en comunicativa efusión:

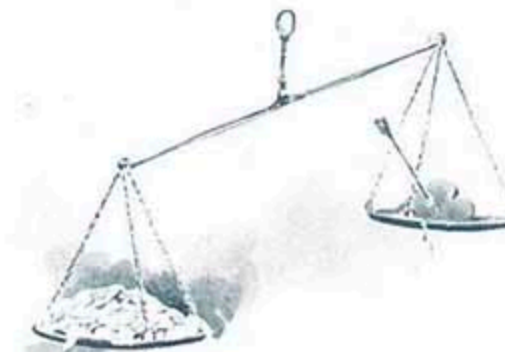
— ¿ Qué me contestaría usted, si la dijera que la adoro ?

Ella, sorprendida ante lo inesperado de mi pregunta, quedóse perpleja; sus mejillas tiñéronse de tonos carmineos y, bajando los ojos, musitó con voz temblorosa:

— Que yo también le adoro... pero que si me casara... Ya se lo dijo papá... perdería su fortuna y la de su hijo. Más de seis millones de dollars !...

PEDRO FERRER GIBERT.

(Ilustraciones de Hemmings.)







« Le disque de l'horloge est champ du combat  
Où la mort, de sa faux, par millions nous abat... »  
TH. GAUTIER.

¿Qué hora es?

¿Cuántos años y cuántos siglos pasaron sobre el mundo, antes de que los labios humanos formularan esta pregunta que hoy es para nosotros una obsesión y un tormento!

Si nuestra vida inquieta y febril es tan corta que, á no someterla á una ley cronométrica inexorable, moriríamos sin haber cumplido la misión de la existencia, muy otra, en cambio, fué la de nuestros antepasados de la prehistoria, quienes vegetaban lentamente, al través de jornadas siempre iguales.

Noche y día: tal era la única división del tiempo que estaba al alcance de aquellos bienaventurados que ignoraban las horas de Caja en los Bancos, las de oficina en los Ministerios, las de agiotaje en las Bolsas, las de conferencia en los Ateneos, las de juego en el Club, las de audiencia en los Tribunales, las de meditación en las Cárcel, las de embuste ó de hipocresía en Sociedad...

Y así, en aquella edad feliz, al anunciarse la mañana con el alba, la caza y la pesca procuraban el sustento que no había de comerse á la hora de costumbre, sino en el momento en que el estómago lo reclamaba. Vivir y multiplicarse eran las leyes de la existencia, y un hombre bien nutrido, en semejantes tiempos de robustez ingénita, era un hombre que vivía, pese á las inclemencias del clima y á la hostilidad de las fieras. Cumplida esta primera parte de su misión social, la segunda, la de atender á la conservación de la especie, era aún más sencilla, si cabe.

El amor, libre de sentimentalismos y de complicaciones, exigía en las selvas y en las cavernas menos « flirts » previos y me-

nos previas habilidades poéticas y oratorias que en nuestros amargos días de progreso, y, además, acogíase mejor á las praderas blandas y soleadas que á la oscuridad de las alcobas nupciales, en donde, según triste máxima filosófica, los modernos esposos se ocultan para perpetrar el crimen de transmitir el dolor con la vida.

Por ello, cuando las primeras estrellas vespertinas anunciaban la proximidad de la noche, pensábase tan sólo en buscar acomodo, el menos malo posible, para un tranquilo descanso.

Mas ¡ay! esta felicidad primitiva de nuestros abuelos duró poco, en relación con la vida del mundo.

Nacieron de las familias las tribus; de las tribus los pueblos; de los pueblos los Estados; y acumulando á placer quehaceres y preocupaciones sobre sus días, el hombre acabó por encontrarlos breves, y le fué menester medirlos para saber la cantidad de esfuerzo, de sobrado dolor y de escasa dicha, que en cada instante habían de corresponderle para el mejor y más exacto funcionamiento de su máquina psíquico-fisiológica.

Probablemente, aún no habían formulado los ingleses la máxima trascendental de *Time is money*, pero en cambio se había inventado ya el régimen autocrático, merced á la inteligencia de algunos pocos hombres y á la estupidez de la enorme mayoría restante. Así llegaron los primeros, los avisados, á convencerse de que fácilmente podían rodearse de comodidades y de placeres gratuitos, haciendo que les sirvieran aquéllos de sus semejantes capaces de la tontería de obedecerles. Como estos últimos eran muchos, la costumbre hizo ley, y si no se dedujo que *el tiempo propio era oro*, dedújose al me-

nos que podía ser oro el tiempo de los demás. Imponíase, pues, con urgencia, la necesidad de una medida para ese tiempo trocado en fuente de riqueza.

El cielo constituyó el primer horario conocido, y todavía recurrimos á la inmutable exactitud de sus leyes para enmendar las deficiencias de nuestros pobres mecanismos cronométricos. La altura del sol sobre el horizonte, durante el día, y el mismo dato con relación á la luna y á las estrellas durante la noche fueron los primeros puntos de referencia merced á los cuales nuestros antepasados pudieron deducir la hora.

En el día, observaron las gentes que la longitud de las sombras de los objetos, proyectadas por el sol, disminuía desde el comienzo de la mañana hasta el centro de la jornada, y volvía á crecer desde mediodía hasta la hora del crepúsculo. De esta observación nació el *gnomon*, ó reloj solar primitivo, cuyo invento se atribuye á los caldeos.

El *gnomon* estaba constituido, sencillamente, por una estaca recta, hincada en tierra, sobre un lugar plano, despejado, y bien expuesto al sol. Esta fué su forma elemental y primitiva. Ulteriormente, se reemplazó la estaca por una piedra tallada en forma de cono prolongado. Los obeliscos egipcios sirvieron también para tal objeto, y en los raros días en que luce el sol sobre París, hay practicones que en la sombra del obelisco de Luksor — trasplantado desde cielos más cle-

mentales al ingrato de la plaza de la Concordia — leen la hora con más exactitud y facilidad que en los paradójicos relojes neumáticos del Boulevard.

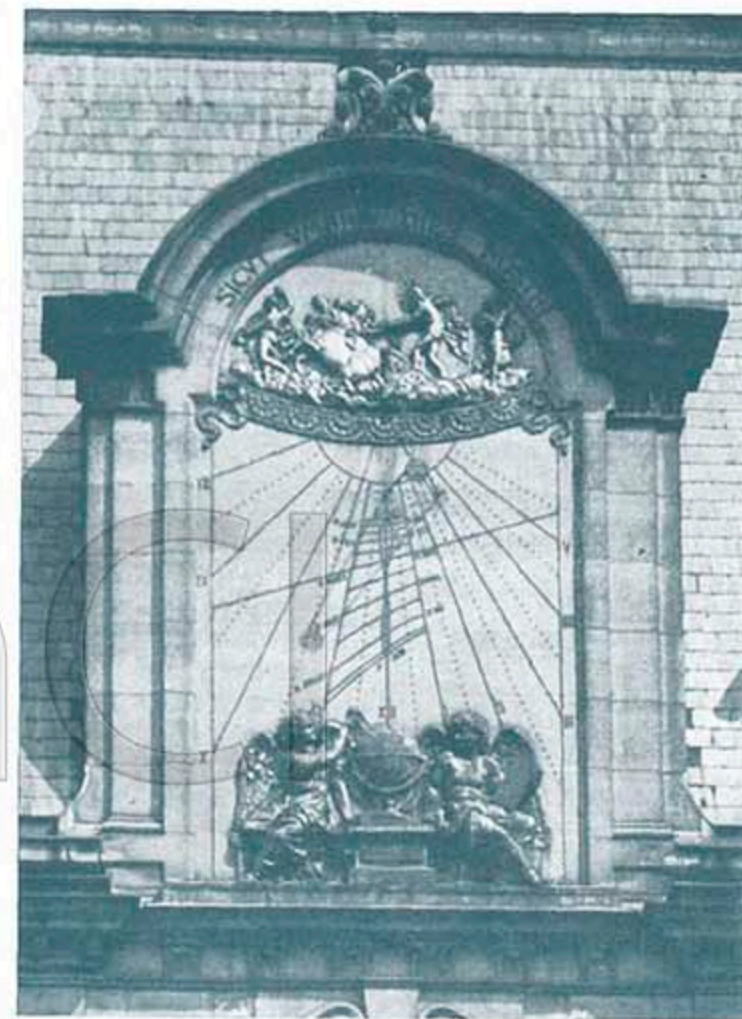
Pero la sombra del *gnomon*, fácil de interpretar por un experto, ofrecía graves inconvenientes para el uso general entre los profanos ignorantes de la antiquísima ciencia de astronomía, y daba lugar á errores continuos y desagradables, y á enojosas faltas de puntualidad en las citas de amor y de negocios.

En efecto, la longitud y la dirección de la sombra del *gnomon* varía, no sólo en relación á las distintas horas del día, sino también con respecto á las distintas estaciones y épocas del año.

En una de las comedias de Aristófanes, dos personajes se ponen de acuerdo para encontrarse en determinado momento. Aún no se hablaba de las horas en el sentido en que nosotros interpretamos esta palabra, ó sea como la

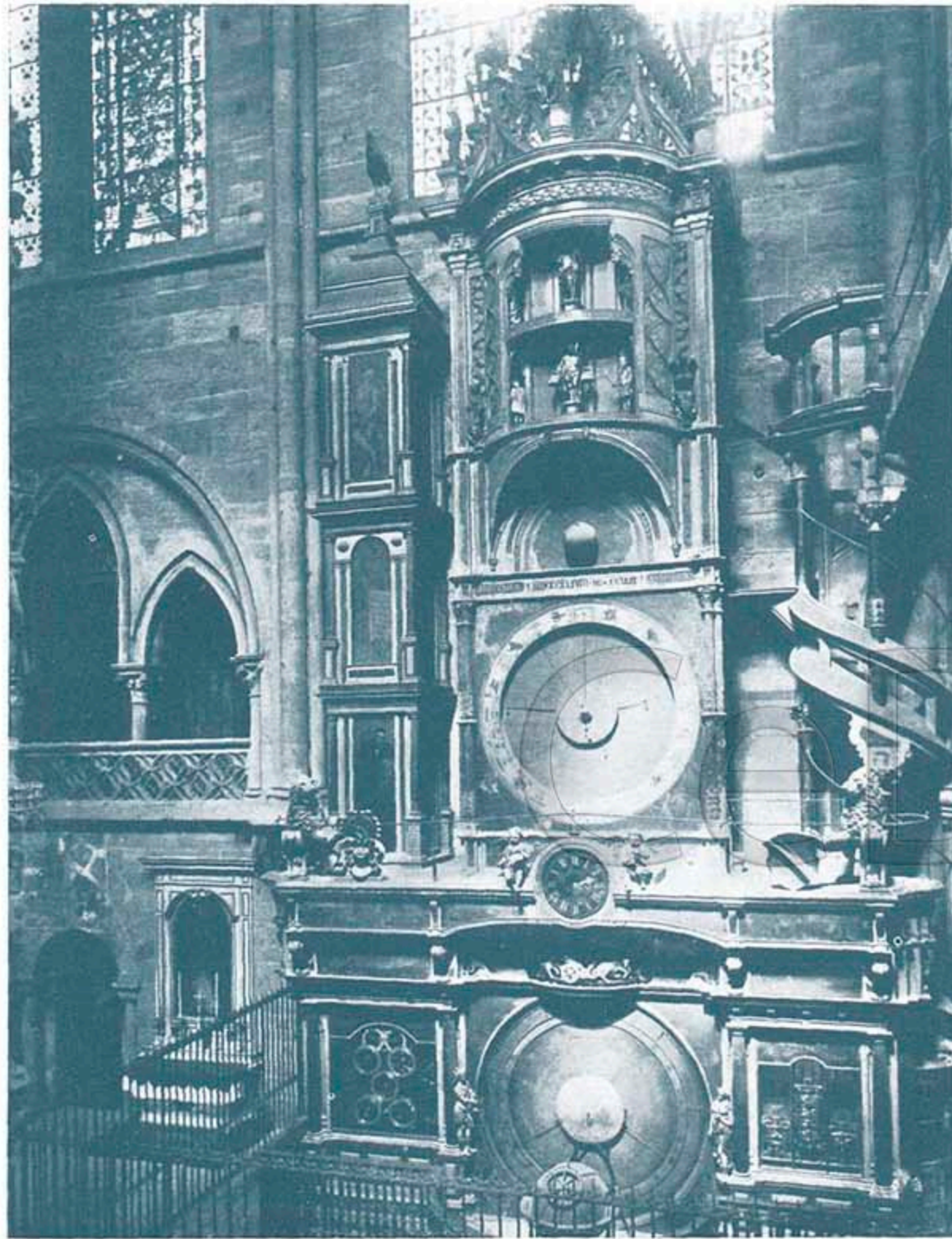
24ª parte del tiempo que la Tierra emplea en dar una vuelta completa sobre su eje. Las Horas Griegas eran divinidades, hijas de Júpiter, que representaban espacios de tiempo muy varios é indefinidos, y que fueron al principio tres, y presidieron á las humanas tristezas ó alegrías. Más tarde, las « Horas » fueron doce, y cada una de ellas significaba una duodécima parte del día.

Por tanto, los personajes de la comedia aristofánica convienen su cita en esta forma:



El viejo cuadrante solar de la Sorbona marca la hora con la perpetua, serena y sencilla oscilación de su pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable...





El famosísimo reloj de la catedral de Estrasburgo es uno de los más antiguos, y el más complejo del mundo. Fue construido en 1352, y restaurado en 1842 por Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años. Sus mecanismos, a más de indicar todos los datos relacionados con la hora y con los fenómenos astronómicos, muestran una legión de figuras cristianas y paganas, que aparecen y desaparecen al sonar las horas.

— ¡ Nos encontraremos en el instante en que la sombra del *gnomon* mida 10 pies!...

Este extraño *rendez-vous* estaba de acuerdo con la época del año en que la acción

de la comedia tenía lugar. De ocurrir en otra estación, el número de pies señalado a la sombra del *gnomon* hubiera sido muy distinto.

Cierto es que tal circunstancia daba lugar

á un equívoco al representarse la comedia, en tiempo en que el citado largo de la sombra había de indicar una hora diferente de la que conviniere al desarrollo de la fábula. Pero cosa parecida ocurre en nuestras comedias contemporáneas, cuando en pleno rigor invernal, y ante un público que llega aterido y envuelto en pieles, nuestros comediantes hablan en el escenario *del calor asfixiante* que se siente en la calle.

Para evitar, dentro de lo posible, las malas interpretaciones dadas á la longitud de la sombra del *gnomon*, los gobernantes griegos y romanos cuidaron de hacer redactar por los sabios unas concienzudas tablas astronómicas, en las cuales se indicaban las longitudes que en cada mes correspondían á la sombra, en relación con cada una de las horas en que entonces se dividía la jornada, de sol á sol.

Otro inconveniente de este sistema consistía, en que tales tablas habían de calcularse en cada localidad con relación á la distinta altura de cada *gnomon*. Más previsores que los griegos, los chinos habían remediado á tal defecto estableciendo por medio de la ley, y desde tiempo inmemorial, que todo *gnomon* mediría 8 pies de alto.

Pero, como queda dicho, estas circunstancias no dejaban de ser enojosas, y andando el tiempo, que de la mano trae al progreso, se llegó á la invención del cuadrante, ó reloj solar.

De este cuadrante nos dice Herodoto que fué ideado por los Babilonios. Anaximandro, 550 años antes de Jesucristo, construyó el primer cuadrante solar que poseyó Esparta, y merced á Pericles se instaló otro en Atenas.

Roma no se permitió el lujo de un cuadrante solar hasta pasada la primera guerra Púnica, doscientos años antes de J. C.

Los cuadrantes solares construíanse de muy diversas formas y tamaños. Algunos eran muy grandes, como los de la *Torre de los Vientos*, de Atenas, que ostenta un reloj solar en cada una de sus ocho fachadas.

En la Edad Media, los cuadrantes se multiplicaron de tal modo que casi todas las iglesias, edificios públicos y residencias señoriales, poseían el suyo. Hoy mismo, en algunas aldeas montaraces, el cuadrante del templo, el de la casa Ayuntamiento, ó el del palacio de algún señor rural, constituyen el único medio de información cronométrica

de que disponen los rústicos que, viviendo en la paz de las alturas, han tenido la suerte de no ser accesibles, todavía, á la invasión del progreso.

De tal modo, y en tanto que no se inventaron otros medios más prácticos ó más exactos para llegar á la determinación de la hora, estos relojes solares constituyeron la última palabra de la ciencia, y algunos de ellos, bastante grandes y bien dispuestos,

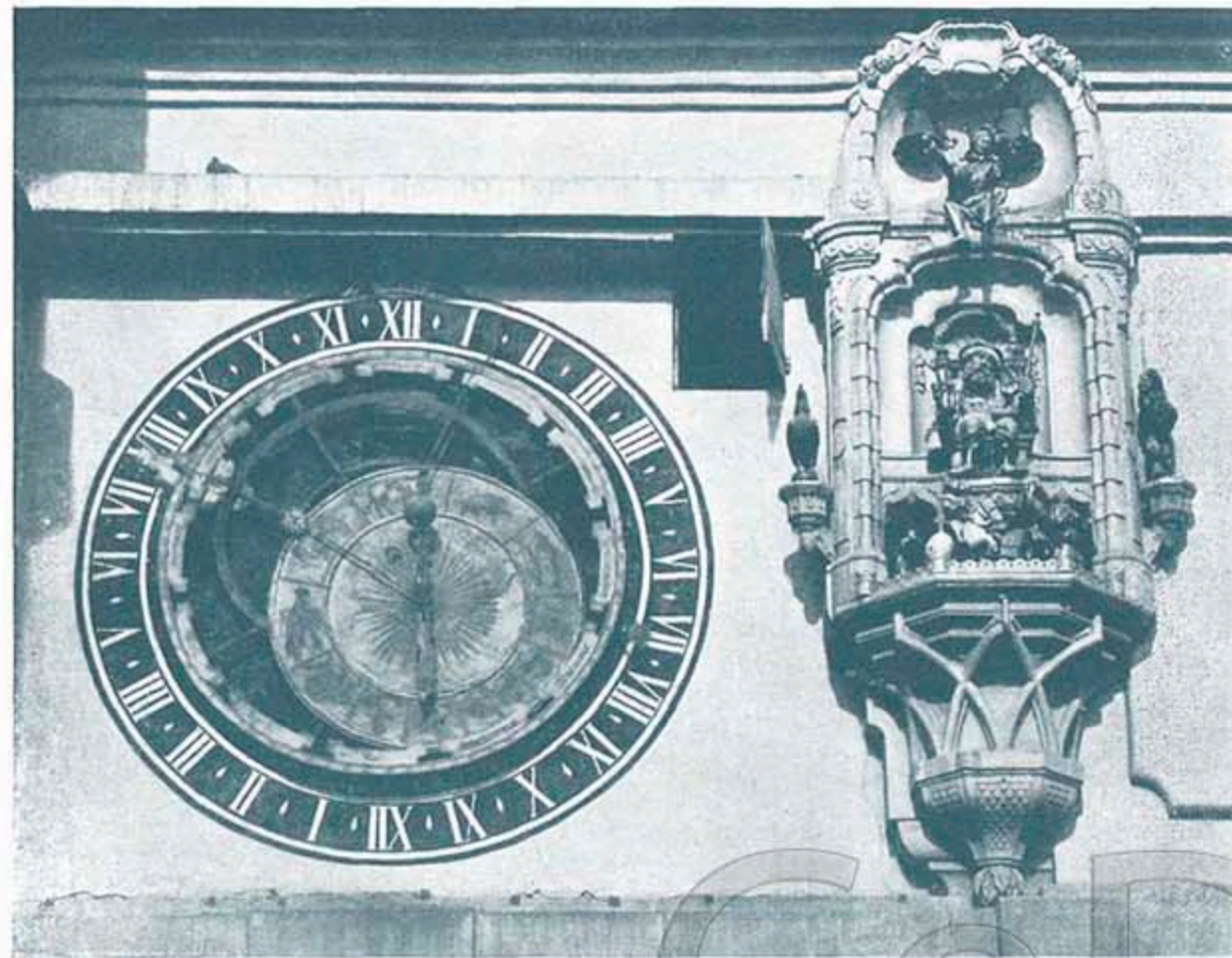
no acusaban errores mayores de un minuto. Todavía, en 1666, la Academia de Ciencias de París utilizaba el cuadrante al mismo tiempo que los imperfectos relojes, que en muchas ocasiones sometían su imbricada maquinaria, inconsciente y loca, al contraste de la perpetua, serena, y sencilla oscilación de una pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable, en lazo intangible y sutil tendido, como puente de misterio, desde la Tierra hasta el enigma del Universo.

Tanto el *gnomon* como el cuadrante eran instrumentos exclusivamente diurnos, y á medida que los hombres fueron civilizándose, la noche fué también dejando de servir en absoluto para el descanso, como ocurría en las edades de la protohistoria. Así



La antiquísima "Torre del Reloj", de Berna, cuyo cronómetro es también famoso por su complicado y viejo mecanismo.





Detalle del célebre reloj de Berna. La esfera, de 24 horas, comprende también un cuadrante solar y un sistema astronómico. Al lado de esta esfera se ve el retablo, sobre el cual desfilan las figuras, al dar las horas.

pues, hubo necesidad de sujetar la existencia nocturna á un programa estricto, á semejanza de lo hecho con la vida durante el día.

Jenofonte nos dice que en tiempo de Sócrates el arte de conocer la hora, en la noche, era muy popular, y que las gentes lo aprendían de los pastores y de los marinos.

En los cielos orientales, constelados y transparentes, los astros brillan con fulgores mágicos. Forzosamente había de suspenderse de ellos la atención del hombre, que en la tenue llama lejana, fría y palpitante, podía cifrar á su antojo la leyenda eterna, misteriosa y sobrehumana del *más allá*. De tal modo, en observación constante hecha de poesía, de superstición, de nostalgia, de ensueño, de inquietud: de la vida toda, en suma, llegaron los astrólogos al estudio de cada estrella visible, estableciendo una relación casi exacta entre su altura en los cielos y la hora de la noche que á tal altura correspondiere.

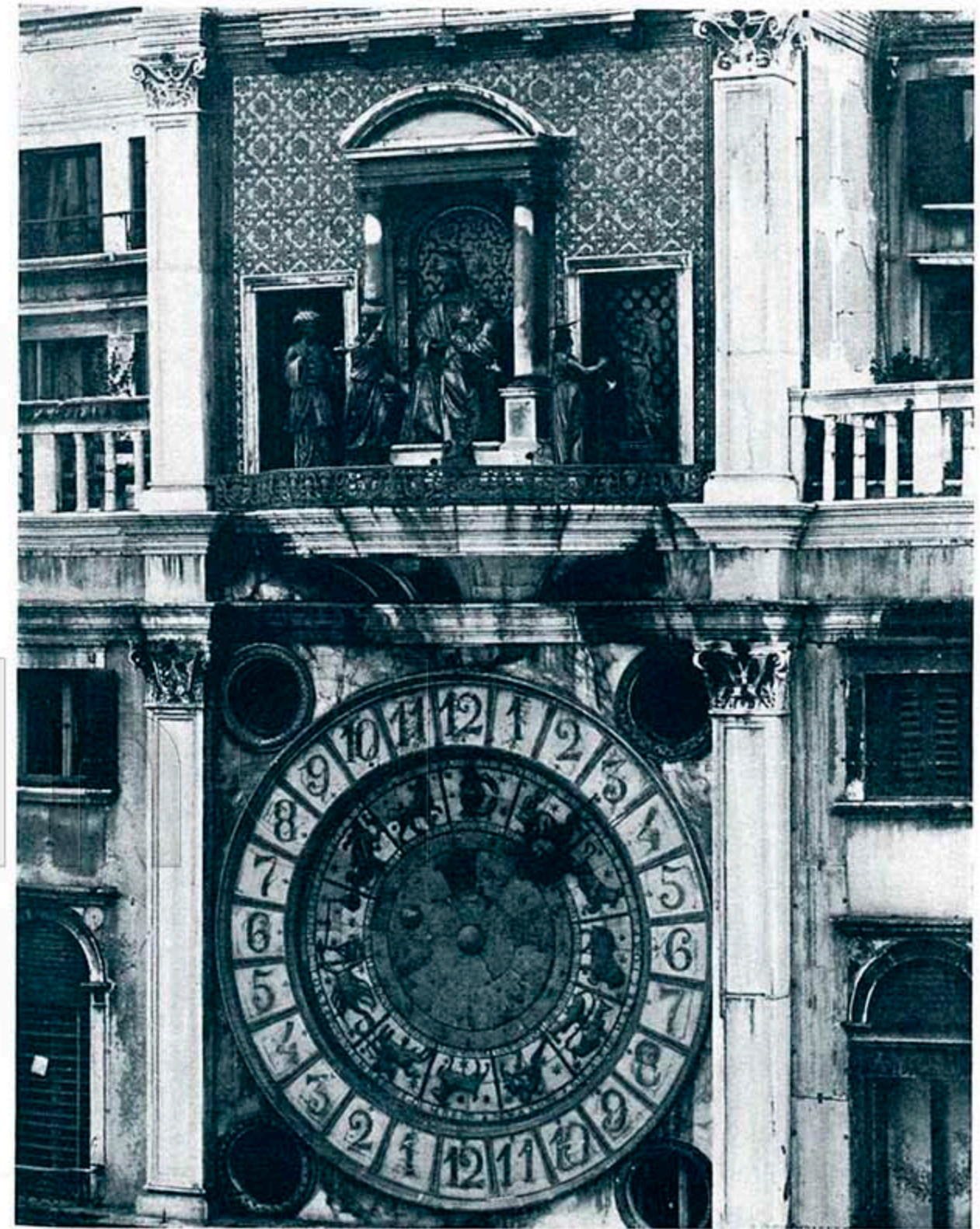
Hiparco determinaba este dato con aproximación de tres minutos, y ya en el siglo XVI los pilotos eran maestros en este arte, para cuyas observaciones utilizaban la rudimentaria « ballestilla », que fué origen del sex-

tante usado actualmente á bordo de los buques.

Nuestros modernos telescopios, colosales anteojos meridianos, determinan la hora con error de una décima de segundo, y en breve los astrónomos reducirán tal diferencia á la de una centésima de la misma fracción. Y entonces...

Entonces, cuando sepamos la hora en que vivimos, sin más distancia entre la hipótesis y la verdad que la del imperceptible instante que pueda tardar en cruzar por nuestra mente una idea ¿ seremos acaso más felices, cien veces más felices que cuando ese error lo era de un segundo entero?... ¿ Poseeremos, en consecuencia, una dicha 6.000 veces más perfecta que la que pudieron conocer nuestros antepasados de la Edad Media, cuyos cuadrantes solares daban la hora con tremendos desvíos de un minuto?... Y, en fin, nuestra ventura ¿ habrá crecido en proporción á las 18.000 fracciones de centésima de segundo que constituían el lejano error con que Hiparco leía la hora en las estrellas?

Si así fuera, nos sería dado alzar un monumento de gratitud, en nuestro espíritu, á



El reloj de la Plaza de San Marcos, en Venecia, posee, como los anteriores, su sistema astronómico y su galería de muñecos, que representan el homenaje de los Reyes Magos al Señor.

los sabios que supieron amenizar nuestra existencia, pero, desgraciadamente, todo hace suponer lo contrario. Cuando somos felices, cuando las penas y las tribulaciones se alejan de nosotros, cuando amor, paz y riqueza, estas tres bienaventuranzas de la vida, nos brindan su dicha gris, única posible en este

mundo, en tales jornadas sonreímos felices, al comprobar que no sólo hemos olvidado la hora en que vivimos, sino también el día, y el mes, y el año...

Cuantos sistemas de averiguar la hora quedan expuestos, al correr de este recuerdo mi-



lenario, trocábanse en vanidad de vanidades así que un antojo de las nubes diera en ocultar el sol ó las estrellas, privando de sombra al estilete del cuadrante, y de campo de observación á la mirada experta del astrólogo.

De igual modo que se encontraron procedimientos y aparatos capaces de fijar, en un momento dado, la medida del tiempo, encontráronse también medios capaces de conservar esa medida.

Los primeros relojes mecánicos conocidos fueron las *clepsidras* ó relojes de agua, inventados, según la tradición, por el fabuloso Hermes Trimegisto de los egipcios.

Difícil es desprender la verdad de la fábula, y averiguar quien fué el verdadero constructor de la primera *clepsidra*. Lo que hay de cierto es que estos mecanismos se utilizaban ya en Egipto en tiempos de la duodécima dinastía, quince siglos antes de Jesucristo.

Las *clepsidras* eran generalmente de grandes dimensiones, sin cuya condición el agua no tenía en ellas la presión necesaria para su funcionamiento, pero lejanas memorias nos hablan de un famoso artífice griego, tan hábil en la contrucción de estos aparatos, que dispuso uno, para uso de César, lo suficientemente reducido para que el augusto cliente pudiera llevarlo siempre consigo.

La teoría de construcción de las *clepsidras* no podía ser más sencilla. Estribaba en la caída de sucesivas gotas de agua, de idéntico tamaño é igualmente espaciadas, que iban

llenando, poco á poco, un depósito, sobre cuyas paredes habíanse marcado las horas. El nivel del líquido, indicado por un flotador, señalaba la hora del día correspondiente á la altura del agua.

Pero con base tan escasamente compleja, llegáronse á construir mecanismos prodigiosos. Los Arabes fueron, con los griegos, maestros en tal y tan primitiva relojería, y así

la Historia nos conserva el recuerdo de la célebrima *clepsidra* que el Califa Harum-Al-Raschid regaló á Carlomagno.

Era este aparato de bronce, y marcaba las divisiones del día por medio de figuras de guerreros que se presentaban unas tras de otras, y que abrían las puertas que las ocultaban, correspondiendo la aparición de cada muñeco á una hora determinada. Para precisar exactamente la que le correspondía señalar, cada figura arrojaba, dentro de un timbre de oro, una serie de bolitas del mismo metal que al caer producían, marcando

el ritmo, los campanillazos necesarios.

En semejante época, que lo era de barbarie para los modernos pueblos, el reloj del Califa produjo el asombro de una increíble y fantástica maravilla.

Por aquel entonces, existía en los monasterios el cargo de *significator horarum*, en cuyo desempeño turnaban los monjes, y cuya finalidad era la de medir el tiempo con el empleo en recitar un número de oraciones equivalentes, por su duración, á una hora.



El reloj del Palacio de Justicia fué el primer reloj público que existió en París, y aún campea sobre la fachada del bastión llamado, por tal motivo, "Tour de l'Horloge".

No había de ser el *significator horarum* puesto muy cómodo, por cuanto los monjes fueron quienes con más afán se aplicaron á realizar la idea de un reloj movido por pesas, idea muy vieja, de la que habló Aristóteles, pero que aún no se había llevado á la práctica.

Hacia fines del siglo X, un fraile de Aurillac, Gerberto — que había de ser más tarde Silvestre II — fué quien primero construyó un reloj de pesas; pero nada sabemos de su mecanismo ni de su precisión, aunque todo hace suponer que fuera muy imperfecto. En realidad, sólo al cabo de varios siglos encontramos datos concretos, y aparecen los monumentales y complejissimos relojes que, como la *clepsidra* de Harum-Al-Raschid, han alcanzado mundial y perpetua celebridad.

De estos últimos, uno de los más notables, si no el más notable, es el reloj astronómico que, muy restaurado, puede admirarse aún en la Catedral de Estrasburgo. El primer mecanismo de este reloj databa de 1352, y posteriormente, en 1842, fué reconstruido casi completamente por el artífice Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años.

La parte astronómica de tan imbricado mecanismo comprende los siguientes elementos:

El cómputo eclesiástico.

Un calendario perpetuo, con sus correspondientes fiestas movibles.

Un sistema planetario, construido conforme á la teoría de Copérnico, y que abarca las órbitas de todos los planetas visibles á simple vista, así como las fases de la luna, y los eclipses.

Y, por último, una esfera celeste que marca la precesión de los equinoccios.

En cuanto á la medición del tiempo, este diabólico aparato ofrece una sección mucho más complicada aún, y que marca la hora con todas sus divisiones, los días de la semana con los signos de los planetas que les corresponden, la letra dominical,

y en fin, el santo ó los santos del día.

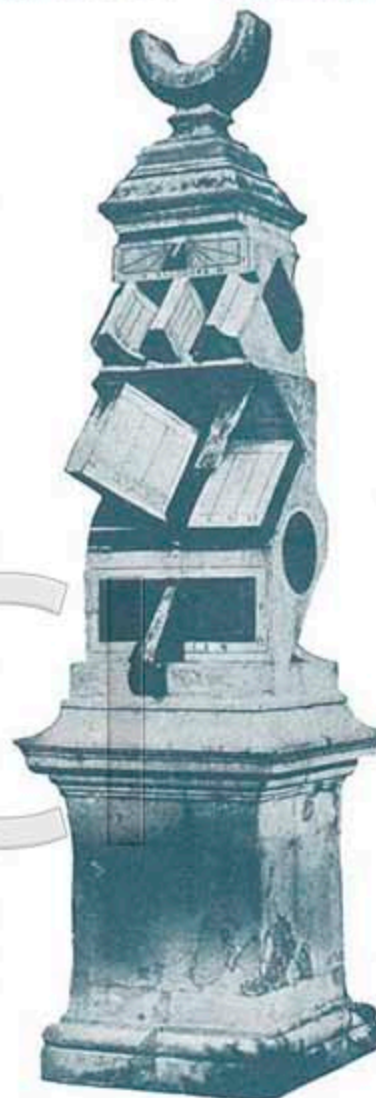
El funcionamiento de esta máquina no puede ser más pintoresco. Cuatro figuras representan las cuatro épocas de la vida, y cada una de ellas golpea sobre un timbre para marcar los cuartos de hora. La Niñez marca el primer cuarto; la Adolescencia, el segundo; la Virilidad, el tercero; y la Vejez, el cuarto. Al lado de la Vejez aparece la figura de la Muerte, que da las horas, y al comenzar cada hora un ángel invierte un reloj de arena, cuyo último grano cae al correr del último segundo.

Pero el *gran espectáculo* del reloj de Estrasburgo corresponde á la hora de mediodía. Sonando las doce campanadas, comienza el desfile de una procesión de los doce Apóstoles. Los muñecos que la forman se van acercando sucesivamente á una imagen del Cristo, ante la cual se inclinan. La imagen, colocada sobre un pedestal, extiende los brazos en ademán de bendecir á los congregados, y en tanto, un gallo colocado en lo alto de una torre canta tres veces seguidas moviendo las alas.

Lo más sorprendente es que, al mismo tiempo que se desarrolla esta escena cristiana, aparecen en último término, y sobre un fondo de nubes, siete carros sobre los cuales pasan siete deidades paganas que simbolizan los siete días.

Hay que convenir en que, para mover á su debido tiempo todas estas figuras, y hacer girar sobre sus órbitas á todos los planetas, sin que por ello los cuadrantes dejen de marcar con toda exactitud la hora y todos los de-

más datos del calendario, es menester que, á la construcción del mecanismo que es alma del célebre reloj de Estrasburgo, haya presidido una mentalidad poco sujeta á distracción ni á confusiones. Y se comprende que el artífice Schwilgue empleara cinco años de su vida en poner de nuevo en marcha el monumental laberinto de rodajas, cuerdas y pesas, detenido por el uso, que es el cansancio de las cosas al cabo de los siglos.



Reloj solar construido en tiempos de Luis XIII, en el castillo de la Groirie. Este ejemplar único, formado por varios cuadrantes combinados, indica la hora en todas sus fases y aspectos.



Otro reloj, tan antiguo como célebre, es el del Palacio de Justicia de París, primer reloj público que existió en la capital francesa, y que aún campea sobre la fachada del bastión llamado, por tal motivo, « Tour de l'Horloge ».

Construyóse este mecanismo en 1370, y á costa del peculio del rey Carlos V. Este monarca hizo venir á París, para tal objeto, al relojero alemán Enrique de Vic, artífice reputado, á quien Carlos V recibió con toda clase de honores y agasajos, hospedándole en el real castillo del Louvre durante los ocho años que tardó en llevar á cabo su trabajo. El sueldo que cobraba Vic, en este tiempo, era inferior al valor de un franco, pero era también considerable, como remuneración para los usos de la época. Posteriormente, Carlos IX y Enrique III restauraron el viejo reloj, adornándolo con frescos el primero, y con tallas de Germain Pilon el segundo.

Estos relojes de pesas fueron la última palabra del progreso hasta el siglo XVI. En esta época, Galileo descubrió los principios de la ley del péndulo, y pensó de seguida en aplicarlos á la medición del tiempo. Tal vez este proyecto fué llevado á la práctica, pues en una de las cartas del inmortal pisano, publicadas por Venturi en 1818, se habla de un tal Dominico Baccetti que trabajó en la construcción de un reloj de péndulo, bajo la dirección de Galileo y de su hijo.

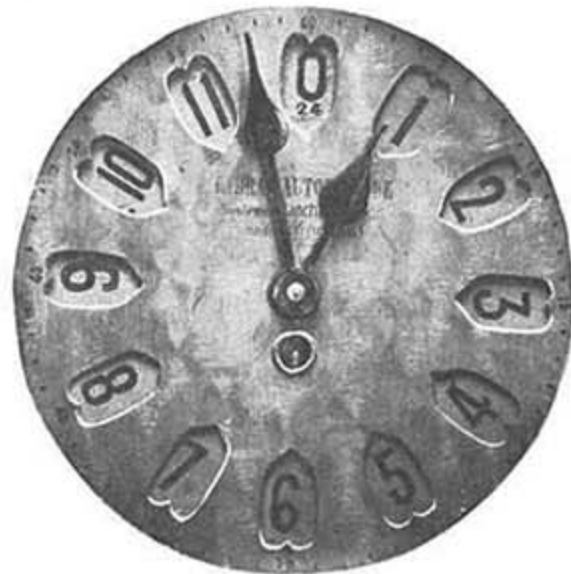
El problema de la aplicación del péndulo á la cronometría fué resuelto definitiva-

mente por Huyghens, en 1656, y más tarde, en 1673, la solución fué entregada por este inventor al dominio público, al aparecer su célebre tratado *De horologio oscillatorio*.

Artífices como el griego Cetesibio, capaces de construir una *clepsidra* de bolsillo, no abundaban, y los relojes de pesas y los de péndulo seguían presentando el inconveniente que ofrecieran antes los de agua, es decir, el de ser difícilmente transportables... y el de constituir un lujo que solamente podía estar al alcance de los príncipes y de los potentados. Burgueses y plebeyos seguían rigiendo sus vidas conforme á las indicaciones del viejo cuadrante de la plaza, ó del sorprendente reloj de la torre de la iglesia, última invención del diablo, aceptada sin embargo por los fieles del Señor... Pero en los barrios lejanos de las ciudades, ó en la soledad de los campos, seguían haciéndose hipótesis acerca de la hora probable, juzgando de ella por la inclinación de las sombras cuando el sol lucía, y según el criterio individual cuando, por el contrario, amanecía nublado.

El Angel Caído, el demoníaco Rebelde, siguió empero alentando al orgullo humano, y dictó á

los hombres sus extrañas inspiraciones. De tal suerte, y no se sabe por quien, dióse en la invención de los reducidos cronómetros de resorte, que andando el tiempo habían de multiplicarse hasta lo increíble y ser para nosotros cosa tan trivial y fácil de conseguir, que hasta los miseros labriegos y los zarrapastrosos trajinantes los poseyeran.



En este nuevo cuadrante, dispuesto conforme á la moderna numeración de las horas, éstas cambian automáticamente, viniendo á ocupar los lugares que les corresponden.



Nuremberg fué la cuna de los relojes de bolsillo, y los relojeros de esta población adquirieron tal fama en esta labor que los primeros cronómetros, que eran de forma esférica ú ovoidal, se llamaban *Huevos de Nuremberg*.

Desde entonces, esforzaronse los constructores en reducir cada vez más la dimensión del reloj portátil, y paso á paso, hemos ido llegando á los relojes de ojal que se ocultan tras de la solapa, á los que adornan una pulsera, á los que se engastan en una sortija, á los que rematan los puños de los paraguas y bastones, á los que asoman, discretos, por un rincón del portamonedas, y en fin, con los días actuales, á la última y excéntrica novedad de los relojes que adornan los zapatos de nuestras elegantes, y que, con su encantadora indiscreción, prestan á la silueta femenina un extraordinario interés, cuando una gentil mujer comprueba, en pleno boulevard ó en pleno salón, la exactitud de la hora que marca su *cronómetro de pie*.

— ¿ Qué hora es ?...

En esta pregunta, que hoy es para nosotros

una obsesión y un tormento, decimos el despertar de un breve sueño de dicha, volviendo hacia la realidad que es sufrimiento; decimos, si ganamos con esfuerzo el pan de cada día, la angustia del tiempo que huye sin dejar tras de sí el provecho necesario; decimos, si la fortuna quiso brindarnos sus dones, el tedio del tiempo largo, inútil, eterno, cuyos minutos caen como gotas de plomo... Y así, empujados por la vida, vamos como cuerda de galeotes hacia la galera desde cuyos bancos hemos de bogar, arrastrando sobre el mar de la existencia el peso de nuestro destino...

— ¿ Qué hora es ?...

En torno nuestro: sea en la calle, sea en la casa, sea entre la multitud, cien agujas de cien cronómetros nos responden al par, surgiendo de todos lados como espíritus del mal; y un instante más tarde, en fiebre de inquietud, volvemos á preguntar:

— ¿ Qué hora es ?...

¡ Lamento de fatiga, estertor de agonía, esta frase es, en la canción de nuestra vida, el eterno retornelo del dolor!...

ANTONIO G. DE LINARES.







## RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas, son tres niños abandonados.

El señor Pepe, apodado «Traga-Mirlos» utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del «Traga Mirlos», y éste bautiza a la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de «La Veterana». De igual modo que el Traga-Mirlos, recurre al auxilio de La Veterana don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada.

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado a almorzar a su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reúne todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta a don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afiliados de La Veterana, y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.

Don Ulpiano retiene a Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar a su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda a las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos a don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de molin y desorden que habían de preceder a la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo a la escuela de don Anacleto, en donde aprende a leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias a la actitud conciliante de su futuro suegro, quien no cesa en sus esfuerzos hasta que logra del tímido maestro una declaración precisa, que da comienzo oficialmente al idilio.

Don Anacleto corre a participar esta feliz nueva a su gran amigo don Ulpiano, a quien encuentra muy preocupado porque acaba de descubrir el refugio de la madre de «Estrazilla», que está recogida en un hospital. Don Ulpiano encarga al maestro que dé cuenta a Estrazilla del hallazgo, con objeto de tratar de reunir de nuevo al hijo y a la madre. Los sangrientos acontecimientos a que dió lugar en Madrid el alzamiento del 22 de junio de 1866, demoraron la realización del plan dispuesto por don Anacleto y don Ulpiano. Este último combatió en las barricadas, y por milagro no fué preso. Pasada la tormenta, llegó el día en que Estrazilla había de saber el paradero de su madre.

Don Anacleto llamó al muchacho, y le refirió cuantos datos había podido averiguar don Ulpiano acerca de la trágica historia de la madre de Estrazilla. El maestro expuso al protegido del escultor cuales eran los planes de éste, y su deseo de reunir a la pobre demente con su hijo, sacrificando para ello sus propios y escasos intereses. Por su lado, Estrazilla prometió contribuir al sustento de su madre, y así fué como todos estos proyectos se convirtieron en realidades, alojándose Estrazilla y su madre en el taller de Covarrubias. En las horas de descanso, Estrazilla se esforzaba en restablecer entre él y su madre la comunión de espíritu rota por la ausencia, primero, y por la locura de la pobre mujer, más tarde.

— Sí, mucho, muchísimo... ¿sabes lo que es querer todo... todo... todo?... ¡ pues, así te quiero yo!

— Pues, de esa manera sólo pueden que-

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio y Julio 1913.

rer las madres. ¿ Ve V. como no hay duda de que V. es mi madre.

— Sí, lo soy... ¡ Y qué hermoso eres! ¡ Qué cabeza tan preciosa la tuya, con esos ojos que cuando me miran me calientan el corazón... ¿ Por qué te vas tantas, tantas horas,

y me dejas aquí solita? ¡ Me pongo muy triste y deseo que vuelvas! Algunas veces creo que no vas a volver nunca...

— Me voy porque tengo que ir a trabajar.

— ¿ Dónde trabajas?

— En una casa que están haciendo.

— Y esa casa ¿ es para ti?

— No, madre.

— Pues si no es para ti ¿ por qué la haces?

— Porque me pagan mi jornal por ayudar a hacerla, como a los demás que colocan los ladrillos y amasan el yeso y suben a los andamios.

— Pues las casas debían ser de los que las hacen.

— Eso sucederá en un país que dicen que hay más allá del mar, y que se llama Jauja.

— ¡ Vámonos a Jauja! Allí se debe vivir muy bien.

No sabiendo que contestar a los despropósitos de la pobre perturbada, Cayetano se echó a reír.

— Oye, niño, niño mío — añadió ella — ¿ quieres decirme un romance de los que tú sabes, como hiciste la otra noche?...

— Sí que quiero, y le diré uno muy bonito: el de « los tres hijuelos del Rey »... Voy a sentarme al lado de V... ó si no, mejor que me sienta yo en esta sillita baja y V. se sienta encima de mí.

— Sí, sí, así me gustará más.

Como la madre suele coger en los brazos a su hijo para adormecerle, al ritmo de las bizarras historias, así tomó en los suyos Estrazilla a la desventurada, y comenzó diciendo.

« Tres hijuelos había el Rey,

Tres hijuelos, que no más,

Por enojo que hubo de ellos

Todos malditos los ha,

El uno se tornó ciervo,

El otro se tornó can,

El otro se tornó moro,

Pasó las aguas del mar... »

Y así continuó con todo el romance de Lanzarote.

## XXII

## UN SUBLEVADO.

En las últimas horas de la noche, si no eran ya las primeras de la madrugada, el sereno de la calle de la Parada llamó a la puerta del sotabanco en que vivía Covarrubias, y cuando éste, que no se había acosta-

do mucho antes, salió a abrir, el celoso guardián del sosiego nocturno, poniéndole en los ojos el reluciente farolillo, le dijo:

— Señor Don Ulpiano. Perdone su merced si le molesto. Un caballero que está abajo, me ha dicho que suba y llame a V., porque necesita verle con urgencia. Yo no le he dejado subir, como él quería, hasta que V. lo autorice, y lo que he hecho es venir a comunicárselo a V.

Sorprendido Don Ulpiano de la inoportuna visita, y alarmado también, preguntó:

— ¿ Quién es ese caballero?

— Negóse a decírmelo. Buena facha tiene. Caballero, sí que parece. Dice que es amigo de V., y que cuando V. le vea se alegrará... Mal humor y prisa parece que trae.

— Dile, pues, que suba.

Mientras Covarrubias encendía el quinqué de la salita, y se ponía los pantalones y la chaqueta, subió el misterioso visitante. Apenas le vió, dijo aquél:

— ¡ V. por aquí, amigo Pérez! ¡ Vaya unas horas! ¿ Qué le ocurre?

Era el capitán Don César Pérez, de quien en otro lugar se ha hablado. Vestía de paisano y cubría su cabeza con ancho sombrero blando, que le proyectaba amplia sombra sobre el rostro.

— Ahora lo verá V. — contestó. — Perdona la molestia, pero las cosas se ponen de modo que no dan lugar a la espera.

— Entre V. y hablemos.

Una vez en la sala y sentados, dijo Pérez:

— ¿ Sabe V. lo que ocurre? ¡ Que una nueva sublevación se prepara! ¡ En varias provincias se organiza el movimiento! Pero la guarnición de Madrid que iba a levantarse permanecerá quieta; nuevamente han olvidado sus jefes lo que acababan de prometer al representante de Prim... Eso es lo que hay... Que yo no quiero aceptar esta vergüenza, y me voy a buscar al general que llegará a Valencia el día 7... ¡ Que mi resolución me costará acaso la vida, y desde luego me cuesta la carrera! ¡ Que mi familia queda sin amparo, y que vengo a rogar a V., porque sé que es hombre de corazón, que haga lo que pueda por ella!... Mi mujer está en cinta. Tengo cinco chicuelos. Pan no sé si lo comerán mañana, como algún cuervo milagrero no se lo lleve en el pico. Dinero no lo hay allí... Yo, al marcharme, llevo por todo capital los reales necesarios para tomar el billete que ha de conducirme a Valencia... La desesperación me arrastra. Estoy en la lista de sospechosos. No me queda más recurso que el que he adoptado. Se me parte el corazón al separarme de aquella infeliz mujer y de aquellos niños... pero ¿ cabe otra salida?...





Un caballero, que está abajo, me ha dicho que suba y llame á Vd.

Eso vengo á decirle, y concluyo preguntándole: « ¿ puedo confiar en V. ? »

— Mis recursos son bien escasos, querido capitán, pero mi voluntad es grande — dijo Covarrubias. — Haré cuanto pueda y un poco más... Me sorprende de tal modo cuanto V. me refiere, que no sé qué juzgar de ello. Ando entre los descontentos, trato á los que siempre han llevado la voz y la guía de la campaña. Nada les he oído de planes inmediatos. Quebrantados se hallan los ánimos después de las pasadas tormentas. Ignoraba que se pensase por ahora en nada serio. Creía yo que, después del 22 de junio, los escarmentados se impondrían á los atrevidos. Y con ello parece contar el gobierno, que hartado demuestra con su conducta que nos desprecia á todos, y que está seguro de vencer siempre.

— Tal vez V. lo ignore, porque se ha llevado con gran secreto, y sólo se había avisado á los que debían tomar la iniciativa... La revolución debía estallar pasado mañana. Ya venía siendo intolerable la amenaza continua que pesaba sobre los que aparecemos como sospechosos. Y también era insostenible la duda de la lealtad que tenían unos de otros los conjurados, en este terrible juego en que se pone sobre el tapete la vida... La reacción no es solamente un hecho afirmado con las persecuciones. Es, además, un propósito consignado en el decreto de convocatoria de Cortes... Aquello de que el nuevo Congreso había de venir á enmendar la constitución, « de manera que los españoles fuesen gobernados con el espíritu de su historia y la índole de sus sentimientos », y todo lo demás que V. recuerda que decía el decreto famoso, exhalaba un olor fernandino asfixiante... Por todo ello, el general Prim ha resuelto ir adelante... Las Cortes han aprobado lo que el gobierno ha querido. ¡ Qué Cortes ! El mismo González Bravo que las ha hecho, las puso, con el bautismo, el estigma, calificando á los nuevos diputados de « viajeros de un tren de tercera ». Indigna y avergüenza tanto rebajamiento... Los Duques de Montpensier, desterrados por la Reina, han dicho en Lisboa que se gastaron el último franco por derrocar el trono de su amable parienta, y han excitado á unos y á otros para que se lancen al campo.

— Pero querido Don César, no se trata de pelear, sino de vencer. El general Prim lo dijo en Londres hace poco: « No quiero actuar más de cadete ».

— Muy escarmentado está Prim con las anteriores intentonas. Generales comprometidos, coroneles que han entregado su palabra de honor, guarniciones enteras que le han

llamado para que se ponga á su frente, le habían hecho creer muchas veces que la victoria se avecinaba, ó que á lo menos el choque sería digno y sangriento... Pero cuando llegaba la ocasión, y él acudía del extranjero poniendo en riesgo el honor y la pelleja, los compromisos se olvidaban y las palabras de honor se convertían en ofertas de gitano en feria. Por eso ha resistido el general, hasta que ha creído ver que ahora iban las cosas de veras.

— Pero ¿ irán de veras esta vez ? ¿ No se repetirá el fracaso ?

— No sé lo que pasará por ahí fuera. Lo que sé es que las fuerzas de la guarnición de Madrid, que estaban comprometidas, no concurrirán al esfuerzo y que, por lo que á esta guarnición se refiere, un nuevo desengaño espera al general. Por eso yo me voy. Mis compañeros de armas estiman en poco el juramento que han prestado ante Milans de Bosch. Yo no quiero pasar por perjuro. Abandono á mi familia dejándola sin una peseta, dejo á mis hijos hambrientos; y sin otro haber que mi revólver y mi espada, corro á buscar al general y á decirle: « Si hay que pelear, aquí está mi vida; si hay que huir, aquí estoy para correr detrás del caballo de V. »

— Lenguaje es ese de caballeros; así que lo oigo con gusto, aunque con sorpresa, por la falta de costumbre.

— Hace un año que se reunió la junta de revolucionarios en Ostende. Allí estaban Sagasta, Bécerra, Aguirre, Carlos Rubio, García Ruiz, Pierrad, Contreras y tantos otros. Allí se acordó el programa: destruir el trono de Isabel II; elegir una asamblea constituyente por sufragio universal, que decidiera de la suerte del país. Todo iba como una seda. Se nombró un comité directivo compuesto de Prim, como presidente; de Aguirre, por los progresistas; y de Bécerra, por los demócratas. Constituyóse el comité en Bruselas, y comenzó sus trabajos. Pero los entusiasmos decayeron pronto, y no bastó el nuevo empeño de Prim para unir las voluntades discordes.

— Sí, ya lo sé. Vino el desencanto. Lo he advertido hasta en los más entusiastas y ardorosos.

— Si el gobierno hubiera observado una conducta prudente y conciliadora, si hubiera sido capaz de perdonar, es probable, es seguro que este último intento no hubiera llegado á realizarse; y le llamo « último », porque todos están fatigados de tanto esfuerzo inútil... ¿ Por qué ocultarlo ? El general Prim ha perdido la confianza en sus compañeros, que tantas veces le han faltado en el trance del riesgo. Creo más: creo que



si los azares de lo porvenir le dieran la victoria y le colocasen á la cabeza de la Nación, habría de advertirse el escaso entusiasmo que le inspira el ejército.

— Pues será eso bien triste, aunque no sé si merecido. Porque el día del triunfo que se acerca... que será hoy ó mañana ó dentro de un año... pero ¡que será! Prim, creyendo en los españoles, haría de España una gran nación. De todos modos, me parece que ahora no se logrará nada. Conozco el paño que se vende, y más me parece de ropa de ajusticiado que de casaca de caudillo triunfador.

— Pero el gobierno enlaza una provocación con otra, y la violencia con la injusticia y la crueldad. ¡Cómo hemos de olvidar el caso horrendo y bárbaro del infeliz teniente Copeiro, fusilado en Palencia por sospechas leves, que no fueron probadas, de

intervenir en la conspiración!... ¡No! ¡no! ¡hay que decidirse, y si es necesario hay que morir!

— Escucho á V. con simpatía y con tristeza. Con simpatía, porque arde en su alma el fuego del pundonor. Con tristeza, porque habla V. el lenguaje de los desesperados, y no es ese el estado de conciencia que conduce á la victoria. Para vencer hay que calcular serenamente. El hombre ataca. El toro embiste. Lo que Vs. van á hacer es embestir. V. mismo teme que no se logre buen resultado.

— Ya he dicho á V. que en Madrid no ocurrirá nada. ¿Qué pasará en otras partes? No tengo gran confianza de que se cumpla la convenido, pero el plan, que entrego á la absoluta reserva de V., es el siguiente: En Cataluña, varios regimientos y legiones de voluntarios se levantarán á las órdenes de Contreras, Lagunero, Baldrich y Pierrad. En Aragón, Moriones; en Andalucía, Merelo; y en otros puntos diversos, jefes de menor importancia.

— Con la mitad de esos elementos bastaría para conseguir el triunfo, pero dudo, dudo... ó hablando en castellano claro, no creo que eso prospere... Me espanta el riesgo, probablemente inútil, que va V. á correr. Me espanta el que va á correr el general Prim.

— Mi vida poco vale. La del general es la libertad, la patria, el honor de la raza, la esperanza de los oprimidos. ¡Dios querrá salvarla!

Púsose en pie el capitán Pérez.

— Adiós, Covarrubias, adiós, Gracias por su acogida, gracias por el pan que lleve á mis hijos. ¡Hasta la vista... ó hasta nunca!

Estrecháronse los manos. El capitán salió con la sonisa en los labios y el frío en el corazón.

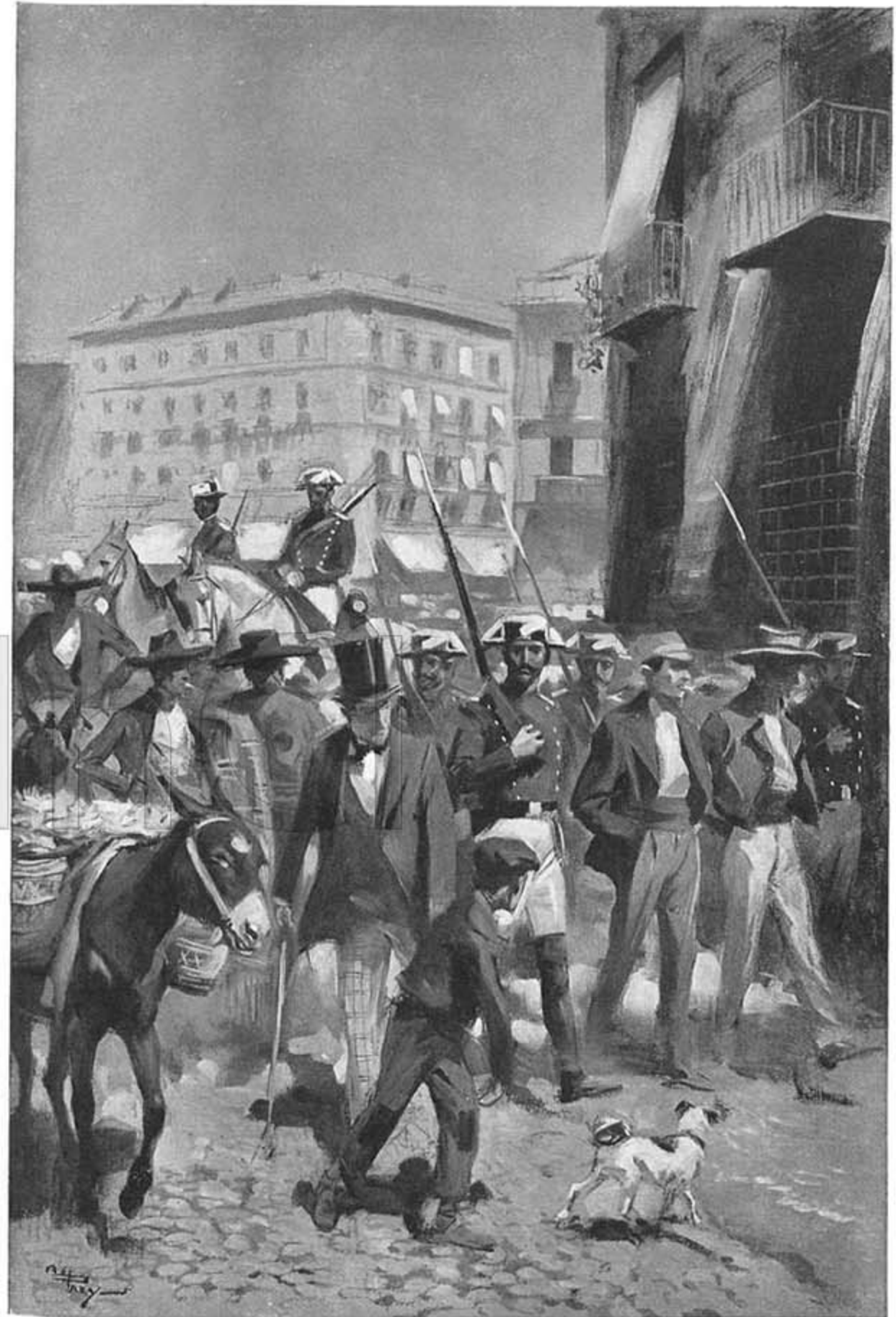
### XXIII

#### UN VENCIDO.

Covarrubias acabó de vestirse, y luego abrió un cajón de la vieja y destar-



Gracias por su acogida, gracias por el pan que lleve á mis hijos. ¡Hasta la vista... ó hasta nunca!



Y allí vió que un piquete de civiles llevaba al Principal un pelotón de presos.



talada cómoda donde guardaba los papeles y el dinero. Hizo arqueo para saber á cuanto ascendía su tesoro. No fué complicada la operación. Poco más de 400 reales poseía. Calculó lo que había de cobrar de varias obras ya entregadas á los parroquianos, y exclamó para su capote.

— ¡ Pues tengo más de lo que pensaba !... ¡ Vamos á ver á esa infeliz familia del loco de Don César, y á llevarle algunos reales.

Cuando salió á la calle eran más de las ocho. Una mañana ardorosa, de sol vivísimo, anunciaba el día canicular. Como el capitán moraba al final de la calle del Olivo, tuvo Don Ulpiano que atravesar Madrid de punta á punta, y en su más larga trayectoria. En la Red de San Luis encontró numerosos grupos de transeúntes y vendedores ambulantes, que conversaban con animación. Las parejas de la Guardia Veterana, con las carabinas á la espalda, iban de una parte á otra normalizando la circulación. A lo lejos, en la honrada de la Puerta del Sol, resonaba el redoble de marciales tambores. Las gentes corrían. Vió venir á Puga, el errabundo gacetero, quien, sin detenerse y revelando en el peludo rostro preocupación ó miedo, le dijo:

— ¡ Covarrubias! ¡ Pasan cosas graves! ¡ Se ha declarado el estado de sitio! ¿ Oye V. los tambores? ¡ Anuncian el bando del capitán general!... Yo me voy á mi rincón, no sea el diablo que me tomen por mingo.

Y desapareció con gentil compás de pie por la esquina de la calle de San Gnofre.

Llegó Covarrubias á la Puerta del Sol. La guardia civil de caballería acababa de despejar aquella plaza, que estaba solitaria, habiéndose refugiado los curiosos en los cafés y en los portales. Subió Don Ulpiano por la calle de Carretas, y allí vió que un piquete de civiles llevaba al Principal un pelotón de presos. Reconoció á algunos de éstos. Allí iban Juan Sorni, el periodista demócrata que había publicado poco antes varios folletos contra el Gobierno; Felipe el Romanero, el popular pesador del mercado de la Cebada, que había sido asistente del Duque de la Victoria en la guerra del Norte, gran perorador, honrado y generoso, progresista hasta las cachas; Isidro el de las Peñuelas, Perico de los Gallos, Mariano el matarife, gente del bronce toda ella que se había batido en las barricadas el 22 de Junio, y después de unos meses de prisión habían recobrado la libertad, cuando las autoridades necesitaron hacer hueco en la cárcel para detenidos de mayor cuenta. Ahora tornaban al encierro.

Al pasar Covarrubias por el café de Pombo le llamaron desde una de las ventanas.

Era Don Dionisio Peñasco, el rico comerciante de la calle de Postas, dueño de un importante almacén y de varias tiendas de tejidos de Madrid, jefe de una dilatada familia de activos mercaderes, nacidos todos como él en Torrecilla de Cameros. Iba por las mañanas invariablemente, á Pombo, á tomar un helado de arroz, y se le veía siempre en la misma mesa, con su gigantesco sombrero de copa y su bastón de puño de marfil. Era progresista, creyente, pero anti-clerical, amigo de la libertad y de la tolerancia, hombre de orden, al mismo tiempo. Casi todo el comercio madrileño de aquella edad estaba, como Don Dionisio, afiliado al partido progresista.

Preguntó á Covarrubias qué sucedía.

— No sé más que lo que veo en las calles. El estado de guerra proclamado, las cuerdas de presos que pasan entre guardias...

— Diceñ que Prim ha dado el grito de la libertad en los Alfaques.

— ¡ Días negros, mi respetable amigo. Días negros!

— El comercio perece, Don Ulpiano. Más de doscientas casas de comisión han quebrado en lo que va de estío. No se puede vivir así. ¡ Desgraciada España!

Detúvose Covarrubias con Peñasco más de media hora. Ya habían dado las diez, cuando llegó al tabuco en que vivía la familia del capitán Pérez. Sorprendióle hallar la puerta abierta, y que varias mujeres se hallasen en el pasillo dando voces...

— ¿ Qué ocurre? — preguntó.

La mujer de Pérez, tendida en un lecho, sollozaba. Rodeábanla los niños llorando, y las mujeres, que no eran sino vecinas de los mechinales inmediatos, prestaban auxilio á la doliente. Una de ellas contestó á la pregunta de Covarrubias:

— ¡ Santísima Virgen del Amparo, qué desgracia! Esa pobre señora está traspasada... ¿ No sabe V.? El capitán Pérez se fué esta mañana, decía que iba á un viaje... Pues bien, en la estación de Atocha, en el momento en que iba á subir al tren de Valencia, los policías han preso al capitán... Se lo han llevado á las Prisiones Militares, á San Francisco, y allí está en un calabozo... Le acusan de estar metido en eso de la revolución. Le han registrado, y han venido á llevarse todos los papeles que tenía aquí en un armario. Han andado figoneando en los baules... Hasta debajo de los colchones han mirado... ¡ Figúrese V. que horror!... El pobre capitán preso!... ¡ Y ahora que fusilan por cualquier cosa!... La pobre Doña Engracia está inconsolable. Le han dado ya dos ataques de nervios.

Quedóse aterrado Covarrubias al enterarse del suceso. Comprendió la gravedad de la situación de Don César Pérez, y los más pesimistas augurios surgieron en su mente.

— Yo — dijo á la vecina que le hablaba — tengo que dar un recado á la señora del capitán, y quisiera que me dejaran solo con ella. Soy amigo de Don César.

— Yo se lo diré á Doña Engracia, aunque, como V. ve, no está ahora para conversaciones.

Enterada la triste mujer de que se hallaba allí Covarrubias, se levantó del lecho, saludó al visitante y le llevó á la cocina, única estancia de la casa libre de la invasión de las curiosas y caritativas vecinas. Así que estuvieron solos, le dijo con profunda congoja:

— V. es sin duda, Don Ulpiano Covarrubias. Al despedirse esta mañana, mi pobre César me dijo que V. vendría...

— Señora. Deploro lo que ocurre, y espero que la inocencia de Don César será probada y recobrará la libertad.

— ¡ Ay de mí! ¡ No lo creo! Han debido encontrarle encima papeles peligrosos, que le habían dado los amigos de aquí. A V. le hablo con toda franqueza, porque sé quien es V. ¡ César de mi alma!... ¡ Me lo matarán! ¡ Me lo matarán! ¡ Correrá la suerte de Espinosa y de Copeiro!

Procuró consolar Don Ulpiano á Doña Engracia, y le dijo, cuando la hubo tranquilizado un tanto con pretendidas seguridades:

— Traigo á V. una pequeña cantidad para sus gastos. Sé que no tiene V. dinero.

— Tres pesetas me dejó el infeliz al irse, y se llevó treinta. El billete le costaba veinticinco.

— Pues ahí le entrego doscientos reales. Es poco, pero no puedo más, por ahora.

Despidióse Covarrubias de Doña Engracia, prometiendo volver á visitarla, y se alejó, llena el alma de amargos presentimientos.

Don César Pérez, al ser detenido en la estación de Atocha por un teniente de la guardia civil, se entregó sin dificultad alguna.

— Señor teniente — dijo — estoy á las órdenes de V.

— Un coche nos espera — repuso el teniente. — Vamos á las Prisiones Militares. Debo advertir á V. que yo procedo en virtud de orden del Capitán General. ¿ Tendrá V. inconveniente en entregarme las armas y papeles que lleve?

— Ninguno. Así me evitaré el sonrojo de que me registren. Tenga V. mi revólver: está cargado; y ahí va mi cartera.

— ¿ No lleva V. papeles ocultos?

— Si los llevara se los entregaría. Sé muy bien lo que me espera, y no tendría objeto el disimulo. Además, yo no sé engañar.

Poco después, Don César había ingresado en el lóbrego caserón de San Francisco, viejo convento convertido en cárcel marcial. En España, casi todos los edificios públicos, oficinas ó establecimientos de reclusión, enseñanza ó almacenes de víveres del ejército, han sido, en otro tiempo, mansiones religiosas. Diríase que los conventos españoles sirven para todo, menos para la adoración de Dios.

El coronel gobernador de las Prisiones había sido jefe de Don César. Fué á saludarle con aquella cordialidad que, en la esforzada y austera familia de los soldados, no excluye el cumplimiento de los más terribles deberes.

— ¡ Pero Don César! — le dijo. — ¡ Qué ha hecho V.! ¿ Ha perdido V. el juicio? ¡ Comprometerse de esa manera!

El capitán no contestó. Cuadrado ante el coronel permanecía en silencio, la mirada serena, la sonrisa en los labios.

## XXIV

## UN MUERTO.

El consejo de guerra había de reunirse el veintiuno de Agosto. Hasta el día veinte permaneció el capitán Pérez incomunicado. En ese día, era ya conocido en Madrid el terrible fracaso de la intentona revolucionaria. Prim había sido engañado otra vez más. Cuando llegó á Valencia, encontró allí las puertas cerradas, las tropas de la guarnición sobre las armas, las autoridades prevenidas. Milagro que el general no fuera preso... Volvió al extranjero. Dirigióse á Lyon, camino de Ginebra, y allí dijo á Sagasta, que le esperaba, la frase célebre: — « Para que triunfe la revolución, es preciso que la hagan los que no son revolucionarios » ¡ atisbo genial del porvenir! Un año más tarde, el trono de Isabel caía estruendosamente á los culatazos de los fusiles de la Unión liberal.

El capitán Don César Pérez aparecía como la víctima necesaria, como el holocausto preciso al restablecimiento de la ley, hollada por los rebeldes.

La justicia militar actuó rápidamente, y el defensor del acusado hubo de limitarse á impetrar la benevolencia. Eran terminantes y documentales las pruebas de la rebeldía, y, además, el capitán se mostró ante sus jefes con arrogancia heroica, declarando la propia culpabilidad.

— Iba á sublevarme. Iba á ponerme á las órdenes del general Prim. Iba á procurar por



todos los medios acabar con las vergüenzas que manchan la patria. ¿Hace falta alguna prueba más para que se me condene? Que se me diga y la daré. Quiero morir. No quiero pertenecer á una sociedad envilecida que transige con el oprobio, y se rinde y adula á sus innobles tiranos. — Así dijo.

La sentencia de muerte le fué comunicada dos días después del Consejo.

La esposa del capitán pidió perdón para éste, y desde las antecámaras de Palacio á las Secretarías de los Ministros no dejó de recorrer ninguna de las estaciones del horroroso Via-Crucis. En todas partes halló piedad y lástima; en ninguna lo que buscaba, la vida de su esposo! Covarrubias no descansó un segundo. Acompañando á la desventurada, confortándola en sus desfallecimientos, aconsejándole las gestiones que más eficaces le parecían, agotó todos los recursos de su magín, todas las energías de su alma. ¡Comprendió que era inútil la insistencia, y que la ejecución era inevitable! A su habitual

decisión, resistente á todo quebranto, sucedió un negro y desesperado pesimismo. Cayó enfermo. Una fiebre altísima se apoderó de aquella naturaleza vigorosa, y en el delirio pronunciaba discursos incoherentes, terribles palabras de venganza. Cuando recobró el sentido, preguntó si había sido fusilado el capitán. Estrazilla y la señora Basilisa, que acompañaban á Covarrubias desde el principio de su enfermedad, le contestaron que aún vivía el infeliz.

— ¡La verdad, la verdad! — gritó. — Decidme la verdad.

Bien sabían Cayetano y la criada que era inútil é imposible ocultársela.

— La verdad es lo que le decimos... Aún no han fusilado al capitán.

— ¿Por qué esa dilación, que es una crueldad?

— ¡Los trámites! Faltaba no sé qué detalle.

— ¿Y ya han concluido?



Señor teniente — dijo — estoy á las órdenes de Vd.

— ¡Parece que sí!

— De modo que... ¿cuándo?

— ¡Mañana!

No necesitó oír más Don Ulpiano. Pidió la ropa, quiso vestirse y salir á la calle. De nada sirvieron las cariñosas advertencias, de nada los consejos. ¿Qué le importaba á él la salud, ni como iba á dedicarse á cuidar tranquilamente de su persona, cuando el amigo, el hombre que le había confiado la protección del propio hogar iba á morir?... Debía ir á verle, á abrazarle, á recoger sus últimos deseos. ¡Tal vez tuviera algunos encargos que darle! ¡Tal vez le estuviera entonces echando de menos, y acaso atribuiría su ausencia á egoísmo ó á miedo!

— No quiero — dijo mientras acababa de vestirse — que el capitán Pérez lleve al otro mundo la sospecha de mi cobardía.

Llegó Covarrubias á las Prisiones Militares, en el momento en que el capitán era conducido á la capilla. Empezaba á cumplirse en-

tonces aquel ritual siniestro, que más parece ideado para acabar con el reo por el terror, que para elevar su alma á las regiones serenas de la atrición y el arrepentimiento. Ardían los cirios ante el altar, y allí aparecía la terrible imagen pendiente de los clavos, la corona de espinas sobre las sienes, la herida sangrando en el costado. Los que fueron crueles con su Padre, el Hijo de Dios; ¿cómo no habían de serlo con sus hermanos, los hijos de los hombres?

Un sacerdote estaba sentado cerca de Pérez. Era el capellán de la parroquia de San Ginés, Don Vicente Astorga. Se le acusaba de ser más mundano que místico, pero universalmente se le admiraba por su caridad heroica, por su abnegación generosísima. Era amigo de Pérez, y quiso acompañarle en el trance.

— Esperaba á V. — dijo Don César viendo á Covarrubias. — Estaba seguro de que V. vendría. Sé lo que ha hecho V. por mí.

— He estado enfermo — contestó Don Ulpiano — por eso no he venido antes.

— Lo sé... Cuando muera, vaya V. á ver á la que casi ya es mi viuda, y á los que empiezan ahora á ser huérfanos. Procure V. consolarlos. Engracia es animosa. Ella trabajará, ella sacará adelante á los pobrecitos niños. Dígalos que moriré pensando en ellos. Dígalos que no conserven sentimiento alguno de odio por mi martirio. Quiero que perdonen á todos. Los que me matan, cumplen con su obligación matándome, y no está en su mano hacer otra cosa. Yo muero tranquilo.

— Con tales ánimos y con tales pensamientos — exclamó Covarrubias — V. va á consolarnos á nosotros, y á darnos fuerzas para resistir al dolor que sufrimos.

— ¡Cuán preferible la muerte á la vida! Se muere una vez. Se vive todos los días, todos los minutos de todos los días, y cada uno de esos minutos es una aguja ardiente que hiere y quema... He cumplido mi obligación. Amaba una idea, me he sacrificado por ella. ¡Seré acaso un ejemplo!

— Sí, lo será V. — contestó Don Ulpiano — ¡La muerte del bravo capitán Don César Pérez apresurará el triunfo de la libertad y de la justicia!

— No me hable V. de los negocios de los hombres, ni de sus luchas y pasiones. En ellas he consumido mi existencia. ¡Si viera V. como se divisan las cosas terrenas, cuando la vida pende ya sobre el abismo de la eternidad!

— Perdóne V., alma grande, perdóne á sus verdugos. Yo, que me quedo aún entre ellos, no puedo, no quiero perdonarlos. Cien vidas de centenario quisiera tener, para emplearlas

y consumirlas enteras en la venganza — dijo Don Ulpiano con vehemencia, llena la voz de sollozos y los ojos de lágrimas.

— Serénese V., amigo mío — dijo con suave acento el reo. — Algo quiero decirle antes de que nos separemos... Dos visitas inesperadas he tenido esta tarde... Solicité verme un caballero desconocido que, una vez en mi presencia, rogó á los que me acompañaban que me dejaran solo con él. « Vengo — me dijo — de parte del general Prim. Ha sabido al llegar á Francia lo que V. ha hecho y la desgracia que le espera, y me ha comisionado para que le trasmita estas palabras, que debe V. oír como si el propio Don Juan las pronunciara aquí mismo: ¡Capitán Pérez, es V. un valiente! ¡Capitán Pérez, muera V. tranquilo! Yo velaré por sus hijos y, si triunfo, en ellos gozará V. desde arriba la recompensa que V. merece... » Más tarde quise quedarme solo, para pensar en mi pasado y arrepentirme de mis muchas culpas. Entonces vi que estaba delante de mí un hombre, cuya figura y cuyo traje se desvanecían en la penumbra de esta oscura capilla. Me sorprendió que no me lo hubieran anunciado, y me impresionó su singular y misterioso aspecto. Yo estaba de rodillas, quise levantarme. El hombre aquél apoyó su mano en mi espalda, y me dijo:

« No te levantes, estás bien así en la actitud de la humildad. Vengo á traerte lo que más te importa: el perdón de tus pecados. Vengo á traerte aquello que deseabas, lo que te ha impelido al sacrificio. Vengo á traerte la libertad, la libertad del alma que mañana escapará de tu prisión de carne y pasiones... » Quise hablar, no pude. Quise cerciorarme de si aquello era una alucinación de mis sentidos perturbados por tantos dolores, ó una realidad material... Sólo sé que una infinita alegría llenó mi espíritu, y que al levantarme, me pareció ver sobre estas losas resplandores que se desvanecían... huellas, sin duda, de los pasos del hombre misterioso... Desde entonces, la paz es conmigo... No, amigo mío, no me pregunte V. nada, no me pida explicaciones ni pormenores del suceso. Llévese V. con mis palabras algo de la tranquilidad que á mí me rodea, y sepa que al partir de la vida voy contento ¡porque sé que en lo alto alguien me espera!

Cuando el capitán Pérez acabó de decir estas palabras, clavó sus ojos en el suelo, cruzó sus manos, y pareció abstraerse de cuanto le circundaba.

El capellán Astorga hizo señas á Don Ulpiano para que saliera, y le dijo:

— Dejémosle solo... ¡Aunque yo creo que, ahora, no está tan solo como parece!

Alejíse Covarrubias de las Prisiones Mili-



tares. Su corazón iba estremecido por extrañas emociones, su mente iba agitada por la sorpresa de lo que había oído. Tal vez pensaba, al recordar las singulares confidencias del condenado á muerte, que el capitán, antes de perder la vida, había perdido la razón.

XXV

INTERVIENEN LOS GALEOTES.

Al llegar á su casa, se encontró sobre la mesa una carta. Abrióla, y vió que el papel decía :

« Un amigo leal le avisa, que se ha dado ayer la orden de detener á V. Se le acusa de guardar documentos importantes que le ha confiado el capitán Pérez, y de ser uno de los confidentes de la Junta revolucionaria de Ostende. Viva V. prevenido. »

Aun cuando Covarrubias pensara muchas veces que al fin y á la postre daría con sus huesos en el Saladero — en la horrenda prisión, ya desaparecida, del viejo Madrid — como los días iban pasando, él no recataba sus opiniones, tomaba parte en no pocos actos de la propaganda progresista, asistía á los lugares donde se reunían los más calificados revolucionarios, y empezaba á creer que una inversosímil impunidad le amparaba; acaso, algún escondido protector, desde lejos y en la sombra, velaba por él. Esta suposición, verdaderamente absurda é inadmisiblemente, robusteciósese después del veintidós de Junio, porque en ese día, Covarrubias permaneció más de seis horas en las barricadas de la calle Ancha de San Bernardo, y desde ellas hizo fuego. Habíase escondido al concluir el combate, y después empezó á tomar confianza y á ir saliendo á ratos de su escondite, primeramente disfrazado y de noche, al fin en pleno día y sin disimulo. Acabó por tornar á su vida ordinaria en su taller y en su casa. Nadie le molestó en lo más mínimo.

« Es natural — pensó. — Sé que figuro en todos los registros de la policía. ¿Cómo había de ser excepción, ni cómo había de escapar de la redada? Lo extraño es, que aún no hayan pensado en mí los buenos señores de la Comisaría. Por fin, se han decidido. Discurrámos lo que conviene hacer... Ante todo ¿quién será el autor de esta carta? La letra ha sido desfigurada adrede. De eso no hay duda. Quien escribió, no quiere que se sepa que ha escrito... Yo recuerdo algunos rasgos de esta letra... alguna vez he visto yo estas *s s* que parecen palitos y estas *g g* que parecen *q q*... Es evidente. ¿Cómo no lo he



Era el capellán de la parroquia de San Ginés.

comprendido desde el primer instante?... Esto lo ha escrito el bueno de Galaor, el esbirro tragón y pedigüeño... ¡Menos mal!... Tal rasgo de amistad me sorprende en su ruín condición... Será tal vez que él teme que la Revolución triunfe, y aspira á que yo, agradecido, le ampare entonces y le proteja.

(Continuación y fin en el número próximo.)

# La Mujer en el arte de H. Anglada Camarasa

**Y**o he llegado al taller de la rue Ganerón donde Anglada trabaja desde hace mucho tiempo, sin haber visto jamás un solo cuadro suyo.

Buscando la belleza del arte contemporáneo en talleres, exposiciones y museos, pasé largo tiempo ignorando la labor de este catalán, que lleva en su ardimiento todo el equilibrio de un geómetra; tal pasa un aventurero recogiendo sobre un campo diamantífero los pequeños brillantes, sin encontrarla rara y maravillosa cristalización.

Su obra conquistó de un golpe mi escepticismo. Ella constituye la más grande lección de estética de nuestros tiempos, lección tanto más importante, si se considera el estado de indecisión y de inferioridad en que se encuentra la pintura contemporánea.

Entre las timidas tentativas que se suceden incesantemente y con igual clamor en centenares de exposiciones y la esterilidad de la gran pintura burguesa,

el arte de Anglada es una formidable afirmación de vida, la exteriorización de una conciencia que ha sabido amalgamar las enseñanzas ancestrales y los conocimientos modernos, para fundir sabiamente una nueva y radiante forma de la Belleza.

Del Oriente suntuoso viene su tendencia representativa; de la España sensual su amor por la riqueza palpitante de la maestría; y su obra es el lento desenvolvimiento

de un programa. Su pintura obedece á principios perfectamente determinados, que dan al conjunto de su labor una grande unidad.

Debido á la solidez de estos principios, su obra se desenvuelve sin vacilaciones, intensificándose en razón directa de su extensión.

En el arte de Anglada, las cualidades plásticas son un atavío de la Mujer. La forma, el color, la riqueza de la materia, son simples elementos para enaltecer la belleza, la fuerza, la importancia de la Mujer.

Ella es todo en sus obras, como ella es todo en nuestra vida.



Desnudo (dibujo)



Elegante, heroica, trágica ó misteriosa, ella aparece siempre en posa solemne ó en marcha triunfal, rompiendo la obscuridad y el silencio de la noche con la aurora de

que, en su realismo desesperante, llevan ocultos los misterios de una promesa, ó la brutalidad de una burla.

Cobijada en un mantón de China bordado de los más vivos colores, la « Chula de los ojos verdes » se cuadra solemnemente sobre un fondo sombrío. Su brazo desnudo y nervioso reposa entre los bordados multicolores, y su cabeza fina y pálida, animada por unos ojos glaucos, profundos y transparentes como la sombra de una nube sobre el mar, asoma detrás del arco policromo de un abanico.

« La Chula negra », á su lado, parece una novicia ingenua. Vestida completamente de obscuro, desde la cabeza hasta los pies, hace ostentación de pudor, pero su brazo admirable y la sonrisa que ilumina su carita infantil, denuncian la conciencia de su sensualidad.

« Consuelo », fina, elegante, frívola y bella. Vela la esbeltez de su cuerpo una colgante falda negra, y entre los encajes oscuros del tocado se dibuja vigorosamente su cuello torneado y su faz sonriente.

Una hembra soberbia, flexible como una serpiente, con las manos sobre las

ancas, muestra en su movimiento contenido la fuerza de sus miembros. Un oculto deseo contrae la boca sedienta, y entre las sombras de sus ojos flamea un relámpago de lujuria.

La figura está dibujada con soberana energía, y la distribución de las manchas de



« La Chula de los ojos verdes ».

una sonrisa, ó con el vago rumor de un abanico que se despliega.

Son mujeres suntuosamente vestidas, tocadas con grandes peinetas y soberbias mantillas — ostentación de *toilettes* exóticas á la claridad violenta de la luz eléctrica, sensualismo ondulante en curvas veladas — tipos

color forman sobre la tela un arabesco extraordinariamente decorativo.

« Joven desposada de Alciras ». En actitud solemne, con solemnidad de diosa india, una moza valenciana, radiante de vida, corona de flores su morena cabeza. Los brazos soberbios salen de entre blondas recamadas de oro y se levantan, formando sobre el traje esplendente un signo sagrado.

El arabesco de la figura es grandioso; el dibujo, sólido, preciso. La calidad y la abundancia de la materia, que bordan la tela de finos y variadísimos tonos lila y oro, convierten esta figura en una gran joya oriental.

« Dolores ». Una arrogancia imperial. Una serenidad de criminal.

Una actitud de emperatriz que contempla el cumplimiento de sus órdenes...

Me parece que sobre el fondo de incendio del cuadro, atraviesa lentamente la trirreme de Antonio.

« Gabby ». Una esbelta mujer envuelta en un *peignoir* de seda negra bordado de oro, de cabeza rubia y aristocrática.

La sutileza de la elegante envoltura modela discretamente las finas piernas, la solidez de los pechos, y oculta extraordinariamente las manos nerviosas.

Con recursos técnicos omnipotentes, puestos al servicio de una visión admirablemente clara de la verdad, el artista ha hecho, á fuerza de analizar los componentes plásticos del modelo, una obra profundamente

psicológica. Esta observación es aplicable á todas sus creaciones femeninas. Ningún preconcepto literario las ha engendrado; ellas han surgido espontáneamente de la observa-



« La Chula Negra ».

ción profunda de una actitud, de un gesto. Las radiaciones de la luz eléctrica ponen de manifiesto este gesto y esta actitud, y el artista los describe con verba prodigiosa sobre las superficies de las telas.

« Pilar » es trágica, terrible, amenazante como una catástrofe cercana. Su gesto de





"Joven valenciana entre dos luces".

grande ave de rapiña y su formidable tocado, son insultantes.

Entre su talle vigoroso un manto negro, y corre por la cintura señalando sus curvas una decoración policroma de palacios imperiales,

de mandarines y de plantas exóticas.

Una fiereza salvaje emana de esta hembra esencialmente española, carnal, heroica, bárbara.

Entre el sumo refinamiento de « Gabby » y la ferocidad de « Pilar », está la psicología de todas las mujeres.

◆ ◆

La técnica de todas estas telas está siempre en relación con el carácter del sujeto. Masas simples y lisas en « Pilar »; toques divididos modelan la sutileza de « Gabby »; pero siempre la materia es abundante, y por agregación se llega invariablemente a obtener en todas las pinturas una calidad transparente y sólida como una laca coreana.

Cada obra de Anglada lleva en sí las cualidades anteriores multiplicadas. Se reconoce su orden cronológico por su mayor intensidad.

¡ La demostración, irrefutable !

Hela aquí: el retrato de Mlle. Sonia de Klamery (reproducido en la cubierta de este número).

H. Anglada Camarasa, superando

su producción, ha superado en este retrato, por la pujanza del dibujo y por la intensidad emotiva, las clásicas representaciones de la Mujer.

Esta pintura es la síntesis del largo esfuer-

zo del artista, por alcanzar, sin retóricas y dentro del más puro realismo, la máxima expresión representativa.

Las cualidades plásticas peculiares del arte de Anglada están aquí manifiestas, sirviendo de atavío a su más bella concepción femenina.

◆ ◆

En el silencio y en la obscuridad de la noche, una mujer rubia y nerviosa atraviesa un bosque florido. Una ráfaga de luz la revela. Ella se vuelve con gesto sagradamente imperioso, mostrando de un golpe, en su maravillosa actitud, la irresistible potencia de toda la especie.

Su cuerpo sensual, pero impecable, ocultándose entre las sedas del mantón y los encajes de la mantilla, que semejan el paramento litúrgico de una divinidad india, oscila con ritmo imperceptible entre las campanulas azules, como la llama de una lámpara en la quietud de un templo.

¡ Con cuánta sabiduría y con cuánto amor están acentuadas las curvas de las piernas, la nerviosidad del anca, la redondez de los senos, y con qué extraña potencia está marcado en los ojos profundos y vivientes, y en la boca muda de toda esperanza, el misterio que ha iniciado, elevado y abatido la energía de todos los hombres.



"La mujer del mantón". (Propiedad del Sr. Gonzales Garaño.)

Extraña mujer, amalgama de mito y de realismo, de refinamiento y de barbarie, diosa sin atributos encerrada en el ritmo geométrico de un manto, esfinge sin Edipo, emperatriz que tiene por reino el corazón



del Hombre, y que lleva escrita en la mano, que levanta como un cetro, la antigua historia y el futuro destino de los hombres.

Todo análisis es imposible: la intensidad de esta pintura subyuga y arrastra. Sólo la admiración palpita ante la realidad de esta criatura esencialmente moderna, transmitida á la tela con profundo conocimiento y con el alma vibrante, y ante cuya belleza inmutable pasan, como una oleada de perfumes, las vibraciones del deseo.

Anglada ha podido llegar á tan alto grado de expresión psicológica, sin hacer concesiones literarias ó religiosas, y sin recurrir á simplificaciones esquemáticas, por el camino del más puro realismo, y gracias á su dominio absoluto de la técnica.

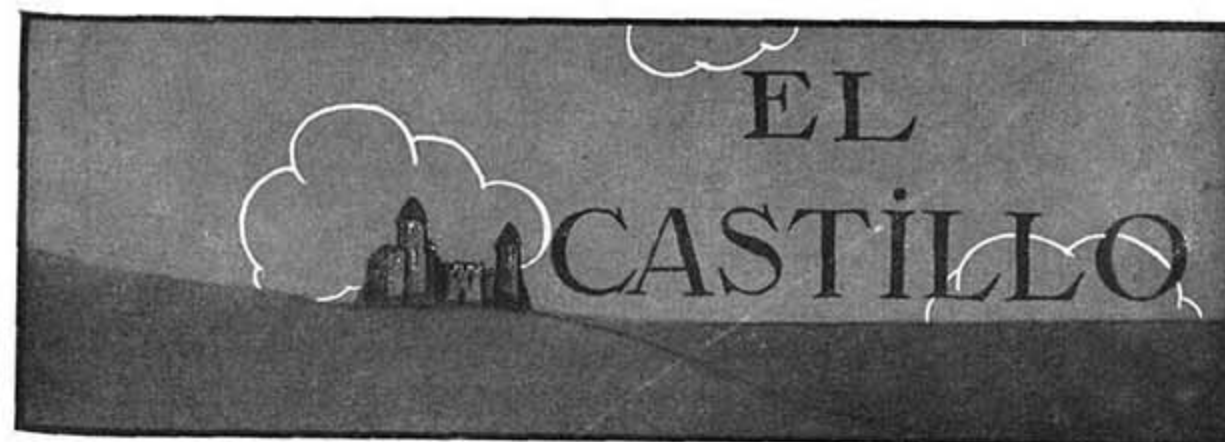
Su arte, sin debilidades, reposa sobre la Verdad, y sobre este pedestal indestructible resplandece la belleza eterna de la Mujer.

ATL.



"Joven desposada de Alcega".

(Fotos Romanais.)



Por V. LILLO



Es tan necia como tonta la vida *sujeto*, y es tan feliz como santa la vida de un loco; porque la felicidad la encuentra aquél que no tiene concepto alguno de la vida *real*.

NORIATOVIC.

« Apreciable Antonio :

« Te escribo en el más completo silencio que jamás oídos humanos oyeron. Los silencios también sufren, como sabes, una inmensa serie de graduaciones, desde el más grande eco universal hasta el invisible desplazamiento de los menores átomos en el infinito. El más fuerte estampido es, dentro de la universalidad de las cosas, imperceptible vibración de un anillo en la cadena de los silencios eternos. Pero en este momento de añoranza, reposa sobre todo ese silencio que ya no se puede oír, tal es la delicadeza de las fluctuaciones del ruido.

« Sólo tú sabes comprender y sentir lo que no está al alcance de las organizaciones inferiores. Mientras que en los otros, el agente de la comprensibilidad permanece localizado en el fondo de toda la masa craneana, y recibe las noticias y comunicaciones del mundo exterior después de prolongado y fatigado curso, por largos caminos y con el amparo de guías imbéciles, nosotros ponemos el alma atenta y esclarecida á la superficie del cuerpo, y penetramos todos los órganos, de tal forma, que las vibraciones del mundo coinciden inmediatamente con el pensamiento.

« Por eso, pareceme ver la construcción de tu *Castillo* surgiendo alta, esbelta y silenciosa, en aquel desierto que tú escogiste á millones de leguas de esta indecente capital.

« Dime como salen las ideas formadas en las alturas, lejos, bien lejos de todos los animales de la tierra, sin exceptuar al animal Cupido. Cuéntame si las aves de ignotas re-

giones se posan alguna vez sobre tu *Castillo* conversando entre sí en ese lenguaje siempre repetido y pobre de vocablos, pero que no molesta ni da lugar á interpretaciones equívocas, como el lenguaje del animal-hombre, tan lleno de torcidas interpretaciones y mentiras. ¿Sientes ahora la plenitud auténtica de tu propio *Yo*? ¿ En esas silenciosas alturas, se nota bien el regreso á la patria perdida, lo que somos en verdad?

« Abre tu alma como en otros tiempos, y responde á tu

Rafael.

Santa Ana N<sup>o</sup>..... Madrid »

Y Rafael, metiendo la carta en un sobre, echóla al correo.

Era un ser nervioso y de extraordinaria gesticulación desde niño. Su madre le tuvo siempre extremado cariño. A la edad de 4 años fué atacado de perturbaciones visuales, que tomaron caracteres alarmantes, por las cabezadas que daba Rafael en los muebles de la casa, al querer pasar por debajo de muebles y sillas.

Su padre, preocupado por lo excepcional del caso, llevólo á uno y otro doctor, y después de un calvario inmenso dió al fin con un célebre especialista, que, alabando los enormes ojos de Rafael, aconsejóle el uso de los lentes.

Desde entonces, Rafael no dió más cabezadas. En fin, todavía eran necesarios los lentes, porque sin ellos continuaba poseyendo las dos visiones.





Por las cabezadas que daba Rafael en los muebles de la casa, al querer pasar por debajo...

Cuando en los estudios Rafael conoció á Antonio, hijo de un tal Hernández, hombre de gran inteligencia, inventor de máquinas imposibles por la novedad anticomercial, sintió por él una de esas afecciones profundas y tiernas que aisla dos entes de la convivencia social.

En el primer encuentro, Rafael, á una pregunta de su amigo, explicó por qué usaba lentes, y le contó el secreto de la duplicidad de las visiones.

— Yo no sé cual de los dos mundos es el verdadero, si aquél que veo sin lentes, ó éste que distingo á través de los vidrios.

Antonio, con los ojos exaltados, demostró donde estaba el engaño.

— Es nuestro cuerpo, caro amigo, que no posee las condiciones de una escultura perfecta. Vemos todas las cosas como ellas son en la realidad, pero los movimientos del andar, el equilibrio del cuerpo, la estatura más ó menos alta, es lo que no corresponde á esa realidad, y de ahí todos nuestros conflictos con el mundo exterior. Tú debieras tener la estatura de un palmo, pero la naturaleza erró é hizo crecer tu cuerpo más de lo necesario. Si se guardase la proporción exacta de tu mirada extraordinaria con las líneas de anchura y altura de tu cuerpo, todo estaría en perfecto orden. ¿Crees que todos nosotros no sufrimos más ó menos de la misma causa? Mira esos hombres tan altos que, al entrar en una casa, dan con la cabeza en la puerta calándose el sombrero hasta los ojos; ve esos otros curvando la frente cuando pasan por debajo de las ramas de un árbol, que está bastante más alto de lo que ellos creen.

— Oye: yo sé un medio cierto para que todos nosotros, defectuosos ó no, conozcamos la plena rectitud de las cosas. Un medio simple, elocuente, inequívoco, perfecto, integral, divino. ¿Quieres saber más? ¡Pues es mi *Castillo*!

Y los dos amigos pasaron á esclarecer los secretos de aquella idea: un *Castillo* bien alto, de donde la vista pudiera distinguir los contornos distantes del horizonte, y en las cimas infinitas el cielo azul, como inmensa cúpula espiritual.

— Entonces, nuestros ojos penetrarían la única verdad, porque todas las asperezas de las líneas de los cuerpos estarían apagadas, aniquilados todos los errores de la forma, y niveladas todas las tortuosidades de la materia sensible. Y así, aislada del cuerpo la visión, todas las miradas serían iguales delante del universo.

Y durante algunos años, esos pensamientos fueron siempre para ellos objeto de constante atención.

Una noche, entre copas de cerveza, acordaron ejecutar el plano del *Castillo*.

Sobre el mármol de la mesa trazaron líneas formando pirámides, cubos y otras figuras, pero cuando llegaba el momento de considerar la naturaleza y resistencia de los materiales, la profundidad de los cimientos, elevación de las paredes, altura máxima de la construcción, detalles internos y presupuesto, perdiéronse en consideraciones sobre el bienestar de las almas en las cercanías del cielo, en ese aislamiento de quien aspira en la tierra al máximo de paz, para no sentir más el repugnante hedor de los ayuntamientos humanos.

— Mi *Castillo*, decía Antonio, conforta y da reposo al corazón para siempre. Mientras que aquí abajo, el laberinto de las ambiciones y el rumor absurdo de los carruajes y de las voces fuerzan nuestra vista á ver lo que no desea, y á nuestros oídos á oír lo que les desagrada, y á nuestros sentidos á sujetarse servilmente á los sentidos ajenos, impidiendo la formación rectilínea de los pensamientos y la serenidad de los trabajos intelectuales, allá en la suprema altura readquirimos nuestra vida perdida, y no sentimos el contacto con la tierra.

Y Rafael exclamaba que nunca encontraría en la existencia quien, como Antonio, fuese el espejo perfecto de su yo.

Así, ambos caminaron y progresaron en lo abstracto, con la devoción de un *Fakir* en sus estados de inercia.

Entretanto, circunstancias de la vida separaron á los dos amigos.

Antonio marchó á una pequeña ciudad, donde quedó en casa de unos parientes.

Viniéronle las dificultades, y con ellas la pobreza.

Desde la mañana hasta la noche exclamaba sin cesar y entre torturas: ¡*Mi Castillo!* ¡*Mi Castillo!*

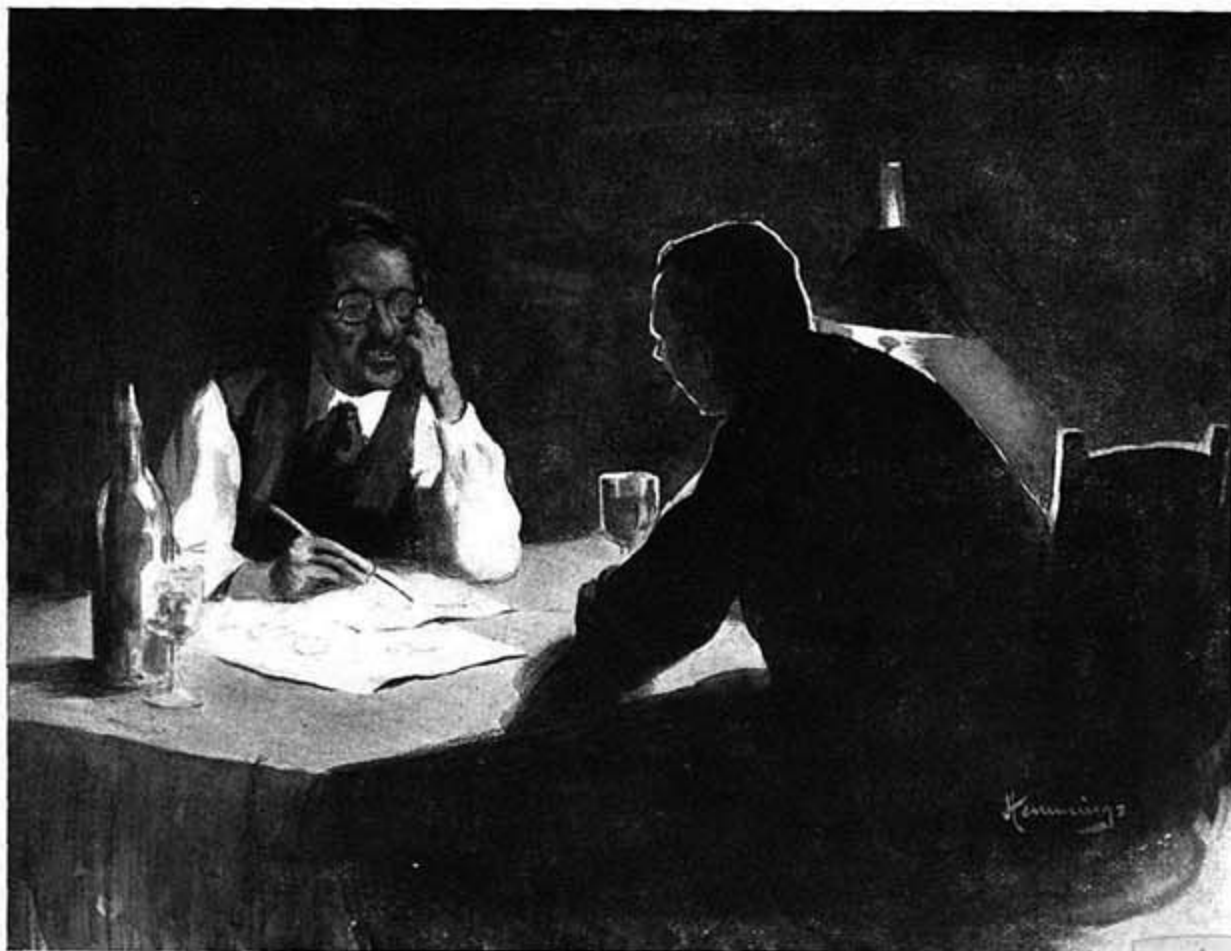
Esto puso en sobresalto á su familia, y llamaron á un médico que recetó bromuro, después á otro que administró yoduro de potasio, más tarde á otro facultativo que pretendió experimentar el Salvarsán, y, al final, un galeno maniático indicó el manicomio, donde fué recluido el enfermo.

Sin resistencia alguna, Antonio dejóse conducir.

Al aproximarse al edificio sonreía con los ojos fijos en los altos torreones, y exclamaba sonriente y satisfecho: ¡*Mi Castillo!*

El director del establecimiento, teniendo en cuenta su procedencia humilde y lo delicado de su organismo, dejábale permanecer libremente en uno de los torreones más elevados, donde el loco, aislado de toda comu-





Una noche, entre copas de cerveza, acordaron ejecutar el plano del Castillo.

nicación humana, sin más horizontes que las cimas lejanas del cielo, escribía páginas filosóficas de doliente belleza, de suprema sensibilidad.

\* \* \*

Una mañana, entregaron al Director la carta de Rafael dirigida á Antonio.

El psiquiatra leyóla atentamente, examinó los caracteres gráficos, tomó nota de la residencia del remitente, y entregó la carta al loco permitiéndole que respondiese.

A la hora del almuerzo, pasado un mes de angustiosa espera, Rafael recibió la siguiente carta :

« Clarividente amigo :

« Aquí estoy definitivamente instalado en mi *Castillo*. Dicen que esta bella vivienda es un hospicio, pero en estas alturas profundas nadie tiene noticias de los locos que nacen y viven en las regiones bajas é inmundas de la tierra.

« Ven, amigo, á hacerme compañía, y ver la verdad cara á cara. Aquí todo es perfecto y puro, el estómago no tiene hambre, y el corazón no padece de ambiciones.

« No hay dinero, ni ropas, ni zapatos, ni ricos, ni pobres. Te espero ansioso en la torre del Norte... en el *Castillo* que construí con tantos trabajos y tantas fatigas...

En mi *Castillo*

Antonio. »

Rafael leyó y releyó la carta. Un sudor abundantísimo inundó su frente, y los gruesos cristales de los lentes brillaron con más intensidad que nunca.

Por la ventana de la casa entraba Febo abrasador, y un gran silencio dominaba...

Decidióse, tomó la maleta, y salió de su casa.

Durante el día vagó, agitado, por las calles, siempre con la maleta en la mano, y al atardecer, después de haber afirmado los lentes sobre la nariz, dirigióse á la estación donde tomó el tren, huyendo, con destino á H... en busca de su amigo, del complemento de su alma, y en pos de su *Castillo* encantado que les libraría de las inmundicias terrenas, de los hombres locos, de las bestias bipedadas, de la vida absurda...

(Ilustraciones de Hemmings.)



Su vida, como la de una reina Balkiss, está llena de bruma. En su corte, d'Annunzio es el poeta, y Bakst el pintor áulico.

Cuando viene á París — todos los años — ocupa en el hotel cuarto de reyes. Después, Ida Rubinstein se va á cazar. Dicen que ha matado leones. Dicen que ha exprimido corazones. En matorrales de Africa ó en pantanos de Asia, buscando fieras para aplacar su tedio elegante de Artemisa, parece una reina de Saba sin Salomón, una Cleopatra sin Antonio, una nostalgia errante, una melancolía encarnada, como la de Alberto Durero, en cuerpo aligero...

Para contar á los lectores de *Mundial* su gracia leve, he estado á verla.

La tarjeta que me escribe, señala para la una de la tarde la entrevista. En el más fastuoso hotel de la Place Vendôme me introduce el

*chasseur* á un salón amplio, en cuyos muros veo fotografías de estatuas griegas: todas las actitudes de la gracia, del abandono, de la cordura, de la voluptuosidad, Venus indolente, Minerva grave, Mercurio elevando su tirsográcil...

La espero allí, pero el criado entreabre la puerta de otra sala. Primero, no la veo, ó mejor dicho, por su armonioso escorzo inmóvil me parece una ficción de artista ó de poeta. ¿Es una estatua bizantina y constelada, ó el fino jinete que está de pie junto á Pegaso en la alegoría de Mantegna, ó algún oscuro ícono de su tierra natal, ó la



Foto Otto.

Mlle. Ida Rubinstein.



Madonna del Angélico, ó la Virgen Ursula que, en las procesiones pálidas del Carpaccio, avanza una divina faz de angustia? Es todo eso: una estatua, una pintura, una mujer. Tiene el dorado matiz romano, el perfil griego y los ojos persas. Pero la estatua ha sonreído. Y al verla caminar en cadencia recuerdo la frase de Baudelaire: *On dirait un serpent qui danse.*

« ¡ Una serpiente que danza !... » Puedo examinarla mejor ahora que está cerca de mí, casi tendida en el canapé, con los ojos atentos y una sonrisa errante. Es flaca como un lebre; en su cuello, que el *peignoir* deja desnudo, las venas destacan su esmalte azul; los rasgos me parecen ahora irregulares.

¿ Pero de qué proviene su hechizo raro? Tal vez de los ojos que son largos — los tradicionales ojos de almendra — martirizados por la ojera morada. Tal vez de los labios, móviles y cambiantes á las inflexiones del entusiasmo ó de la melancolía. Tal vez del cuerpo, flexible como una espada y como una bandera.

A mis preguntas responden en excelente francés, con voz un tanto desmayada.

— Quiero saber un poco de

verdad, señora. ¡ Tantas leyendas la rodean! Y yo estoy seguro de que la verdad es más hermosa todavía que la leyenda.

Sonríe :

— Es cierto, tantas cosas falsas... Mire por ejemplo: dijeron que representaría se-

guramente la *Fedra* de Racine el año próximo. Y yo no lo he pensado.

— ¿ Por qué no? — murmuro yo. — *Fedra*, sin la *mise en scene* á que nos han acostumbrado, *Fedra* con decorados violentos y *calientes* del admirable Bakst... ¿ Tiene Ud temor de que el público parisiense no juzgue bien su tentativa?

Sonríe de nuevo :

— Sí... no... El público francés cuando se entusiasma es delirante. Pero hay que acostumbrarlo á la novedad, imponerse. Ya llegaremos. Un poco de paciencia.

Veo pasar, como un calofrío de voluntad, el deseo de vencer en esta fragilísima; y todo el semblante se ilumina como esas lámparas morenas que, de la enérgica luz interior, sólo dejan pasar un reflejo dulce.

Ella habla ahora. Yo sólo atizo con preguntas esta flama bella.

— En San Petersburgo comencé.

¡ Cuántos entusiasmos ya pasados! Di primero la *Antígona* de Sófocles, en ruso, naturalmente, después de haber seguido los cursos imperiales. Estudié la dicción con el gran maestro Lenskyg. Después, vine á Paris. Hablaba francés... pero

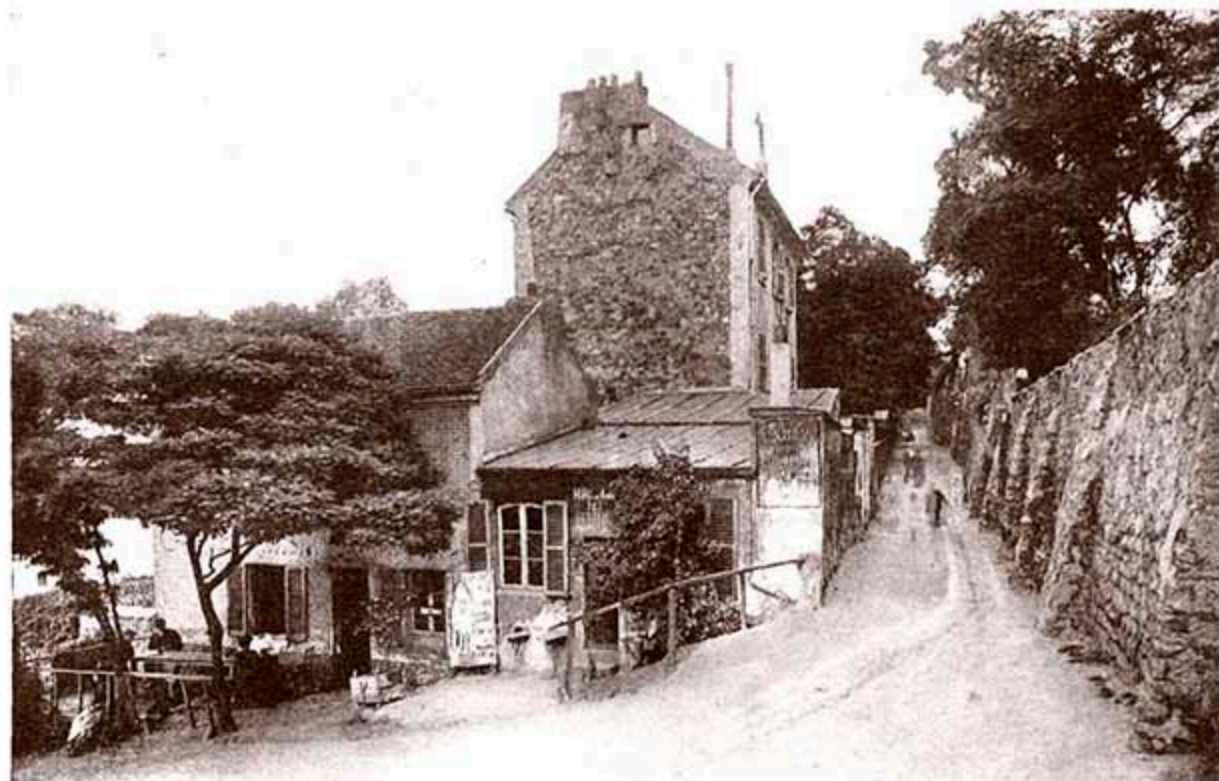
con acento. Bailé en los *ballets* rusos. Luego, con tenacidad, con paciencia infatigable, cuatro horas diarias, he estudiado las inflexiones y las sutiles tonalidades de esta lengua, hasta poder representar en francés el *San Sebastián* de d'Annunzio. Algunos



Foto Otto.

Mlle. Ida Rubinstein, en la obra "La Pisanelle"

(Fotografía dedicada á los lectores de *Mundial*.)



Calle de Saint-Vincent y el Cabaret du "Lapin Agile".

críticos fueron severísimos. Otros, bondadosamente, me alentaron. Yo continué. Acabo de dar la *Pisanelle* de d'Annunzio. *Et c'est tout!*

*C'est tout!* Lo dice con una modestia encantadora. Entonces yo, entusiasta todavía por esta obra que vi anoche, le refiero el calofrío de la sala cuando ella es la haraposa gentil del primer acto, y está supina y pálida como una imagen de la Victoria del amor entre la humana voracidad, y ondula con tan atrevida gracia entre la turbia gente, que algunos hombres enronquecidos, á mi lado, vitoreaban...

Ahora deja escapar — seguramente halagada — una risa conventual como el eco de una cascadita.

— ¿ De veras?... pues crea Ud que siento el imposible deseo de estar en las tablas y en la sala, al mismo tiempo. Las opiniones contrarias, el entusiasmo y el dicitario; ¡ qué embriaguez sentiría al escucharlos!

Pero mi cuaderno, que pretendí llenar, está vacío. Me apresuro á inquirir proyectos :

— ¿ Y el año próximo?

— Está tan lejos todavía ¿ no le parece? De todos modos, pondré en escena una obra de d'Annunzio y otra de un joven literato francés.

— ¿ Su nombre?

— Todavía no se puede decir.

— ¿ Es tan grave la cosa?

— No, pero...

Yo le juro que seré el más discreto de los hombres y el más reservado de los periodistas. Además, en mi calidad de americano, no hay peligro de que el secreto vaya á este público de París. Me inclino como en un confesionario, y melodiza mi voz la unción del sacerdote. Mas tengo, en fin, que rendirme, á quien se niega con tanta gracia.

Entonces, hablamos de sus viajes.

— Iré este año á Persia, á Arabia. Son mi locura los viajes, pero los viajes peligrosos á las tierras donde hay panteras y leones. Recuerdo en Rodesia, una tarde, bajo un sol terrible. Nos hundimos hasta la cintura en un pantano. Quedamos cinco mortales horas allí, y yo no tenía miedo, pero sí como una embriaguez extraña, como un regocijo delirante ante el peligro, mientras rondaban sobre nosotros aves fúnebres. Sólo los nuevos públicos me han dado alguna vez ese temblor instantáneo, ese temblor que nos sacude cuando estamos con la carabina apuntada frente á la fiera ronca... ¿ Acompañada? No, señor. ¡ Qué europeo querría acompañarme!... En mis cacerías, sólo me siguen gentes del país... Parezo frágil ¿ no es cierto? pero he resistido á fatigas que ninguna mujer de sport resistiría.

Ha dicho esto con orgullo, con voz neta,



enérgica. Y otra vez veo pasar el calorío de voluntad en este fantasma lindo.

Pero no quiero abusar de una hospitalidad tan amable. Le he pedido una fotografía dedicada. Mientras escribe, entreabro indiscretamente los libros amontonados en la mesa. Todos tienen dedicatorias rendidas. Leo en uno: *A la danseuse des sept voiles, son danseur dévoilé*; y abajo la firma del suntuoso poeta Robert de Montesquiou.

Pero ella vuelve ya, con el retrato en la mano, sonriente y danzante en esta bata que imita escamas de sirena.

— ¿Hasta el año próximo?

— Por supuesto.

Dejo en la mano tendida un respetuoso beso. Todavía en la puerta, me vuelvo á ver la marcha feblemente danzante que alumbraba suaves chispazos en el *peignoir* metálico. Y me repito las palabras d'annunzianas, las palabras dedicadas más á la mujer viviente que á la ficción poética. « Tiene la cabeza estrecha semejante á la de no sé qué dulce serpiente. Cuando camina, balancea sus breves flancos, sus leves muslos... A cada paso, recoge y arrastra la dulzura del mundo como con una red.



Calle de Saint-Rustique.

Montmartre esta muriéndose. En sus centenarias calles empinadas se instalan inmuebles de cinco pisos; los viejos talleres desmantelados cedan el sitio á hoteles « con todo el confort moderno », y hasta sus calles venecianas en vericuetos, sus calles retorcidas como espirales para subir al cielo, se aplanan, se morigeran en avenidas blancas.

Es el último episodio de la *Vie de Bohème*, entre el casero y sus inquilinos. El casero se ha fatigado de no cobrar. Y la Alegría está

perdiendo su feudo loco. ¿ Será que la raza de los bohemios va extinguiéndose? Si sólo vemos el Montmartre de lujo, lo creeremos. Porque el Montmartre del extranjero y del *vasta*, el que se extiende á lo largo del bulevar de Clichy, es un país nocturno de hombres de frac con fajos de billetes en la cartera, una *Five Avenue* de cosmopolitas millonarios. En las tabernas afebradas donde asoma el Vicio su rostro exangüe, se codean

todas las razas y los mundos bajo la neurastenia de los violines. Mientras exhalan los zingaros su pena, que insiste y que marea, la inevitable española danza. Sus pies, como golondrinas, se persiguen. Sacude la cabellera fosca, como un incensario de voluptuosidad. Y un ululante grito expresa la alegría de un público que ha bebido.

Pero hay otro Montmartre muy diferente. Su alegría no tiene el ebrio frenesí del aburrido. Es simple, y coincide frecuentemente con la pobreza bohemia. Los bohemios se llaman hoy humoristas.

Entendámonos: no es el taimado humor inglés que siempre deja ver mangas de clérigo, sino esa burla crónica, esa sonrisa del rasgo y esa carcajada del color, que en la moderna caricatura perpetúa el hervor de esta raza frívola y chancera. Ninguno es rico allí, porque los periódicos sólo pagan cincuenta francos la página. ¿ Pero de qué serviría todo el oro del mundo en la taberna del « Conejo Agil », si la cerveza no cuesta un franco y la alegría no se paga? Dejad los « Moët y Chandon » y los « Pommery », para quienes tienen que buscar en el champaña la efervescencia que no está en sus corazones. Aquéllos sienten « la embriaguez sin el vino », de que habló Goethe. No digo que no beban, pero es seguramente

para estimularse á trabajar ó mentirse gloria...

Y los burlones han querido, puesto que los industriales van á matar Montmartre, darle un adiós de festival.

Hicieron bien en no escoger el aburguesado Molino Rojo para la ceremonia. Fué el otro, el único, el Molino de la Galette, que acogió á la banda turbulenta. Todos los cancioneros de Montmartre vinieron á cantar los antiguos refranes, que un viejo amable acentuaba con el bastón á mi lado, un poco triste porque con ellos pasó la edad de amor. E Ivette Guilbert, que es ahora una madama de lujo, recordó alguno de sus estribillos populares, sin atreverse naturalmente á silabear como antaño — *cahin caha hop-la* — con voz de apache, las contoneadas canciones del arrabal.

El excelente Poulbot, dibujante genial de párvulos, está disfrazado de mozo de café. Y un jurado elige lindas parisienses para molineras del molino. Mientras se vota, me voy á la terraza. De allí, mejor que de su buharda, podrían soñar los Rastignac en la conquista de París. París extiende abajo su

mapa negro salpicado de luz. En el cielo rasgado, algunas estrellas vierten su magnificencia triste. Una cálida exhalación de afañes como un incienso rojo asciende de la ciudad á la colina, y vienen ganas de eternizar aquí el minuto.

Esta es la torre verde, ésta es la isla de Robinson, el asilo fresco de donde se quiere otear la vida...

Pero abajo resuenan vitores y risas. Vuelvo á la sala á oír las quejas de un cliente, á quien el caricaturista disfrazado no quiere servir café. Una chiquilla de cabellos cortos, un poco loca, se ha erguido á zapatear en una mesita llena de garrafas.

— ¡ Maestro, música ! — gritamos todos al director de orquesta, que tiene sombrero verde. Algunos fracs extraviados en el país de las blusas, de las americanas y de los sombreros blandos, bailan el tango, « el paso del cangrejo ». La ronda se hace universal. Y, contagiado por tanto brío, girando también en la zarabanda, no me atrevo á repetir que Montmartre está muriendo... ¡ Caramba, es una muerte agitada y muy alegre !



El « Moulin de la Galette », el único que queda en la cima de Montmartre, el cual ha sido clasificado como monumento histórico.




  
**TARDE**  
*Novela original*  
 de Jorge HUNEEUS  
*Ilustrada por J. Basté*

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

En un salón elegante de Santiago de Chile, y durante una velada mundana, el autor nos presenta sucesivamente á los tipos que han de intervenir en el desarrollo de esta novela. La heroína de ella es una niña que reúne todas las humanas perfecciones. El protagonista de la narración es un mozo que también sería perfecto, á no afligirle dos contrariedades: una eminente fealdad física, y un extraño apocamiento de genio. Daniel, que es el nombre del galán tímido y feo, ama á Eliana, la heroína del cuento, con todo el super-afecto propio de los espíritus privilegiados y de las almas blancas. El amor de Daniel es secreto y oculto. Daniel tiene un amigo, Alberto, y un enemigo, Miguel. Ambos fueron compañeros de colegio de Daniel, y desde la infancia fueron siempre lo que siguen siendo: amigo el uno, y enemigo el otro, respectivamente. Alberto es ligero y frívolo, pero bondadoso y leal. Miguel, como es de suponer, es malo, artero, tonto, ignorante, e c., etc.

Por una cruel fantasía del destino — "hado" le llamaban antaño los lejanos protagonistas de esta narración — el talentado Daniel, el frívolo Alberto y el necio Miguelito coinciden, pese á sus divergencias de carácter, en enamorarse á la vez de la misma damisela, la perfecta Eliana. Como lugarteniente de Miguelito, tercia en la acción un ser enigmático don César, que tiene mucho de aventurero y de picaro de frac. Daniel, cada vez más enamorado de Eliana, escucha de labios de su fraternal amigo Alberto, la revelación del amor que éste siente hacia la amada de Daniel. Alberto ignora la pasión de su amigo, ya que Daniel la tuvo siempre oculta. Daniel sigue rodeando su cariño del mayor misterio, pero piensa en que si no vence su natural apocamiento y entra inmediatamente en lid, cuando quiera hacerlo será quizá tarde, porque Eliana amará á otro.

Dormir, para un delincuente ó para un enamorado, no es cosa fácil. Daniel luchó contra el insomnio durante largas horas. En el transcurso de ellas, fué examinando, uno tras otro, los medios de hacer llegar discretamente á Eliana su declaración de amor. Hacerla en una frase breve y expresiva, en el apartamiento de un vals, ó entre las pláticas de un salón, era el procedimiento más rápido, y el más eficaz también, pero para ello era menester una audacia de la cual, Daniel, no era capaz. Horas antes, había podido comprobarlo. Escribir una carta — la eterna y siempre nueva primera carta — parecía trivialidad y excesivo atrevimiento. Sólo halló aceptable esta solución singular: escribir en un cuento, ó en una novela, la historia de su pasión, y hacer que el libro, ó el capítulo de revista, llegara á la manos de Eliana, quien, con su intuición femenina, adivinaría que la protagonista de la sentida narración no era sino ella; la firma de Daniel, al pie del escrito, rezaría el nombre del enamorado, y el texto del relato sería la defensa de su pleito de amor.

(1) Véase el número de *Mundial* correspondiente al pasado mes de Junio.

Y de tal modo, creyó encontrar Daniel remedio para su cuita; no pensaba, dándolo por bueno, en que eso no era sino una abdicación de su voluntad, y una anticipada derrota. En guerra y en amor, la victoria es de los audaces, y Daniel procedía como un tímido; por eso buscó, en el duelo entablado entre su pasión y su cortedad, un pacto, y pactar en guerra y en amores declararse vencido.

Así había de huir, entre tanto, el tiempo; y así, en perpetua espera del placentero mañana, había de correr Daniel el grave riesgo de que mañana fuera tarde.

CAPITULO IV

« Alma divina, en velo  
 De femeniles miembros encerrada,  
 Cuando viniste al suelo  
 Robaste de pasada  
 La celestial riquísima morada. »

FRAY LUIS DE LEON.

Junto á la chimenea de su gabinete, arreglado en muelle sillón, don Bernardo recorre con los ojos las páginas de las últimas revistas publicadas.

Don Bernardo soporta airoosamente el peso, grave ya, de sus sesenta años pasados,

y la firmeza de su mirar, tanto como la precisa rapidez de todos sus gestos, revelan en él á un hombre de incansable actividad y de irreductible energía, cualidades que se leían en su rostro afable, unidas á la más clara expresión de bondad.

El prócer, cuyo retrato esbozan tales rasgos, tiene en su vida dos grandes amores que la iluminan: el de su esposa y el de su hija. Con ambas damas trabamos conocimiento al correr de esta verídica historia, y ambas acompañan á don Bernardo en esta hora en que reanudamos el relato suspendido, al dar fin al capítulo anterior.

Y así, en tanto que su padre hojea periódicos, Eliana distrae el ocio de la velada en gentiles juegos con su gato de Angora, perezoso y dócil, que bajo las caricias de su dueña, en placentero afán, arquee el lomo y murmura el enigmático madrigal que dice un monótono y blando ronroneo.

Doña Elisa, menos desocupada que su esposo y que su hija, revisa las cuentas de sus libros, dicta órdenes á sus criados y piensa — grave asunto — en el « menu » del día siguiente...

De tal suerte, en la intimidad del hogar de Eliana, todo es felicidad y afecto.

Don Bernardo ha detenido su atención sobre un capítulo interesante; á juzgar por el título del trabajo, trátase de sinceras y sentidas memorias que de su vida confiesa el escritor. Pero cuando alguna lectura cautiva á don Bernardo, para gustarla mejor, el prócer la encomienda á su hija. La dulce voz de Eliana y su maestría en el difícil arte de leer, prestan mayor encanto al relato, y don Bernardo confiesa ingenuamente que, leídos por su hija, los cuentos ó las novelas le parecen mucho mejor escritos que cuando él mismo los lee.

Así es como en esta ocasión, el bondadoso señor hubo de ofrecer á su hija el texto designado, y apoyada su solicitud por la de doña Elisa, no pudo Eliana rehusarla.

Fueron las pupilas de la niña, en rápido pasar, desde el título amable hasta dar, al cabo de la postrera línea, con el nombre del autor. Percibiéndole, el rostro de la joven revistióse de aquella impenetrable gravedad que hubimos de contemplar en él, durante el transcurso de una fiesta mundana, al sentirse observada por Daniel.

Hizose el silencio en la corta asamblea, y don Bernardo concluyó:

— Te escuchamos, hijita...

Comenzó Eliana la lectura; era, en verdad, una linda historia; la de un amor que no era osado de hacer llegar hasta la amada su pasión.

Sin vacilaciones, sin que su voz serena dejara traslucir la más pequeña turbación, fué la niña al través de las disquisiciones y de los discreteos del relato.

Daba éste fin, y alababan los oyentes la galanura y la claridad de su sentir, cuando, inoportuno, un criado anunció una visita, y ofreció á Eliana, sobre una bandejilla repujada, la breve presentación de dos tarjetas.

— ¿Quién es? — preguntó don Bernardo. Indiferente, Eliana contestó:

— Don César que, como ofreció el día pasado, nos trae á Miguel Fuentes.

Reprimió apenas el prócer un ademán de enojo y, disponiéndose á salir, dijo á su mujer y á su hija:

— Yo voy á dar un paseo mientras atendéis á esos señores; no tengo interés ninguno en verles.

Y en tanto que don Bernardo ibase escaleras abajo, doña Elisa y su hija entraban en el salón donde aguardaban, impacientes, los visitantes.

Así que las damas traspasaron el umbral de la estancia, tanto don César como Miguelito se precipitaron á su encuentro.

Anonadadas bajo un aluvión de cortesías y de finezas, Doña Elisa y su hija no hallaban frases ni lugar para responder cumplidamente á tanto y tan inoportuno halago.

Don César, como hombre de más mundo, puso término á sus obsequios pronto, y trabó conversación con doña Elisa, buscando un aparte intencionado que permitiera á Miguelito dar libre curso á su plática con Eliana.

Era clara y manifiesta la voluntad que el mozo ponía en conquistar la simpatía de la niña, y si sus esfuerzos no llegaban al resultado apetecido, y sí, tal vez, precisamente al contrario, no era por falta de asiduidad ni de constancia en ellos.

Lamentaba don César el que, tanto á doña Elisa como á su hija, se las viera contadísimas veces en tertulias y paseos. La madre de Eliana excusábase diciendo la escasa afición que, tanto la joven como ella, sentían hacia la vida de la calle, y lo mucho que, en cambio, atraía el hogar.

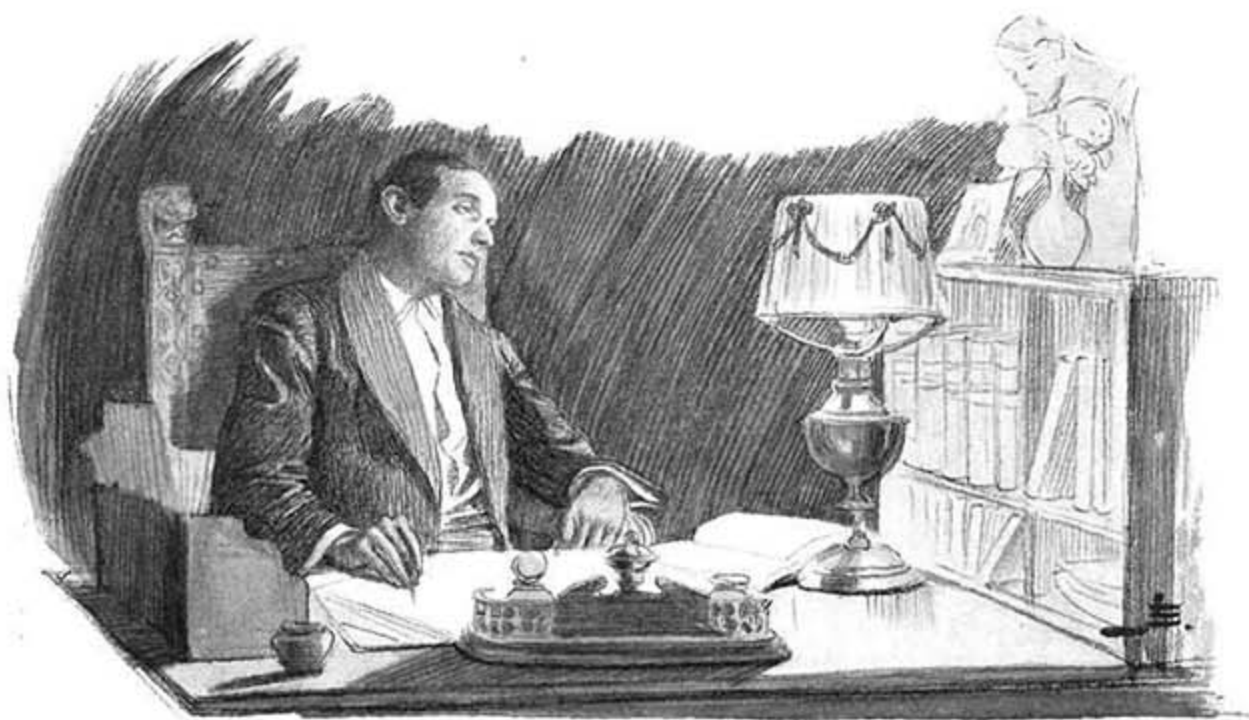
Miguelito, al acecho de toda ocasión de parecer grato, no desperdició la que se le ofrecía, y adoptando un tono entre indignado y dolido, exclamó:

— ¡Por Dios, señoras, eso es crueldad y es egoísmo!

Y como las aludidas no se dieran pronta cuenta del sentido galante de la frase, el empalagoso muchacho hubo de explicar:

— Cierzo que es un egoísmo. No sabe usted,





¿Quizás mañana sea tarde!...

Eliana, cuanto le agradeceríamos que se sacrificara por nosotros, dejándose ver un poco más.

Apoyó don César, con entusiasmo, la declaración de Miguelito, y Eliana, sonriendo, halló respuesta pronta y hábil réplica.

— Si de mí sola dependiera — dijo — aún podría complacer á ustedes, y en ello tendría mucho gusto; pero ya saben que si yo soy poco dada á la vida de calle y de sociedad, mi madre le tiene menos afición que yo... Por esta razón, aunque á mí me fuera grato acceder al deseo de ustedes, no podría hacerlo, ya que no sería bien imponer á mi madre un sacrificio por evitar otro á mis amigos.

Celebróse la agudeza de la respuesta. Miguelito, aprovechando el curso dado á la conversación, se lanzó por lejanos y sentimentales derroteros, hablando de la tristeza inexplicable que le embargaba desde algún tiempo á aquella parte. Comentó don César los dichos de su amigo con toda diplomacia, de modo á esclarecer aún más la intención de las palabras; no comprendiéndolas, ó no queriendo parecer comprenderlas, doña Elisa y su hija callaron, y del tal suerte se llegó á una forzada pausa de silencio, durante la cual Miguel clavó sus ojos en Eliana, y ésta fijó los suyos en el gato, que obstinadamente no se apartaba de los pies de su dueña.

Don César rompió el hielo con el peso de una trivialidad:

— Quizás — murmuró — hayamos interrumpido la grata intimidad de una familia.

— ¡ Oh, no! — respondió doña Elisa — aguardábamos su visita... Y en tanto, para pasar el rato, Eliana nos leía una cosa muy interesante.

— ¿ Si? ¿Cuál ella? — interrogó Miguel, poniendo en su pregunta un interés afectado hacia intelectuales andanzas, que le fueran del todo ajenas.

Elena dió completa cuenta del título y del tema de su lectura, y para mayor abundamiento, ofreció á los visitantes el ejemplar de la revista que la publicaba. Miguelito, sin detenerse en el examen del texto, pasó al de la firma, y al leer el nombre de su antiguo compañero de colegio, no pudo reprimir un gesto de sorpresa y de enojo. Luego exclamó, escudriñando los párrafos impresos:

— ¿ Desde cuándo es literato Daniel? Hace mucho tiempo que le conozco, desde que éramos niños, y jamás vi en él tales aficiones. Pero no sé por qué imaginó que esto no es original, sino, sencillamente, una traducción. Es el recurso de cuantos pretenden escribir, sin tener la vocación y la práctica que para ello se requieren.

Dando fin á esta sentencia, Miguel contempló insistentemente la expresión de Eliana, por ver de descubrir en ella alguna manifestación de regocijo ó de contrariedad; pero ni uno ni otro de estos sentimientos dejaba

traslucir la serenidad imperturbable de la niña.

Don César, cumpliendo como buen amigo, salió en auxilio de Miguel, y examinando á su vez el escrito, concluyó:

— ¡ Indudable!... Esto es una traducción literal de una novelita francesa que yo he leído, y que recuerdo bien... Aguarden que haga memoria... ¿ De quién es esto, señor?... ¡ Ah, sí! ¡ Ya estoy!... De Prosper Merimée. ¡ Exacto! ¿ No es eso, Miguel?

Miguel, con el mayor aplomo, afirmó:

— Justamente... Con tanta lectura, acaba uno por confundirlas todas. Pero ahora recuerdo bien. ¡ Merimée! ¡ Claro está!

Tornó la pausa de silencio. Miguel, mirando hacia el piano, se apresuró á decir:

— ¡ Oh, Eliana! dispéñenos la gracia de interpretar algún trozo de música clásica. ¡ Lo hace usted con tanta maestría!

Eliana, sonriendo siempre, replicó:

— ¡ Me sorprende que diga usted eso, no habiéndome oído tocar nunca!...

Quedó un poco corrido y desconcertado Miguel. Don César le tendió el áncora salvadora de su experiencia mundana, declarando:

— Pero, en cambio, la he oído yo, Elianita, y he referido á Miguel la profunda admiración que hacia usted siento; la prodigiosa ejecución de usted me recuerda la de mi pobre amigo Paderewsky, cuando daba conciertos en Londres. ¡ Ah, qué tiempos aquéllos en que éramos jóvenes!...

Miguel, remozado por el prudente amparo de su protector, volvió á insistir en su pretensión de hacer tocar á Eliana, y como ésta, deseando excusarse á todo trance, buscara pretextos para librarse de la inoportunidad del joven, acabó la muchacha por repetir esta frase, como último y definitivo argumento:

— ¡ No, por Dios; si jamás toco, delante de gente!...

Miguelito se apresuró á la galante y donosa réplica que sigue:

— ¡ Pero nosotros, señorita, no somos gente!...

No pudo por menos don César de lanzar á su imprudente amigo una mirada de reproche, en tanto que Eliana y su madre reían de buen grado.

Vencida, más por la desgracia de Miguelito que por su insistencia, Eliana se acercó al piano y ejecutó una composición conocida. Con el apagarse de la última nota, prorrumpieron los visitantes en abrumadoras alabanzas, interrumpidas oportunamente por la llegada de un criado, que anunció solemnemente el té.

Púsose en pie doña Elisa; ceremonioso,

don César ofreció á la dama su brazo, y Miguelito, exagerando la afectación de sus cortesías, brindó á Eliana el suyo.

Ya en el comedor, y servidas las tazas de té, Miguelito hizo aspavientos ante la sobriedad de Eliana, que ponía dos terrones de azúcar, nada más, en su taza.

— Yo, en cambio — añadió el galanteador — tomo el té convertido en almibar; así endulzo mi existencia, y mitigo mis penas.

— No tendrá usted muchas, siéndole tan fácil el remedio — respondió Eliana.

Un sí es no es amostazado, Miguel, se lamentó:

— Al contrario, señorita, mi vida está llena de pesadumbres, mucho más graves de lo que á primera vista parecen.

— Será porque usted lo quiera — insistió, burlona, la niña — ponga más azúcar en sus amarguras.

La charla prosiguió de esta suerte, entre discreteos de las damas, tonterías de Miguel y habilidades parlamentarias de don César. Al fin, en el reloj, sonaron las once, y don César juzgó prudente iniciar la retirada. Nuevas zalamerías, nuevos cumplimientos del viejo verde y del joven gris, y, al fin, los dos importunos partieron.

Tiempo hacía ya que don Bernardo estaba de regreso, y que se había acostado, y aun dormido, no sintiendo el menor antojo de conversación con don César ni con Miguel.

Así, pues, luego que ambos salieron de casa, doña Elisa abrazó á su hija, dándole el beso de « buenas noches », y en tanto que la dama se retiraba á su aposento, la niña, después de recoger la revista cuya lectura quedara interrumpida por la visita, se acogió al apartamento del suyo.

Ya en el lecho, Eliana dió fin á la novelita que le interesaba, y terminándola pensó:

— ¡ Lástima que sea un plagio, porque está bellamente escrita. Tanto que, á pesar de ser este muchacho tan raro, me había llegado á parecer simpático y atractivo con sólo leer sus confesiones. Pero en verdad que, esto de plagiar descaradamente á un escritor de talento, no favorece en nada á quien lo hace.

Y siguiendo el hilo de tales razones, Eliana concluyó en estas otras, un tanto nostálgicas y entristecidas:

— ¡ Qué bello debe ser el amor de un hombre capaz de sentirlo y expresarlo así!...

Y sin causa ni razón, al evocar tal deseo tácito de un afecto superior, la imagen de Alberto revoloteó un momento cerca de la imaginación de Eliana.



## CAPITULO V

«¡Amor, amor, no sabes todavía lo que es justo!»

MICHELET.

Pocos días después de aquéllos en que ocurrieron los acontecimientos relatados, Alberto se entraba inesperadamente por las puertas de la casa de Daniel.

— ¿Qué te trae por aquí? — interrogó sorprendido este último — ¡al cabo de tanto tiempo sin vernos!

Y añadió Daniel, afectuosamente:

— ¡Es seguro que te ocurre algo!...

Alberto confirmó:

— ¡No te equivocas, Daniel!

— ¿Quién es ella? — preguntó éste, riendo; á lo que Alberto asintió, confesando un nombre en reverente y franca devoción:

— ¡Eliana!

— ¡Ah! ¿Eliana aún?...

— ¡Eliana siempre! — insistió Alberto, y añadió: — Desde la noche del baile, aquella en que hablamos, mi espíritu y mi corazón están pendientes de Eliana.

— ¡Pues ten cuidado!...

Ante esta advertencia de Daniel, Alberto quedó un punto sorprendido y vacilante; luego inquirió:

— ¿Acaso no tienes tú de ella tan buena opinión como yo?

La expresión de Daniel, al responder, se tornó grave, como en íntimo examen de su propio sentir:

— Mi opinión acerca de ella — dijo lentamente — es tal vez muy superior á la que tú hayas podido formarte. Alberto... Considero á Eliana acaso como la mujer ideal. Pero cuanto yo pienso acerca de ella no ha de tener ulterior transcendencia, ya que ni siquiera la conozco, y ya que esta admiración mía en nada podrá influir sobre el curso de nuestra vida... Tu caso es muy diferente. Tú conoces á Eliana, la tratas, y ¿por qué no decirlo? la cortejas. Esa admiración tuya difiere de la mía, que es pasiva, en que es activa, y en que puede llegar á encauzar tu existencia y la de Eliana por derroteros nuevos... Razones son éstas, en virtud de las cuales debes contrastar con piedra de realidad la ley del oro de tu amor... Y así, convencerte de que tu entusiasmo es motivado y justo, y no exponerte, por inconsciente aturdimiento, á un desengaño posible, irremediable y tardío.

Había escuchado Alberto el discurso de su amigo con atención creciente, y al dar término Daniel á tan juiciosa plática, el joven hubo de asentir:

— ¡Sóbrate razón!...

Pero luego, en afán de volver en pro de sus ilusiones, fué exponiendo cuantos datos le inducían á disputar por seguridades, lo que en un principio formulara como hipótesis:

— Eliana — arguyó Alberto — no me es conocida personalmente, sino en el trato superficial y reciente de tertulias y de reuniones; pero mi hermana, que fué su compañera de colegio, no encuentra alabanzas bastantes para elogiarla, y nada se presta á conocer á una persona, de verdad, como la convivencia de todos los días y de todas las horas á que obliga la vida de colegio... ¡Eso, bien lo sabemos nosotros! ¿no es cierto, Daniel?

— ¡Ciertísimo, Alberto!

— Además — prosiguió el enamorado — bien sabemos también que las gentes tienden más á exagerar los defectos que á poner de relieve las cualidades, y en muchos casos hablan mal del prójimo sin razón ni motivo, pero nunca hablan bien, sin que á ello les obligue una evidencia indiscutible...

— ¡Verdad es también! — confirmó Daniel.

— ¡Yes así — continuó Alberto — que nadie, en absoluto, ha reprochado jamás á Eliana el menor defecto, y que cuantas personas hablan de ella es para elogiarla...

— ¡Exactamente!...

— Por tanto — aquí Alberto dió á su frase la entonación definitiva de una sentencia — hemos de convenir en que Eliana es como tú y yo la imaginamos: una mujer ideal...

— Convengamos en ello, Alberto, pero ahora, permítame que te haga pensar en los graves inconvenientes que supone esa misma perfección.

— ¡No comprendo lo que quieres decir!

— Yo te lo explicaré.

Acercó Alberto su butaca á la que ocupaba su amigo, y dispúsose á escucharle religiosamente. De nuevo, ante su ciego é irreflexivo entusiasmo, surgía, implacable y rígido, el muro de razón escueta que á modo de invencible obstáculo alzaba sistemáticamente Daniel. Prosiguió éste:

— Generalizando, y prescindiendo por un momento de la feminidad de Eliana, te diré que las personas que durante su infancia y su juventud han tenido la suerte de rodearse de cariños y de afectos, ganados por sus excepcionales cualidades, entre su familia y fuera de ella, al llegar á la edad en que se inicia la propia vida, la vida personal, no saben apreciar en lo que valen esos mismos cariños que inspiran.

— ¡Sigo comprendiéndote cada vez menos!

— Ahora me comprenderás del todo: Eliana, como te digo, pertenece á ese conta-



¡ Oh, Eliana, dispéñenos la gracia de interpretar algún trozo de música clásica! ¡ Lo hace usted con tanta maestría!



## CAPITULO V

«¡ Amor, amor, no sabes todavía lo que es justo! »

MICHELET.

Pocos días después de aquéllos en que ocurrieron los acontecimientos relatados, Alberto se entraba inesperadamente por las puertas de la casa de Daniel.

— ¿ Qué te trae por aquí? — interrogó sorprendido este último — ¡ al cabo de tanto tiempo sin vernos!

Y añadió Daniel, afectuosamente:

— ¡ Es seguro que te ocurre algo!...

Alberto confirmó:

— ¡ No te equivocas, Daniel!

— ¿ Quién es ella? — preguntó éste, riendo; á lo que Alberto asintió, confesando un nombre en reverente y franca devoción:

— ¡ Eliana!

— ¡ Ah! ¿ Eliana aún?...

— ¡ Eliana siempre! — insistió Alberto, y añadió: — Desde la noche del baile, aquella en que hablamos, mi espíritu y mi corazón están pendientes de Eliana.

— ¡ Pues ten cuidado!...

Ante esta advertencia de Daniel, Alberto quedó un punto sorprendido y vacilante; luego inquirió:

— ¿ Acaso no tienes tú de ella tan buena opinión como yo?

La expresión de Daniel, al responder, se tornó grave, como en íntimo examen de su propio sentir:

— Mi opinión acerca de ella — dijo lentamente — es tal vez muy superior á la que tú hayas podido formarte. Alberto... Considero á Eliana acaso como la mujer ideal. Pero cuanto yo pienso acerca de ella no ha de tener ulterior transcendencia, ya que ni siquiera la conozco, y ya que esta admiración mía en nada podrá influir sobre el curso de nuestra vida... Tu caso es muy diferente. Tú conoces á Eliana, la tratas, y ¿ por qué no decirlo? la cortejas. Esa admiración tuya difiere de la mía, que es pasiva, en que es activa, y en que puede llegar á encauzar tu existencia y la de Eliana por derroteros nuevos... Razones son éstas, en virtud de las cuales debes contrastar con piedra de realidad la ley del oro de tu amor... Y así, convencerte de que tu entusiasmo es motivado y justo, y no exponerte, por inconsciente aturdimiento, á un desengaño posible, irremediable y tardío.

Había escuchado Alberto el discurso de su amigo con atención creciente, y al dar término Daniel á tan juiciosa plática, el joven hubo de asentir:

— ¡ Sóbrate razón!...

Pero luego, en afán de volver en pro de sus ilusiones, fué exponiendo cuantos datos le inducían á disputar por seguridades, lo que en un principio formulara como hipótesis:

— Eliana — arguyó Alberto — no me es conocida personalmente, sino en el trato superficial y reciente de tertulias y de reuniones; pero mi hermana, que fué su compañera de colegio, no encuentra alabanzas bastantes para elogiarla, y nada se presta á conocer á una persona, de verdad, como la convivencia de todos los días y de todas las horas á que obliga la vida de colegio... ¡ Eso, bien lo sabemos nosotros! ¿ no es cierto, Daniel?

— ¡ Ciertísimo, Alberto!

— Además — prosiguió el enamorado — bien sabemos también que las gentes tienden más á exagerar los defectos que á poner de relieve las cualidades, y en muchos casos hablan mal del prójimo sin razón ni motivo, pero nunca hablan bien, sin que á ello les obligue una evidencia indiscutible...

— ¡ Verdad es también! — confirmó Daniel.

— Yes así — continuó Alberto — que nadie, en absoluto, ha reprochado jamás á Eliana el menor defecto, y que cuantas personas hablan de ella es para elogiarla...

— ¡ Exactamente!...

— Por tanto — aquí Alberto dió á su frase la entonación definitiva de una sentencia — hemos de convenir en que Eliana es como tú y yo la imaginamos: una mujer ideal...

— Convengamos en ello, Alberto, pero ahora, permíteme que te haga pensar en los graves inconvenientes que supone esa misma perfección.

— ¡ No comprendo lo que quieres decir!

— Yo te lo explicaré.

Acercó Alberto su butaca á la que ocupaba su amigo, y dispúsose á escucharle religiosamente. De nuevo, ante su ciego é irreflexivo entusiasmo, surgía, implacable y rígido, el muro de razón escueta que á modo de invencible obstáculo alzaba sistemáticamente Daniel. Prosiguió éste:

— Generalizando, y prescindiendo por un momento de la feminidad de Eliana, te diré que las personas que durante su infancia y su juventud han tenido la suerte de rodearse de cariños y de afectos, ganados por sus excepcionales cualidades, entre su familia y fuera de ella, al llegar á la edad en que se inicia la propia vida, la vida personal, no saben apreciar en lo que valen esos mismos cariños que inspiran.

— ¡ Sigo comprendiéndote cada vez menos!

— Ahora me comprenderás del todo: Eliana, como te digo, pertenece á ese conta-



¡ Oh, Eliana, dispéñenos la gracia de interpretar algún trozo de música clásica! ¡ Lo hace usted con tanta maestría!



disimo número de personas perfectas, ó casi perfectas, á quienes todos quieren y agasajan ¿ no es así ?

— ¡ Perfectamente !

— Pues bien, habituada á ese universal y perpetuo homenaje de afectos, verdaderos unos, aparentes otros, y sin poder estimar cada uno de ellos en su verdadero valor propio, por carecer de contraste y de punto de referencia, Eliana prestará tal vez la misma atención á un cariño trivial que á un afecto grande y noble, y como este último, en tales circunstancias y por su misma grandeza, se encuentra en condiciones desfavorables, lleva todas las probabilidades de perder en la partida entablada. ¿ Comprendes ahora ?

— ¡ Voy comprendiendo, sí !

— Me explicaré mejor : cuando nuestros defectos ó los ajenos nos crean enemistades ó dificultades en la vida social, por comparación entre la mala voluntad de unos y el buen querer de otros, llegamos á darnos real y justa cuenta de lo que hoy vale un cariño sincero y desinteresado. Tal conocimiento no está al alcance de quien siempre se vió rodeado de atenciones, ya porque su perfección no dió lugar á malquerencias, ya porque el mismo prestigio de esa perfección cohibió á los demás en la ostentación de los propios defectos. El amor y el desamor, la dicha y el sufrimiento, la estimación y la desestimación, son valores puramente relativos, Alberto. Quien fué siempre feliz, al ignorar el dolor ignora su dicha ; quien fué siempre desventurado, no conociendo la felicidad no conoce tampoco la verdadera crueldad de su desgracia. Por eso, Eliana, muy probablemente, no sabrá establecer la debida diferencia entre un amor ni más grande ni más pequeño que los demás amores, banal en suma, y una pasión de esas que cruzan por el mundo rara vez, dejando un estela de sentimiento y una huella de fue-

go, como esos cometas que en sus tardías visitas, á distancia centenaria ó milenaria, encienden nuestro cielo y suspenden nuestra débil atención de mortales... ¿ Comprendes ya del todo ?

Alberto, durante algunos instantes, guardó silencio. Jamás había pensado, ni aun por asomo, en tales complejidades y en tan sutiles disquisiciones del sentimiento y de la razón, y nunca, tampoco, había sospechado en Daniel una experiencia de la vida y un conocimiento del espíritu tan profundos y tan completos. Y en sorpresa, y en recogimiento de reflexión, callaba. Daniel, contemplando á su compañero, volvió á preguntar :

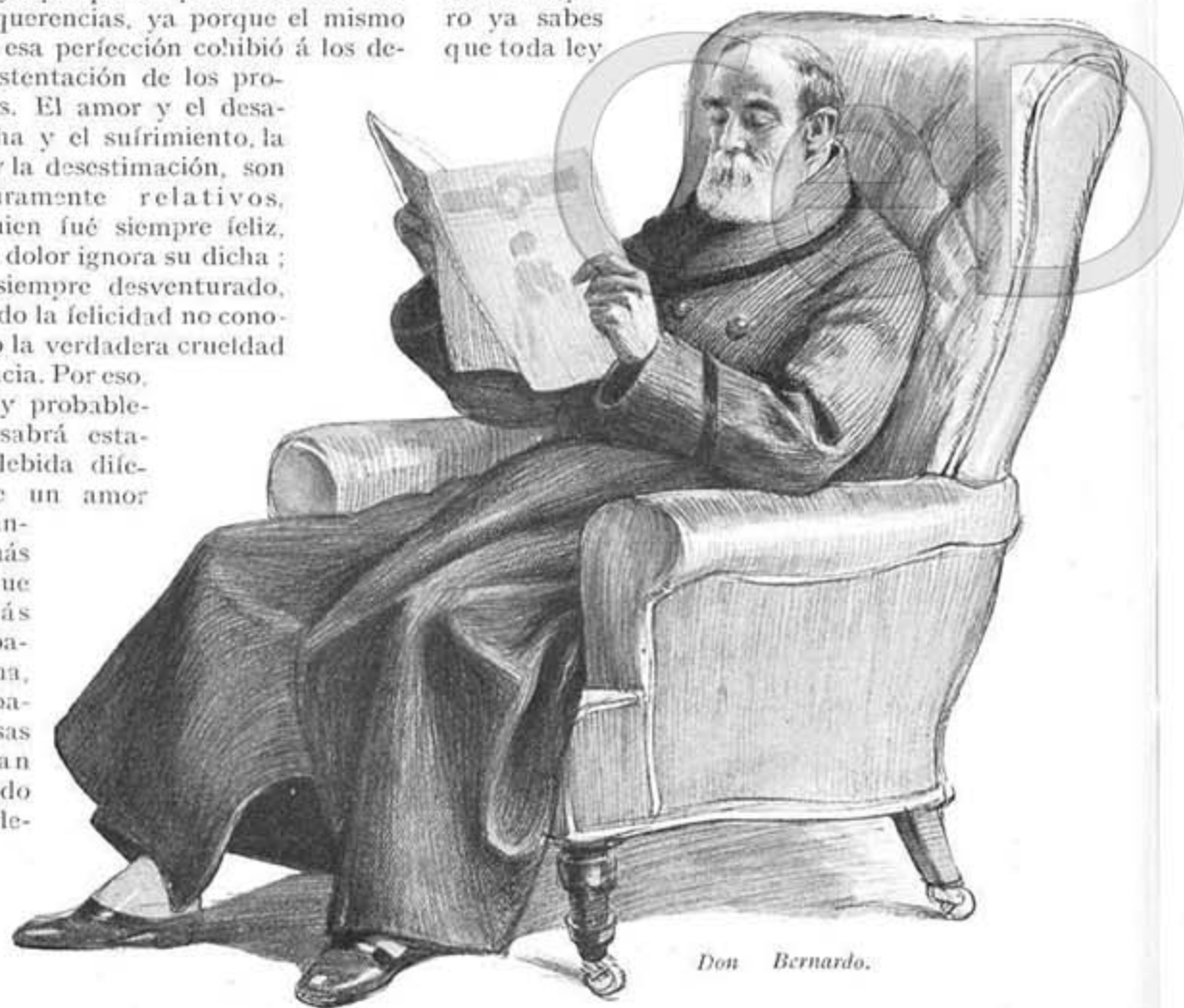
— ¿ Comprendes ?...

Alberto asintió :

— Sí, comprendo, y en verdad, amigo Daniel, que eres amargo profeta.

Daniel temió haber apenado á su amigo, y trató de aliviar el peso y el frío de su razonar, que había sido como losa de hielo...

— ¡ Oh ! esto no quiere decir que tu amor no llegue á ser comprendido... Yo te hablé de lo que es ley general de vida, querido Alberto ; pero ya sabes que toda ley



Don Bernardo.

tiene excepción, y Eliana bien puede ser una de ellas ; por eso te indico la posibilidad del peligro, pero no su indudable existencia.

El rostro de Alberto cambió de expresión : parecía renacer á la fé y á la dicha con las últimas palabras de Daniel, que eran reflejos de optimismo. Y se apresuró á responder :

— Es indudable que cuanto has razonado es del todo cierto, pero como dices muy bien, hay excepciones, y yo estoy seguro de que Eliana es una de ellas... Una mujer de inteligencia limitada podría, encontrándose en las circunstancias de Eliana, engañarse acerca de la sinceridad de los afectos que despertara, pero á juzgar por cuantas referencias me llegan de ella, Eliana tiene el alma demasiado grande para no comprender una pasión de esas que, por lo excepcionales, merecen solas tal nombre.

Daniel, á su vez, callaba. En lo íntimo de su ser, las palabras de Alberto resonaban como el eco lejano, lejanísimo, de una quimérica esperanza propia. De tal modo, cuando su amigo le preguntó :

— ¿ No lo ves así, tú también ?

Daniel se limitó á responder :

— ¡ Así sea !...

Alberto concluyó :

— ¡ Gracias por tu buen deseo !...

Y añadió, tras de corta vacilación :

— Y ya que ha llegado la hora de las reflexiones y de las confidencias, voy á decirte y á consultarte el punto más grave de mi caso.

Daniel asintió, con un gesto que significaba : *te escucho, habla* ; y Alberto, no sin cierta emoción en la voz, continuó :

— Como ya tengo edad para ello, he resuelto encaminar todos mis esfuerzos á la realización de mi matrimonio con Eliana... ¿ Qué te parece ?

Daniel alzó los hombros en mudo asentimiento, y murmuró :

— ¿ Qué me ha de parecer ? ¡ Muy bien !...

— ¿ Entonces, me aconsejas ?...

— ¡ No te aconsejo !... Creo que, puesta la cuestión en terreno del todo serio y definitivo, ni puedo ni debo aconsejarte. Además, ya sabes que, en asuntos de amor, los consejos huelgan, ya que sólo se atienden aquéllos que están conformes con nuestro deseo...

Habiase puesto Alberto en pie, al escuchar en la campana del reloj frontero el aviso de la hora tardía. Tendió la mano á su amigo, y dijo sonriendo :

— Eres el eterno reflexivo. Eres un viejo anticipado.

Daniel, al despedir cariñosamente á su

compañero, limitóse á un resignado y doloroso asentimiento :

— ¡ Qué hemos de hacerle !... : Cuestión de genio y de figura !

Quedó solo Daniel. Durante largo rato meditó, hundiendo la cabeza entre las manos, y fijos los ojos en remota visión de allende la realidad... Aquella noche no durmió. Pero su almohada amaneció mojada en lágrimas.

## CAPITULO VI

« Amar es algo : saber amar es todo. »  
G. DROZ.

Siendo otro el carácter de Daniel, y siendo otra, también, la historia de su amistad con Alberto, el conflicto planteado entre ellos, por su común amor hacia Eliana, hubiérase reducido á un caso harto frecuente y sencillo : el fin de un compañerismo de muchachos, sustituido por una amorosa rivalidad, antojo del destino.

Pero dado en Daniel un espíritu reconcentrado y meditabundo, si era cierto que el amor habiase trocado en verdadero culto para su alma, no lo era menos que la amistad antigua, verdadero afecto fraternal que desde los días de su infancia le había ligado á Alberto, no podía desvanecerse súbitamente, como humo de pajas, ante la inesperada contraposición que surgía entre su vida y la del amigo predilecto.

Por ello, la solución del problema pasional creado involuntariamente por Eliana entre los dos mozos, no aparecía ni clara ni posible á los ojos de Daniel, sin recurrir, para alcanzarla, al sacrificio propio.

Alberto, en tanto, superficial y tornadizo en sus pensamientos como en sus afecciones, no había sospechado ni por un instante el íntimo y callado drama que angustiaba á Daniel. Tan ajeno estaba á los tormentos que sufría el corazón de su amigo, que, al encontrarle en la calle, poco después de la entrevista ya narrada, díjole en el apremio de un breve apretón de manos :

— ¡ Ah ! ¿ sabes una cosa ? He arreglado todo para poderte presentar á Eliana... Quiero que la trates, y que me des tu impresión sincera, la que directamente te produzca...

Quedó Daniel sobrecogido en asombros, y, sin responder, vió alejarse á su camarada. Iba éste, vereda arriba, por entre la corriente de elegancias que á la hora meridiana circula por las grandes arterias de Santiago, bajo el cielo azul y transparente, y en la luz intensa derramada por el sol y reflejada sobre la ciudad chilena por el mágico espejo de los hielos andinos. Cruzaban por



las aceras bellas mujeres, prodigiosamente tocadas con sus grandes mantos negros, y Alberto, viéndolas llegar, detenía sus pasos para contemplarlas, y luego que habían pasado, volvíase aún para no perder de vista las airoas siluetas llenas de encanto; en una de estas maniobras, el enamorado joven pudo ver, á lo lejos, que en el mismo sitio en que le había dejado, inmóvil, Daniel le contemplaba desde lejos; sonrió, y despidiéndose del amigo con un gesto de la cabeza y de los brazos que quería decir: — ¡ Bonitas, eh! — fuese camino adelante, y desapareció al doblar el recodo de la inmediata plaza de Armas.

Con harta frecuencia volvió esta escena al recuerdo de Daniel, en sucesivos días. Momentos hubo en los cuales razonó así:

— « El amor de Alberto, más que amor, es un capricho; un capricho más duradero y más fuerte que los demás, tal vez, pero capricho, al fin. Dice querer á Eliana locamente. ¿ Sabrá siquiera lo que es amar de veras, sinceramente, hondamente, exclusivamente?... El gran amor definitivo, el que se convierte en norma y en ley de nuestra vida, ese amor, que por mi desgracia yo conozco bien, no admite veleidades ni distracciones, ni puede compartirse siquiera por la entusiasta admiración de un momento hacia otra mujer que no sea la amada ». Cuando se quiere así como yo quiero, y como él no quiere, la mujer más hermosa del mundo no cautiva nuestra atención, prisionera eterna de otro recuerdo. Se ve á la elegida entre la confusión de las multitudes; se la ve entre la bruma de los paisajes; se la ve al cerrar los ojos, en el remanso en que duerme el cariño, allá en el fondo del alma; y cuando ante nosotros sonríe en belleza otra mujer, su gracia no nos es seducción directa sino refleja, porque en ella vemos, solamente, la gracia y la seducción de la mujer amada... Pero de esta fidelidad de todos los instantes del día y de todas las facultades del alma, de esta fidelidad que es muestra del querer definitivo é invariable, Alberto está muy lejos... Imagina amar de semejante modo, porque, entre sus antojos fugaces, éste, que tarda más en pasar, le sorprende y le impresiona por su excepcional duración. Sin embargo, pasará, como los demás, seguramente, y tal vez antes de lo que yo me figuro... Pasará, sí, pero es posible que al pasar destruya brutalmente mi esperanza, y ¡ quien sabe! si la dicha de Eliana también. »

En llegando á esta conclusión y á este temor, alzábale en el espíritu de Daniel una indomable rebeldía contra la suerte y contra el destino. ¿ Por qué había él de sucumbir

en aras de una amistad, grande, ciertamente, pero no menor que su cariño hacia Eliana? Y, sobre todo, fuera aceptable su sacrificio, si el amor de Alberto pudiera equipararse con el suyo, pero nunca teniendo la evidencia de lo contrario, y aun siendo esa evidencia un riesgo verdadero para Eliana.

En efecto, Alberto reunía cualidades de figura y de trato que le ganaban rápidamente la simpatía de las muchachas. Decidido á cortejar á Eliana, y á encaminar todos sus esfuerzos hacia el matrimonio con ella, no sería difícil que la niña, poco á poco, fuera rindiéndose á este amor de vistosas apariencias, y que, en tal camino, ambos llegaran hasta el matrimonio, expuestos á un futuro y tardío desengaño.

— Y si tal ocurriese — preguntábase Daniel — ¿ sería perdonable mi pasividad, merced á la cual habría cooperado, en cierto modo, á la desgracia de la mujer amada y á la del amigo de la infancia?

Aparecíale clara, después de este razonamiento, la necesidad de una acción pronta y decisiva por su parte. Tener con Alberto un explicación sincera; hacerle comprender los riesgos á que exponía y podía exponer á Eliana su inconstancia; dejarle comprender también el sufrimiento que á él, Daniel, causábale su momentáneo capricho, opuesto como obstáculo á un amor de toda la vida: tal era lo indicado y lo sensato...

Pero en el fondo de esta resolución escudada tras de apariencias de altruismo ¿ no podría haber, latente y disimulado, un imperioso sentimiento egoísta? Si por acaso él, Daniel, se equivocaba; si Alberto, lejos de sufrir el espejismo de un capricho pasajero, habíase transformado por milagro frecuente del amor en enamorado constante y fiel; entonces, para la intervención que tendiera á separarle de Eliana, no habría disculpa ni otro motivo, en Daniel, que el propio interés... Y esto, ni sería correcto ni perdonable.

Además, y aquí entraba en juego el pesimismo reflexivo del sentimental, era tan difícil que Eliana llegara nunca á interesarse por él, por Daniel, que á su poca aventajada apariencia física reunía, por su desventura, una timidez que cohibía sus medios poderosos de expresión, hasta casi anularlos precisamente en los grandes momentos.

Tornaban de esta suerte sus pensamientos á la triste resignación que constituía el fondo de su carácter, y que se apoyaba en inconsciente fatalismo... « ¡ Lo que ha de ser será, haga yo lo que haga. » Y comentaba esta sentencia desolada con estas últimas deducciones, en las que, según costumbre, abdicaba, en un pacto aparente, su voluntad:

— Si Eliana ha de ser mía, todos los esfuerzos de Alberto, por muchos que sean, no lograrán enmendar la ruta de nuestro destino; y, en cambio, si mi amor no es sino utopía, y si está escrito el que jamás pueda trocarse en realidad, entonces ¿ á qué esforzarme en conseguir lo imposible?

Y así fué como Daniel se dispuso á presenciar, más como espectador que como protagonista, el desarrollo de la comedia real en cuya trama, sin embargo, andaba en pleito su felicidad, y por ende, tal vez, su vida misma.

## CAPITULO VII

« ¿ A cual de los tres escoges? »

« ¿ A cual de los tres eliges? »

M. BRETÓN DE LOS H.

« Todos de mujer nacemos, »

Volvamos todos por ellas. »

ANONIMO (romancero caballeresco.)

El círculo de la alta sociedad es siempre limitado y estrecho, por grande que sea el pueblo á que pertenece. Así, en las hidalgas casas de Santiago, encuéntrase en días de recepciones y de saraos las mismas figuras, sin más diversidad, en ellas, que la de las « toilettes » nuevas en las damas, y un nuevo corte de smoking, de frac, ó de chaleco, en los caballeros.

Algún europeo, alguna extranjera que pasan y que se hacen presentar deseando crearse amistades, constituyen, en general, las únicas variaciones que en las listas de invitados han de introducir las dueñas de casa, para cumplir debidamente con sus relaciones.

Por tanto, en esta noche, que lo es de fiesta en el salón de doña Elisa por celebrarse el cumpleaños de Eliana, hemos de codear á cuantas personas conocimos no ha mucho, durante el baile ofrecido por doña Amalia, la madre de Miguel. Pero si esto es cierto, no lo es menos que estas mismas gentes parecen moverse, hablar y reír, con mayor desenfado que en la primera ocasión en que nos encontramos junto á ellas.

Esto es efecto del ambiente. Hay casas, por lo demás respetabilísimas, en las cuales nañie entra sin provocar una disimulada crítica, iniciada siempre por la misma dueña de casa, quien de tal modo encuentra medio de reanimar las conversaciones que comienzan á languidecer. Y si el cuchicheo de ironías se inicia al par que los invitados van llegando, aún crece y adquiere mayor importancia á medida que van despidiéndose y saliendo. De tal modo, las visitas cuidan de sus palabras, de sus gestos y de sus actitudes,

en perpetua guardia contra aquel descuido que puede servir de tema para encubiertas burlas.

Pero nada de esto ocurre en la casa de Eliana. Ni Doña Elisa ni su hija son dadas á murmuraciones, por muy leves, mundanas y benevolentes que puedan ser. Y si alguien, por hacer alarde de grata y donosa conversación, apunta alguna ligera malicia que pudiera zaherir á cualquiera de los concurrentes, cuidanse mucho las damas de no celebrarla, y aún menos de repetirla. De este modo, la ironía muere sin encontrar eco, y los visitantes pueden llegar y partir tranquilos, sin que les inquiete el eterno ¿ qué dirán?

De los últimos en llegar, don César se preparó, siguiendo su costumbre, una entrada teatral.

Dirigió ceremoniosas reverencias á derecha é izquierda, y fuese á besar, en profunda inclinación, la mano de doña Elisa.

Sobradamente constábase al apuesto y pretensioso viejo, que el besamanos no era cortesía aceptada en Chile, pero por asín de hacer notar resabios de educación europea, procuraba hacer ostentación del antiguo gesto caballeresco de allende el océano, en cuantas ocasiones la numerosa concurrencia le constituía un público.

Las primeras y bien meditadas palabras del gran aventurero fueron éstas:

— Señora, mucho siento que mi deseo de felicidades para su hija de usted sea de los últimos, si no el último, en llegar. ¡ No por ello ha de ser el menos ferviente! ¡ Haga Dios que para Eliana pasen los años, dejando tras de sí las mismas huellas de dicha y de belleza que para su madre dejan!

Junto á don César sonreía Miguel, y el imprudente joven creyó oportuno subrayar la galantería de su maestro con esta otra suya:

— ¡ Y haga Dios también que el paso de esos años deje en el rostro de Eliana tan escasa ó tan ninguna huella, como en el siempre joven de doña Elisa!

Dió en reír la dama, y comentó así, alegremente, la agudeza del discípulo de don César:

— Mis años se notan poco, porque todavía no son muchos... ¡ Ya verán ustedes dentro de algunos más, como parezco tan vieja ó tal vez más de lo que soy!...

Don César abandonó á su protegido, en torno del que se dibujó alguna que otra burlona sonrisa, y el anciano galanteador fué recorriendo grupo tras grupo en pródiga distribución de sus alabanzas sabias, y de sus no menos sabias memorias. De esta





suerte llegó hasta Eliana, quien, entre otras jóvenes, pasaba del brazo de Alberto.

— Elianita — dijo don César deteniéndola — no quiero que pase la última hora de este día sin haber deseado á usted, para el nuevo año de su vida, toda clase de venturas. Esperemos — añadió el anciano sonriendo — que, al correr de esta nueva jornada, encuentre usted la felicidad que parece faltarle, y que no depende de los cariños familiares: esa ilusión de amor que ha de iluminar su bello rostro, borrando con perpetua sonrisa su austera gravedad actual.

— ¡ Gracias por sus buenos deseos, don César! — replicó Eliana con sencillez.

— ¿ Están en vísperas de cumplirse quizás? — añadió el malicioso vejete, mirando á Alberto de soslayo...

Ligeramente turbada, sonreía Eliana al responder:

— ¡ Oh, no!... — Y añadió luego, indicando el cercano reloj, cuyas agujas estaban próxi-

mas á reunirse sobre el punto enigmático de la media noche: ¡ Todavía no ha comenzado mi nuevo año!...

Poco después, don César, en el apartamiento del rincón mas solitario de la sala, conferenciaba con Miguelito, y en tono doctoral le advertía:

— ¡ Miguel, amigo mío, la hora crítica ha llegado!... Si no te declaras á Eliana, esc Alberto que la acompaña bailando te tomará la delantera... ¡ Es muy probable que, á pesar de todo, te la haya tomado ya!

Alberto, entre tanto, conversaba animadamente con Eliana.

— ¿ Me permite usted apuntar mi nombre en su « carnet » de baile?

— ¡ Por qué no! Lo hará usted con tanta mayor facilidad cuanto, como ha de ver, tengo casi todos los turnos vacantes...

— ¡ Habla usted en broma! Seguro estoy de que los tendrá usted todos comprometidos.

— ¡ Nada de eso! — respondió Eliana sonriendo — ¡ Véalo por sí mismo!

Sorprendióse Alberto al contemplar que, en efecto, el « carnet » de la joven estaba casi en blanco.

— ¿ Cómo puede ser — dijo — si constantemente he visto acercarse á usted muchachos, en demanda de este mismo privilegio que yo imploro?

— Verdad es — contestó la avisada niña — pero yo me cuidó mucho de no aceptar, porque si monopolizo á

todas las parejas, mis amigas, que hoy son mis invitadas, se divertirían escasamente...

— ¿ Entonces, esta concesión excepcional que usted me hace?...

— ¡ Es un privilegio, sí!...

— ¡ Le agradezco en cuanto vale! y créame usted, Eliana, que para mí tiene un mérito excepcionalísimo el de serme concedido por usted... Cuando ciframos toda nuestra admiración, todas nuestras ilusiones en una persona, y esta misma persona nos distingue con una atención especial, nos atrac-

vemos á lo que antes no osáramos: á esperar...

Una frase de Eliana vino á detener el torrente de elocuencia de Alberto:

— ¡ Si lo interpreta usted así, borraré su nombre de mi carnet!

— ¡ Oh, Eliana! ¡ yo no interpreto sino aquello á que usted me autorice!

— ¡ Pues sólo le autorizo á suponer que, entre mis amigos, es usted uno hacia el cual siento una simpatía un poco mayor que hacia los otros, pero nada más...

Hízose un silencio embarazoso para Alberto, quien no hallaba medio de salir del atolladero en que se había metido. Eliana, discretamente, rompió el hielo, cambiando de todo punto el giro de la conversación.

— Aquel muchacho que habla con mi madre — dijo indicando á Daniel — es amigo de usted ¿ no es cierto?

— Amigo, y más que amigo — respondió Alberto. — Es mi mejor camarada, y desde que éramos niños nos une un afecto fraternal, que jamás la menor diferencia pudo enturbiar.

— ¿ Cómo se llama?

Al pronunciar Alberto el nombre y apellido de Daniel, Eliana murmuró:

— ¡ Ah, sí! ¡ Ya recuerdo! Escribe, y no lo hace mal... Pero es lástima que se dedique á traducir cosas extranjeras...

— Sé que escribe, pero no tengo noticias de que traduzca — añadió Alberto — y, además, le sobran talento y originalidad para no tener que recurrir á tales procedimientos...

— ¿ Tiene talento?...

— Muy grande, Eliana, y seguro estoy de que, á no ser por una inexplicable pasión que le atormenta y que le abstrae, sus trabajos serían más frecuentes y le procurarían una rápida y envidiable popularidad.

— ¿ Una pasión, ha dicho usted?... ¿ Está, pues, enamorado?

— ¡ Ciegamente!...

— ¿ De quién?...

— No lo sé, Eliana, y he llegado á suponer que él mismo tampoco lo sabe...

— ¡ Jesús, qué extravagancia! ¿ Y entonces?...

— Quizás se haya forjado un ideal de mujer, y viva en perpetua y mística adoración de esa quimera... ¡ No sería el primer caso de tal originalidad!...

— ¡ Puede ser, pero no lo comprendo!...

— ¡ Yo tampoco!

— ¿ Y dice que su amigo y usted están unidos por una grande y antigua amistad?

— Fraternal.

— Entonces ¿ cómo es que él no le confiesa á usted su cuita?

— Es muy reservado. Yo, en cambio, necesito absolutamente contar mis penas ó mis alegrías. Si las callo, me parecen más grandes las unas y más pequeñas las otras. Así es como refiero á Daniel, en quien tengo absoluta confianza, cuantas cosas me ocurren, mientras que él no me pone nunca al tanto de las que le suceden.

— ¡ Es extraño!...

— ¡ Mucho! Yo he supuesto, á veces, que Daniel amó mucho á una mujer, y que esa mujer ha muerto.

— ¡ Eso sería explicable, y muy distinto del amor hacia un ideal inexistente!

— ¡ Cierto!... Pero tampoco lo comprendo bien... Eso de guardar fidelidad á un cariño pasional, hasta el punto de seguir siendo su esclavo cuando ya la persona querida dejó de ser... ¡ francamente, es demasiado complejo, tal vez demasiado sublime para mi comprensión!...

— ¡ Sublime, lo es!... ¡ Complejo, no!... Yo lo comprendo perfectamente.

Había murmurado Eliana estas palabras en abstracción, y luego de un instante hubo de añadir:

— Un hombre así no puede inspirar amor á una mujer, pero en cambio se hace acreedor á nuestra admiración...

Alberto preguntó:

— ¿ Me permite usted que se lo presente?

— ¡ Con mucho gusto!... — respondió Eliana.

Daniel se acercaba al grupo; Alberto le llamó con un gesto, y cuando estuvo á su lado hizo la presentación...

En aquel instante la orquesta preludiaba, y Miguel, siguiendo el consejo de don César, apresurábase á invitar á Eliana para esperarle, durante el baile, su bien preparada declaración. Pero le fué imposible realizar su propósito, ya que en aquel momento preciso Eliana y Daniel, enlazados, se mezclaban al torbellino de un vals.

Difíciles fueron para Daniel los comienzos de esta mera conversación suya con Eliana, durante el paseo que siguió al baile.

Comenzóla el mozo, como era de rigor en tal día, formulando sinceros votos de felicidad para la niña, y de aquí, al correr de las palabras, hablóse del pasado y del presente. No poco sorprendida ante la exactitud de los recuerdos evocados por Daniel, y que se referían á su propia infancia, Eliana exclamó:

— Entonces ¿ hace mucho tiempo que usted me conoce?...

(Se continuará en el número próximo.)



# EL TEATRO EN PARÍS

Por E. GOMEZ CARRILLO



**EL TARTARIN,**  
DE LEO MARCHÉS.

**LA PISANELA,**  
DE D'ANNUNZIO.

**LA NAMOUNA,**  
DE NOZIÈRE.



**E**N estos últimos días hemos tenido un estreno del glorioso d'Annunzio, uno del famoso Nozière, y otro del ignorado Leo Marchés.

Si os preguntaran :

— ¿Cuál de los tres ha sido el que más éxito ha tenido?

De seguro contestaríais :

— El de d'Annunzio.

Y si os dijeran :

— No... no es ese...

Tendríais que exclamar :

— Pues será el de Nozière.

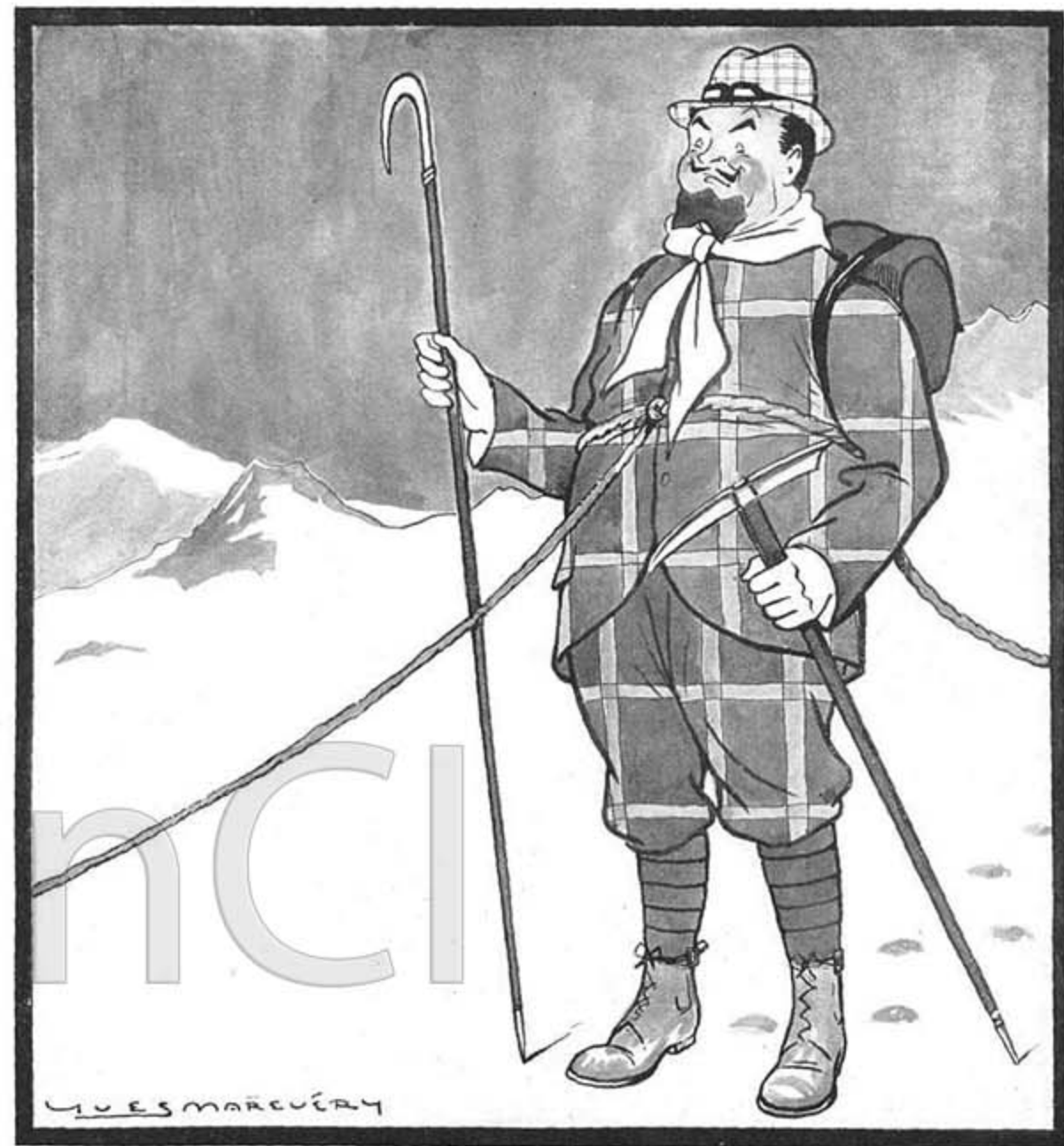
Pero lo cierto es que el único que verdaderamente ha sido, si no triunfal, por lo menos halagüeño, es el del Señor Marchés. Verdad que su comedia no es sino adaptación escénica de una novela de Daudet. ¿Y de cuál creéis? De la única que nadie había aún encontrado teatral, de la alegre y quijotesca tartarinada alpestre. ¡Tartarin en los Alpes, en la escena! Si alguien le hubiera dicho esto al buen novelista, de seguro se habría reído de semejante idea. Porque no hay nada que tan poco se preste a la intriga cortada por actos, y compendiada en diálogos, como esta brava farsa tarrasconesa que huele á ajo y á vino fresco. Si se tratara de una zarzuela, ya la cosa sería diferente. Con mucha música y muchos trajes, con muchos gestos meridionales, con muchos coros burlescos, las aventuras del cazador de leones muertos todavía tendría su razón de ser. ¡Pero puestas en drama serio, santos cielos! Y sin embargo los parisienses, ó mejor dicho la población cosmopolita y veraniega de París, ha reído de buena gana viendo la obra de Marchés. Los paisajes de Suiza y las escenas trucu-

lentas del primer acto, son sin duda agradables. El mismo autor explica en su exposición el movimiento endiablado de la escena, diciendo :

« Voilà notre homme courant, ouvrant les portes grandes, interpellant les musiciens qu'il abreuve de champagne, se grisant, sans boire, avec cette musique. Il imite le piston, il imite la harpe, claqué des doigts au-dessus de sa tête, esquisse des pas... Brusquement, à l'attaque d'une valse de Strauss par les musiciens allumés, l'alpiniste apercevant à l'entrée du salon la femme du professeur Schwenthaler, petite boulotte viennoise aux regards espiègles, restés jeunes sous ses cheveux poudrés, s'élançe, lui prend la taille, l'entraîne en criant aux autres : *Eh! allez donc! Valsez donc!* L'élan donné, l'hôtel dégage et tourbillonne. On danse dans le vestibule, dans le salon, autour de la longue table verte de la salle de lecture. Et c'est ce diable de Tartarin qui leur a mis à tous le feu au ventre. »

Estas danzas, estos gestos, estas carreras, estas libaciones, han tenido más éxito que las amaneradas y solemnes reconstituciones históricas de d'Annunzio, y que las elegantes, finas y voluptuosas moralidades del sutil Nozière. El público, en el fondo, quiere divertirse, y no hay duda de que « Tartarin » es más divertido que la « Pisanela ».

En su orgullo desmedido, Gabriel d'Annunzio no podía además contentarse, como Maeterlinck, con un éxito que casi fuera una derrota. Necesitaba un gran triunfo ó un gran fracaso. Y, como Antonio, en vísperas de la batalla suprema, quería compartir su suerte con su Cleopatra. En vano los raros amigos



Vilbert, en « Tartarin en los Alpes ».

que se permiten hablarle francamente, decíanle :

— Esta Ida Rubinstein es tu hada mala. Por culpa de ella, el « San Sebastián » que debió haber hecho llorar, hizo reír. Sin duda, sus ojos son bellos, y su cuerpo flaco es interesante. Pero no sabe hablar, y pronuncia los versos franceses como una judía alemana. Abandónala un instante, y la victoria será tuya.

Inflexible, el poeta respondía :

— Con ella hasta el fin. Y con ella, en galeras de velas de púrpura, ha tenido ahora que refugiarse en el asilo silencioso de los que han visto á la Fortuna plegar sus alas infieles.

Porque, por muchas flores que los críticos clementes quieran amontonar sobre el campo de batalla, no hay duda de que el desastre ha sido completo.

Escrita directamente en francés, la obra habría podido ser gramaticalmente imperfecta, como lo fué la « Salomé », de Wilde, en su primer texto, y no obstante gustar por sus cualidades superiores de poesía. Pero justamente, lo único que se salva del fracaso es la pureza de la lengua. Aun los más descontentadizos aplauden la labor del gramático, que ha sabido, mejor que un Gastón Paris y que un Littré, reconstituir la vieja habla francesa de fines de la Edad Media. No hay un defecto,





De Max, en "La Pisanella".

según parece, en el largo diálogo. Todo está en su lugar. Todo parece salir de un venerable infolio de convento benedictino. Todo tiene el sabor ingenuo y seco de los misterios seculares. Pero entre tanta sabiduría filológica, los esplendores del poeta se han perdido. La armonía misma, que era como un don inherente á todas las frases del gran toscano afrancesado, ha desaparecido. ¿ Es verso lo que oímos? Menos ritmo hay en ello que en una página de cualquiera de sus novelas. ¿ Es prosa? No, porque en el texto impreso está dividido en líneas desiguales y hasta separado por estrofas. ¿ Qué es, entonces? Es esto :

Mais vous êtes avares.  
Valar, ne eu du Mégadue, tu aimes  
l'or. Tu viens de lécher  
le pied plat de ce sale  
hérétique, en l'honneur du César bleu.  
Et je t'en donnerai,  
je vous en donnerai, petits marchands.  
Prenez ma part de prise.  
Prenez ma cargaison de blé, qui entre  
au port. Prenez mon bois  
d'aloès dans ma fonde. et tout mon baume.  
Je peux vous la donner

Je suis un Embriac  
aux trois Lions de sab'e.  
J'ai pris Arsouf et Césarée en Acre.  
Je vous donne un quartier  
à Japhe, un autre à Triples,  
et toutes mes maisons et mes églises  
et mes étuves  
et mes fontaines  
et mes darses, de Tyr à Gibelet  
et de Loadicée à Antioche,  
de la Tane et de Caffé à Trébisonde !  
Tout un troupeau d'esclaves  
tatars, trois cents ducats par tête, doux  
et soumis comme braques,  
pour cette femme.  
Les vergers de Tauris aux murs d'émail  
et aux portes d'argent,  
pour cette femme.

Esta mujer, por la cual un corsario generoso ofrece tantos tesoros, acaba de ser llevada como cautiva á Chipe, en donde reinan los Lusignan.

¿ De qué país viene?... ¿ Quién es?... ¿ Dónde ha nacido?... Nadie lo sabe. Silenciosa y altiva, la esclava calla. Y cada uno la embellece según su ideal. Para el rey Hugo, es una noble doncella cristiana arrebatada á poderosa familia. Para el prin-



Ida Rubinstein, en "La Pisanella".

cipe de Tiro, tío de su majestad, es una encarnación de Venus. Para otros, es una egipcia algo maga. Para las cortesanas de la isla que han vivido en Italia, en fin, no es sino una cortesana. En todo caso, es bella, de una belleza fatal y extraña.

Je les ai dits. Ses cils  
semblable à celle  
de je ne sais quel doux serpent. Ses yeux.  
Je les ai dits. Ses cils  
retiennent la douceur  
du monde comme une  
feuille nouvelle  
garde la larve  
de la première pluie.  
Souvent elle respire  
par ses cheveux. Sa  
bouche  
semble souvent rede-  
mander son souffle  
à l'âme qui l'a close.  
Et il n'y a rien d'au-  
tre.  
C'est la cause de tout.

A su manera, cada uno se enamora de ella. El corsario que la captó en plena mar, quiere llevársela á su casa para hacerla su favorita. Herido y moribundo la reclama á voces, ofreciendo abandonar todo el resto de lo que trae en su barco, para que nadie se la dispute. Los demás piratas se inclinan ante tal deseo. Pero en ese momento llega el príncipe de Tiro, y dice : « Es mía ». ¿ Quién va á oponerse á la voluntad del hermano de la reina? Sólo el rey, el dulce adolescente soñador, podría atreverse á tanto. Y, en efecto, montado en su caballo blanco, el rey aparece, corta los lazos que hieren el cuerpo de la esclava, y se la lleva.

En el acto siguiente, nos encontramos en un claustro de clarisas. Es un acto muy largo, muy largo. La cautiva, vestida de novicia, está allí rodeada de religiosas que le ofrecen pan y frutas. Todas hablan. Y todas hablan como San Francisco, con florecillas de retórica, en las cuales las piedras, las hojas y los insectos son glorificados. Obscurementemente se adivina que la Pisanella (cuyo acento

ruso ó alemán hace reír á los parisienses) ha sido llevada allí por el rey. Pero nada en el fastidioso episodio se relaciona con la acción. Es una salmodia, un coloquio beato, un alarde de erudición mística que hace bostezar al público. De pronto, el príncipe de Tiro, rodeado de cortesanas, aparece. Cada cortesana recuerda á la novicia algo de su pasado.

— En Pisa — dícela una — sacabas la

pierna desnuda por entre los hierros de tu balcón, para que los hombres supieran la mercadería que vendías.

— Yo te oía cantar en las orgías — le dice otra.

— ¿ Te acuerdas, te acuerdas? — gritan todas.

Altiva y pálida, la monja calla.

El rey llega, al fin. — Es una Santa — exclama.

— Es una ramera — contéstale su tío.

— ¡ Miserable príncipe de Tiro !

Y para castigarle de tal blasfemia, le clava un puñal en el pechc.

En el último acto, vamos á ver lo único que en la obra es agradable : el baile de las rosas y de la muerte. La reina está en su estancia esperando á la Pisanella. Durante

media hora entran y salen los más extraordinarios personajes, sin que nadie sepa lo que hacen ni lo que dicen. Una obscuridad inverosímil envuelve la acción y vela las palabras. He ahí á un verdugo que entrega los culpables á la ferocidad de sus leopardos ; he ahí á un juglar que lleva jaulas de cabras y de gallos ; he ahí á tres ó cuatro mujeres que se inclinan, recitando melopeas nebulosas... Al fin, la Pisanella aparece.

— « Baila » — le dice la reina.

Y baila. Y al rededor de ella, veinte negros cargados de rosas bailan también. El aroma de las flores embriaga á la mujer fatal, que cae desmayada. Los negros la se-



Hervé, en "La Pisanella".



pultan entre pétalos rojos. Es la Muerte Perfumada.

Y cuando el telón cae, los espectadores, desconcertados, se preguntan qué es lo que han visto, qué es lo que han oído. De todo el drama, lo único que deja un recuerdo son las decoraciones luminosas de Bakst, las piruetas de los negros, los desfiles de los comparsas. Pero esto no tiene nada que ver con la labor del poeta. El poeta, como su heroína, parece sepultado entre las flores de su retórica, que no son rosas, no, sino pálidos asfódelos de un jardín arcaico.

Después de las obscuridades de la « Pisanela », las gracias floridas y también arcaicas de Nozière, en su « Namouna », resultan de una luminosa y cristalina transparencia. ¿Qué es « Namouna »? Una « moralité », dicen los críticos. Por mi parte, prefiero no ver en ella sino una comedia poética, escrita sin deseo de darnos lecciones de ninguna clase. La intriga es tan gentil como frívola. El mercader Nabuc, jefe del harem del príncipe Hassan, lleva a su amo tres esclavas: una veneciana de pelo bermejo, otra escandinava muy rubia, y una tercera española y morena. Nabuc, que desea hacer repudiar a la sultana, tiene empeño en que una de estas extranjeras conquiste el alma del príncipe. Y da consejos a cada una de ellas. A la veneciana, le dice:

— Muéstrate romántica y fatal, como tu leyenda: habla de venenos, de puñales,

de conspiraciones; sé misteriosa y fantástica.

Y a la rubia:

— Tus ojos claros y la suavidad de tu voz te obligan a ser ingenuamente infantil. Muéstrate cual una dama de tapicería antigua, y canta, entre suspiros, las más suaves baladas de tu tierra lejana.

Y a la morena española:

— Tú eres la flor de la granada, tú eres el clavel púrpura, tú eres la rosa cárdena. Es preciso que te muestres serpentina y altiva, esquiva y diabólica, enigmática y violenta. En tus ojos hay llamas. Es preciso que esas llamas incendien el alma.

Todo esto, la sultana Namouna lo oye detrás de una cortina. En seguida llama a sus esclavas, y se hace vestir de veneciana. Cuando el príncipe llama a la primera de las mujeres que acaban de llegar de sus lejanos países, su favorita, disfrazada, entra, y haciendo lo que Nabuc ha dicho, seduce a su dueño. Luego, con un disfraz de escandinava, hace lo mismo. Al fin, vestida de española, completa la farsa. Y cuando el sultán dice:

— Las tres me encantan.

Namouna, riendo, le confiesa su superchería.

En vez de repudiarla, el gran señor hace que las recién llegadas sean devueltas a sus familias, sin querer siquiera verlas.

Esto no es nada. Pero esto consuela de la vulgaridad de « Tartarin » y de la pedantería de la « Pisanela ».



(Dibujos medidos de Ives Marevsky).

## EN HONOR DE EUGENIO GARZON

« Caballeros, he aquí un caballero », decía nuestro director, hace un año, al trazar la silueta del conspicuo escritor y propagandista uruguayo Eugenio Garzón. Caballero lo ha sido siempre, desde la cuna, como lo ha repetido el ministro del Uruguay en Francia, Sr. Rafael de Miero; pero es sólo ahora, muy tardíamente por cierto, que lo ha reconocido el Gobierno francés, y le ha nombrado caballero de la Legión de Honor, para así consagrar los servicios que Garzón ha prestado al acercamiento de Francia y de las naciones ibero-americanas, con su labor periodística en el *Figaro* de París, labor llena de tacto, de inteligencia y de voluntad.

Para celebrar este nombramiento, un grupo de amigos del autor de *Jean Orth* tomó la iniciativa de ofrecerle un gran banquete, que tuvo lugar en un delicioso restaurante de los Campos Eliseos, el 7 del pasado Julio.

A él asistieron diferentes miembros del cuerpo diplomático sud-americano, como los Sres. Enrique R. Larreta, ministro de la Argentina; de Miero, ministro del Uruguay; Holguín y Caro, ministro de Colombia; Salvador Castriello, ministro de Nicaragua; Guerrero, ministro del Salvador; el encargado de negocios de Guatemala y el primer secretario de la Legación de Venezuela, en representación del ministro. Asistieron también personalidades eminentes de las letras como Carlos Reyles, Alberto del Solar, André Beaunier, Francis Chevassu, Gómez-Carrillo; juristas como D. Alejandro Alvarez, D. Cristóbal Botella, D. Emiliano Figueroa; diplomáticos como D. Carlos Concha, Darío Galvao, Pacheco y Silva, Salas Oroño; gran número de personas distinguidas de la colonia sud-americana de París, como los señores Lage, González Moreno, Villate Cano, Arraga Vidal, Guimaraes, Patri, Frederking, López Lom-

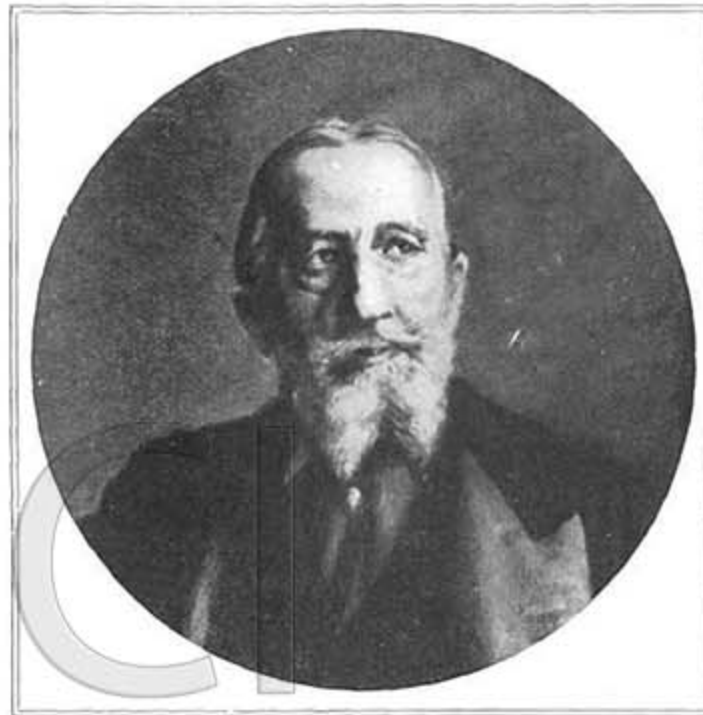
ba, Pacheco, Nebel, Pietracaprina, Alvear, Unzué, Barbagelata, Carcova, Viniestra, Blanes Viale, Lasala Alvarez, Sierra y Carranza, Anumategui, Vela, que citamos al azar, olvidando muchos.

Don Marcelo T. de Alvear ofreció el banquete con términos elocuentes, que fueron muy aplaudidos.

A ellos respondió Garzón con un sentidísimo discurso, maravilloso por su sencillez y donosura, en el que después de expresar su emoción por el homenaje que le rendían sus amigos, entra en atinadas y profundas consideraciones sobre el problema del acercamiento de Europa y América, y sobre la emigración europea a los países ibero-americanos. De él reproducimos este párrafo evocador, que el ilustre redactor del *Figaro* dijo con la voz conmovida: « Cuando, inexpertos, buscábamos a tientas la mejor manera de

aumentar nuestra población, experimentábamos cierto desencanto al distinguir entre los grupos de inmigrantes el rostro melancólico de un viejo que nos pedía hospitalidad. Este hecho, que no respondía a nuestro ideal de entonces, realiza hoy, por el contrario, toda nuestra aspiración.

Un viejo que desembarca en América, es un hogar europeo que viene entero hacia la tierra prometida; es el abuelo con toda su prole, con sus hijos y sus nietos que vivirán con nosotros al amparo de las mismas leyes, que dan al extranjero ventajas que niegan a los naturales. A cambio de las facilidades de la vida y del bienestar que encuentra en nuestros países, ese hogar nos trae nuevos métodos de trabajo, sus buenas costumbres, su espíritu de ahorro y su religión, que es la religión de América. Y son las cartas de esos hombres los mejores propagandistas que hayamos tenido. La



EUGENIO GARZON



carta del colono cruza el mar, y al llegar á su destino, los amigos agrupados la descifran lentamente en la soledad del villorrio. Estas cartas traen la nueva de la prosperidad personal de quienes las han escrito, y contienen descripciones tan ingenuas como entusiastas de la nueva patria que han encontrado. Los que las leen, sienten el ahinco de vivir bajo nuestro cielo, y no tardan en echarse á las aventuras del mar. »

Nuestro director Rubén Darío había escrito, para esta fiesta, una *Balada en honor de Eugenio Garzón*, que fué dicha por el Sr. Maseras. He aquí la primera estrofa :

Estos versos amables van  
Por quien la América se tasa  
Noblemente en la noble casa  
De Calmette y de Villemenant.  
Bella tarea y bello afán  
Por quien ha sido un gran señor  
Conservando nuestro esplendor  
Y haciéndonos la ausencia grata :  
Para el Mosquetero del Plata,  
Bien viene la Legión de Honor.

Este estribillo, que se repite en cada estrofa, fué saludado con vivos aplausos.

Tomó después la palabra el Sr. C. Botella, en nombre de la prensa española.

Hizo notar que lo que el pueblo español narra como leyenda sobre Ponce de León, que pretendió haber descubierto en América la fuente de juventud eterna, no es tal leyenda, pues es verdad; España ha encontrado en América una nueva juventud, á la que ha legado sus tradiciones y glorias. La palabra del Sr. Botella fué calurosamente aplaudida.

Hablaron después brillantemente el señor Machado, y el ministro Sr. Miero.

Estas manifestaciones son el digno coronamiento de la obra realizada en París por Eugenio Garzón, la única que ahí se festejaba, pues la obra antecedente de Garzón en el Plata será necesario más tarde reconocer, que no son dos obras distintas, sino la misma continuada. El general Garzón fué uno de los héroes preclaros de la independencia uruguaya; Eugenio Garzón, su hijo, luchó brillantemente con la espada y con la pluma para la consolidación política y social de su país; después, en Europa, se ha hecho el apóstol de América entera. Estos tres aspectos son como las facetas de un prisma, de las que irradia un esplendor de gloria. *Mundial* se hace un deber de adherirse al homenaje que se ha tributado á Eugenio Garzón.

## EL GENERAL FRANCISCO MIRANDA

El 5 de Julio, aniversario de la Independencia para la República de Venezuela, ha sido colocado en el Museo del Ejército, en París, el medallón del general venezolano Francisco Miranda.

El general Miranda sirvió en los Ejércitos de la República, en los días de la Revolución francesa, y dirigió el sitio de Amberes en 1792.

Miranda había combatido también en las filas del Ejército de la Independencia, en los Estados Unidos, y



EL GENERAL MIRANDA.

allí trabó amistad con el general francés Lafayette, que también había ofrecido su espada á la causa defendida por Washington.

Esta ceremonia franco-venezolana fué presidida por el Sr. Planas, ministro de Venezuela en París, y honrada por la presencia de muchas notabilidades francesas y sud-americanas.

Durante el acto, la música del 10º de Infantería interpretó el himno venezolano, y una melodía dedicada á Miranda por uno de los jefes músicos del ejército francés.

## Un Renovador del Arte decorativo.



Un raro, vigoroso artista, nos anuncia la renovación del arte de la tapicería y de la alfombra. Trátase de Manzana-Pissarro. He dicho el nombre de un artista que gusta apasionadamente de la decoración variada, en la que, de especial manera, el mueble ofrece ancho campo á deleitables combinaciones.

En el arte de la tapicería, con objeto de retornar á las más sanas tradiciones de la sencillez, Manzana-Pissarro se aparta resueltamente de los métodos corruptos de la fabricación moderna, en la que la viciosidad del esteticismo predomina. Para bordar la rica y cálida materia de la lana con el empleo de hilos de seda, plata y oro, nuestro artista renuncia, con muy buen acuerdo, á la ligera labor de la gradación de frágiles matices, como las que, en las manufacturas oficiales, obtienen la generalidad de las bordadas coladuras.

¿ Cuáles son las tapicerías modernas cuya simple contemplación transporte el ánimo con embeleso? Manzana-Pissarro reduce lo más posible las asociaciones que pequen de cromatismo; emplea tonalidades vivas y fuertes, sanas y libres, de manera que pueda su obra resistir, sin desdoro, la avalancha gloriosa de la luz. De ahí que sus tapicerías tengan un acento de robustez artística, de noble exuberancia, de honrada franqueza, en medio á su nota dominante de suntuosidad y en medio á su espontánea poesía. Sólo son grandes los artistas que reciben el don sumo de la poesía.

Manzana-Pissarro, para la preparación artística de sus admirables tapices, tiene á una colaboradora de gran mérito en su esposa, conocida en el mundo del arte con el pseudónimo Roboa.

El tapiz que representa la « Natividad » puede estimarse sin exageración como una obra maestra, lo que es debido á que el tema no está tratado según los cánones de la rutina. La alegría del nacer resplandece allí con naturalidad, y tiene vislumbres de poético idealismo. Nuestro artista resulta ingenio á la manera de los pintores primitivos, si bien su sentido de las cosas vitales es

menos seráfico. Orientalismo de lo más vivo y pintoresco, en suma. La santa madre va cubierta de un manto de immaculada blancura, en que florecen rayos argénteos. El caserío de la ciudad del fondo se perfila en áurea silueta sobre el cielo. El semblante y el cuerpo de las otras dos mujeres están delineados con esmero. El aire primaveral, entre el lujurante follaje, por encima de la tierra verde, en la propia atmósfera encantadora, palpita. Maravilla de los ojos, que se hace á un tiempo maravilla del alma.

En la exposición de Manzana-Pissarro había otro tapiz, que representaba á una mujer sentada bajo un árbol, á la vera de un rosal cuyas rosas eran de un fuego llamativo; y tiene, por delante, á un dorado gallo rojo que picotea, y á un pavo que, lacio, descansa. En otro tapiz, nos presenta Manzana-Pissarro un gallo señorial, vigoroso y valiente, de estilizada forma, á la vera de un estanque fuertemente azul, mientras, en su derredor, picotean unas gallinas gozosas de sentirse amparadas por la realeza de su cresta.

En sus alfombras, unas de coloración tornasolada, otras de sorda tonalidad, Manzana-Pissarro prodiga los conejos, los jabalíes y los peces, entre plantas acuáticas y flores silvestres, encima de praderas y de lagos; y lo hace con un arte rebosante de gozo y de pintoresca verbosidad.

Otro aspecto digno de ser celebrado entre las diversas producciones de este artista nótese en la pintura á la aguada, que ha ejecutado con deliciosa delicadeza. En ella, sobre fondos de floresta verdeante y á orillas de un río, río que es, sin duda, el Sena de nuestros amores, nos ofrece desnudos de mujer con serena armonía de dibujo. La carnación sonrosada vibra al beso del aire y del sol, por manera que la contemplación de aquellos desnudos haga la mirada como las más bellas flores, que allí, en verdad, el cuerpo florece con la fluidez de un poema de música exquisita.

ARNALDO DE VILLANUEVA.



MANZANA-PISSARRO.



# Elegancia Masculina

## DIALOGO "BOULEVARDIER"

— Como te decía, Kriegck me ha preparado un equipaje completísimo, en el cual nada falta. Por consejo de este sastre renuncié a los baules altos, de gran tamaño, que para los viajes resultan enojosos, y adopté los baules-maletas llamados « de camarote », cuya forma aplastada permite extender las prendas, evitando que se arruguen, gracias a la holgura con que se disponen y al escaso peso que soportan.

— Yo tengo ya todo dispuesto. Sólo me falta la ropa de caza con jauría. Kriegck me está haciendo para tal objeto unas casacas, cuyos faldones recuerdan un poco los del traje « Sporting », y que tienen la ventaja de cubrir las rodillas protegiéndolas contra la lluvia y contra el frío. Este detalle tiene solamente relativa importancia para nosotros, los jóvenes, pero es del mayor interés para los cazadores que, habiendo llegado a cierta edad, y conservando empero sus aficiones, han de precaverse contra los ataques del reuma y de otros alifafes por el estilo.

— En realidad, hay que reconocer que Kriegck es un hombre excepcional. Piensa en todo, y conoce los detalles de todos los deportes a fondo, como podíamos conocerlos nosotros.

— Gracias a eso puede vestirtos tan bien...

— A mí, que no pensaba ir a la montaña, me ha decidido a ello, sólo con enseñarme los modelos que ha creado para la indumentaria montaraz de este año.

— Lo más notable que yo encuentro en su ropa de « sport », es la manera que tiene de impermeabilizarla, de modo que el agua no cala ni

moja, sino que resbala como sobre la pluma de un pájaro.

— Otra novedad creada por Kriegck, es la supresión de las tiras de franela que antes se enrollaban al rededor de la pierna, y que siempre molestaban. En los nuevos trajes, estas tiras se sustituyen con una polaina, prolongación del pantalón, que se sujeta con hebillas y que permite a la rodilla mayor libertad de movimientos.

— Yo le dije el otro día al bueno de Kriegck que pensaba jugar al polo, y hoy me encontré en casa con un envío completo de indumentaria especial para este juego: pantalones de « valencias » blanca y crema; blusas y casacas; blusas de seda cruda y de « valencias », y en fin, cuantos elementos pueden ser útiles o necesarios, sin olvidar la capa de « sport » para envolverse al final de cada partida, y evitar los enfriamientos.

— Es el sastre previsor por excelencia. Parece que nos prepara verdaderas sorpresas para este invierno, y he oído decir que en sus talleres trabaja de verdad, con objeto de lanzar las primeras modas de otoño, que han de producir sensación...

— Eso he oído. Hace ya tiempo que Kriegck piensa renovar la moda.

— De eso no cabe la menor duda.

— Cierto, porque la sencillez y la utilidad, que son las características de nuestras modas contemporáneas, no son incompatibles con cierta preocupación de estética, capaz de romper con la monotonía insostenible de nuestra indumentaria, que nos hace aparecer a todos como individuos vestidos con el mismo uniforme.



Traje de Smoking, modelo de la Casa Kriegck, 23, Rue Royale, Paris.

# SERVICIO INMOBILIARIO de "MUNDIAL" MAGAZINE

Directores: MM. SÉE & GENTIL \* - 63, rue La Boétie, Paris.

Se dispone de numerosos Hoteles particulares (amueblados ó no) situados en los barrios más ricos de Paris. -- Villas, Castillos y Fincas de caza, en los alrededores de Paris y en Provincias. -- En venta, á partir de 100.000 francos hasta la cifra de varios millones.

ALQUILER DE HABITACIONES, DEPARTAMENTOS, HOTELES Y RESIDENCIAS DE CAMPO (con muebles ó sin ellos).

A continuación ofrecemos á nuestros lectores una información de los asuntos más interesantes y ventajosos que nos es dado recomendarles:

## HOTELES PARTICULARES

### AVENIDA DEL BOSQUE DE BOLONIA

En la inmediata proximidad. Precioso hotel formando esquina. Construcción reciente, con todo el confort moderno. Hall, 2 salones, comedor, 5 habitaciones de dueños, varios baños, tocador, etc. Garage para automóvil. Vistas magníficas. Precio: 500.000 fcs. (Se alquilaría por 25.000 fcs.)

**PARQUE MONCEAU** (Muy cerca) Dos soberbios Hoteles de estilo, sobre vía espaciosa y distinguida. Se venden juntos ó separados. Cada uno de ellos tiene salones de recepción soberbios, 7 habitaciones para dueños, varios baños, etc. Cuadra Garage. Precio de uno de ellos: 600.000 fcs. Precio del otro: 500.000 fcs.

**ESTRELLA** (Muy cerca). Sobre una de las calles más elegantes. Magnífico hotel construido con piedra tallada, y dotado de todo el confort moderno. Hermoso recibimiento, 7 habitaciones para dueños, baños, etc. Garage para automóvil. Se alquila, amueblado, por 7.000 francos mensuales. Se vende por 1.250.000 fcs.

**AVENIDA HOCHÉ** (Cerca de ella). Magnífico hotel de sillera. Recibimiento espléndido, galería, hall, 4 salones, 1 gabinete de trabajo, 1 biblioteca, 1 sala de billar, 1 gran jardín de invierno, 2 comedores, 12 habitaciones para dueños, baños, dependencias importantes. Gran pabellón para uso de los dueños. Jardín espacioso y bien cuidado. Precio: 2.000.000 de francos. (Valor del terreno).

**CAMPOS ELISEOS** En fachada, sobre 2 grandes avenidas. Magnífico hotel moderno. Dotado de un recibimiento soberbio y de numerosas habitaciones. Dependencias importantes. Espléndido y vasto jardín. Precio: 4.000.000 de francos.

## TERRENOS

### AVENIDA DEL BOSQUE DE BOLONIA

(En las inmediaciones). Terreno situado sobre dos calles. Fachadas sobre ambas vías, 15 m. superficie, 520 m. Precio: 500 fcs. el m. (Convendría para hotel particular con dependencias.)

**BARRIO DE LA MUETTE** Magnífico terreno de 1.500 m. con 3 fachadas. Vistas al Bosque. Precio: 850 fcs. el metro. Inmediata entrada en posesión.

**SOBRE LA AVENIDA DE LOS CAMPOS ELISEOS.** Magnífico terreno de esquina. Sup. 1.700 m. próximamente. Gran fachada. Precio: 2.000 fcs. el metro. Disponible.

## ALQUILERES

### CERCA DE LA AVENIDA DEL BOSQUE DE BOLONIA

En calle elegante y tranquila, Hotel de construcción moderna, con vistas únicas sobre hermosísimo parque. Magnífico recibimiento, 5 habitaciones. Todo confort. Posibilidad de instalar garage. Precio: 25.000 fcs.

**ESTRELLA** En la más bella situación de Paris. Hotel con magnífico recibimiento, 5 habitaciones. Garage para dos automóviles. Precio: 60.000 fcs.

**PLAZA DE LOS ESTADOS UNIDOS** Hotel particular, amueblado. Negocio excepcional para los aficionados a pintura. Posee varios cuadros de firma y objetos de arte únicos, que adornan los salones, 3 salones, 5 habitaciones. Ascensor. Bonito jardín. Se alquila durante el espacio de un año, en el cual la propietaria ha de realizar un viaje al rededor del mundo. Precio: 10.000 fcs por mes.

Para informes de todas clases dirigirse a los Sres SÉE & GENTIL \*, que reciben visitas y correspondencias en sus oficinas (abiertas todos los días de 9 a 12 de la mañana, y de 2 a 6 de la tarde) en la rue de la Boétie, 63 (Planta baja). Teléfono: Wagram 80-64.

**FINCAS DE CAMPO**  
**VALLE DEL LOIRA** A 4 kilómetros de la estación del ferrocarril, servida por expresos. Situación inmejorable con vistas excelentes. Hermoso castillo confortable: 3 salones. Biblioteca. 9 habitaciones de dueños. Baños. Dependencias. Jardín, terraza, magnífico parque de 15 hectáreas, con fuentes manuales y aguas corrientes. Pradera. Precio: 125.000 fcs.

**PIERREFONDS** En uno de los más bellos puntos del bosque de Compiègne. Bonito castillo en perfecto estado, 2 salones, 6 habitaciones de dueños.



Cuarto tocador. Baños. Jardín de invierno. Dos terrazas. Calorífero. Agua y gas en todas las habitaciones. Dependencias. Parque de 4 hectáreas aproximadamente, con buena sombra, y dos entradas en el bosque.

**SEINE-ET-OISE** 17 kilómetros de Paris. Magnífico castillo antiguo, completamente renovado, en las cercanías de poblado y de centro de abastecimiento. 2 salones, boudoir, 8 habitaciones de dueños, baños, caloríferos, agua, gas, teléfono. Soberbio parque de 10 hectáreas, lindando con un río. Mobiliario antiguo y lujoso. Precio: 350.000 fcs.

**COMPIÈGNE** A 2 kilómetros de la estación. Amplio castillo histórico. Salones, salón de fiestas, 16 habitaciones de dueños. Numerosas habitaciones para ser-



vidumbre. Magnífico parque de 75 hect. cerrado con muro y rodeado por un río con abundante pesca. 2 estanques. Soto de caza. Precio: 325.000 fcs.

**VERSALLES** Magnífica finca de recreo, entre Versailles y San Germán, en excelente emplazamiento. Comprende amplio castillo Luis XVI, en perfecto estado, con 3 salones, billar, salón de fumar, 12 habitaciones de dueños, 2 cuartos de baño, y 10 habitaciones para sirvientes. Agua. Calorífero. Teléfono. Dependencias. Gran huerta. Soberbio parque de 20 hectáreas aproximadamente, con arbolado. Praderas en alquiler para la temporada de verano (Muebles antiguos).





**LIBROS RECIBIDOS**

**Confidencias de Mujer**, por ANNIE DE PÈNE.

La lectura asidua de las interesantísimas crónicas de moda que en *Elegancias* aparecen, firmadas con el pseudónimo de « Marie Bertin », ha dado á nuestras lectoras ocasión de trabar conocimiento, sin saberlo quizá, con una de las escritoras francesas de más claro talento y de más grande mérito literario.

Esta dama, cuyo verdadero nombre, conocidísimo en los centros literarios de París, es el de Annie de Pène, acaba de publicar un nuevo libro titulado *Confidences de femmes*, libro que debe ser leído por toda mujer, y que encierra, en sus páginas exquisitas, bellísimas notas de psicología sutil y de emocionante sentimiento.

*Confidences de mujer*, más que un libro, es un breviario, y al correr de sus hojas, muchas lectoras hallarán la evocación de las horas más gratas ó más dolorosas de sus propias vidas.

**El país del Trébol**, por CARLOS ROXLO. A. Barreiro y Ramos, editores. Montevideo.

Son versos americanos de inspiración sana y robusta. En ellos se mezclan ternura,

vigor, tristeza, esperanza, pero predomina sobre todo una gran fé en la raza y un amor indomable á la patria. Oigan estos versos :

En la América española  
Hay un vergel perfumado  
Que el símbolo immaculado  
De lo porvenir tremola ;  
En su cielo de amapola,  
Más rojo que el imperial  
Copete del cardenal,  
Nació la lum're del día...  
¡ Esa es mi patria ! ¡ la mía !  
¡ La dulce patria oriental !

**Las Instituciones de progreso social**, por CHARLES GIDE. Traducida del francés por Enrique Martínez Sobral. Librería de la Vda. de Charles Bouret. París.

Esta nueva obra del eminente profesor de economía social de la Facultad de Derecho de París, es de un gran interés universal. En ella se trata de cuestiones que, tanto en el nuevo mundo como en el antiguo, están á la orden del día, y constituyen los grandes problemas sociales actuales : la cuestión de los salarios, la del confort, lucha contra las enfermedades, lucha contra los males sociales, la preservación de la pequeña industria, el accionarismo obrero, etc...



**Sombrerería y Camisería**  
**Humbert & Cia**  
CASA de COMPRAS en PARÍS y LONDRES  
Artículos de Viaje  
Novedades para hombres  
AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY  
MONTEVIDEO



**LAS PERFUMERIAS DE GABILLA**

EL SUEÑO DE GABILLA • LA ROSA DE GABILLA  
LA PASION LOCA • TODA LA PRIMAVERA  
LOS JUEGOS Y LAS RISAS • LA VIRGEN LOCA  
EL RAMO DE GABILLA

EXTRACTOS . POLVOS . ARROZ . LOCIONES

93, B' POISSONNIERE - PARIS

DETALLE EN TODAS LAS MEJORES CASAS DE NOVEDADES

**BANCO ITALIANO del URUGUAY**

MONTEVIDEO (Uruguay)

207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

**DIRECTORIO**

Presidente : J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente : DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario : LUIS GAMINARA  
Director-Gerente : DON ALEJANDRO TALICE — Vocales : DON CARLOS ANSELMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

Capital autorizado .. . . . . .	\$ 5.000.000 00
Capital suscrito y realizado.. . . . .	\$ 3.000.000 00
Fondo de reserva. . . . .	\$ 850.000 00
Fondo de previsión .. . . . .	\$ 150.000 00

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite : Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, á la vista y á plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones de Banco. Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 á 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

**TASA DE INTERESES**

Hasta nuevo aviso :

Paga. — Por depósitos en cuenta corriente á la vista .. . . . . .	1	% al año
A retirar 30 días de aviso. . . . .	1 1/2	" "
A plazo fijo de 3 meses. . . . .	3	" "
Id id de 6 meses. . . . .	4	" "

**CAJA DE AHORROS**

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes :  
Sobre depósitos á la vista, después de 30 días cumplidos .. . . . . . 1 % al año  
Sobre depósitos á 3 meses. . . . . 3 " " "  
Id id de 6 meses. . . . . 4 " " "  
Cobro. — Anticipos en cuenta corriente. . . . . Convencional

**ADMINISTRACION DE PROPIEDADES**

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga, además, del cobro de alquileres y remesa de fondos á cualquier punto de la República y el Extranjero, á indicación de los interesados.

**DEUDA ITALIANA**

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

**CAJA DE SEGURIDAD**

El Banco alquila al público, á precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad contra incendio, robo, etc.



# ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

**Regenerador de la vida, del Abate Sébire**

Antiguo Limosnero del Hotel - Dieu  
de Abbeville.

**¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO  
QUE LA CARNE !**

Crea carnes, huesos, músculos, nervios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia a todos los enfermos sin excepción.

Es también un preventivo que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras marinas alimenticias en proporción de 20%, y leguminosas malleadas en la de 80%.

**¡ ES LA SALVACION  
DE LOS DESESPERADOS !**

Hace engordar a los Tuberculosos que, mediante él, ganan de 3 a 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta 0 fr. 10 céntimos cada potaje, sustituyendo: al pescado, a la carne, al aceite de hígado de bacalao, a los huevos, y a todos los reconstituyentes conocidos a los cuales aventaja.

**Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación del método del abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su eficacia sin igual. ESCRIBIR a M. le Dr. de Laboratoires Marins à Enghien-les-Bains (S.-et-O.) Francia, Teléfono: 173.**

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofreciéndoseles condiciones ventajosísimas, que se detallarán al responder a toda solicitud que se nos dirija.



ABATE A. SÉBIRE

## Casinos de los Pirineos

**Luchón**

**Cauterets**

**Bigorre**

### TEMPORADA TEATRAL

Las últimas Novedades del año  
Las más famosas Estrellas parisienses  
Las mejores Orquestas  
Los más bellos Espectáculos al aire libre.

### TEMPORADA DEPORTIVA

Carreras, Concursos Hípicos y Rallies-Paper  
Campeonatos de Armas, Torneos de Espada  
Golf links, Concursos de Tennis  
Pesca y Caza de Montería.

### TEMPORADA MUNDANA

Las más brillantes Batallas de Flores  
Las más elegantes Fiestas Infantiles  
Los más lucidos Bailes y Cotillones  
Las más animadas Garden-Parties.

Desde el 1º de Junio hasta el 30 de Septiembre

### ESTACIONES TERMALES SULFUROSAS

50.000 Visitantes por temporada

Trenes de lujo. A 14 horas de París

PARA CURARSE ES MENESTER IR A LOS PIRINEOS

**LUCHON**

Alt. 625 m.

"La reina de los Pirineos".

**CAUTERETS**

Alt. 932 m.

"La perla de los Pirineos."

Enfermedades de las vías respiratorias.  
*Neuro-artritis*: cura de desintoxicación.  
*Neuro-linfatismo*: cura de remineralización.

Se exportan aguas sulfurosas, sódicas y cargadas de silicatos alcalinos.

Estos establecimientos termales han sido reconstruidos recientemente, dotándoseles de todo el "confort" moderno.

**BAGNERES DE BIGORRE**

Alt. 556 m. — "La princesa de los Pirineos".

Enfermedades del sistema nervioso. — Enfermedades del tubo digestivo y anejos. — Enfermedades de la piel.

Estación de cura colonial, oficialmente clasificada.

Se exportan aguas sulfatadas, cálcicas y sulfurosas sódicas.

Para todos los informes dirigirse a la  
**SOCIEDAD TERMAL de los PIRINEOS**

35, Rue Tronchet, Paris

# Remington

Máquina de  
Escritura visible.

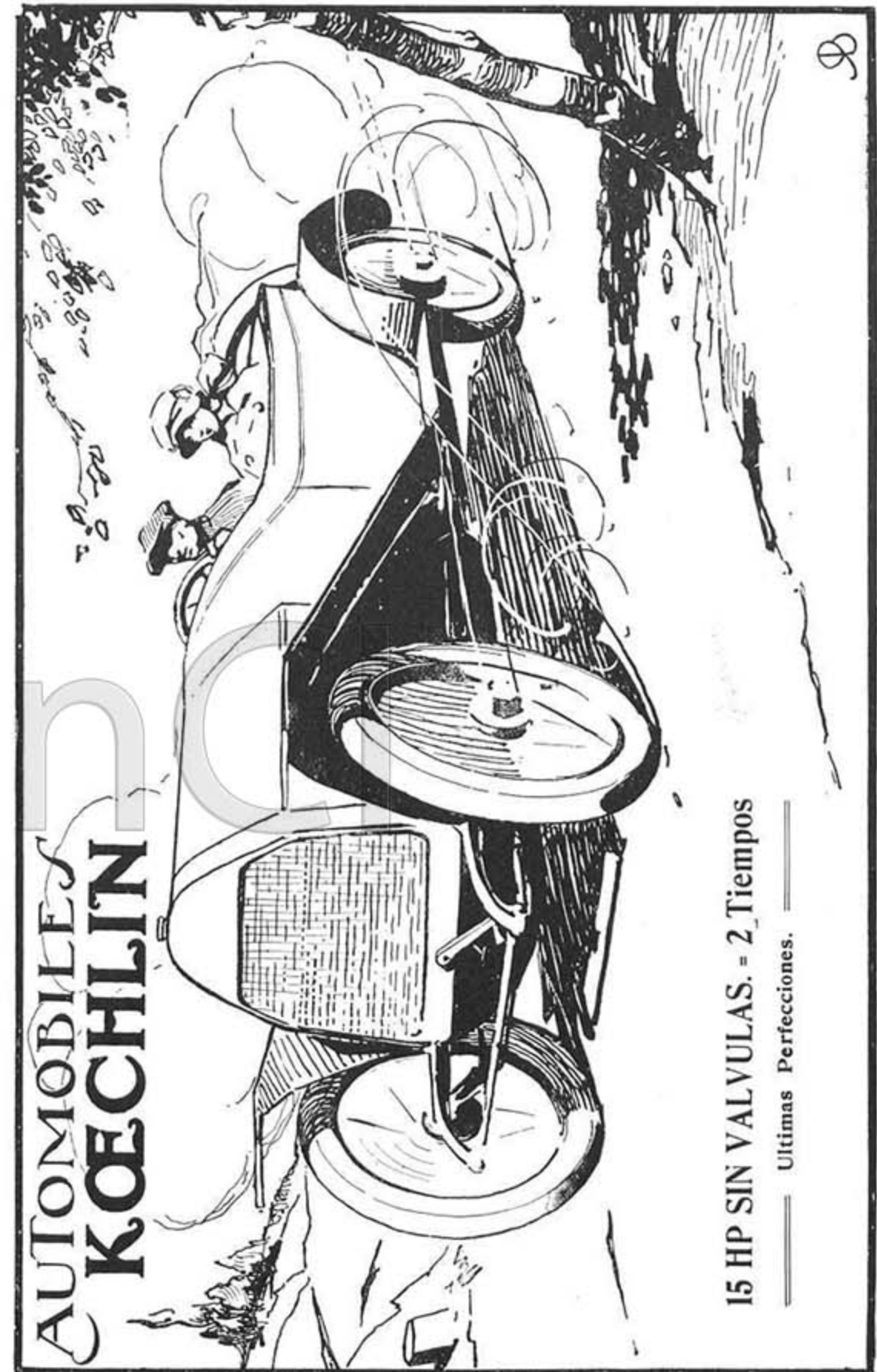


PEDIR EL  
CATALOGO ILUSTRADO

8, Boulevard des Capucines,  
**PARIS**

TELEFONOS:

Dirección: 119-11. — Provincias: 227-30.  
Mecánica 296-14.



AUTOMOBILES  
**KOECHLIN**

15 HP SIN VALVULAS. = 2 Tiempos

Últimas Perfecciones.



## Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la maravillosa pera  
**EOLIEN "L'ETOILE"**  
en caoutchouc comprimido, cuya duración es,  
comparada con los otros sistemas, á lo menos  
cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL  
**EL MAS SOLIDO**  
**EL MAS PRACTICO**  
**EL MAS ELEGANTE**

Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.

Para ventas al por mayor, al fabricante

**E. KALKER**

Manufactura general de caoutchouc.

LILAS, cerca de Paris (Francia).

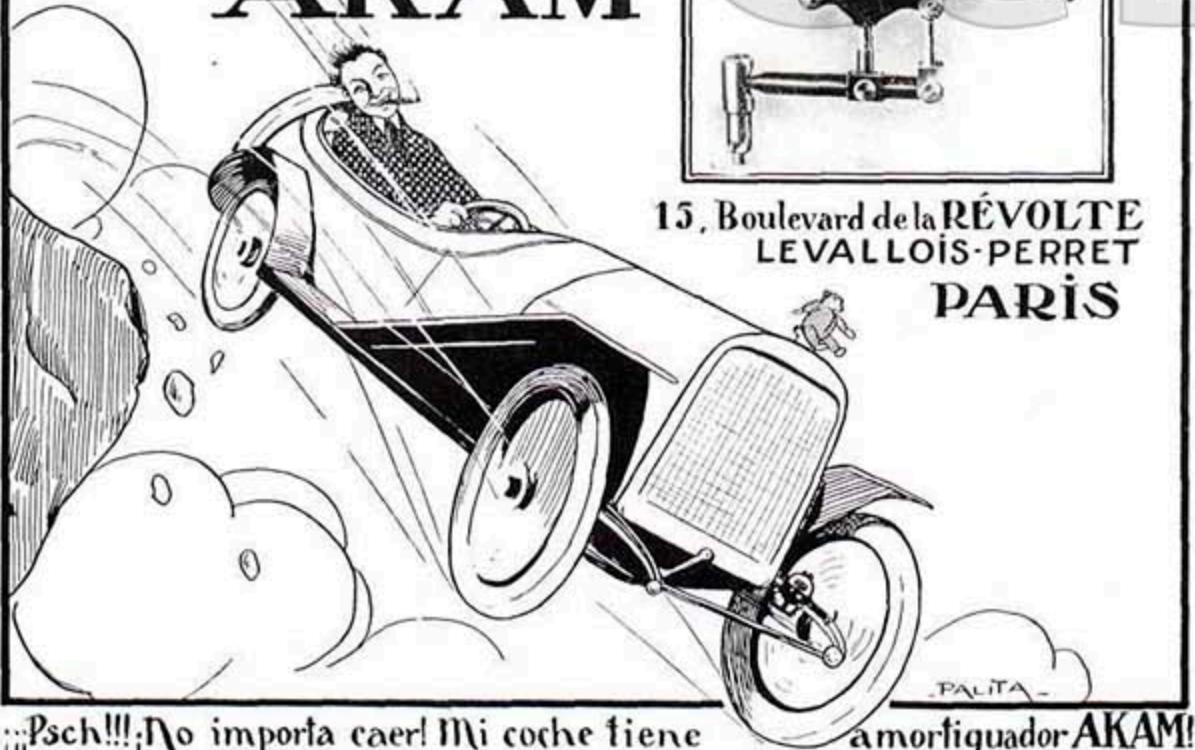
Depósito en Montevideo:

JOSÉ AVALO Y HNOS. • Cerrito, 664



EOLIEN "L'ETOILE"

## AMORTIGUADOR "AKAM"



15, Boulevard de la RÉVOLTE  
LEVALLOIS-PERRET  
PARIS

¡¡¡Psch!!! No importa caer! Mi coche tiene amortiguador AKAM!

Se solicitan Agentes-Representantes Mecánicos.

## Cómo poseer un olor fragante y particular a cada una

El mayor y último triunfo del arte de la perfumería Parisiense.



Hasta con todos los perfumes conocidos y de más fama que se venden ahora, las mujeres están obligadas á tolerar la misma vejación, y hallarse un día ú otro en el caso de ver que otra se ha apropiado su perfume preferido. Sin embargo, nada da á la mujer un encanto tan seductor como un efluvio delicado de un olor verdaderamente bueno.

Después de una larga serie de experiencias, un Francés, especialista en perfumería, ha descubierto recientemente una combinación de ingredientes basada sobre esencias de flores naturales, que tiene la propiedad muy extraordinaria de adaptarse de una manera enteramente diferente sobre cada epidermis, con el contacto de la cual la ponen; entonces, produce un olor personal y particular á cada persona que la usa. Ese producto único y enteramente nuevo es vendido únicamente por

# TOKALON

BAJO EL NOMBRE DE

PARIS

## Parfum "Petalias"

Es tan reconcentrado, que la más pequeña gota es suficiente para producir un efecto maravilloso y persistente. Cuando ese perfume es empleado por una morenita, se desprende una mezcla misteriosa que se parece un poco á la rosa, al clavel ó al ciclamen, mientras que en una rubia, el olor se parece más á la violeta, heno cortado, lilas ó muguete; pero no hay regla invariable, y según la piel con la cual está en contacto el perfume "PETALIAS", se transforma en un olor personal, exclusivo y siempre muy fino, muy raro, muy persistente.

Después de haber probado el perfume "PETALIAS", la mayoría de las mujeres no querrian emplear polvos preparados con otras esencias; por eso, unos polvos especiales perfumados con "PETALIAS", y que tienen las mismas propiedades, han sido preparados. Esos polvos son un complemento perfecto del perfume "PETALIAS", y poseen una frescura y dan un aterciopelado sin igual. Ellos adhieren perfectamente á la piel y son enteramente invisibles, dando únicamente á la tez ese airecillo realmente parisiense, y que es indispensable á toda mujer verdaderamente elegante. Un tarro rico de perfume "PETALIAS", de 90 gramos, y una hermosa caja de polvos "PETALIAS", son combinados y vendidos en un bonito cofrecito, cuyo dibujo se hallará al lado.

"PETALIAS" es un perfume para todos, para el millonario y para la persona de situación más modesta, porque su olor es enteramente diferente sobre cada uno, y es siempre personal. Ud. puede poseer su propio perfume, y por un precio verdaderamente bajo. Pida Ud. en seguida ese nuevo y único

## Cofrecito "Petalias"

que se halla en todas las casas importantes de perfumerías de la América del Sur.

Depósito en Montevideo { HUMBERT & Cia, Avenida 18 Julio y Arapey,  
Francisco L. CABRERA, Suc., Sarandi, 685-7.



Messine-Automobile  
6<sup>ta</sup> Rue Treilhard  
Tél 558-09

S<sup>TE</sup> G<sup>LE</sup> DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS  
PARIS

Messine-Automobile  
6<sup>ta</sup> Rue Treilhard  
Tél. 558-09



Alquiler de Coches  
de Gran Lujo  
Garage, Reparaciones, Cambios



Vehiculos Berliet  
Camiones, Omnibus  
Coches de las mejores marcas

Manufactura de Lámparas para Gas y Electricidad

CHARLES BLANC

PARIS - 42, Boulevard Richard-Lenoir - PARIS

Los Almacenes de  
lámparas más im-  
portantes de Paris



UNO DE LOS SALONES DE EXPOSICION

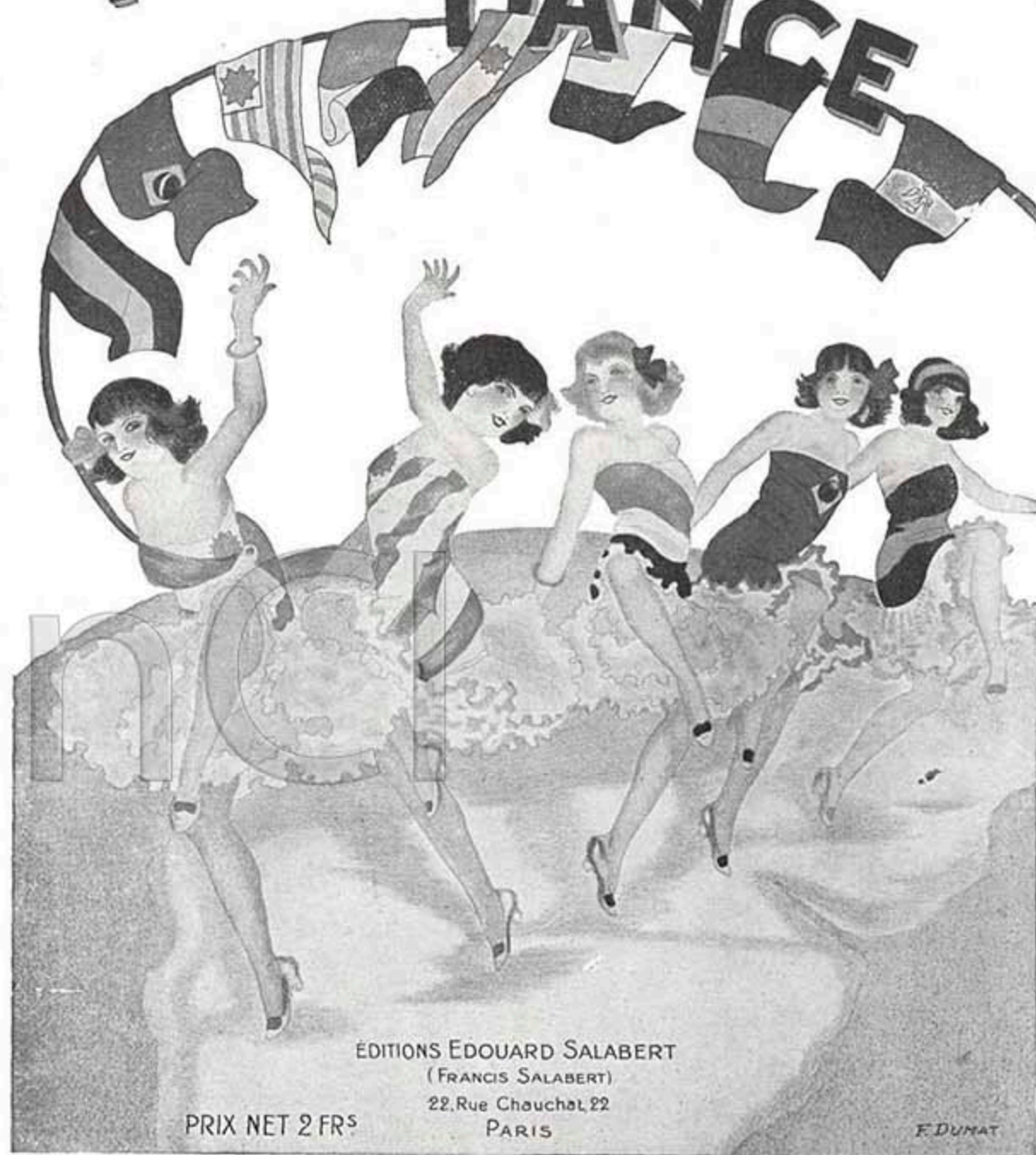
Grandes premios  
en las Exposiciones  
de Bruselas, Turin  
:: y Roubaix ::

Envío franco de los Catálogos de Gas N° 74 de Electricidad N° 75

CORDIALEMENT A MESSIEURS ALFRED ET ARMAND GUIDO

MUNDIAL  
DANCE

MARCHE ONE-STEP  
POUR PIANO  
PAR ANTONIO PARERA



EDITIONS EDOUARD SALABERT  
(FRANCIS SALABERT)  
22, Rue Chauchat, 22  
PARIS

PRIX NET 2 FR<sup>s</sup>

F. DUMAT

GRAN EXITO PARA PIANO

Dirigir los pedidos a : Editions Edouard Salabert  
22, Rue Chauchat, PARIS.

Envío por correo contra remesa de 2.50 fcos.



**MAGIC CITY**



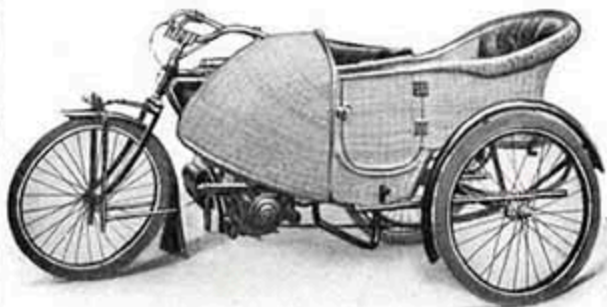
*on s'amuse follement*

Punto de Reunión del PARIS ELEGANTE

LOS DELICIOSOS SIDE-CARS

**FOX**

DE CONSTRUCCION FRANCESA



*Confortables y elegantes*

**F. ZIMMERMANN**

37-39, Rue du Bois

LEVALLOIS-PERRET (Seine)

*Se solicitan agentes por todas partes.*

**Especialidades para Reclamos**



TARJETAS  
POSTALES  
Y  
TARJETAS  
ARTISTICAS  
EN HELIOGRABADO



*Cromos á recortar  
Muñecas - Construcciones.*

**Calendarios para bolsillo**

Textos en  
FRANCES, INGLES, ESPAÑOL Y PORTUGUES

**Ch. DUFFIT**

62, Boulevard de Strasbourg, PARIS

TELEFONO 451-97

Artículos para Reclamo.

Para AVOIR de BELLES et BONNES DENTS  
SERVEZ-VOUS TOUS LES JOURS de

**SAVON DENTIFRICE VIGIER**

Le Meilleur Antiseptique, 31, Faubourg, 12, B<sup>e</sup> Bonne-Nouvelle, Paris.



Théodore CHAMPION  
13, RUE DROUOT  
PARIS  
**SELLOS DE CORREO**  
PRECIOS  
CORRIENTES  
GRATIS Y FRANCO

**ELEGANCIAS**

Es la única revista mundana  
editada en Paris en lenguas  
-- española y portuguesa --

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

**A. & L. BEAUDET Frères**

Cosecheros de Vinos de todas clases

BEAUNE, COTE-D'OR (Francia)



Château de la Tour au Clos de Vougeot

IMPORTANTES PROPIEDADES en la COTE-D'OR y en BEAUJOLAIS

AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION  
M. DUBLANCHET — 24, rue Traversière — PARIS





El padre Las Casas.

## Biblioteca Económica de Clásicos Castellanos

Precio en rústica: 2 francos.  
En pasta flexible: 2 fr. 75.

*Acaban de Publicarse*  
(23<sup>o</sup> y 24<sup>o</sup> volúmenes)

El Padre LAS CASAS

## LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS

BERNARDO VARGAS MACHUCA

## REFUTACION DE LAS CASAS

GARCILASO DE LA VEGA

## LAS ÉGLOGAS

con la anotaciones de Herrera.

EN LA MISMA  
COLECCION

PUBLICADOS

22 vo

Góngora: OBRAS POÉTICAS — Gonzalo de Berceo: PROSAS — Esteban González: ESTEBANILLO GONZALEZ — San-Juan de la Cruz: EL CANTICO ESPIRITUAL — Quevedo: LOS SUEÑOS — Arcipreste de Hita: EL LIBRO DE BUEN AMOR — Hurtado de Mendoza: EL LAZARILLO DE TORMES — Vélez de Guevara: EL DIABLO COJUELO — Moratin: LA DERROTA DE LOS PEDANTES — El Marqués de Santillana: POESIAS — Francisco Delicado: LA LOZANA ANDALUZA — Jorge de Montemayor: LA DIANA — Cervantes: TEATRO — A. de Guevara: DESPERTADOR de CORTESANOS — C. Solórzano: LA GARDUNA de SEVILLA — Bernal Diaz del Castillo: CONQUISTA DE NUEVA ESPANA (4 tomos) — Fernando de Rojas: LA CELESTINA — Saavedra Fajardo: LAS EMPRESAS POLITICAS (2 tomos) — Romances: EL CANTAR DE MIO CID y ROMANCERO DEL CID.

**50** VOLUMENES más, en curso de publicación, aparecerán en seguida. — Esta colección es tan indispensable a las personas cultas, como a todas las que se sienten ávidas de instrucción y desean conocer las obras maestras de los grandes escritores de lengua castellana.

Todas las Bibliotecas, Ateneos, Centros Instructivos y de Recreo, escritores y hombres de profesión liberal, deben disponer de esta colección, que apenas publicada ha obtenido un grande y ruidoso éxito en Europa y América.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES  
**LOUIS-MICHAUD** 168, Boulevard Saint - Germain - PARIS  
2065, Calle Estados Unidos - BUENOS - AIRES



Marca de fábrica



Fábrica en ISSY-LES MOULINEAUX  
(Seine)

Fábrica de Colores y de Barnices

Fundada en 1775

# Lefranc & C<sup>ie</sup>.

18, Rue de Valois, Paris

## Colores finos y materiales

para la pintura al óleo, acuarela, aguada y pastel.

## Rojos de cadmio

los únicos rojos opacos, brillantes é inalterables.

## Ceronis

barniz para cuadros,  
semi-mate, sin reflejos.



DEPOSITO EN TODOS LOS  
ALMACENES DE COLORES.

AZUL ZAFIRO

FIJO

ROJO FENICIO

ROJO RUBI

## HOTELES DE ITALIA

GENOVA

**HOTEL EXCELSIOR**

Via Carlo Felice, 4. — Posición central.

GENOVA

**EDEN PALACE HOTEL**

En un magnífico jardín.

GENOVA

**GRAND HOTEL DE GENES**

RESTAURANT FRANCES

SAN REMO

**ROYAL-HOTEL**

De primer orden. — Magnífico jardín. — Garage.

BERTOLINI  
- Propietario -

**NAPOLIS BERTOLINI'S PALACE HOTEL**

De primer orden. — Abierto todo el año. — Parque y jardines. — El mejor panorama del mundo. — Arreglos para temporadas.  
Dir. Tel. BERTOLINI-NAPOLIS.

## HOTELES DE SUIZA

CAUX (Cerca de Montreux)

**PALACE-HOTEL**

CONFORT MODERNO

MONTREUX

**GRAND HOTEL EXCELSIOR**

Casa de familia de primer orden. — Cuartos con baños.

ZURICH

**SAVOY HOTEL**

— Confort moderno —

LUGANO

**EL GRAND HOTEL y LUGANO-PALACE**

Confort moderno. — Prop.: BUCHER-DURRER — A orillas del lago

ZURICH

**GRAND HOTEL VICTORIA**

Frente a la estación central



## COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14  
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración :  
M. Alexis ROSTANG, C. \*  
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. \*  
Administrador Director : M. P. BOYER, \*

### OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envios de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par Pago de cupones, etc.

### AGENCIAS

41 Agencias en Paris.  
16 id. en los alrededores.  
180 id. en provincias.  
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.  
12 Agencias en el extranjero.

### ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD  
ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE  
5 FCOS AL MES

### BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas  
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años. . . . . 2 0/0  
De 2 á 4 años. . . . . 3 0/0

### ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NACIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

### CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones (Administración central, 14, rue Bergère, para los acreditados) Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

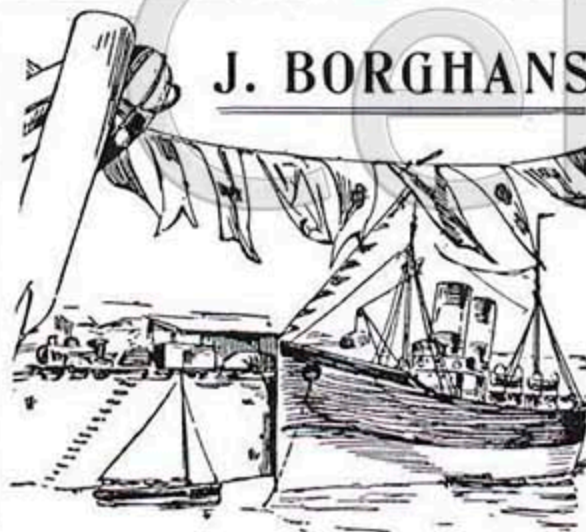
## Para CATÁLOGOS ANUNCIOS TARJETAS ARTISTICAS

Dirigirse  
á  
KOSSUTH & C<sup>o</sup>  
74  
Rue de l'Académie  
PARIS

TELÉFONO  
418-37

TODO LO CONCERNIENTE  
Á PUBLICIDAD.

## J. BORGHANS



PARIS 32, rue d'Hauteville, 32 PARIS  
AGENCIA GENERAL MARITIMA

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección teleg. general : "BORGHANS"

CASAS EN  
LE HAVRE, 51, quai d'Orléans.  
AMBERES, 2, rue Jan Van Lier.  
HAMBURGO, Dovenhof.

AGENTES EN  
BURDEOS, DUNKERQUE,  
MARSELLA, LIVERPOOL,  
LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR  
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

# THE London and River Plate Bank Ltd

Fundado en 1862

PRINCES STREET, LONDON, E. C.

Fundado en 1862

Capital suscrito...£3.000.000 | Capital realizado. £1.800.000 | Fondo de reserva. £2.000.000

### CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn

JOHN G. GRIFFITHS :: :: DAVID SIMSON :: :: KENNETH MATHIESON :: ::  
HON HUGO BARING :: :: HERMAN B. SIM :: :: WILLIAM THOMAS BRAND.

### SUCURSALES

Paris Anvers Buenos-Aires Barracas al Norte Boca del Riachuelo Once de Setiembre	Calle Santa Fé Calle B. de Irigoyen Mendoza Rosario Bahía Blanca Concordia	Córdoba Tucumán Paraná Montevideo Rio-de-Janeiro Pernambuco	Pará Santos Curityba Victoria Sao Paulo Bahía Valparaíso
---	---	--	--

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaos (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depósitos á plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY

Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

## MVSEVM

REVISTA MENSUAL  
DE ARTE ESPAÑOL  
ANTIGUO Y MODERNO Y DE  
LA VIDA ARTISTICA CONTEM-  
PORANEA



III ASO: 1912 :NÚM 5

MVSEVM es la única revista puramente artística en lengua española, que se publica en Europa y América.

MVSEVM es la mejor publicación de arte que ve la luz en los países de origen latino, según lo atestigua la prensa competente de Europa

MVSEVM manda gratuitamente números de muestra á las personas que lo soliciten

MVSEVM publica informaciones é investigaciones sobre pintura, escultura, arquitectura, arqueología, cerámica, vidriería, numismática, orfebrería, xilografía, arte industrial, tapices, bordados, decoración de interiores, etc., etc.

MVSEVM publica dos ediciones, una en castellano y otra en francés.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, un año. . . . . 20 pesetas.  
Extranjero . . . . . 25 francos.  
Número suelto . . . . . 2 pesetas.  
Número suelto en el extranjero . . . . . 2 fr. 50.

Administración. c. Mallorca, 291. — Barcelona — (España)



# FOTOGRAFOS AFICIONADOS

No comprad aparatos sin haber visto el

# VERASCOPE 25, rue Melingue PARIS

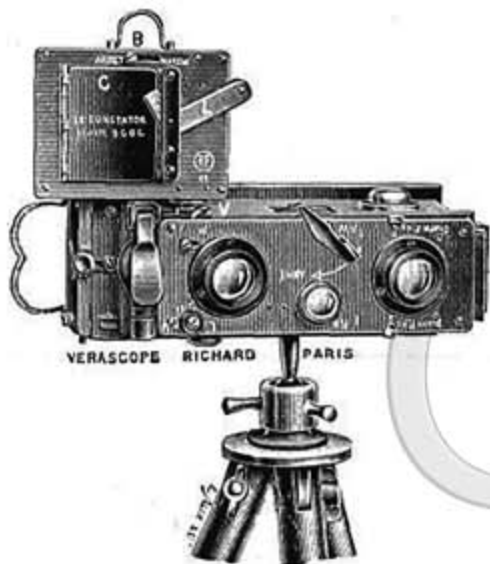
AGENTE EN BUENOS AIRES:  
**LUTZ & SCHULZ**  
FLORIDA, 240.

# RICHARD

Ningún aparato, ni aun los de mayor tamaño, iguala su pulcritud, especialmente en la  
\* \* \* \* \* **FOTOGRAFIA EN COLORES** \* \* \* \* \*

**¡Novedad!** Almacén para **PELICULAS en BOBINAS** Patentado S.G.D.G.  
intercambiable con el Almacén para placas.

El Verascope es  
el más **ROBUSTO** . . .  
el más **PRECISO** . . .  
el más **PERFECTO** . . .  
el más **ELEGANTE** . . .  
y da  
la **FORMA** correcta . . .  
el **TAMAÑO** exacto . . .  
la **PERSPECTIVA**  
justa . . . . .  
el **COLOR** verdadero.



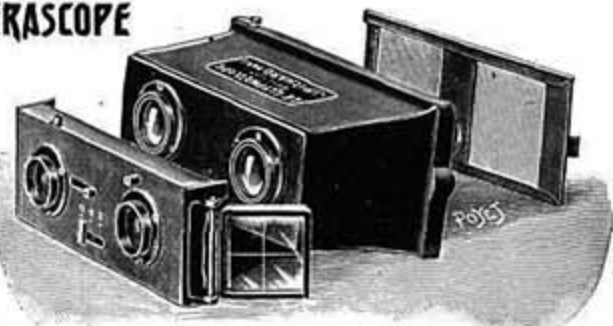
EL VERASCOPE es el compañero indispensable del colonial, del explorador ó del simple turista que no quiere exponerse á decepciones. EL VERASCOPE es un aparato absolutamente rígido y de una solidez á toda prueba; á menudo se le hace dar la vuelta al mundo, y las reparaciones son in... significantes ...

PARA LOS PRINCIPIANTES EN FOTOGRAFIA  
la "Jumelle stéréoscopique idéale" y la más perfecta es

# Le GLYPHOSCOPE á 35 frs. Patentado S.G.D.G.

que posee las cualidades fundamentales del VERASCOPE

Construcción de ALTA PRECISION.   
RIGIDEZ ABSOLUTA impidiendo todo descen-  
traje por torsión, y permitiendo un reglaje perfecto.  
INALTERABILIDAD por el calor y la humedad.  
INSTANTANEA y POSTURA al dedo y á la poire.  
VISADOR CLARO  
y un agujero cónico para montaje sobre pie.  
TRES DIAFRAGMAS. REVERSIBLE.



Las vistas del VERASCOPE y del GLYPHOSCOPE se fijan, se proyectan, se reproducen y aumentan con el **TAXIPHOTE** Patentado S.G.D.G.

# INNOVATION

TRADE MARK

10, Rue Auber  
PARIS

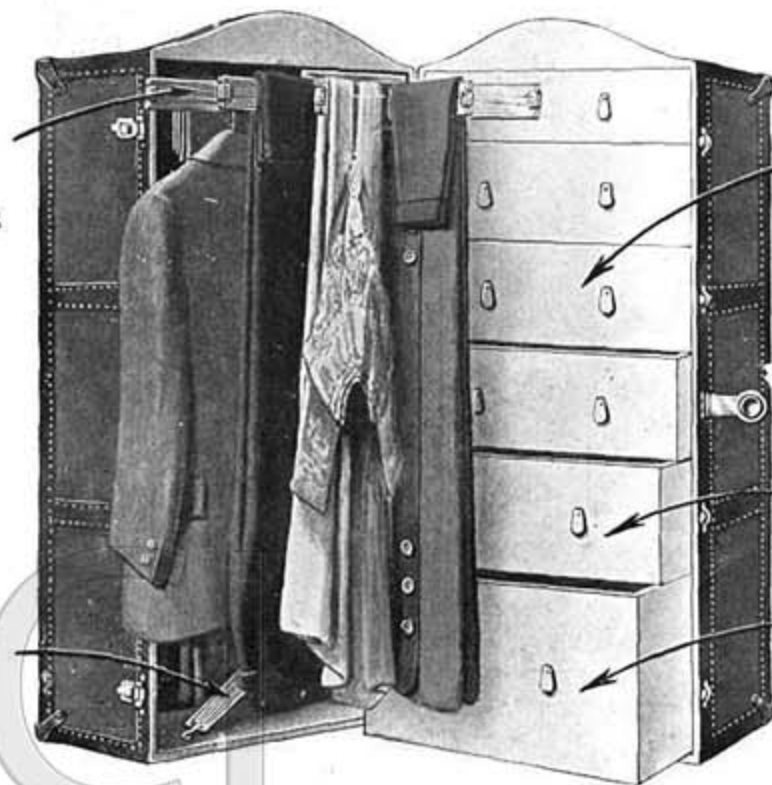
NEW-YORK

LONDRES

BUENOS AIRES

10, Rue Auber  
PARIS

10 BRAZOS  
MOVILES  
PARA  
10 TRAJES  
6 18 VESTIDOS



CAJONES  
PARA  
ROPA BLANCA  
ZAPATOS  
ETC.

BANDAS  
FLEXIBLES  
ASEGUANDO  
LOS EFECTOS  
EN SU SITIO

CAJONES  
INFERIORES  
transformables  
en  
SOMBRERERAS  
PARA SEÑORA

**GRAN MODELO** (el mismo para Señoras ó Caballeros)

(Alto 1<sup>m</sup>10 — Ancho 0<sup>m</sup>52 — Hondo 0<sup>m</sup>52)



ABIERTA  
el armario más práctico.

EL CATALOGO  
"Baules Innovation"

Se envía  
Gratis y franco, por todas partes,  
A quien lo solicite.

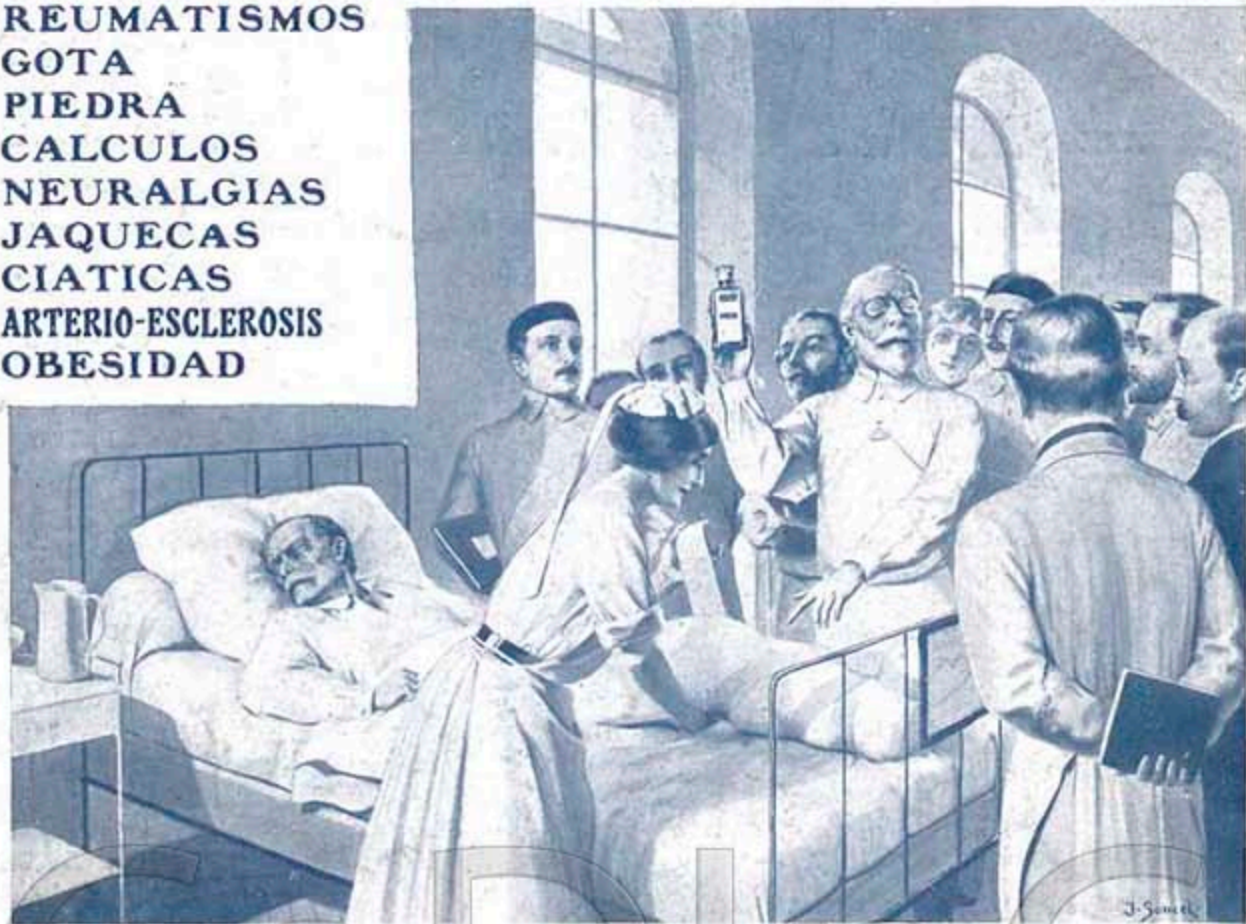


CERRADA  
la maleta más sólida.



# El URODONAL en los Hospitales

REUMATISMOS  
GOTA  
PIEDRA  
CALCULOS  
NEURALGIAS  
JAQUECAS  
CIATICAS  
ARTERIO-ESCLEROSIS  
OBESIDAD



*Ya no se prescribe el salicilato a los reumáticos. Este remedio daña la mucosa del estómago, y su empleo constituye un verdadero crimen. El salicilato perjudica también a la substancia gris del cerebro y a los tejidos cardiacos. Evitad el uso de un veneno tan peligroso como lo es éste, y que ha pasado a ser, además, completamente innecesario, ya que se dispone de un medicamento mucho más enérgico, y que, sin embargo, no contiene ningún elemento tóxico. — El URODONAL, cuyo descubrimiento implica un gran progreso terapéutico, es este remedio nuevo, cuya eficacia matemática se puede garantizar en absoluto.*

Desde hace varios años, el URODONAL es tema de las conversaciones, tanto entre los médicos como entre los enfermos. Realmente, el médico no tenía medio alguno de valerse para combatir el reumatismo, y bien a pesar suyo veíase en la necesidad de emplear el salicilato, cuyos efectos nocivos eran bien conocidos, y que, además de estropear el estómago, debilitaba extraordinariamente las facultades intelectuales de los enfermos.

Por tal motivo, el cuerpo médico adoptó con el mayor entusiasmo un remedio tan valioso como lo es el URODONAL, cuya acción se comprende fácilmente, ya que es el disolvente más poderoso del ácido úrico, entre los que hasta la fecha se conocen (37 veces más activo que la litina) y que la *sangría úrica* que produce, verdadero dragado del estómago, es el único tratamiento racional del reumatismo, de la gota, del mal de piedra, de las enfermedades de la piel, de las jaquecas, en ocasiones, y de los cálculos, ya que todas estas enfermedades tienen como origen el exceso de producción del ácido úrico, y que, agrupadas en el núcleo de las llamadas de *uricemia*, envenenan el cuerpo por medio del ácido úrico.

Numerosísimas observaciones se han publicado en los periódicos médicos acerca del tratamiento de la uricemia por medio del URODONAL, y acerca de este tema se han hecho sensacionales comunicaciones a la *Academia de Medicina de París* (10 de diciembre 1908) y a la *Academia de Ciencias* (14 de diciembre 1908).

Se ha reconocido que el URODONAL no es peligroso por ningún concepto. Debe administrarse en dosis de 3 a 4 cucharadas de café por día, y de 3 cucharadas de sopa cuando se trate de estados agudos de la dolencia.

Una *sangría úrica* (3 frascos) limpia definitivamente el organismo, anulando el efecto de este veneno que atrofia los tejidos, produce la anquilosis de las articulaciones, origina la arenilla de los riñones, y endurece los tabiques de las arterias.

Esta felicísima invención ha sido recompensada con una medalla de oro en la Exposición de Londres, y los jurados de las Exposiciones de Nancy y de Quito han concedido dos grandes premios al URODONAL. En fin, el Ministerio de Marina adoptó oficialmente el URODONAL, en vista del informe favorable emitido por el Consejo Superior de Salud, y después de verificarse ensayos definitivos y concluyentes en los Hospitales Marítimos.

Esto significa la esperanza de cura que se permite en adelante a los reumáticos y a los gotosos, que sometiéndose a este tratamiento están seguros de evitar toda recaída, siempre que no se descuiden, y que, de tiempo en tiempo, se administren una *sangría úrica*, que no permitirá que el enemigo vuelva a apoderarse de la plaza.

Dr. DAURIAN.

N.-B. — Se encuentra el URODONAL en todas las buenas farmacias, y en los Establecimientos Chatelain, 207, boulevard Péreire, París. El frasco, franco, 7 francos. — Los 3 frascos (cura de sangría úrica) franco, 20 francos.